

SARA NISHA ADAMS

El club de lectura para corazones solitarios

Una carta de amor inolvidable
al poder de las historias y la lectura



Lectulandia

Aleisha es una joven brillante pero algo inquieta que ha decidido pasar el verano trabajando en la biblioteca. Un día descubre una lista de lectura dentro de un viejo libro. Intrigada, decide seguir las recomendaciones y un viaje extraordinario empezará para ella.

Mukesh acaba de perder a su adorada esposa. Ahora lleva una vida tranquila: va a comprar, pasea y trata de estrechar la relación con su nieta, apasionada lectora. Sin pretenderlo, Aleisha le abre las puertas a la magia de la lectura y el cautivador poder de los libros. Ambos formarán un conmovedor club de lectura para corazones solitarios que buscan nuevos comienzos.

Inspiradora y conmovedora, *El club de lectura para corazones solitarios* es una novela deliciosa sobre la magia de los libros y la alegría que produce la amistad.

Sara Nisha Adams

El club de lectura para corazones solitarios

ePub r1.0

Titivillus 24.04.2023

Título original: *The Reading List*
Sara Nisha Adams, 2021
Traducción: Gemma Deza Guil

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



*En memoria de la abuela,
del abuelo, Ba y Dada, con cariño.
Para mamá y papá, con todo mi amor.*

Prólogo

LA LISTA DE LIBROS

2017

Las puertas son nuevas, de apertura automática. Modernas. Son distintas a las que había la última vez que Aidan estuvo aquí. Lo primero que aprecia son los pocos libros que hay en las estanterías; cuando era más joven, más «pequeño», esas mismas estanterías parecían infinitas, rebosantes de libros de todos los tamaños y formas. Incluso de adolescente, cuando trabajaba aquí durante las vacaciones de verano, este lugar era como un santuario para él y, aunque nunca se lo habría confesado a sus amigos, le encantaba perderse entre las pilas y pilas de libros de referencia. Tal vez sea la añoranza lo que pinte de color de rosa las gafas con las que Aidan contempla el pasado, tal vez ese país de las maravillas mágico y lleno de libros en realidad nunca existiera. Pero ahora, a los veintidós años, ahora que ya no es un niño, sino un hombre, vuelve aquí, en busca de un lugar donde esconderse... del mundo, de sus amigos y de su familia.

El bibliotecario levanta la mirada un instante mientras camina entre los libros y sonríe. El silencio da la bienvenida a Aidan. En sus recuerdos, este lugar nunca estaba en silencio. Por supuesto, se trata de una biblioteca, así que siempre ha sido un lugar tranquilo, pero siempre se oía un murmullo de personas que se movían de un lado para otro, de niños que susurraban a sus madres, de clientes que hojeaban libros, movían sillas, reían entre dientes, tosían y resoplaban. Hoy, en cambio, apenas se oye ni un ruido. Alguien teclea un mensaje en su móvil. El bibliotecario martillea el viejo y rudimentario teclado. Pero nada más. Recientemente ha visto carteles en tabloneros de anuncios en los que se hace un llamamiento para salvar las bibliotecas de Brent: en el supermercado, en el gimnasio e incluso pegados cerca de la estación de metro, junto a anuncios de venta de pasteles, de clubes de tejer punto en la biblioteca, de sentadas y peticiones. Pero ni se le había

pasado por la cabeza que la biblioteca de Harrow Road pudiera estar en peligro. Para él, es un lugar popular y muy querido. Sin embargo, ahora que está aquí empieza a asimilar que quizá la biblioteca de Harrow Road será la siguiente en desaparecer.

Recorre las estanterías de ficción, y va pasando los dedos por los lomos de las novelas policíacas hasta aterrizar en *Black Water Rising*, de Attica Locke. Lo leyó hace años. Quizá más de una vez. Empieza a pasar las páginas en busca de una vía de escape y los recuerdos se agolpan en su mente... Recuerda la Houston de Attica Locke, una ciudad viva, efervescente, oscura y llena de contrastes y contradicciones. Hoy necesita ese tipo de familiaridad, necesita retroceder a un mundo de cicatrices, de virajes y cambios de rumbo, pero un mundo en el que sepa cómo acabará todo.

Saber cómo acabará algo, al menos.

La mesa en la que de niño se acurrucaba ha desaparecido. Todo está remodelado. Las cosas no pueden quedarse siempre igual solo para complacerlo a él, ni aquí ni en su vida. Otro verano malo. Sin embargo, empieza a dejarse llevar por las palabras de la novela, recorre las frases con los dedos, intentando recrear la sensación de estar con los pies en la tierra, arraigado, convertido en un mero cuerpo que lee palabras y deja que la mente se evada a otro lugar. Nota cómo la historia invade su mente y lo transporta lejos. Sus propios pensamientos, sus preocupaciones, esa voz, empiezan a sonar de fondo y al final acaban convirtiéndose en mero ruido blanco.

Antes su madre lo traía aquí con su hermana pequeña, Aleisha, pero Aleisha prefería jugar y se ponía a patalear y armar alboroto y Leilah acababa sacándola fuera. Aidan solo podía disfrutar de unos pocos minutos de tiempo a solas, pero aquellos instantes lo serenaban, sosegaban su pensamiento, lo ayudaban a respirar, a escapar... a lo que más necesitara, fuera lo que fuese.

Un estrépito lo sobresalta y lo hace ser consciente de que hay alguien a su lado. Evita mirarlo, sin apartar los ojos de la página, porque no quiere que nadie rompa el hechizo, al menos por ahora. Por el rabillo del ojo divisa una alta pila de libros. Una barricada.

Se oye la silla arrastrada por el suelo y alguien empieza a sacar papeles diversos de una mochila: tiques arrugados, un resguardo de la biblioteca, la parte posterior de un crucigrama, todos los cuales van formando una blanca nube arrugada a medida que los depositan en el escritorio contiguo.

Se esfuerza por apaciguar su respiración mientras su vecino empieza a murmurar algo en voz muy baja. No atina a distinguir si canturrea una

canción o farfolla palabras sin sentido. Divisa un bolígrafo sobre el primer pedazo de papel y a continuación oye los trazos rítmicos del boli.

Aidan no levanta los ojos de la página: recorre las palabras de su libro, absorbiéndolas e intentando evocar la sensación que tuvo la última vez que leyó esas mismas palabras en aquel orden.

Durante unos minutos, Aidan permite que su atención entre y salga del libro, a la biblioteca, y luego a la calle y a Wembley. Se pregunta cómo le irá a su madre. ¿Se habrá dado cuenta Aleisha de que ha desaparecido? Regresa con el pensamiento a aquella sala, a la biblioteca y a la persona que está sentada a su lado y que garabatea como si su vida dependiera de ello.

Y entonces, de repente, la persona de al lado se pone en pie de sopetón y esparce un montón de trocitos de papel doblados por el escritorio. Aidan la observa por el rabillo del ojo mientras los papelitos van formando una línea, como si fuera a cámara lenta, y un dedo los golpea uno a uno... y cuenta «Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho...». A continuación, la persona mete todos los papelitos en el primer libro, el que está en lo alto de la pila. Aidan ve que se trata de *Matar a un ruiseñor*.

Las manos de la persona de al lado descansan un instante sobre la cubierta del libro. Aidan cae en la cuenta de que hace un rato que no pasa de página. Se pregunta si alguien se habrá dado cuenta de que está mirando. Se pregunta por qué está mirando esa escena. Y entonces, un momento después, la persona alarga los brazos, envueltos en un grueso jersey negro, y se acerca los libros hacia el pecho. Con un gruñido ahogado, barre la pila de libros del campo de visión de Aidan y este escucha el susurro de unos zapatos al rozar la hortera alfombra de la biblioteca mientras el vecino anónimo se dirige hacia el mostrador central. Aidan se permite regresar con el pensamiento a su historia.

Cuando finalmente se levanta de la silla, la luz crepuscular se cuele veteada por la ventana y la biblioteca vuelve a ser exactamente lo que él recordaba: un lugar mágico. Parece un milagro, pero él no cree en los milagros. El sol proyecta largas sombras sobre la destartada biblioteca, bañándolo todo con un tono ámbar cálido: parece estar tallada en oro. Levanta la silla para recolocarla, procurando no hacer ruido... como si quedara alguien allí a quien pudiera molestar.

Entonces divisa un solitario trocito de papel doblado en el escritorio, a su lado. Es el recorte de crucigrama.

Vuelve rápidamente la cabeza a izquierda y derecha, y luego mira despacio tras de sí. Nadie lo observa. Alarga el brazo, agarra el papel y lo desdobra, pliegue a pliegue. Lo sujeta con delicadeza entre los dedos, pues apenas es más grueso que un papel de fumar. No quiere romperlo. Piensa en la persona, en su vecino anónimo, escribiendo, garabateando, absorto.

Al desplegar la última esquina, el misterio súbitamente se desvela. La caligrafía es clara, ondulada, cálida e invitadora.

Por si la necesitas:

Matar a un ruiñeñor

Rebeca

Cometas en el cielo

La vida de Pi

Orgullo y prejuicio

Mujercitas

Beloved

Un buen partido

Matar a un ruiñeñor, el libro que estaba en lo alto de la alta pila. Recorre con la vista la lista. No le dice nada, no son más que palabras garabateadas en trozos de papel. Por un momento, piensa en llevársela, en guardársela en el bolsillo, pero se frena. Aquel pedacito de papel, tan bien plegado, no es más que la lista de libros de un desconocido. ¿Para qué necesita él algo así?

En lugar de ello, la deja otra vez sobre la mesa, cierra su libro, le da las gracias en secreto a Attica Locke y lo devuelve a la estantería de novela negra para que otra persona pueda disfrutarlo. Sale de la biblioteca; las puertas automáticas se cierran a su espalda. Vuelve la vista atrás de nuevo y ve la nota justo en el lugar en el que la ha dejado. Las sombras de la biblioteca se cierran tras él; los libros, los leídos y los no leídos, forman una barrera entre Aidan y la lista. Al alejarse de la biblioteca rumbo a las luces y los sonidos de la ciudad que llama «su hogar» nota cómo la paz y el silencio se desvanecen.

LA MUJER DEL VIAJERO EN EL TIEMPO
de Audrey Niffenegger

Capítulo 1

MUKESH

2019

Bip. «Hola, papá. Soy Rohini. Siento muchísimo llamarte otra vez, pero sabes que me preocupo mucho cuando no contestas ni me devuelves las llamadas. Priya y yo iremos a visitarte el viernes, así que dime si necesitas que lleve algo, comida o bebida. No estoy segura de que la comida que te preparas esté equilibrada en términos nutritivos, papá. Tienes que comer algo más que judías mungo. Y recuerda que hoy es el día de sacar la basura, solo el cubo negro, ¿vale? Los cubos verdes tocan la semana que viene. Pídele ayuda a Param, del número ochenta y siete, si tú no puedes sacarla, ¿de acuerdo? Sé que la espalda te ha estado dando la lata».

BIP. «Papá, soy Deepali. Rohini me ha pedido que te llame porque no sabe nada de ti. Dice que te recuerde que hoy te toca sacar la basura, ¿vale? No te olvides. ¡Acuérdate de que la última vez tuviste que salir corriendo de madrugada con la bata de estar por casa! Llámame luego, ¿vale? Ahora me voy al trabajo. Adiós. Las gemelas también te saludan. Adiós, Dada».

BIP. «Hola, papá, soy Vritti. ¿Estás bien? Solo llamaba para saber cómo estás. Llámame si necesitas algo. Puedo ir a verte cuando quieras, pero avísame de qué días tienes libre. Estas semanas voy a estar ocupadilla, pero puedo apañármelas, ¿vale?».

Y así, el día de Mukesh empezó como casi todos los miércoles, con tres mensajes idénticos de sus tres hijas —Rohini, Deepali y Vritti— en el buzón de voz a la desconsiderada hora de las ocho de la mañana, antes de irse al trabajo, una hora a la que, con frecuencia, Mukesh ni siquiera estaba despierto todavía.

Otro día de la semana podría haberles devuelto las llamadas por turnos, para hacerles saber que se le había olvidado sacar la basura, aunque no fuera verdad, y que no tenía ni idea de quién era el tal Param del número 87,

aunque si lo supiera... Le gustaba mantenerlas en alerta. Pero aquel día no tenía tiempo para tales cosas.

Era su día de compras. Naina siempre iba de compras los miércoles. Dejar de hacerlo no habría estado bien. Antes de nada comprobó el frigorífico y los armarios, organizados tal como a Naina le gustaba, es decir, completamente desordenados. Justo lo que sospechaba: le faltaban ocras y judías mungo. Le pirraban las judías mungo, dijera Rohini lo que dijese. En vida de Naina, él apenas había cocinado, salvo en los últimos meses, pero se sabía algunas recetas de memoria. Y con eso iba tirando. ¿Para qué diantres necesitaba él una dieta «equilibrada en términos nutritivos» a su edad?

Salió de casa, cerró de un portazo y el calor de principios de julio lo golpeó. Otra vez se había puesto demasiadas capas de ropa. Y eso que él siempre había sido muy caluroso. Algunos «viejos» del *mandir*^[1] se burlaban de él porque siempre tenía calor, aunque ellos estuvieran ateridos. Le preocupaba que le salieran rodales de sudor en las axilas, por más que siempre le dijeran: «Mukeshbhai, pero ¿por qué te preocupas por esas cosas? Si ya somos viejos... A nosotros no nos importa».

Pero Mukesh no quería ser viejo y, si dejaba de preocuparle tener manchas de sudor en las axilas, eructar en público y ese tipo de cosas, quizá también dejarían de preocuparle otras más importantes.

Se ajustó la boina, que llevaba independientemente del tiempo que hiciera, para que el sol no lo deslumbrara. Hacía cincuenta años que tenía aquella boina. Estaba bastante maltrecha y deshilachada, pero le encantaba. Había sobrevivido más que su matrimonio y, aunque no le gustaba ser pesimista, creía que perderla sería como perder otra parte fundamental de sí mismo.

Cada semana, el paseo por la colina baja desde su casa hasta la calle mayor se le hacía un poco más duro y le costaba un poco más respirar. Llegaría el día en que tendría que llamar a un vehículo de asistencia para personas mayores para realizar aquel trayecto de cinco minutos. Cuando por fin llegó a la cima de la colina y giró a la izquierda, respiró hondo, se apoyó en un bolardo, se colocó bien la bolsa de tela con el logotipo del templo, que se le había resbalado del hombro, y prosiguió rumbo al colmado de la calle Ealing Road donde solía hacer la compra.

Los miércoles, Ealing Road estaba más tranquila. Precisamente por eso, Naina lo había convertido en el día de compras. Decía que reducía sus posibilidades de tropezarse con algún conocido, cosa que siempre aumentaba

el riesgo de convertir una salida de compras de diez minutos en un encuentro social de una hora para ponerse al día.

Unas cuantas personas entraban y salían de los comercios, en cuyos escaparates bonitos maniquíes exhibían sus cuerpos engalanados con joyas y telas brillantes, pero la mayoría de las personas frecuentaban los puestos de frutas y verduras o los alrededores de la mezquita de Wembley Central. Mukesh saludó con la mano a su vecino Naseem y a la hija de este, Noor, que estaban sentados sobre un muro compartiendo una bolsa de mandioca frita que habían colocado entre los dos. Desde que Naina había muerto, apenas habían conversado más que unos minutos, pero siempre que veía a Naseem y a Noor durante las vacaciones escolares, le alegraban el día.

Mukesh llegó por fin a su tienda favorita, rebosante de todo tipo de hortalizas, frescas y aromáticas, mantenidas a la sombra bajo el toldo. Estaba atestada de clientes, cochecitos de bebé y niños. Mukesh notó una burbujita de pánico en la garganta. Nikhil estaba de pie en la puerta, como si lo estuviera esperando.

—¡Hola, Mukesh!

Nikhil tenía treinta años y era hijo de un conocido del *mandir*, así que, en realidad, debería haberlo llamado «Mukeshfua», que significa «tío», en señal de respeto, pero Mukesh hizo caso omiso, como de costumbre. No quería ser el *fua* de aquel joven. Todavía conservaba todo su cabello original, todos sus dientes originales y se había desprendido de la barriga con michelines que había lucido durante los diez últimos años, mantenida a base de una dieta de arroz, judías mungo y *kadhi*. Le gustaba pensar que era amigo de Nikhil, en lugar de su tío viejo y gruñón.

—*Kemcho*, Nikhil —respondió Mukesh—. ¿Me pones judías mungo, bastantes, y un poco de *bhindi*?

—Me pregunto qué irás a cocinar hoy, Mukesh...

—Sabes perfectamente lo que voy a cocinar.

—Era una broma. Pero ¿sabes que las judías mungo y las ocras no combinan bien, verdad? Prepárate algo distinto. Aunque sea para variar, Mukesh.

Nikhil puso los ojos en blanco, en un gesto burlón, mientras sonreía y dejaba a la vista su dentadura.

—Jovenzuelo, ¿sabes que deberías llamarme «fua»? Voy a hablar con tu madre acerca de tus malos modales.

Sonrió para sus adentros. Aunque lo intentara, nunca conseguiría granjearse el respeto que habían profesado a Naina. Ella había sido la figura

pública de su matrimonio. Era ella quien dirigía los *satsaangs* en el *mandir* los sábados y también los *bhayan*. Tanto jóvenes como mayores la tenían por un referente.

Mukesh observó a Nikhil abrirse camino entre la multitud y regresar con una bolsa azul rebosante de verduras que entregó a Mukesh. Había ocras y judías mungo en abundancia, y había añadido además otras hortalizas. Al fin y al cabo, el nombre del colmado era Alimentación Variada.

Mukesh le dio las gracias, en voz bastante baja, y se dirigió a la salida apartando a los clientes a empujones. En la calle, los coches hacían sonar sus bocinas, con las ventanillas abiertas y música de todos los géneros atronando en su interior.

Cuando llegó al comienzo de su calle, empezó a caminar «con brío», ayudado por la pendiente de bajada, abrió la puerta de su casa, se dirigió cojeando hasta la cocina y sacó las hortalizas de la bolsa (las verduras extra del día eran espinacas y cilantro, además de uno o dos panecillos, los ingredientes ideales para preparar un *pav bhaji* si bien Mukesh no tenía ni idea de cómo elaborarlo). Finalmente se sentó delante del televisor.

Normalmente, los miércoles sacaba la compra de las bolsas y luego se sentaba en su sillón con los pies en alto mientras se bebía una taza de *chai* caliente con el punto justo de dulzor, como Naina solía prepararlo (ahora él usaba bolsitas de té), y se apoltronaba a mirar Zee TV o las noticias para no ver el sillón vacío que había a su lado, el sillón de Naina, y para llenar sus oídos de ruido, risa y conversaciones serias, de asuntos importantes del mundo, para ocupar el pensamiento con algo que no fuera el silencio ensordecedor que todos los días le daba la bienvenida a casa desde hacía dos años.

Durante meses tras la muerte de Naina, Mukesh no había sido capaz de dormir en su propia cama, porque le daba la sensación de estar en una casa ajena.

—Papá, tómate el tiempo que necesites —le había dicho Rohini al principio, y Vritti había instalado una cama para él en el salón.

—No puede dormir siempre ahí. Se va a destrozar la espalda —les había susurrado Deepali a sus hermanas después de arroparlo.

Aquella desconcertante inversión de papeles le había provocado a Mukesh una inmensa sensación de vergüenza. ¿Cómo podría volver a sentirse pleno cuando la persona que lo completaba se había ido para siempre?

—Ya se pondrá bien. Está triste. A mí también me cuesta entrar en la habitación, pero vamos a tener que sacar las cosas de mamá. ¡Qué

desordenada era! —había musitado Rohini como respuesta.

Tumbado en el sofá del salón, Mukesh había cerrado los ojos con la esperanza de no oír las risas de sus hijas. Él era el padre; él era quien debería estar cuidando de sus niñas. Pero no era capaz. No sabía cómo hacerlo sin Naina.

Transcurrido un año, había dado comienzo el tiempo del silencio eterno de Mukesh Patel, esa etapa silenciosa y solitaria del duelo en la que todo el mundo salvo él había continuado con sus vidas. Rohini, Deepali y Vritti habían insistido en vaciar de una vez por todas el dormitorio de Naina.

—Papá, no estamos dispuestas a posponerlo más. Es hora de que sigas adelante con tu vida.

Y así habían empezado a clasificar la vida de su madre, los detalles y la basura, a reorganizar el caos ordenado en el que Naina había prosperado. Deepali, que tenía la suerte de ser alérgica al polvo, había optado por hacerles la comida en lugar de ayudar. Aquel día, su casa volvió a llenarse de vida, pero por los motivos más inadecuados. Mientras escuchaba a Deepali batiendo la masa en la cocina, permaneció de pie en la puerta del que había sido el dormitorio que había compartido con Naina, observando a Vritti y Rohini. No se percataron de su presencia. Guardó silencio y se hizo invisible en su propia casa, convertido en un fantasma de sí mismo.

Rohini llevaba la voz cantante y daba instrucciones a Vritti para que sacara las cajas de debajo de la cama mientras ella iba de un lado para otro de la habitación, devolvía un peine a su sitio en una caja de zapatos situada sobre el armario, doblaba chales y los ordenaba en una gran maleta con ruedas y empaquetaba puñados y puñados de brazaletes y pulseras. Mukesh las observó sacar arrastrando una caja tras otra de debajo de la cama. Vritti se arrodilló en el suelo, con la mejilla apoyada en la alfombra, y barrió con la mano el hueco de izquierda a derecha.

De repente se oyó un estrépito y un tintineo.

—¡Madre mía! Pero ¿qué has hecho? —gruñó Rohini, bajando la vista hacia su hermana.

Vritti sacó la caja, que dejó a la vista un bote de yogur, ahora medio vacío, que contenía pendientes desaparejados. A continuación, salió la caja de zapatos Clarks llena de fotografías que las había mantenido entretenidas durante interminables horas cuando eran niñas y, sentadas sobre las rodillas de Naina o Mukesh, les preguntaban sobre sus ropas con estampados de cachemira y sus estridentes pantalones de campana. Mukesh siempre había

considerado que iban bastante modernos. Y las niñas se tronchaban al oírsele decir.

Siguieron varios táperes vacíos. Y, al final, un solitario libro de la biblioteca cubierto de polvo.

Vritti hizo una pausa momentánea y lo sostuvo en sus manos mientras Rohini se arrodillaba junto a ella.

—Papá—lo llamaron de un grito, sin ser aún conscientes de que se encontraba apenas a unos pasos de ellas.

Entonces Deepali entró también trotando en la habitación.

—El libro de mamá, bueno... el libro de la biblioteca —dijo Rohini—. Pensaba que los había devuelto todos, pero debí de dejarme este.

Lo sostuvo en alto en dirección a su padre, mientras este caminaba hacia delante, casi sin dar crédito a lo que veía, como si aquel libro polvoriento, asqueroso y pegajoso fuera una especie de espejismo. Al ver otras reliquias de la vida de su esposa, apenas había sentido nada. Pero al ver aquel libro allí, con el polvo grisáceo adherido a la cubierta de plástico formando manchas, tuvo la sensación de que Naina estaba en la habitación con ellos. Allí, con sus tres hijas y con uno de los queridos libros de Naina, por un instante, solo uno, no se sintió tan solo.

Hubo una época en que una inmensa pila de libros de la biblioteca se alzaba en la mesita de noche de Naina. Le hicieron compañía en su último año de vida. Leía los mismos libros, una y otra vez. Sus «favoritos». En aquel momento, Mukesh se arrepintió de no haberle preguntado de qué iban, qué era lo que tanto le gustaba de ellos, por qué había sentido la necesidad de leer los mismos libros una y otra vez. Pensó en cuánto le habría gustado leerlos con ella.

Ahora, lo único que le quedaba era aquel solitario libro de la biblioteca: *La mujer del viajero en el tiempo*.

Aquella noche, en una habitación donde el desorden de Naina había desaparecido, Mukesh abrió aquel libro sintiéndose como un intruso. No era su libro, no lo habían escogido para él, y quizá Naina ni siquiera hubiera querido que lo leyera. Se obligó a leer una página, pero tuvo que detenerse. Las palabras carecían de sentido. Intentaba convertir aquellas letras negras y aquellas páginas amarillas en una carta que Naina le hubiera escrito. Pero ese mensaje no existía.

La noche siguiente volvió a intentarlo. Encendió la lámpara de lectura de Naina y abrió el libro de nuevo. Hojeó rápidamente las páginas sucesivas, intentando ser cuidadoso, esforzándose mucho por no dejar su propia huella

en aquel libro de un modo tangible. Quería que aquel libro fuera de Naina, solo de Naina. Buscó cual forense una pista, una marca en la página, una gota de *chai*, una lágrima, una pestaña, cualquier rastro. Se dijo que un día tendría que devolverlo a la biblioteca; así lo habría querido Naina. Pero no podía desprenderse de él. Aún no. Era su última oportunidad de traer a Naina de vuelta.

Avanzó página a página, capítulo a capítulo. Conoció a Henry, un personaje capaz de viajar en el tiempo. Gracias a ese don, Henry podía conocer a versiones pasadas o futuras de sí mismo, y, lo más importante, así fue también como conoció a Clare: viajó a través del tiempo para conocerla cuando solo era una niña y regresó una y otra vez a lo largo de los años. El amor de su vida. Y a Clare no le quedó más remedio que amarlo, porque él era todo lo que había conocido.

Mukesh empezó a contemplar a aquellos personajes no como Henry y Clare, sino como si fueran una encarnación del amor, de ese tipo de amor que parece predestinado, ineludible.

El tipo de amor que habían vivido él y Naina. Conforme la historia avanza, Henry viaja al futuro y descubre que va a morir. Le explica a Clare que sabe cuándo morirá, cuándo se separarán para siempre.

Mientras leía la tragedia sobre Clare y Henry, el teléfono que había junto a Mukesh empezó a sonar. Era Deepali. Mukesh, sollozando, no era capaz de hablar.

—Yo sabía que iba a morir, mi *beta* —le dijo a su hija, cuando al fin pudo articular palabra—, tal como Clare sabía que Henry iba a morir en este libro. Prácticamente pudieron contar sus últimos días juntos. Yo también tuve esa advertencia. Pero ¿hice todo cuanto pude? ¿La hice feliz durante sus últimos meses de vida?

—Papá, ¿de qué hablas?

—Del libro de tu madre, de *La mujer del viajero en el tiempo*.

—¿Y qué pasa con el libro, papá? —le preguntó su hija, con una voz sosegada en la que Mukesh pudo detectar su compasión.

—Henry y Clare..., los protagonistas..., se amaban desde muy jóvenes, igual que tu madre y yo. Y sabían que él iba a morir. Vivieron sus vidas lo mejor que pudieron, aprovechando al máximo cada momento. Y no sé si yo también lo hice.

—Papá, mamá te quería y sabía que tú la querías. Con eso bastaba. Venga, no llores. Es tarde, papá, vete a dormir, ¿de acuerdo? No te preocupes por eso. Le diste una buena vida, y ella a ti también.

Naina había muerto. Pero aquel libro parecía ofrecer una ventanita a su alma, al amor que ambos habían sentido, a su vida juntos. Una fotografía instantánea de los primeros tiempos de su matrimonio, cuando todavía eran unos desconocidos el uno para el otro. Casados, sin tener ni idea de cómo era el otro de verdad. Naina se ocupaba de todo: cocinaba, limpiaba, reía, lloraba, cosía, remendaba y, al final del día, leía. Se acomodaba en la cama como si hubiera tenido una jornada relajada y leía. Desde sus primeras semanas juntos, Mukesh supo que la amaba, y que la amaría para siempre.

«Siempre me tendrás, Mukesh», le había dicho ella entonces, mientras Mukesh sostenía el libro en las manos. La escuchó decirlo. Escuchó su voz. Aquella historia la había traído de vuelta, aunque solo fuera por un momento.

Mukesh se disponía a coger el mando a distancia y continuar con la rutina del día cuando su mano tropezó con un libro. *La mujer del viajero en el tiempo* lo miraba fijamente desde la mesa del salón. «Hora de llevarme a la biblioteca, sin excusas», le susurró el libro, con una voz que sonaba inquietantemente parecida a la de Naina. Había llegado la hora de dejar aquel libro atrás, de seguir adelante. Era el momento de hacerlo.

Con unas cuantas respiraciones profundas y un pequeño estiramiento de piernas, Mukesh se puso en pie, guardó el libro en su bolsa de tela, comprobó que llevaba el pase del autobús en el bolsillo, salió de casa y se encaminó colina arriba. Cruzó la calle a la altura del semáforo para dirigirse a la parada de autobús más cercana. Mientras esperaba, escudriñó los horarios con el fin de averiguar qué autobús debía coger.

De pie junto a él había una joven con un moño desordenado y un inmenso teléfono móvil, que sostenía con ambas manos.

—Perdone, ¿le importaría decirme dónde está la biblioteca y qué autobús tengo que coger?

La mujer suspiró y empezó a dar golpecitos con el dedo en la pantalla de su móvil. La había irritado. Mukesh tendría que buscar otra manera de averiguarlo, pero, por más que lo examinaba, no era capaz de leer los detalles del mapa. Se quedaría allí para siempre.

—Tiene que coger el autobús 92 —le dijo de repente la muchacha, cosa que sobresaltó a Mukesh—. Está en el Centro Cívico.

—¡No, no! ¡Tiene que haber otra! El Centro Cívico está demasiado concurrido. Demasiada gente para mí. ¿Podría comprobarlo de nuevo?

La mujer mascó su chicle sonoramente, con una especie de gruñido. Miró su teléfono.

—Pues no lo sé. Las bibliotecas de esta zona están cerrando, ¿sabe? — Tomó aire de manera brusca. Un momento después dijo—: Bueno, sí, también está la biblioteca de Harrow Road, un poco más abajo. Se llega con el mismo autobús, pero tiene que tomarlo en la acera de enfrente.

—Gracias, gracias, muchas gracias.

Le respondió con una sonrisa y, de nuevo contra todo pronóstico, la muchacha también le sonrió.

Emocionado, Mukesh se dispuso a bajar del bordillo sin acordarse de lo lentas que le iban las piernas y notó un dolor punzante en una rodilla. La mujer lo agarró, con mano firme pero amable.

—No se entusiasme. Tiene que mirar a ambos lados primero.

Ella misma volvió la vista a derecha y a izquierda, de nuevo a la derecha, y le dio un empujoncito al comprobar que no venía ningún coche.

Desde la acera de enfrente, Mukesh se dio la vuelta para mirarla, con la mano en alto para despedirse de ella, pero el autobús de aquella mujer había llegado y ya se había olvidado de él.

Cuando el 92 se detuvo delante de él, subió como pudo, haciendo acopio de todas sus fuerzas, y colocó su abono de transporte sobre el lector.

—Perdone —le dijo al conductor—, ¿puede indicarme dónde tengo que bajar para ir a la biblioteca de Harrow Road? —pronunció aquellas palabras como si se dirigiera a la Santa Sede del Interés.

El conductor lo miró de modo inexpresivo.

—En la parada de Ealing Road —le respondió al fin.

—Gracias, amigo, muchas gracias. Hoy es un día importante para mí.

Capítulo 2

ALEISHA

— **A**leisha —dijo Termo Dev, dando unos golpecitos con la mano en el mostrador—. Voy a ausentarme el resto del día. ¿Podrías esforzarte un poco por parecer viva? Sé que esto no es Tiger Tiger o donde sea que a los jóvenes os guste ir últimamente, pero la gente quiere seguir recibiendo un buen servicio de atención al cliente.

Aleisha estaba desplomada sobre la mesa, con expresión de «Capulla con malas pulgas descansando», como a su hermano tanto le gustaba decir. Alzó la vista hacia Termo Dev, sin preocuparse siquiera de enderezarse en la silla. Termo era su director, un hombre indio alto y flacucho que solía vestir con chalecos de punto. Solía resultar irritante, pero a Aleisha le despertaba una cierta necesidad de protegerlo. En la biblioteca era «el Jefe». Los bibliotecarios correteaban tras él como perros falderos, intentando complacerlo, incluso cuando se limitaba a sentarse en un rincón y beber de su termo (Aleisha se preguntaba si aquel termo no contendría alcohol, porque en la sala de personal había una especie de cafetera chulísima y no entendía qué sentido tenía traerse el café de casa). Sin embargo, tenía la sensación de que, al salir a la calle, Termo se encogía a la mitad, porque el mundo exterior, sobre todo Wembley, no sentía tanta predilección por los hombres con chaleco de punto que bebían todo el año de un termo y a quienes les gustaba mangonear. Le preocupaba que la gente pudiera increparlo si caminaba muy despacio o que lo adelantaran de malas maneras y le derramaran el «café».

—No se preocupe, jefe, hoy esto está muerto.

Termo enarcó las cejas, pero no podía rebatírsele. Algo antes habían acudido unos cuantos niños quejicas y gritones, acompañados por sus padres, que tampoco tenían interés alguno en aquel lugar. Se habían llevado un libro cada uno, con la promesa de pagar las multas que debían por devolverlos tarde el próximo día que acudieran. Aquellas multas (de 20 y 67 peniques) llevaban tres meses anotadas como pendientes y seguramente se convertirían

en impagos de por vida. Aleisha lo dejó pasar; no le apetecía lidiar con aquel problema. Aquel no era el trabajo de sus sueños (¿lo sería de alguien?), sino un mero empleo de verano. Había acabado los exámenes en mayo, así que, literalmente, aquel estaba siendo el verano más largo de su vida.

—¿De verdad hay gente que aún va a la biblioteca? —le habían preguntado sus amigas de la escuela cuando había conseguido el empleo.

Eran lugares tan silenciosos. Mortales. Y supinamente aburridos. Primero había intentado conseguir un trabajo en los grandes almacenes de ropa Topshop de Oxford Street, porque habría podido disfrutar de descuentos y, además, le habría brindado la oportunidad de salir de Wembley un rato. Pero allí era donde había acabado.

—Es un lugar tranquilo —le había dicho Termo después de la entrevista—. Y nos congratulamos de ello. Muchas bibliotecas han cerrado sus puertas en los últimos tiempos, estoy seguro de que estarás al corriente, y estamos haciendo cuanto está en nuestra mano para recalcarles a las autoridades que este espacio es absolutamente vital para nuestra comunidad —hablaba abriendo los brazos en cruz, regodeándose en el sofocante silencio de la biblioteca—. Muchos de nuestros clientes habituales acuden aquí por la maravillosa sensación de estar en silencio en compañía, ¿sabes? A tu hermano también era una de las cosas que más le gustaban de este lugar tan especial, ¿me equivoco? Por cierto, ¿cómo está?

Aleisha asintió y se encogió de hombros a modo de respuesta. Su hermano mayor, Aidan, había trabajado en la biblioteca cuando tenía su edad.

—La gente es fascinante, absolutamente todo el mundo —le había dicho Aidan cuando Aleisha le había comunicado que le habían dado el trabajo—. El mero hecho de contemplar a la gente sentada en silencio, buscando un libro o haciendo cualquier otra cosa sin darse cuenta de que los observan... es como... No sé cómo explicarlo... En una biblioteca nadie finge ser quien no es.

Aleisha no había entendido su fascinación. Aidan siempre había sido el amante de los libros. Era estudioso y le gustaba aprender cosas nuevas por gusto, mientras que ella solo estudiaba para sacarse los exámenes y nunca se habría acurrucado con un libro en las manos como solía hacer él.

Su madre los había llevado a la biblioteca esporádicamente de niños, pero Aleisha no soportaba el silencio. Pataleaba y gritaba, porque lo que quería era corretear por el parque que había fuera. Al crecer, Aleisha no había vuelto a entrar en la biblioteca por iniciativa propia, mientras que Aidan solía dirigirse

allí después de la escuela, a veces para hacer los deberes, pero la mayoría de los días, sobre todo, para leer libros por placer.

Por eso, en cuanto Aleisha le había explicado que no la contrataban en Topshop, Aidan le había sugerido que solicitase un empleo en la pequeña y tranquila biblioteca de Harrow Road, con su olor a humedad. Y, en cierto sentido, Aleisha había aceptado aquel empleo por él, con la esperanza de que se sintiera orgulloso de ella.

—Yo también me voy, Aleisha. ¿Sabrás desenvolverte sola un rato? —preguntó Lucy, una de las dos bibliotecarias voluntarias, saliendo a toda prisa de entre las estanterías.

Termo aseguraba que, simple y llanamente, no disponían de fondos suficientes para contratar a más personal: no había suficientes incentivos para mantener en funcionamiento dos bibliotecas perfectamente adecuadas cuando la del Centro Cívico era superelegante, lo cual los obligaba a esforzarse por recortar gastos al tiempo que proporcionaban «el mejor servicio posible». Lucy vivía en Wembley desde hacía años y Harrow Road había sido su biblioteca de referencia en una época en que contaba con mejor financiación. Le encantaba recordar los buenos tiempos, cuando los niños se apiñaban allí en vacaciones.

—Antes esta biblioteca rebosaba vida, Aleisha... Me gusta seguir viniendo un par de veces a la semana. Me trae recuerdos de mis hijas. Fue aquí donde se convirtieron en lectoras. —A Lucy le encantaba perderse en sus recuerdos. Le había explicado aquella historia al menos quince veces a Aleisha, por más que siempre empezara con un «Si ya te lo he contado, dímelo...»—. ¡Ahora está menos concurrida, porque los niños se pasan el día jugando a la Xbox y esas cosas, supongo! —continuó Lucy—. En cambio, mis pequeñas se enfrascaban en cualquier página que les cayera entre las manos.

Una de las hijas de Lucy había acabado por regentar su propio salón de peluquería, con dos o tres establecimientos en la zona, y le iba muy bien. La otra se había formado como contable y trabajaba para un despacho de abogados en la ciudad. Lucy estaba infinitamente orgullosa de ellas y atribuía su éxito a «esta biblioteca».

—¡Qué tranquilo está hoy esto, ¿verdad?! —exclamó Lucy mirándolos a ambos mientras se ponía su chaqueta de verano y se dirigía hacia la puerta—. Hace un día ideal para relajarse leyendo un buen libro —les dijo guiñándoles el ojo—. ¡Hasta la semana que viene!

Ciertamente, aquello estaba muy tranquilo. Lucy y Aidan tenían razón en eso. Pero la tranquilidad comportaba aburrimiento, y aquel día estaba resultando particularmente tedioso.

—¿Por qué no revisas el montón de las devoluciones? —le sugirió Termo a Aleisha volviéndose para mirarla desde la puerta—. Hay que asegurarse de quitar cualquier papelito o resto de suciedad que puedan contener. Algunos de nuestros clientes habituales —dijo, mientras Aleisha pensaba para sus adentros «¿Cómo que algunos?! ¡Todos! ¡Los cinco!»— se han quejado de que han encontrado trozos de papel y migas entre las páginas. Hay guantes de látex en el cajón. Sé que Kyle disfruta encargándose de eso, pero sería de muchísima ayuda que hoy lo hicieras tú.

¡Cómo no! Al santurrón de Kyle le encantaban las tareas más desagradables y superdiligentes. Pensó en pasar por alto las instrucciones de Termo..., pero echó un vistazo a su alrededor para inspeccionar la estancia. Silencio absoluto. Había un tipo leyendo en un rincón y una madre con su hijito pequeño en la sección infantil, todos ellos absortos en sus asuntos. Nadie la necesitaba. Su teléfono descansaba sobre el escritorio: ningún mensaje nuevo. El viejo reloj que colgaba sobre la puerta marcaba la una y media. Aún le quedaban largas horas por delante y, sin nada que hacer, el tiempo parecía detenerse. Así que abrió el cajón del escritorio, se enfundó un par de guantes de látex, que se le adherieron a la piel, y se puso manos a la obra.

Transcurridos diez minutos ya había logrado formar dos montones. Cosas para tirar: unos cuantos billetes de tren, recibos antiguos y una entrada rasgada para un concierto de Stormzy de 2017. Cosas para conservar: una solitaria tarjeta de fidelidad de una pollería en la que solo faltaba un sello para obtener el descuento. Al pobre Kyle le daría un vuelco el corazón al saber que se había perdido aquel pequeño tesoro.

Justo cuando se disponía a abrir un ejemplar especialmente desagradable de *Guerra y paz*, divisó, por el rabillo del ojo, a un anciano al otro lado de las puertas de cristal de la biblioteca. Trataba de abrirlas a empujones. Al no conseguirlo, pidió que le abrieran agitando los brazos.

«¿Será posible?! —pensó—. ¡Tiene un puñetero pulsador justo delante de las narices!».

Y encima aquel tipo aparecía justo cuando Aleisha había creído que ya podía pasar en paz el resto del día. Puso los ojos en blanco en un gesto de exasperación y esperó a que el pobre hombre se las apañara para abrir la puerta. Con suerte, perdería la paciencia y daría media vuelta para ocuparse de su siguiente encargo.

Pero se equivocaba. El hombre persistía, sin éxito. Se quedó allí de pie, haciendo gestos con un brazo en alto y el otro en la parte baja de la espalda, alargando el cuello todo lo que podía y revisando las puertas en busca de una pista de cómo abrirlas. Movía los ojos de izquierda a derecha y luego, apenas una fracción de segundo después, la cabeza.

Nada.

Aleisha esperó un poco más, pero cuando el hombre empezó a toquetear la parte alta de las puertas, se rindió. No quería que Termo Dev la reprendiera por negligencia si aquel tipo intentaba trepar por una ventana de la planta superior y acababa cayéndose o algo por el estilo.

Se quitó los auriculares, se dirigió a la entrada y pulsó el botón para abrir las puertas. Observó cómo se separaban.

—¡Ajá! —exclamó el hombre desde el otro lado, encantado consigo mismo.

—Basta con pulsar un botón. Hay un botón por la parte de fuera también.

—Ya veo. Gracias, señorita —contestó él asintiendo con la cabeza.

Aleisha se dirigió de regreso al mostrador y volvió a colocarse los auriculares y los guantes de látex, lista para continuar.

Pero, al alzar la vista de nuevo, vio al hombre de pie justo donde lo había dejado, al otro lado de las puertas, que habían vuelto a cerrarse automáticamente detrás de ella. Alzó la vista al cielo y, esta vez, decidió no ayudarlo.

—¡Perdone, señorita! —dijo, golpeando la puerta con los nudillos mientras con la otra buscaba frenéticamente el botón que no atinaba a ver.

Aleisha pensó que no le pagaban suficiente para aquello.

Cuando el hombre ya llevaba treinta segundos toqueteando y aporreando la puerta, la madre decidió llevarse a su hijo a casa y, al salir, dejó entrar al hombre. Esta vez no perdió la oportunidad y saltó al interior sin pensárselo dos veces. Se dirigió derecho al mostrador de Aleisha. Esta clavó la mirada en su pila de papeles para tirar y fingió estar concentrada con la esperanza de que el hombre se diera cuenta de que estaba ocupada y la dejara en paz.

Por encima de la música escuchó su disculpa reiterada.

—Perdone, señorita.

A continuación empezó a dar golpecitos en el mostrador. Cuando el hombre acercó el dedo al timbre, Aleisha lo miró directamente a los ojos.

—¿En qué puedo ayudarlo, señor? —Le sonrió con dulzura, poniendo su tono educado de «Míreme, soy bibliotecaria».

—Venía a devolver... —dijo y, tras un momento de silencio, palideció—. Perdone, no, en realidad... —Sacudió la cabeza con fuerza—. En realidad busco algunos libros.

Aleisha percibió que agarraba con fuerza la pequeña bolsa de tela que llevaba a un lado del cuerpo, aferrándose a ella como si le fuera la vida en ello.

—Pues ha venido al lugar indicado —le contestó con una sonrisa petulante.

—No me entiende, señorita. Necesito su ayuda. Ayúdeme, por favor.

Aleisha suspiró.

—¿Con qué necesita ayuda?

—Yo... —balbuceó con voz trémula, casi inaudible. Un leve rubor le había teñido de rosa las mejillas y Aleisha vio cómo las orejas se le ponían de color rojo fluorescente—. No estoy seguro de qué... libros... Busco alguna novela.

—Puede utilizar las máquinas de autoservicio para eso —respondió Aleisha señalando en dirección a las mesas donde estaban los ordenadores.

El hombre miró hacia allí y bajó la vista a sus manos.

—Diría que no voy a saber utilizarlas... —dijo.

—¿Sabe qué libros busca? —le preguntó ella.

Suspiró, se volvió hacia su pantalla, minimizó la ventana de Facebook y, al hacerlo, atisbó brevemente la nueva foto que su exnovio, Rahul, había publicado. Después abrió la base de datos pertinente.

—No, también necesito ayuda con eso.

Aleisha se esforzó por no perder la paciencia.

—Me temo que no puedo ayudarle si no sabe qué libros quiere. Lo único que tengo es un motor de búsqueda.

—Pero ¿no conoce usted los libros? Los bibliotecarios son personas que saben lo que la gente quiere leer. Yo sé qué tipo de libro quiero. Quiero leer libros que vaya a disfrutar. Tal vez incluso alguno que pueda compartir con mi nieta... Como algunos clásicos, quizá. Novelas, diría. He leído *La mujer del viajero en el tiempo*. —Se llevó la mano a la bolsa y la agarró con fuerza—. Y la verdad es que me ha gustado mucho. Me ha ayudado mucho ese libro.

—Pues no lo conozco. Lo siento mucho, pero a mí se me dan mejor los libros de no ficción, los libros de texto y esas cosas. Libros que me enseñan cosas. No leo novela.

El hombre pareció horrorizado y se quedó boquiabierto.

—Pues debería usted leer novelas. Es su trabajo. ¿Podría darme alguna orientación? ¿La que fuera?

—No. Creo que tendrá que usar Google o algo así...

—Yo...

Se levantó de la silla y notó una punzada de dolor en las sienes. Pensó en la noche anterior, en su madre encerrada en su habitación y en su hermano caminando de un lado para el otro en el pasillo, escuchando atentamente detrás de la puerta, comprobando cómo estaba, con la preocupación escrita en el rostro. Aleisha notaba los ojos cansados, irritados, y la cabeza embotada.

—Por favor, señor —espetó con los dientes apretados—. Le invito a que revise a su antojo los estantes y busque el libro que le apetezca leer. Hay novelas allí.

Le indicó vagamente la dirección con el brazo. Y, dicho esto, se sentó y observó al hombre abrirse camino hacia las estanterías, con paso lento pero seguro. Volvió la vista hacia ella varias veces, con el ceño fruncido. Aleisha se concentró en la pantalla, decidida a ignorarlo. Algo parecido al remordimiento empezó a borbotearle en la garganta y la hizo toser. ¿Qué le había pasado? Se colocó los auriculares, ajustándoselos bien a las orejas.

Se subió un guante de látex por el antebrazo, notando cómo le estiraba del vello. Se disponía a dar carpetazo a los últimos minutos cuando otra persona más se le acercó. Era uno de los cinco clientes habituales de la biblioteca: Mister Novela Negra. Era habitual encontrarlo en la sección de novela negra, sentado a las mesas con vistas al parque. La zona estaba un poco guarecida del resto de la biblioteca, en un rincón apartado y silencioso. A veces, cuando la biblioteca cerraba, a Aleisha le gustaba sentarse allí y mirar por la ventana un par de minutos. Hacer una breve pausa antes de regresar a casa. Concederse un momento para coger fuerzas.

—¿Qué? —le espetó.

Sabía que estaba siendo maleducada, pero no le quedaba energía ni para preocuparse por eso.

—Eh... perdona —masculló él. Tenía el pelo largo, demasiado largo para un adulto, en opinión de Aleisha, y le tapaba gran parte de la cara. Le gustaba llevar camisetas de colores vivos, pero casi siempre llevaba una gruesa sudadera con capucha por encima. El mero hecho de verlo así, en aquel clima estival bochornoso, la hacía desfallecer—. Solo quería devolver este libro —dijo sosteniendo en alto un ejemplar de *Matar a un ruiseñor*.

Aleisha apuntó con su dedo enfundado en látex en dirección al montón de devoluciones.

—Déjalo allí y yo me encargo —dijo ella.

Asintió.

—No es el tipo de novela negra que suelo leer, pero es muy bueno. Lo he leído varias veces, y siempre vuelvo a releerlo... Me ayuda a olvidarme de mis preocupaciones. Bueno, todas las novelas lo hacen, ¿no es cierto? Y este lugar tiene ese efecto en mí.

Aleisha frunció el ceño: si la novela negra era su válvula de escape, ¿de qué diantres intentaba escapar? Asintió a modo de respuesta.

Míster Novela Negra avanzó dando traspiés, incómodo y tímido.

—Este libro... ¿quieres que te diga algo?... Yo lo recomendaría. —Alzó las cejas e hizo un gesto casi imperceptible en dirección al anciano enmarcado por las estanterías. Aleisha volvió a fruncir el ceño y Míster Novela Negra agitó el libro en el aire de nuevo en dirección al hombre mayor—. Es un clásico, un libro que todo el mundo debería leer.

Articuló con cuidado cada palabra antes de depositar el libro junto a los otros ejemplares devueltos, como si se tratara de un regalo valiosísimo, y se alejó de ella lentamente.

Pero ¿qué le pasaba a aquel tipo? ¿Acaso estaba flirteando con ella?

Cuando por fin se fue, Aleisha cogió el ejemplar de *Matar a un rruiseñor*, lo escaneó para volver a registrar su entrada en el sistema y lo sacudió en busca de cualquier residuo que hubiera que tirar a la papelera. Al ver caer un papelito, imaginó que podía ser el número de teléfono o la cuenta de Instagram o algo por el estilo de Míster Novela Negra. Pero, al desdoblarlo, comprobó que se trataba de una especie de lista de la compra. Suspiró y se dispuso a llamarlo para que regresara a buscarlo y cantarle las cuarenta por darle más trabajo. Pero entonces se fijó bien: estaba escrito con una caligrafía bonita, con florituras donde tocaba. No era la letra que habría imaginado que tenía Míster Novela Negra. Repasó el texto escrito: era una lista de libros.

Una lista de lectura.

Había ocho títulos garabateados. Empezaba con *Matar a un rruiseñor*, el libro que sostenía entre sus manos forradas de látex.

Por si la necesitas:

Matar a un rruiseñor

Rebeca

Cometas en el cielo

La vida de Pi

Orgullo y prejuicio

Mujercitas

Beloved
Un buen partido

Al principio, la arrojó al montón de cosas para descartar. Pero cuando fue a tirarla a la basura, algo la detuvo. Se quitó uno de los guantes y, con cuidado, recorrió con los dedos las delicadas palabras *Matar a un ruiseñor*, antes de guardar aquel pedacito de papel en la parte posterior de la funda de su móvil, junto con la tarjeta de fidelidad de la pollería.

Sostuvo en alto el libro, asimilando la cubierta y notando el peso de las páginas en las manos.

Entonces se puso en pie y se dirigió hacia el señor mayor, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho y las palabras «un libro que todo el mundo debería leer» resonándole en la mente. Aquella sería su buena obra.

Capítulo 3

MUKESH

Mukesh había notado los ojos de la muchacha clavados en su nuca mientras se dirigía a zancadas hacia las estanterías. No tenía ni idea de por dónde comenzar a «buscar una novela»; los colores de los libros parecían difuminarse todos en uno. Pasó las manos por los lomos, notando las distintas texturas, la mayoría de ellas brillantes y suaves, sedosas. Pensó en los bonitos saris de Naina apilados en casa. Las palabras escritas en los lomos caían sobre él como una ola antes de alejarse, riéndose de él, como si supieran que aquel no era su sitio. ¿Seguiría mirándolo aquella joven? Caminó por entre las estanterías, tratando de quedar fuera de su campo de visión.

Escuchó murmullos. No sabía de dónde procedía el sonido, pero tuvo la sensación de que cotilleaban sobre él. Se ruborizó. Desesperado por ocultarse de la vista, cogió rápidamente un libro cualquiera de la estantería.

Aprender a conducir: manual teórico del carné de coche. No era precisamente el libro que buscaba. Ni siquiera era una novela, aunque sí podría resultarle útil a su nieta Priya dentro de seis años, cuando se presentara al examen teórico. Reacio a admitir su derrota y decidido a fingir que no necesitaba la ayuda de la bibliotecaria, se sentó a una mesa y empezó a leer: «Introducción. Código de circulación: una lectura imprescindible para todo conductor».

—Ay, Naina —se lamentó en voz alta—. ¿Qué hago yo aquí?

Alguien oculto en el rincón le mandó guardar silencio con un siseo bastante agresivo y Mukesh levantó la cabeza sobresaltado. ¿Cuánto tiempo se suponía que debía pasar allí para que no pareciera que había cometido un tonto error? Era evidente que no iba a presentarse a la teórica del carné de conducir en breve. ¿Qué pensarían de él si lo vieran así, turbado de aquella manera? Se leyó el índice de contenidos al completo y parte de la introducción, que era interesante, aunque del todo irrelevante para su vida

cotidiana. Hacía tiempo que había dejado de conducir. Sus hijas se habían encargado de ello.

Allí sentado, notó el fuego de *La mujer del viajero en el tiempo* perforando su bolsa de tela, requiriendo su atención. Había sido incapaz de devolver el libro en el momento indicado. Sabía que, si lo devolvía ahora, se metería en graves problemas por habérselo quedado tanto tiempo. Quizá pudiera evadirse en sus páginas, alejar su mente de aquella incursión terrible, incómoda y bochornosa...

Escuchó pasos a su lado, el único sonido que interrumpía el silencio, y, sin tener tiempo para sacar *La mujer del viajero en el tiempo* de la bolsa, volvió a zambullirse en el *Manual teórico del carné de coche*. Sonaba un clac, clac, clac. Miró por encima de su hombro, intentando pasar lo más desapercibido posible. Horrorizado, abrió los ojos como platos al ver que se trataba de aquella muchacha. Sostenía un libro entre las manos, probablemente para mofarse de él. Sus uñas, largas y puntiagudas, tamborileaban aquel clac, clac, clac sobre la cubierta.

—Disculpe, señor —dijo.

Esta vez sonaba educada, pero no podía fiarse de ella. Volvió la vista hacia las páginas. Quería leer aquel fascinante libro en paz.

—¿Señor? —repitió ella—. ¿Era ese el libro que buscaba? —Señaló el *Manual teórico del carné de coche*—. Podría habérselo encontrado si me lo hubiera pedido.

—No me llames «señor», ¡yo no soy tu «señor»! —Mukesh se puso en pie, invadido por el enfado y la vergüenza.

Dicho aquello, agarró el *Manual teórico del carné de coche*, se dirigió hacia la puerta lo más rápido que pudo y pulsó el botón de apertura automática (¡aunque lo de «automática» no era del todo adecuado!) para salir de allí. Con la cabeza bien alta, hizo caso omiso de los pitidos de los detectores, ajeno al libro robado que llevaba en la mano.

Al llegar a casa, Mukesh abrió la puerta y regresó al vacío; estaba más calmado, pero le escocían los ojos de las lágrimas y las orejas le ardían por la vergüenza. Se descalzó en la puerta y arrojó la bolsa de tela sobre su sillón del salón con una fuerza inesperada mientras comprobaba si había mensajes en el contestador del teléfono fijo. Encontró uno nuevo de Rohini que acababa con un: «Papá, llámame cuando oigas el mensaje. Me gustaría saber qué cocinar

cuando vayamos a verte el viernes. Tengo que hacer la compra mañana. Espero que te estés alimentando bien».

Se desplomó en el sofá. El mensaje de Rohini solo sirvió para hacer que el corazón le latiera aún con más fuerza. La semana pasada Priya le había suplicado que le dejara algo para leer. Se había olvidado su libro en casa y no tenía nada para pasar el tiempo. Mukesh le había sugerido que viera *Planeta azul*, pero solo había conseguido que se enfurruñara.

—¡Ojalá Ba estuviera aquí! Tenía tantos libros...

Priya y Naina siempre estaban rodeadas de libros. Naina se escondía con Priya en el dormitorio de la planta inferior, se armaban un fuerte con sábanas y cojines, y se sentaban juntas a leer.

Las escuchaba hablar de personajes como si fueran personas reales. Y le parecía un poco rocambolesco, pero completamente adorable. Mientras, él veía sus documentales con idéntica pasión. Eran igual de educativos, pero menos cansados para los ojos. Le habría encantado que a Priya le gustara David Attenborough tanto como a él.

—Tengo un libro —le había dicho Mukesh a su nieta, mientras se apresuraba a subir al trastero, que estaba en la planta de arriba.

En la librería ahora solo había un polvoriento ejemplar con funda de plástico de *La mujer del viajero en el tiempo*.

Pero cuando se lo bajó y se lo enseñó, el rostro de Priya se tiñó de indignación.

—Escucha, Priya. Hasta yo he leído este libro. Es una historia maravillosa.

Priya se lo había arrancado de las manos y se había agarrado un berrinche poco habitual en ella.

—Dada, ¡este libro es para adultos! ¡No es para mi edad! —dijo, decepcionada. Mukesh percibió que sus mejillas empezaban a adquirir un vivo tono rojo por la frustración—. Ojalá Ba estuviera aquí. Ella sabría qué darme. Tú no sabes nada de libros, Dada. —El labio inferior empezó a temblarle, se sorbió la nariz y añadió—: ¡A ti no te gusta leer!

A Mukesh se le hizo añicos el corazón. Había sido un golpe certero al pecho. Se le anegaron los ojos de lágrimas y quiso desaparecer, desesperado por escuchar la voz de Naina una vez más, por notarla sentada a su lado.

No. No podía soportar que volviera a repetirse una escena como aquella. Se había sentido tan avergonzado, tan inútil... Naina se habría sentido tan decepcionada...

—¿Qué puedo hacer? —le preguntó a la silenciosa casa.

«No es momento de rendirse, Mukesh».

Mukesh se detuvo en seco, consciente de que su mente y su decepción le estaban jugando una mala pasada, pero tuvo la sensación de que era Naina quien le hablaba.

«Todo el mundo necesita pedir ayuda alguna vez, Mukesh», le dijo nuevamente la voz de ella y notó cómo se le erizaba el vello de la nuca. Tenía razón, Naina siempre tenía razón.

Se le encogió el corazón al imaginar a Priya sentada en un sillón, o arropada en el lado de la cama en el que dormía Ba, con un libro, a kilómetros y kilómetros y mundos y mundos de distancia de él.

—¿Le gusta venir a visitarme? —preguntó Mukesh en voz alta.

Esperó a que la voz de Naina sonara de nuevo y le dijera que todo iba a salir bien, pero lo único que escuchó fue el silencio.

Se repantingó delante del televisor y puso *Planeta azul*. Normalmente, la voz de David Attenborough, las azules profundidades marinas y los extraños ruidos de los animales captaban su atención y lo ayudaban a relajarse. Pero aquel día la voz del científico cayó en oídos sordos y Mukesh se dirigió de nuevo hasta su bolsa de tela, sacó *La mujer del viajero en el tiempo* y lo abrazó contra el pecho. Caminó arrastrando los pies hasta su dormitorio y se tumbó en la cama. Dejó que la novela cayera abierta en sus manos y se dejó transportar de nuevo al mundo de Clare y Henry. Los habían advertido de antemano (una bendición y una maldición al mismo tiempo) acerca de la muerte de Henry. Era la advertencia más cruel que podían darle a alguien. Sabían que sus días juntos eran limitados y esperaban la llegada de ese fin anunciado.

Pero, basándose en su propia experiencia, Mukesh sabía que una advertencia, por dura e inapelable que fuera, no era ningún consuelo. Era un lento goteo de miedo que permeaba todos los momentos, los buenos y los malos. Una bomba de relojería. Recordaba el día en el que el doctor los había sentado a Naina y a él después de hacerle la última exploración.

—Lo lamento, señora Patel —había dicho el médico con voz firme, aunque bajo la superficie Mukesh percibió un estremecimiento.

El doctor llevaba unas gafas perfectamente ajustadas al puente de la nariz. Tenía el aspecto que Mukesh imaginaba que podría haber tenido su propio hijo, de haber existido. Y la familiaridad con la cual les hablaba lo hacía todo incluso más difícil. Siempre habían querido tener un médico en la familia para momentos como aquel, para que un experto les dijera: «No te preocupes, papá, los médicos también se equivocan».

Pero tanto Naina como Mukesh sabían que el médico no se equivocaba.

Rohini acudió a recogerlos a la puerta del hospital; los bombardeó con datos interesantes que había oído en las noticias, intentando aliviar la tristeza que reinaba en el coche, mientras Mukesh y Naina, sentados, guardaban silencio. Aquel era su momento, el momento equivalente a cuando Henry había viajado al futuro y se había visto morir, y se preguntaban cuánto tiempo les quedaría hasta que finalmente llegara aquel día.

Durante semanas, en la negritud de la noche, mientras Naina dormía a su lado, en la mente de Mukesh resonaron las palabras «Lo lamento, señora Patel».

—Naina —le susurraba—, ¿cómo podría intercambiarne contigo? ¿Cómo puedo pedirle a Dios que se me lleve a mí en tu lugar?

Mukesh sabía lo que les aguardaba, tal como lo habían sabido Henry y Clare, pero se negaba a admitirlo.

—Mukesh —le dijo Naina una mañana—, deberíamos hablar de los preparativos, para después...

Lo dijo con voz cálida, pero en un tono práctico. Mukesh se sintió herido. Henry nunca le había permitido a Clare pensar demasiado en aquel momento, en el momento de su muerte, ¿no era cierto? Mukesh ya no lo tenía tan claro, porque su recuerdo de la novela se había fusionado con su propia vida. Henry era Naina y Mukesh era Clare. Él era quien se quedaba solo.

—Naina —le contestó él sonriendo—, no te preocupes por eso, disfrutemos de este bonito día.

Habría empleado las mismas palabras independientemente de si lucía un sol esplendoroso o caía una tormenta.

—Deberíamos hablar de las niñas, de lo que necesitarán. Priya, Jaya y Jayesh. Tengo cosas que me gustaría darles, para cuando sean mayores. Me gustaría enseñártelas.

Mukesh se limitó a sacudir la cabeza de lado a lado y a darle un sorbito al té.

—Naina, no te preocupes por eso ahora. Tienes que descansar. Ya hablaremos de todo eso otro día. Veamos algo, una de esas películas, una bonita. —Las palabras le salían a borbotones de la boca, como una cascada que intentara anegar el pragmatismo de Naina.

—¡Mukesh! —le había replicado Naina con voz terca. Cada pocos días intentaba hablar con él, y cada pocos días él desestimaba hacerlo—. Nos han concedido tiempo, deberíamos utilizarlo.

Pero Naina nunca le dijo cómo debería sentirse cuando ella ya no estuviera, qué tendría que hacer para traerla de vuelta. Y eso era lo único que él habría querido saber.

Y allí estaba, solo, sin ninguna pista aún sobre lo que debía hacer en su ausencia, abandonado en una casa sin vida, sin alma y sin libros que en el pasado había sido su hogar, el hogar de ambos. Naina había llenado aquella casa con su personalidad, había colgado su corazón entre sus saris y había decorado con sus posesiones todas las superficies: telas y chaquetas de punto sobre los respaldos de las sillas, pilas de libros en todos los rincones y joyas colgando de los pilares de la cama.

Dejó el libro, se levantó de la cama de un brinco y abrió uno de los armarios roperos de Naina, del cual sacó —con menos delicadeza de lo que había pretendido— una cantidad infinita de saris. Se dijo que buscaba libros, algo para dar de leer a Priya, pero en realidad esperaba traer de vuelta a Naina con aquel gesto. Mientras iban cayendo al suelo uno tras otro, le llegó el cálido y húmedo olor del perfume de Naina, que lo envolvió como una nube. Por un instante, ella volvió a estar allí. Estaba en todas partes.

Mukesh se deleitó sin motivo. Rohini querría zarandearlo al llegar y decirle: «Papá, la vida sigue. Mamá habría querido que salieras adelante».

Se tumbó boca arriba en la cama, con la vista clavada en el techo, e inmediatamente se arrepintió de su decisión. ¿Sería alguna vez capaz de volver a ponerse en pie? Observó las grietas del techo ensancharse ante sus ojos, mientras las telarañas empezaban a apoderarse de todos los rincones de la habitación, mientras las sombras que proyectaba el cristal de la ventana se convertían en gruesas líneas de color negro tinta, y esperó, esperó a que la tinta goteara sobre él y acabara oscureciéndolo por completo. Volvió a pensar en Henry, en Clare y en un tiempo en el que tener a su esposa tumbada junto a él no era solo el anhelo de un hombre destrozado por la pena.

La lista de libros

CHRIS

2017

Se obligó a salir de la cama. Tenía la cabeza embotada de tanto dormir, pero al menos era un avance: era la primera vez en semanas que se despertaba antes de mediodía. Notó el vacío a su lado, el lado de la cama de Melanie, y al instante quiso que se lo tragara la tierra para dejar de sentir de una vez aquel dolor. En el suelo, diversas novelas policíacas apiladas lo miraban fijamente, provocándolo, recubiertas por una fina capa de polvo.

Normalmente, a Chris le bastaban sus libros para salir de una depresión. Pero la primera vez que había tenido entre las manos una novela después de la ruptura y había descubierto a una detective inteligente, alta, elegante y guapa lo único en lo que había podido pensar era en Melanie. Ella también era inteligente, alta, elegante y guapa. Chris, frustrado, había cerrado el libro, había escuchado el golpetazo de las páginas. Se había quedado mirando el techo, con la mirada perdida, y así había permanecido durante el resto de la noche, mientras por su mente desfilaban imágenes de ella. De Melanie feliz, de Melanie triste. «Melanie, Melanie, Melanie».

No obstante, aquel día estaba decidido a apartar a Melanie de su mente; a aparcarse su vergüenza, su debilidad y su incapacidad de conectar emocionalmente con la gente. Necesitaba meterlo todo en una cajita pequeña con una diminuta tapa de madera. Esperaba que algo mantuviera aquella caja cerrada. Rezaba por ello. Solo necesitaba unas cuantas horas para olvidar, para ser otra versión de sí mismo.

Así que se puso los pantalones, unos recién lavados, y una camiseta nueva, también acabada de sacar del armario, y salió rumbo a Harrow Road. Atravesaba una época poco lectora, pero aun así cada día seguía yendo a la biblioteca, un pequeño santuario en aquella ciudad solitaria. Desde la ruptura, su teléfono no había dejado de vibrar al recibir mensajes de amigos: «Hola,

¿os apetece venir a cenar con nosotros a Melanie y a ti?», «Hola, Chris, ¿por qué no vamos a dar un paseo? Joanna os echa de menos a Melanie y a ti», «¿Cómo estáis? ¿Qué tal le va en el nuevo trabajo a Melanie? Espero que estéis bien. Os echo de menos. Beso». «Melanie, Melanie, Melanie». Todo el mundo quería a Melanie. Y él también la quería. Al menos en la biblioteca podía respirar, podía huir de aquella avalancha de mensajes y limitarse a existir aunque fuera solo un rato.

Aquel día, mientras estaba sentado en su sitio de costumbre, había visto algo, un libro allí abandonado. Algunas personas eran descuidadas, hacían acopio de libros para... leerlos con calma y no devolvían a su sitio los que descartaban, sino que dejaban que fuera el personal de la biblioteca quien se encargara de hacerlo. Pensó en hacer una buena obra y devolverlo a la estantería.

Pero, al cogerlo, vio una nota adhesiva pegada a la mesa bajo el libro. La arrancó, con cuidado, y se la acercó al rostro. Ya no tenía la vista como antaño, como antes de las horas infinitas que había pasado leyendo bajo la luz tenue de su piso. En la nota había una serie de letras manuscritas con una caligrafía elaborada.

«Sé que no es el tipo de libros que sueles leer, pero yo leí *Matar a un ruiseñor* a los 21 años, en un momento difícil de la vida, y me enseñó muchas cosas, además de permitirme contemplar el mundo de nuevo a través de los ojos de un niño, tanto lo bueno como lo malo. Fue una válvula de escape. Me sumergí en el mundo, en las injusticias, en los personajes, y era justo el tipo de respiro de mi propia vida que necesitaba, porque me ayudó a preocuparme más por la vida de los demás. Espero que también a ti te permita escapar, que te dé un respiro. A veces, los libros nos transportan a otro lugar durante un tiempo y luego nos reintegran a nuestra vida con una nueva perspectiva».

Se apartó el cabello de los ojos. No había ningún nombre escrito en la nota, no había ningún «Para» ni ningún «De». Podía ir dirigida a cualquiera. Pero entonces ¿cómo podía explicar la repentina sensación de que lo observaban? Era como si alguien le hubiera leído el pensamiento. Volvió a mirar el libro y leyó con atención el título: *Matar a un ruiseñor*. ¿Sabía quienquiera que hubiera escrito aquella notita que él siempre se sentaba allí, día tras día, dejando pasar las horas?

Sostuvo el libro con firmeza entre las manos, como si pudiera cobrar vida y explicárselo todo. Pero no ocurrió nada. Nadie salió de detrás de las estanterías para revelarles que estaba siendo parte de una broma con cámara indiscreta: «Chris, estamos rodando un episodio de tu asquerosa vida». Sin

embargo, alguien, en algún lugar, le estaba diciendo que entendía por lo que estaba pasando.

Pensó en esperar, en guardarse aquel libro para un día lluvioso, pero hoy se había prometido que iba a distraerse.

Matar a un ruiseñor le ardía en las manos: «Léeme, léeme, léeme». No había ninguna otra explicación posible: aquel libro era una señal. Lo abrió por la primera página, ajeno al sutil murmullo en la biblioteca que lo rodeaba, y le sorprendió que las palabras no saltaran ni huyeran de él corriendo. Se mantuvieron firmes en su sitio y enseguida se convirtieron en imágenes. Conforme la narradora, Scout Finch, le presentaba el hogar de su infancia, el pueblecito de Maycomb, en Alabama, notó que una carcajada se le atragantaba en la garganta: las pintorescas rarezas de la gente del pueblo, la resistencia infantil del hermano de Scout, Jem, y su amigo Dill... Era otro mundo, y se alegraba mucho de zambullirse en él. Cuando llegó a la página veintisiete, antes de lo que habría imaginado, encontró otra notita allí oculta. Era una lista de lectura completa, cuya primera recomendación era *Matar a un ruiseñor*. Aquel libro había desterrado a Melanie de su pensamiento, la había mantenido oculta en aquella cajita con una diminuta tapa de madera, y había conseguido que no notara el dolor y la duda burbujeándole por las venas en todo momento. Aquellas primeras veintisiete páginas le habían dado algo que no había experimentado desde su ruptura: esperanza.

Aquella lista era para él: lo sabía.

Pensó en el mensaje manuscrito en la parte superior: «Por si la necesitas». Y también pensó que nunca había necesitado tanto nada.

MATAR A UN RUISEÑOR
de Harper Lee

Capítulo 4

ALEISHA

Durante su paseo desde la biblioteca hasta casa, los sonidos del parque acompañaron a Aleisha: niños que jugaban y grupos de jóvenes de su edad que reían y fumaban. Se preguntó si conocería a alguno de ellos. Sintió unas ganas terribles de ir al parque y fumarse un cigarrillo, pero había quedado con su madre en que regresaría a casa aquella tarde para preparar la cena. Sabía que su madre querría una tostada con aros de espaguetis, su plato preferido. Pero llevaba dos semanas pidiéndole lo mismo y Aleisha estaba harta de aros de espaguetis. Le apetecía un estofado de cordero, la especialidad de su tío Jeremy, aunque fuera pleno verano e hiciera un calor inclemente.

Le envió un mensaje de texto a Rachel, su prima, para pedirle la receta (su tío Jeremy era un negado con el teléfono) y su prima le respondió casi al instante con una imagen de la receta de su tío garabateada en las páginas de un libro de cocina de Delia Smith. «Papá cocina mejor que Delia, te lo aseguro», puntualizó Rachel. La madre de Aleisha adoraba a su hermano Jeremy y también adoraba su cocina, de manera que Aleisha rezó porque aquella receta fuera el punto de inflexión que necesitaban aquella semana en la cuestión de los aros de espaguetis. El pecho le palpitaba de nervios mientras en su mente se sucedían los pensamientos de todas las calamidades que podían ocurrir: que se quemara el estofado, se disparara la alarma contraincendios y eso desencadenara el enfado, la tristeza y la ansiedad de Leilah. Por otro lado, cocinar el estofado del tío Jeremy a la perfección también tenía sus inconvenientes. ¿Qué pasaría si a Leilah le resultaba insoportable que otra persona pudiera preparar el estofado de su hermano? ¿Y si solo conseguía que se aislara durante más tiempo aún? Aleisha respiró hondo, notó el cálido aire estival que le llenaba los pulmones y decidió concentrarse en la receta: pasito a pasito.

Aleisha amplió la desordenada caligrafía del tío Jeremy y encontró la lista de ingredientes antes de entrar en el colmado Alimentación Variada. Deambuló por la tienda, seleccionando las verduras y hortalizas que necesitaba, y comprobando una, dos y hasta tres veces que eran las que aparecían en la lista, para lo cual tuvo que esforzarse por descifrar la letra del tío Jeremy.

Pagó al tipo que había tras el mostrador y, al salir, le escribió otro mensaje a Rachel: «Muchas gracias. Mamá se pondrá muy contenta, estoy segura. Mucho mejor que los aros de espaguetis».

Vio que Rachel le escribía, que paraba y que volvía a empezar, pero no apareció ningún mensaje en la pantalla. Aleisha se quedó mirando el móvil, a la espera. Comenzó a escribirle otro mensaje, «¿Cómo estás?», y retuvo aquellas palabras unos instantes antes de darle a la tecla de borrar. Seguramente su prima estaría ocupada y en aquel momento no tendría tiempo para ponerse a hablar de la vida. Volvió a guardarse el teléfono en el bolsillo.

Una vez hubo comprado la carne en Iceland, caminó por la ajetreada calle principal durante cinco minutos más de lo necesario, en parte porque odiaba el atajo, flanqueado por enormes cubos de la basura de los comercios, siempre rebosantes y, con toda probabilidad, hediondos a causa del calor. Pero, principalmente, lo que intentaba era retrasar la hora de llegar a casa. «Su casa». Se preguntó que significaría aquella palabra para el resto del mundo.

Al doblar la esquina comprobó que, tal como era previsible, todas las ventanas de su casa estaban cerradas a cal y canto. Las demás ventanas de la calle estaban abiertas de par en par y a través de ellas llegaban sonidos de televisores encendidos, de niños que jugaban a la Xbox y hogares en pleno apogeo. Su madre, Leilah, estaría muerta de calor, pero no soportaba que entrara ni saliera aire de su casa.

Aleisha abrió la puerta con suma cautela, como si un movimiento en falso pudiera provocar un incendio. Aidan ya no estaba allí; sin duda, se había ido en cuanto el reloj había dado las seis, anunciando así que su turno de cuidar a su madre había concluido. A veces, cuando Aidan estaba en casa, se pasaba el rato en la calle, sentado en el descapotable que se había comprado años antes con dinero prestado por su madre, escuchando música a todo trapo en el equipo estéreo del coche. A su madre no le importaba. Apenas se daba cuenta. Aidan era su niño bonito. A veces, desde las ventanas, los vecinos le gritaban que apagara la maldita música, pero él les replicaba que aquel era un país libre, aunque normalmente solo lo hacía si sus amigos andaban por allí,

observando, y querían algo de él. Otras veces bajaba la música a un volumen que él consideraba razonable y continuaba con su día.

Aleisha dejó la bolsa de la compra sobre la encimera de la cocina y subió al piso de arriba en busca de su madre, sabiendo que la encontraría en la misma habitación y en la misma posición en la que la había dejado aquella mañana. Se preparó mientras giraba el pomo.

Leilah estaba hecha un ovillo en la cama, envuelta en un grueso edredón de invierno. Aleisha empezó a sudar solo de verla. Leilah tenía los ojos cerrados y su respiración era profunda, pero no estaba dormida. Tenía un mal día, pero los había habido peores en el pasado.

—Mamá, voy a preparar estofado de cordero para cenar, ¿vale? Como lo hace el tío Jeremy.

—Como quieras, cariño —contestó Leilah sin abrir los ojos.

—¿Quieres que abra una ventana?

Leilah se encogió aún más hasta desaparecer en la cama, como si las palabras de Aleisha le hubieran arrojado un atizador caliente a la piel.

—Supongo que eso es un no.

Aleisha cerró de un portazo al salir, notando nuevamente un fuerte pinchazo en las sienes. Aquella habitación había empezado ya a apresarla; bajó las escaleras a trompicones mientras intentaba zafarse de ella. Le habría gustado largarse de aquella casa. Le habría gustado encerrarse en el descapotable de Aidan y poner la música a todo volumen. Quería que los vecinos la increparan, que le chillaran. Y quería contestarles a gritos.

En lugar de ello, entró abatida en la cocina, volcó los ingredientes de la bolsa de plástico en la encimera y empezó a organizarlo todo con una tranquilidad ensayada. Pensó en cómo preparaban Rachel y Jeremy los ingredientes antes de empezar a cocinar, como si fueran los cocineros de un programa de televisión o algo por el estilo. Aleisha estableció su propio ritmo de rebanar, cortar y medir. Al menos así tenía algo en lo que concentrarse. Comprobó la hora en el reloj de pared: ya eran las siete y media. Justo bajo el reloj vio la placa de cerámica de Peter Rabbit, el conejo creado por Beatrix Potter, ocupando con orgullo su lugar en la pared de la cocina. Aidan la había ganado cuando tenía unos diez años por un dibujo que había hecho de aquel conejito de cuento (y que en verdad no era para tanto) para la feria de la escuela. Y colgaba allí desde entonces.

Le dio unos golpecitos al teléfono, con los dedos pegajosos por la cebolla, mientras se preguntaba si Aidan le habría escrito algún mensaje poniéndola al

corriente de la situación o indicándole cuándo llegaría a casa. No había mensajes nuevos.

Echó la cabeza hacia atrás frustrada y posó de nuevo los ojos en Peter Rabbit, tan sonriente y despreocupado, agitando su colita peluda.

—¡Aleisha! —la llamó Leilah con voz ronca y suplicante.

Aleisha notó el ya familiar nudo de miedo formársele en la garganta.

—¿Qué pasa, mamá?

—Por favor, ven. Tengo calambres en los pies.

—Es que tendrías que moverlos —susurró Aleisha para sí misma.

—¡Por favor, ven ya!

Aleisha subió las escaleras.

—Mamá, lo único que tienes que hacer es estirar los pies —le dijo con voz tranquila, procurando que no denotara su impaciencia.

—Pero no puedo hacerlo sola. ¿Tú crees que yo ahora mismo puedo estirarme sola?

—Tienes que hacer esto —le contestó Aleisha, entrando de puntillas en el dormitorio de su madre.

Se sentó en el suelo y le demostró cómo estirar los pies y las piernas. Leilah la observó y movió las piernas poco a poco para imitarla antes de emitir un sonoro sollozo y dejar caer los brazos sobre la cama, a ambos lados de su cuerpo.

—No puedo.

Aleisha se puso en pie.

—Claro que puedes. Todo el mundo puede —le dijo con una sonrisa y una voz alentadora—. Es como yoga para principiantes.

Contuvo la respiración un instante, temiendo haberse excedido y que fuera demasiado pronto para hacer una broma.

Leilah la miró con el ceño fruncido.

—Quizá deberías probar a hacer una clase de yoga —le sugirió Aleisha. Volvió a sentarse en el suelo y probó la pose de nuevo—. Tendrías un poco más de agilidad.

Leilah soltó un único «Ja» crispado y alzó las cejas; Aleisha notó que el latido del corazón se le apaciguaba. Leilah imitó la postura de su hija una vez más y, de repente, sus extremidades cobraron vida. Aleisha detectó una mueca de dolor en el rostro de Leilah cuando el calambre le ascendió por la pierna, pero comprobó que seguía estirándose. Juntó los dedos pulgar e índice, formando la «o» de «Om», y empezó a canturrear.

Aleisha cerró los ojos, juntó las palmas y habló con una voz etérea de yoga:

—Espero que hayáis disfrutado la práctica de hoy.

Aleisha se dio una palmada en la rodilla, riéndose de su madre y de ella misma. Su madre no pisaría una clase de yoga ni muerta. Se sentó en la cama de Leilah mientras esta deshacía la pose del estiramiento y exhalaba un sincero «Namasté».

—Espero que te haya ayudado a limpiar los chakras.

Leilah se agarró el pie izquierdo y se apretó el talón unas cuantas veces.

—Sí, creo que mis chakras están mejor.

—Entonces nos saltamos hacer el perro invertido.

Leilah soltó una risita y cerró los ojos con fuerza. Aleisha, en cambio, los abrió como platos y también rio para disimular su sorpresa. Al cabo de unos momentos, ambas reían histéricamente. Leilah, con la cabeza hacia atrás y la boca abierta, reía con la alegría de una colegiala. Aleisha la observó. El sol que se colaba por un hueco en la cortina le iluminaba una franja del rostro. Tenía la piel brillante, un tanto resplandeciente. Parecía feliz. Aleisha tomó una instantánea mental de aquel momento. Le habría gustado detener el tiempo... para siempre. Cuando acabaron de reír, permanecieron sentadas juntas en una paz relativa, soltando alguna carcajada esporádica.

Una vez se impuso la calma, Aleisha hizo el gesto instintivo de acariciarle el rostro a su madre, pero Leilah se apartó súbitamente antes de que la piel de Aleisha rozara la suya.

La mañana siguiente, Aleisha escuchó a su hermano en la cocina, friendo algo. El olor del aceite se colaba por debajo de la puerta de su dormitorio. Se obligó a levantarse y se frotó los ojos. Le dolía la cabeza y ya notaba el calor opresivo del día cerniéndose sobre ella. Echó un vistazo a su teléfono, intentando ignorar las muchas notificaciones del chat de su grupo escolar, que estaría repleto de fotos de sus amigas bebiendo cócteles en la playa, de vacaciones. Pensó en enviarle otro mensaje a Rachel para agradecerle la receta (al final Leilah había comido más de lo que esperaba), pero no lo hizo. No tenía que darle las gracias. Eran familia.

Cuando entró en la cocina, donde estaba Aidan, sus zapatillas de andar por casa repiquetearon sobre el linóleo.

—Hola, Leish, no te vi anoche. ¿Qué tal el trabajo?

—Si te soy sincera, una pesadilla.

Aidan la miró enarcando ligeramente las cejas, como alentándola con un «Cuenta, cuenta».

—Es que... —Suspiró Aleisha, sin ganas de volver a revivir la escena—. Entró un viejo en la biblioteca, tendría unos noventa años, lo juro, y buscaba recomendaciones de libros y... ya sabes que a mí no me gusta leer. —Aleisha lo miró a los ojos, pero Aidan le devolvió una mirada inexpresiva—. Y me burlé de él.

—¡Aleisha!

—No digas nada, ya lo sé. No me hagas sentir aún peor.

—Mira, no pasa nada. Seguramente cuando yo trabajaba allí también cabré a mucha gente... Quizá no como tú has hecho, pero que te sirva de lección... Como solía decir el tío Jeremy, la próxima vez hazlo mejor.

—¡Venga ya! ¡Que no eres mamá... ni el tío Jeremy! Tú no eres quién para darme lecciones. ¿Te vas a quedar en casa hoy? —preguntó Aleisha dubitativa, al verlo con la bata de estar por casa, el delantal y las pantuflas.

—Sí, es tu día libre. Ve a ver a tus amigas. Ya me quedo yo con mamá. Creo que ha pasado una mala noche otra vez. Se ha despertado varias veces.

Aleisha se acercó a la bandeja de comida que había al lado de Aidan, donde tres salchichas grasientas se enfriaban. Agarró una con sus largas uñas, procurando que no le tocara la piel, y la sostuvo en alto por encima de su boca abierta.

—¡Vigila, Leish! Estás manchando el suelo de gotas de aceite. —Aidan se acuclilló con un papel de cocina en la mano en un gesto tan veloz que el delantal se le infló sonoramente. Limpió las gotitas amarillas que habían caído y le dijo a su hermana—: Venga, no te quedes en casa hoy. Sal a que te dé el aire fresco.

—No pasa nada, no tengo planes. Me quedaré por aquí a ver la tele.

—No, Leish, mamá no querrá que hagamos ruido hoy. Tiene migraña. —Aidan la miró serio, con gesto ceñudo y unas profundas ojeras moradas—. Yo me quedo, no te preocupes.

Aleisha se encogió de hombros y engulló la salchicha tan rápido como pudo; Aidan la observó con repugnancia.

—Que no... —insistió con la boca llena—. De verdad. No tengo nadie a quien ir a ver. Prefiero estar aquí. Me quedaré sentada en silencio en mi habitación. No os daréis cuenta ni de que existo.

De súbito, Leilah gritó desde el piso de arriba:

—¡Callaos ya! ¡Aleisha, cállate!

Aleisha y Aidan se miraron, con gesto compungido y sin rastro de sonrisa. A Aleisha no le sorprendió: la tarde del día anterior, las risitas, el yoga..., pero nada había cambiado. Nada cambiaría nunca. Aquel grueso velo negro siempre estaría ahí, cubriendo toda la casa, aplastando ahora a Aidan con su peso. Tras un breve silencio, en el que ninguno de los dos se atrevió casi a respirar, Aidan finalmente meneó la cabeza a ambos lados.

—No lo ha dicho en serio.

Pero no lo dijo en voz alta, porque no sabía si era verdad.

—Vaya, pues parece que voy a tener que irme... —dijo Aleisha con voz nítida, aunque hablando en susurros. No quería hacer ningún ruido.

—Leish, puedes quedarte si quieres, pero sabes que vamos a tener que andar con pies de plomo.

Aleisha se encogió de hombros.

—No conozco a nadie que tenga que lidiar con esta mierda. ¿Tú no estás harto?

Estaba agotada, agotada de mantenerse siempre alerta, agotada de escuchar a su madre llorar por las noches y de fingir que no oía nada y dejar que fuera Aidan quien lo solucionara, agotada de que nadie la necesitara nunca, de ser siempre el detonante. Estaba exhausta.

Aidan guardó silencio. Estaba limpiando con una bayeta las superficies, pese a que ya estaban impolutas.

Mientras la puerta de casa se cerraba de un portazo tras ella, la voz de Leilah repicó en la cabeza de Aleisha:

—¡Esta es mi casa! ¡No la tuya!

Su cantinela de siempre.

Aleisha no tenía ningún sitio donde ir, pero ese ningún sitio era mejor que quedarse en casa.

Sin pensárselo demasiado, echó a andar y dejó que fueran sus pies quienes la guiaran. Paseó despacio. Pasó frente a los puestos del mercado, mientras los instalaban, e hizo caso omiso de los frutereros que le anunciaban a voz en grito precios, unos precios increíbles, que pese a ello no la sedujeron. Pasó junto a niños que ya habían salido a la calle con sus bicicletas, pedaleando por la carretera sin mirar, que gritaban a sus amigos a quienes sacaban la delantera y volvían la cabeza 180 grados para contemplar a sus colegas bamboleándose sobre los manillares.

Con cada paso que daba por Ealing Road y luego por la avenida principal, se iba alejando más y más de casa. Con cada paso notaba que el corazón le palpitaba más lento. No sabía adónde se dirigía, en realidad, hasta que la curva de la carretera se enderezó y la vio allí delante, como una casita de campo de estilo Tudor, con aspecto de estar extrañamente fuera de lugar.

Debería haberse imaginado que su subconsciente la conduciría hacia allí, hacia la biblioteca, el único lugar en el que sabía que podía estar callada y sola durante un rato. Tal vez no fuera tan mala idea, al fin y al cabo. Si los libros realmente podían ayudarla a evadirse, al menos leer era más barato que emborracharse.

El santurrón de Kyle estaba en el mostrador de atención al cliente aquel día. Aleisha lo saludó con una inclinación de cabeza al atravesar las puertas de la biblioteca, haciendo caso omiso de la expresión de sorpresa escrita en el rostro de su compañero, y empezó a recorrer los pasillos. Se dirigió a la sección de novela policíaca, preguntándose si las palabras de Mister Novela Negra le servirían de inspiración. Repasó los lomos de los libros, resplandecientes por efecto de la luz solar y brillantes en sus fundas de plástico. Acarició con los dedos los volúmenes, pero no extrajo ninguno de las estanterías. Al final, el rojo, azul y amarillo de los lomos se fundió en una enorme masa y todo dejó de tener sentido para ella. En la biblioteca reinaba el silencio, pero ella oía un gran barullo interno. Las palabras parecían saltar: «muerte», «homicidio», «asesino», combinadas con otros títulos más suaves a la vez que más espeluznantes: *Te observan...* Empezó a sentirse abrumada. ¿Cómo se lo montaba Mister Novela Negra? ¿Cómo podía sentirse relajado allí, en aquel espacio, con aquellas palabras cerniéndose sobre él? Tamborileó con el dedo en un lado del muslo mientras simulaba estar relajada y fingía que sabía lo que se hacía.

Le vibró el teléfono.

Era el grupo de WhatsApp de nuevo: lo habían creado cuando tenían catorce años, pero hacía semanas que Aleisha no participaba en él. Y nadie se había dado cuenta. Mia había etiquetado a tres de sus amigas en su último mensaje. En otra época, Mia había sido la mejor amiga de Aleisha.

«@Beth @Lola @Kacey ¿Estáis en casa? ¿Os aptc hacer algo esta noche?».

Las otras dos chicas, Jenna y Shreya, estaban de vacaciones y no dejaban de enviar fotografías junto a la piscina desde Ayia Napa y Croacia.

El rechazo le seguía doliendo, incluso después de meses y meses de dar excusas a sus amigas. Era célebre por apearse de los planes en el último

momento alegando que estaba enferma, que se había intoxicado o que tenía migraña para no acudir a cenas de cumpleaños o a reuniones en el parque. Pero no ser de fiar era más fácil que decir la verdad: no quería que supieran que su madre estaba enajenada. No lo entenderían.

Beth, Lola, Kacey e incluso Jenna respondieron al instante.

Ping. Vibración. «Estoy por aquí. Hagamos algo».

Ping. Vibración. «Os echo de menos, chicas 🙄 Divertíos sin mí. Estaré allí en espíritu. Tomaos un vodka a mi salud 🍷».

Ping. Vibración. «¿Dónde os apetece ir?».

Mientras permanecía de pie en la biblioteca, las paredes de libros empezaron a cercarla, con sus lomos cada vez más grandes y más pesados. Vio a sus amigas proseguir con sus vidas sin ella. Mensaje tras mensaje. Libro tras libro. Había dejado de existir. Emoticonos, una chica bailando, saludos con cinco dedos, pulgares en alto. Felicidad. Todas eran felices. No tenían nada más de lo que preocuparse. Al fin y al cabo, era verano. El futuro se extendía ante ellas. Era la mejor época de sus vidas.

Salió a trompicones de entre las estanterías de libros hacia el espacio despejado que había detrás. Necesitaba volver a respirar, llenarse de oxígeno los pulmones. Le dio la vuelta al teléfono en la palma de la mano y se le empañaron los ojos al ver la funda de sandías.

Entre las sandías asomaba la lista de lectura.

Ahí estaba otra vez. Aquel libro. El primer libro de la lista. *Matar a un ruiseñor*. Recordó la imagen de Leilah echando la cabeza hacia atrás divertida, y también sus gritos de aquella mañana y los sollozos durante la noche. Los ojos de Aidan, con las oscuras ojeras, incapaz de decirle ninguna palabra de consuelo. Sintió que se estaba volviendo loca y quiso huir, dejar Wembley, dejar a su familia, dejarlo todo. ¿Podría un libro obrar esa clase de milagro? Al menos, era un sitio por donde empezar.

Encontró una butaca, la butaca de Míster Novela Negra para ser exactos, y se desplomó en ella. Guardó el teléfono en el bolso. La butaca estaba desgastada en algunos puntos y los brazos habían empezado a deshilacharse, pero era cómoda. El sol iluminaba las páginas de *Matar a un ruiseñor*. Si de verdad iba a hacerlo, tenía la sensación de que estaba en la posición correcta, en la perspectiva correcta y en el entorno correcto para abrir el libro por el capítulo uno y empezar a leer. Sin embargo, justo cuando estaba perfectamente acomodada para hacerlo y se había mentalizado para zambullirse por completo en la lectura, el tono estridente y condescendiente de Kyle perforó el silencio. Estaba tratando con otro cliente irracional,

irrelevante o fastidioso que había telefoneado a la biblioteca, pero al menos lo hacía mejor que cuando trataba con clientes irracionales, irrelevantes o fastidiosos en persona. ¿Cómo era posible que a Aidan le hubiera gustado tanto aquel trabajo?

—No, señor. Creo que tendré que cobrarle por el libro si lo sacó de las instalaciones sin pasar por el mostrador. —Kyle frunció el ceño y sus cejas se unieron—. Disculpe, señor, ¿podría repetírmelo un poco más despacio, por favor? —Y al cabo de un rato—: ¿Tiene usted carné de la biblioteca?

Aleisha era incapaz de desconectarse de la conversación, por el maldito ruido que hacía Kyle.

—Lo lamento, señor, no me había dado cuenta. ¿Cuándo dice que pasó eso? ¿Ayer? Ya veo. Sí. Gracias, señor. Gracias por ponerlo en mi conocimiento. Investigaré y veré qué puedo hacer... Sí, bueno, si no tiene carné de la biblioteca, ¿qué le parece si le hago uno hoy mismo para que pueda sacar el libro en préstamo y ya lo devolverá cuando pueda? De ese modo me aseguraré de que mis colegas no le cobren cuando lo devuelva.

Aleisha se ocultó bajo la oreja de la butaca, helada, avergonzada. Se acordó del anciano del día anterior, de pie delante de ella, pidiéndole ayuda. Escuchó su propia voz, dura, respondiéndole que no, que no le apetecía. Aleisha habría querido que la butaca la engullera de un bocado.

En cuanto Kyle colgó el teléfono, se puso en pie de un brinco y giró la cabeza sobre el cuello como una suricata buscando algo..., buscándola a ella.

Aleisha se mantuvo tan agazapada como pudo. Pero carecía de sentido hacerlo, porque Kyle sabía exactamente dónde estaba.

—Hola, Kyle, ¿qué tal? —le dijo al verlo llegar a su lado.

—¿Verdad que ayer trabajaste tú? —le preguntó él.

—Sí.

—Acaba de telefonar un encantador viejecito bastante afligido, por decirlo suavemente, diciendo que lo echaste de malas maneras de la biblioteca. ¿Es verdad eso? —le preguntó con aquella voz autoritaria.

Cuando Termo no estaba presente, Kyle solía saltar al ruedo.

—No es exactamente así como ocurrió. Quería recomendaciones de libros. Y yo no recomiendo libros.

—Pues tienes que hacerlo, si quieres conservar este trabajo.

Lo cierto es que Aleisha no quería conservarlo: necesitaba conservarlo, que era distinto. Porque necesitaba echarle una mano a Aidan. Leilah era artista y diseñadora; normalmente trabajaba con agencias publicitarias de todo el mundo y a menudo iba hasta las cejas de trabajo, pero los encargos iban a

rachas. Y sus ingresos a veces eran irregulares, sobre todo cuando atravesaba uno de sus baches. Aleisha no podía perder su empleo. No tendría ningún otro sitio donde ir. Y, pese a todos sus defectos, aquel lugar se estaba convirtiendo en el que refugiarse del caos que era su hogar, eso lo tenía bien claro.

Asintió con la cabeza.

—¿Sabes a cuánta gente le gustaría trabajar aquí? ¿Cuánta gente quería trabajar aquí, para ser exactos?

Aleisha negó con la cabeza.

Kyle continuó, inflando el pecho:

—Pues montones, si quieres que te diga la verdad. Dev siempre dice que tenemos que esforzarnos para mantener al público contento, generar un entorno agradable con recomendaciones de lectura, el servicio completo; de lo contrario, perderemos a nuestros clientes habituales. Si no empiezas a hacer bien tu trabajo, te echarán, o algo peor: cerrarán la biblioteca y todos nosotros perderemos nuestro empleo.

Aleisha no daba crédito. Había sido tan fácil conseguir aquel empleo. Pero lo que estaba claro es que no podía perderlo, y le resultaría insoportable ser la responsable de que los voluntarios, Lucy y Benny, perdieran su lugar preferido. O que Kyle, por más que la enojara, perdiera el único espacio en el que podía dar rienda suelta a sus aires de grandeza. Y luego estaba Dev, que literalmente haría cualquier cosa para mantener la biblioteca de Harrow Road en funcionamiento. Imaginó aquel bonito edificio con las ventanas tapiadas y un letrero del ayuntamiento en la puerta que enviara al público al Centro Cívico. No estaría bien. Aunque no fuera un lugar demasiado concurrido, a los usuarios les encantaba aquella biblioteca. Imaginó a Aidan repitiendo las palabras del tío Jeremy: «La próxima vez hazlo mejor».

—Si ese hombre presenta una queja formal contra ti ante Dev, estás despedida.

Aleisha se removió en la butaca.

—Mira, hoy estoy aquí por placer, no por trabajo. ¿Te importaría dejar todo eso para...?

—Además, es horrible ser tan maleducada con un octogenario. No sé lo que te pasa, Aleisha —añadió Kyle en un tono más suave—, pero intenta ser más agradable con las personas. Una sonrisa o una cara amable pueden hacer el día de otra persona un poco mejor. Es posible que echaras a perder el de ese hombre. ¿Mereció la pena? ¿Te sentiste satisfecha?

Aleisha volvió a negar con la cabeza, incapaz de hablar, sintiéndose como una cría pequeña a la que regañan por pelearse.

—De acuerdo. Si vuelves a verlo, recomiéndale un libro sensacional...

—¡Lo intenté, pero se marchó corriendo! —lo interrumpió Aleisha, pero Kyle la ignoró y continuó con su discurso ensayado.

—¡Lee algo! —le dijo, señalando con el dedo el ejemplar de *Matar a un ruiseñor* que Aleisha tenía en la mano—. Si te gusta eso, recomiéndale que lo lea. Es así de fácil. Lees un libro y recomiendas un libro. Es más, incluso aunque detestes el libro, recomiéndaselo. Cada cual tiene sus gustos y a buen hambre no hay pan duro, como dice mi abuela.

Aleisha suspiró y observó a Kyle regresar pavoneándose a la recepción, probablemente sintiéndose como un jefe.

Volvió a coger el libro y lo abrió por la mitad. El lomo estaba estriado por multitud de puntos, pero quería dejar su propia marca, y lo dobló por la mitad. No le resultó tan satisfactorio como había previsto. El libro era blando, flexible... El calor de la biblioteca había convertido la cola en gelatina.

Retrocedió a la primera página. Empezó a jugar con su nariz, con las páginas, con unos mechones desordenados de pelo que le caían sobre el rostro. Era incapaz de asimilar nada. Se esforzaba por concentrar la vista en las palabras que tenía delante, pero no lo lograba.

Era tonta, un fraude. Se rindió, se repantingó en la butaca de color rosa salmón descolorido y dio un repaso la estancia. Unas cuantas personas leían y hojeaban libros. Eran auténticos lectores, personas que pertenecían a aquel lugar. Ratones de biblioteca. Frikis de los libros.

—¡Al carajo con esto! —musitó.

Recogió sus cosas y las metió en su bolso. El libro seguía sobre la mesa. No sabía si llevárselo o dejarlo allí. Echó un vistazo a su alrededor antes de meterlo también en el bolso.

Los pitidos de la alarma de la biblioteca la acompañaron al salir, con su propio libro robado de la biblioteca en el fondo del bolso.

Capítulo 5

MUKESH

Mukesh estaba tumbado boca arriba cuando sonó el timbre de la puerta. ¿Se había quedado dormido? No esperaba a Rohini y Priya hasta dentro de unas horas, o eso pensaba. Poco a poco consiguió ponerse en pie, gruñendo y crujiendo mientras lo hacía, con la espalda más rígida de lo esperado. Le habría gustado soltar un improperio, pero no era algo típico de él.

Tenía muchas ganas de ver a su nieta, y a su hija también. Pero sabía que el torbellino Rohini estaba a punto de arrasar... Y por muchas veces que hubiera sobrevivido a él, no estaba seguro de estar preparado para hacerle frente tras el día tan solitario y carente de sentido que había tenido. En otra época, los viernes eran los días de descanso para Naina y para él, el día que se dedicaban a ellos mismos. En aquel entonces, Mukesh solía dedicar los viernes a no hacer nada.

Descendió las escaleras con paso pesado, muy despacio, agarrándose a los pasamanos a ambos lados. El amigo manitas de Rohini había instalado la barandilla en el otro lado de las escaleras para darle más estabilidad. A Mukesh le avergonzaba. En las pocas ocasiones en las que recibía visitas ajenas a la familia, hacía bromas al respecto antes de que nadie lo mencionara.

Detectó la cabeza y los hombros de una mujer desdibujados tras el vidrio esmerilado que había en la parte central de la puerta de su casa. La habría reconocido en cualquier parte.

Respiró hondo y abrió de par en par.

—¡Rohini, *beti!* —exclamó con los brazos abiertos en ademán de bienvenida, obligándose a hablar con voz alegre.

—Papá—respondió ella, al tiempo que entraba en casa esquivando sus brazos.

Tras ella apareció Priya, con un libro firmemente agarrado en sus pequeñas manos.

—Priya, entra, cariño.

Sin perder tiempo en saludos, Rohini se dirigió con paso decidido a la cocina y empezó a hurgar en los armarios. Chasqueó la lengua varias veces en señal de desaprobación. Mukesh miró a Priya con la esperanza de compartir un gesto de exasperación, pero su nieta ya estaba leyendo hecha un ovillo en la butaca del salón de Naina.

—¿Papá? ¿Qué es esto? —preguntó Rohini sosteniendo en alto un táper de arroz que llevaba en la nevera unos días... o quizá algo más—. ¡Menuda asquerosidad!

—Lo siento, *beta*, te prometo que no tenía previsto comérmelo.

—¡Nunca te comas un arroz que lleve hecho más de un día, papá! Al menos deberías dejarme freírtelo.

—*Beta*, no te preocupes —dijo mientras caminaba arrastrando los pies hacia la cocina, le quitaba el táper de las manos a su hija y lo vaciaba en el cubo de la basura orgánica—. ¿Lo ves? ¡Se acabó! Fuera de la vista y fuera de la mente.

Pero Rohini ya se dirigía al fregadero.

—¡Aarg! —exclamó, verbalizando su repugnancia, tal como solía hacer Naina—. ¿Cuánto tiempo llevan aquí estos platos, papá? ¡Esto es muy poco higiénico! Se te va a volver a llenar la casa de hormigas; les encanta este clima tan caluroso.

—Rohini, por favor, *beta*, ¿por qué no vas al salón, te sientas y me dejas que te prepare un *chai*?

—¡Papá, no! Tengo que fregar estos cacharros. ¿Acaso crees que vengo aquí solo a tomar el té? Vengo a cuidar de ti. Anda que si mamá te viera...

Mukesh sabía que era la frustración lo que la había hecho pronunciar aquella última frase, pero aun así le hizo daño. Se había percatado de que, en el último año, Rohini solo mencionaba a su madre para reñirlo, para regañarlo por vivir en una pocilga.

Estaba demasiado cansado para aquello, demasiado cansado para discutir. En lugar de hacerlo, se dirigió al salón y se dejó caer en una butaca, intentando desconectar de los frecuentes refunfuños y quejidos de Rohini al detectar grietas en la puerta del armario («¡Te dije que podía enviarte a alguien para que te arreglara esto! La cocina es casi nueva: no puedes tenerla así de descuidada, papá») y cajas y cajas de judías mungo en el frigorífico («Papá, no es sano que te alimentes exclusivamente de esto. Sé que mamá

solía decir que son buenas porque tienen fibra, pero tienes que llevar una dieta equilibrada. Ya te lo dijo el médico») y tres cartones vacíos de bolsitas de su *chai* favorito en la papelera del reciclaje («¡Papá! Se te van a pudrir los pocos dientes que te quedan y, además, esto va mal para la diabetes. Mamá te dijo que los reservaras para las ocasiones especiales, papá. Ya te he enseñado a preparar un *chai* natural»).

Mukesh deseó haber empezado a perder el oído primero, en lugar de sufrir de dolor en las articulaciones y pérdida de visión. En su familia, en la que todas sus hijas hablaban miles de decibelios por encima del ser humano medio, habría resultado especialmente útil.

—¿Qué lees, cariño? —le preguntó Mukesh a Priya, mientras Rohini deambulaba por la casa, revisándola de cabo a rabo como un perro sabueso, en busca de algo más de lo que quejarse.

En el salón reinaba un silencio sepulcral.

—*Mujercitas*, Dada —respondió ella, sin levantar la vista de la página—. Me lo recomendó Ba. Me dijo que lo había leído cuando era niña. Papáme lo compró la semana pasada.

—No lo conozco —comentó Mukesh con total sinceridad, pero tomó nota mental del título. Ahora que era miembro de la biblioteca, podía y debía prestar atención a tales cosas...

—Es un libro muy famoso, Dada. Todo el mundo lo conoce —replicó ella, aún sin levantar la mirada, pero con las cejas arqueadas en gesto socarrón de sorpresa y acusación.

—¿De qué va? —preguntó Mukesh un poco nervioso, al recordar las palabras de su nieta del otro día («No sabes nada de libros, Dada... A ti no te gusta leer»).

—Chissst, Dada, estoy intentando leer. Ya te lo explicaré otro día —le espetó Priya con dulzura, y Mukesh guardó silencio.

Naina solía hacer lo mismo cuando leía; quizá algún día Mukesh entendería el porqué.

Recordó las noches, cuando las niñas estaban ya acostadas, y él leía el periódico junto a Naina, que pasaba las páginas de su libro a una velocidad vertiginosa. Mukesh intentaba darle conversación, mirándola y esperando a que ella se diera cuenta de que la observaba.

—Mukesh, ¿qué haces? Ya sabes que estoy concentrada —lo reprendía ella con una sonrisa.

—Quería leerte una cosa del diario. Es muy interesante.

—Mukesh, ahora estoy justo llegando a la parte buena. Chissst... —le decía ella.

Siempre estaba llegando a la parte buena. Al principio, Mukesh pensó que quizá los libros tenían partes buenas cada dos o tres páginas, pero luego empezó a preguntarse si no sería solo un pretexto.

La observaba, acurrucada en su camión azul y blanco, con sus gafas de lectura de montura grande apoyadas en la nariz y el cabello negro recogido en un pequeño moño en la nuca. Mentalmente, podía verla a los veinte, a los treinta, a los cuarenta, a los cincuenta, a los sesenta y también a los setenta años. El mismo ritual, la misma respuesta. Por un momento, se sintió como Henry en *La mujer del viajero en el tiempo*, volando a través de las décadas para visitar a Naina en todos aquellos momentos de su vida.

En aquel entonces él se preguntaba dónde viajaba Naina cuando se adentraba en las páginas de los libros. Le encantaba ver su rostro concentrado. A veces ella le sonreía, solo un poco, con la comisura de los labios. En otras ocasiones echaba la cabeza hacia atrás, soltaba una risita, con los ojillos arrugados, y le daba una palmadita en el hombro, como si Mukesh también compartiera la broma. En aquel entonces, verla así de feliz le bastaba. Pero ahora Naina ya no estaba y a Mukesh le habría gustado esforzarse más por vivir con ella cada momento.

—Papá—lo llamó Rohini. Su voz sonaba cerca. Procedía del dormitorio de Mukesh, en la planta baja—. ¿Puedes venir un momento?

Mukesh miró a Priya con la esperanza de que le ofreciera algún pretexto para no moverse de allí, pero su nieta estaba absorta en las páginas de *Mujercitas*. Tenía una expresión tan parecida a la de Naina...

—Ahora voy —murmuró, apoyándose en ambos brazos para levantarse de la butaca.

Se quedó en la puerta: Rohini estaba de pie junto a un armario, con una mano en la cadera y la otra señalando hacia el hilo de un sari que salía de una puerta cerrada y llegaba al suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Rohini mientras abría la puerta del ropero.

Hizo un ademán teatral de consternación. Había un cierto desorden. Los saris estaban doblados, pero mal colocados.

—Vritti y yo doblamos todo esto perfectamente después de que mamá... —Hizo una pausa—. Por mamá. ¿Qué ha pasado? ¿Ha venido alguien más para llevarse algo «con lo que recordarla»? —preguntó, con una voz que se volvió aguda y chirriante al pronunciar las cuatro últimas palabras.

—No, fui yo quien se puso a rebuscar porque...

—Todas esas *masis*, sus supuestas amigas, lo único que tenían eran celos de mamá. Siempre le envidiaron sus saris. Seguro que con la excusa de venir a dar el pésame se abalanzaron aquí como buitres... Buenas amigas, ¡ja! Lo único que querían eran sus cosas...

De súbito, Mukesh vio a Naina vestida para el *mandir*. «¿Qué te parece? ¿Chic sin pretensiones?». Lo había pronunciado «*shick*».

—Bueno, tu madre siempre tuvo los saris más bonitos —le dijo Mukesh a su hija.

—Sí, y, por suerte, también tenía buen ojo para las gangas; de otro modo, todas esas *masis* nos habrían sacado hasta los ojos. Pero, papá, ¿me has dicho que fuiste tú quien hizo esto? Ayúdame a ordenarlo un poco, ¿de acuerdo? —propuso Rohini en tono amable, y Mukesh entró en la habitación para ayudarla.

Se sentó en la cama, esperando a que Rohini le pasara alguna prenda para plegar, pero su hija se encargó de hacerlo todo y se limitó a reprenderlo de vez en cuando por armar aquel desorden.

Mientras Rohini sacaba cada prenda, incluso las que no hacía falta volver a doblar, Mukesh volvió a percibir el olor familiar de Naina. ¡Qué delicia! Volvió a oler su perfume y, en esta ocasión, también su champú. Olvidando la realidad por un instante, volvió la vista atrás por encima del hombro, esperanzado, rogando porque Naina hubiera entrado a saludar.

Aquellos eran los saris que Naina solía llevar para el *mandir* o para ir a la compra, los saris con los que la gente había acabado asociándola: con estampados, brocados y dibujos de cachemir. Otros tenían joyas y lentejuelas. Eran bonitos, a menudo sencillos. Una vez hubo colocado en su sitio el último sari, Rohini pasó la mano por la tela, apreciando los detalles con la punta de los dedos.

—Me pregunto cuándo fue la última vez que mamá lo llevó puesto —dijo en voz alta.

Había suavizado la voz, ya no era la del inspector Torbellino Reprimendas. Mukesh no respondió. Sabía que lo que en realidad se preguntaba su hija era si su madre sabía que se estaba muriendo la última vez que se había puesto aquel sari, si sabía que la iba a matar antes de lo que todos habían previsto, demasiado pronto.

Mukesh observó en silencio como una lagrimita, casi imperceptible, resbalaba por el rostro de su hija. Se puso en pie con la intención de tenderle

los brazos, pero era consciente de que ella se zafaría de su abrazo si lo intentaba.

—Lo siento, Rohini. Estaba mirando sus cosas... Creo que estaba buscando sus libros. Quería leerle uno a Priya. Lamento mucho haberlo desordenado.

Rohini miró a su padre con los ojos centelleantes y se enjugó las lágrimas, fingiendo que no habían existido.

—No pasa nada, papá. Pero ya sabes que mamá siempre sacaba los libros de la biblioteca. No tenía sus propios libros. Aquí no hay demasiado espacio. —Hizo un gesto que abarcaba aquella estancia y la casa entera.

Se le hacía extraño que ahora pareciera que no había espacio cuando, en su día, habían convivido allí los cinco y habían llevado vidas activas y ajetreadas. Y ahora que solo quedaba él, no había espacio. Todos los rincones estaban llenos hasta los topes de recuerdos.

Mukesh asintió con la cabeza.

—Sí, ya lo pensé. Pero quería... Buscaba un libro para Priya. Es muy callada y no le gusta mirar la televisión. Los documentales de David Attenborough que yo veo... son muy instructivos, ¿sabes?

Rohini se puso en pie y se acercó a su padre arrastrando los pies. Le dio unas palmaditas cariñosas en el hombro. Mukesh agradeció que Rohini fuera consciente de que, si le daba un abrazo, se echaría a llorar. Detestaba llorar delante de sus hijas. Rohini lo dejó en el dormitorio, con la puerta abierta de par en par. En el idioma de Rohini, Mukesh sabía lo que aquello significaba: «Te cedo un poco de espacio, pero llámame si me necesitas».

Tal vez fuera su hija más mandona, pero también sabía ser buena.

Rohini insistió en preparar un *thali* completo (había tenido la feliz idea de llevar sus propios ingredientes, por más que Mukesh hubiera insistido en que no era necesario) y los tres comían con buen apetito *badh* y *kadhi*, las salsas favoritas de Priya.

—Rohini, *beta*, me cuidas mucho.

Mukesh hizo pala con los dedos para coger un poco más. Los platos que preparaba Rohini no eran tan aromáticos como los de Naina, lo que quizá fuera bueno, porque ahora él ya no toleraba tan bien las especias.

En cuanto acabó de comer, Priya no tardó ni un segundo en levantarse de un brinco de la mesa de la cocina y dirigirse de nuevo al salón para volver a zambullirse en su libro.

—Rohini —dijo Mukesh—, ¿Priya es siempre tan callada? ¿Siempre tiene la cabeza en los libros?

—Le gusta mucho leer, papá, no pasa nada. Mamá también leía todo el rato y nadie la habría tachado de taciturna.

—Pero nunca la escucho hablar de sus amigos, ni de otras cosas que le guste hacer, además de leer. A tu madre le gustaban los libros, pero también invitaba muchas veces a sus amigas a venir a casa.

—Sí, papá, Priya hace otras cosas. ¿Alguna vez se lo has preguntado?

Rohini no lo miró al responderle, pero Mukesh sintió el escozor, como si su hija lo estuviera perforando con la mirada.

—Bueno, no, pero... —tartamudeó.

—Tiene dos buenos amigos, papá, Christie y James —continuó Rohini—. Son muy agradables, y callados como ella.

—Entonces ¿va a visitar a esos dos amigos?

—Papá, los críos no hacen eso hoy en día. Juegan en la escuela. Durante el patio.

Mukesh se preguntó si aquel «hoy en día» era una manera velada de decirle que era muy viejo. Pensó en la pandilla de niños que solían salir a jugar en su calle, entre risas y gritos, y que de vez en cuando soltaban algunas palabrotas con el regocijo que uno solo experimenta las primeras veces que las pronuncia, justo después de aprenderlas. Esos muchachos salían a jugar a la calle casi a diario cuando hacía sol, incluso en aquella época en que las personas tenían miedo de dejar a sus hijos vivir sus vidas. En aquella ocasión, Rohini se equivocaba.

Mukesh pensó en Priya, sentada en el salón.

Era una niña solitaria. Su abuela había fallecido cuando ella tenía nueve años, por lo que era lo bastante mayor como para acusar la pérdida. Él sabía lo que era perder a tu mejor amiga, a tu compañera en la vida, pero nunca se había permitido preguntarse qué habría sentido Priya al perder a la que también era su mejor amiga. Naina la entendía; cuando Priya guardaba silencio, Naina la ayudaba a abrirse. ¿Cómo se sentiría Priya ahora que su abuela había muerto?

Rohini se dirigió al salón. Mukesh salió tras ella, pero sonó el teléfono. Lentamente, entre crujidos de articulaciones, se desvió del camino para demostrarle a su hija que no necesitaba que estuvieran todo el día cuidándolo.

—¿Dígame? —preguntó sin reconocer el número desde el que llamaban.

Al otro lado del cable escuchó a su amigo Harishbhai parloteando sin haber farfullado siquiera un saludo.

—¡*Bhai!* Tienes que ayudarme. Ha pasado una cosa muy muy urgente. Sahilbhai se ha desapuntado del desfile benéfico del *mandir*. Tienes que sustituirlo. Les he dicho enseguida a todos que sabía que Mukeshbhai lo haría, porque es un buen hombre y su Naina lo habría ofrecido para cubrir la vacante sin pensárselo. Nos ayudarás, ¿verdad?

Rohini lo observaba atentamente, con el ceño fruncido. El primer instinto de Mukesh fue colgar el teléfono sin más y decirle a Rohini que era alguien que quería venderle algo, pero, por muy molesto que fuera Harish, no podía ser tan maleducado con él.

—Harishbhai, por favor, ¿a qué te refieres?

—Mukeshbhai, amigo mío, Sahilbhai se ha hecho un esguince en el tobillo. El desfile es dentro de una semana y no podrá participar, y no queremos perder el patrocinio.

—Pero nadie os va a pedir que devolváis el dinero. Es una obra benéfica.

—Nunca se sabe, *bhai*, no todo el mundo es tan generoso como tú, como yo y como Naina, ¿sabes?

—Entonces ¿necesitáis cubrir su lugar...?

—Sí, eso es. ¿Puedes hacerlo tú? —le preguntó Harish, pero ambos sabían que no era una pregunta.

—*Bhai*, la espalda. Tengo bastante dolor.

Harish continuó hablando, como si oyera llover.

—No hace tanto calor. Gracias —se despidió—. Nos vemos en el templo el sábado que viene a las ocho de la mañana. Gracias, *bhai*. Gracias.

Mukesh miró a su hija, que había encendido la televisión y estaba moviendo la cabeza al ritmo de la música.

—¿Quién era? —le preguntó ella sin darle demasiada importancia.

—Tu *fua*, Harishfua.

—¿Y qué quería?

Ahora Rohini sí que miraba a su padre, con cara de desprecio. Le gustaba tan poco Harish como a Mukesh.

—Quiere que sustituya a Sahilfua en el desfile benéfico del *mandir* el sábado que viene.

Rohini soltó una carcajada. Mukesh la miró con cara seria. Rohini dejó de reír.

—¿Sabes que este año recorren diez kilómetros?

Mukesh tragó saliva: detestaba caminar, salvo si era en compañía de Naina. Su mujer tenía un librito con los mejores paseos por Londres. Siempre se quejaba de que vivían en la capital de Inglaterra y apenas se habían

aventurado a salir de Brent en todos aquellos años. Además, los sábados él solía tomarse el día con mucha calma, telefoneaba a sus hijas para ver cómo estaban, hablaba con sus nietas y miraba un programa de jardinería en la tele (aunque su jardín consistía en unas pocas losas de piedra, le gustaba lo bonito y fácil que era de mantener) y luego miraba *Planeta azul* otra vez. No sabía si estaba preparado para romper aquella rutina de forma tan drástica. Ya se había aventurado a ir a la biblioteca... Quizás incorporar el desfile benéfico en la mezcla fuera un poco excesivo.

—Papá, en realidad es agradable por su parte. Quieren que participes.

—¿Y por qué iban a querer que participara yo en nada? ¿En un desfile de diez kilómetros? ¿Por qué no esperan al de cinco?

—Quizá crean que necesitas divertirte un poco.

—¡Pues menuda gracia!

—¿Por qué?

—Porque soy viudo. Muchos viudos se vuelven solitarios y aburridos. Ya os tengo a ti y a Priya, y a tus hermanas y a las gemelas. Tengo mis rutinas. Estoy bien.

—Papá, ve y ya está. No camines demasiado si ves que no vas a aguantarlo. No eres tan viejo, ¿no?

Mukesh se enderezó, echó hacia atrás los hombros e infló el pecho. Una vez había visto a su yerno hacer aquello antes de empezar a correr.

—Caminar no es el problema. Lo que pasa es que no me apetece. ¡No tengo tiempo!

Rohini se esforzó por disimular su sonrisa.

—¡Puedo caminar diez kilómetros perfectamente! —exclamó Mukesh, esforzándose por no parecer demasiado ofendido.

—De acuerdo... —respondió Rohini al tiempo que echaba un vistazo a su hija, que roncaba tímidamente en el sillón—. Creo que será mejor que nos vayamos. Tardaremos un par de horas en llegar. Y Priya tiene deberes de verano que hacer.

Agitó con dulzura a Priya para despertarla. Esta se frotó los somnolientos ojos y, por un momento, volvió a ser la niña que Mukesh llevaba al parque los viernes después de la guardería, la niña que se sentaba en su regazo a ver películas navideñas, la niña que se quedaba dormida leyendo un cuento en brazos de su abuela. Mukesh sabía que, a medida que se fuera haciendo mayor, no querría pasar tiempo con su viejo abuelo. Sobre todo si no tenían nada en común. Tuvo la sensación de que se le acababa el tiempo.

—Podéis quedaros a dormir aquí las dos —dijo Mukesh—. No me gusta que conduzcas tan tarde, sobre todo si tienes sueño.

—No, papá, es más agradable estar en casa.

Las palabras de su hija lo hirieron: no se las esperaba. Hacía años que Rohini ya no vivía allí, pero él seguía pensando que consideraba aquella casa su hogar.

—Buena suerte en el desfile el sábado que viene. ¡Que te diviertas! —continuó Rohini, mientras se echaba el bolso al hombro—. ¿Lo llevas todo? —le preguntó a Priya, al tiempo que le pasaba la mano por la frente para apartarle de los ojos unos mechones de pelo lacio.

Priya asintió. Mientras salían por la puerta, Mukesh se arrodilló con dificultad para despedirse de Priya, su niñita que ya no era tan niñita, pero ella pasó de largo y se subió al coche de un salto, lista para regresar a su casa. Mukesh las despidió con una sonrisa fingida y, al cerrar la puerta, se sintió más solo que nunca.

Aquella noche, Mukesh se revolvió en la cama, en el dormitorio que en su día había compartido con Naina, entre crujidos del colchón y de huesos. Musitó «*Jai Swaminarayan*», apoyó la cabeza en el centro de la almohada y clavó la vista en el techo mientras la mortecina luz del atardecer penetraba por las rendijas de las cortinas y proyectaba un resplandor anaranjado sobre la pintura de la pared. Cerró los ojos para dormir, rezando y esperando encontrar a Naina junto a él cuando despertara. Sabía que si quería conocer a su nieta, ganarse su confianza y su respeto, tenía que introducir algunos cambios. La biblioteca era la clave, estaba convencido... Y también pensó que no le haría ningún daño participar en el desfile benéfico.

Capítulo 6

ALEISHA

Fue un alivio no estar en casa aquel día, aunque Leilah actuara como si no pasara nada y se dedicara a fregar la cocina de arriba abajo, por más que ya estuviera impoluta. Aleisha paseó por la calle principal, sorteando a personas que caminaban en todas las direcciones e ignorando a hombres que vendían teléfonos de imitación, y dejó atrás el estadio, que estaba casi vacío en aquel momento del día, pues no había ningún partido, concierto ni nada programado. Como siempre, el tráfico era denso en aquella zona. Los coches hacían sonar el claxon. Y le llegaba el olor de los tubos de escape. El regusto a gases le hizo subir bilis a la garganta.

Pasó caminando frente a las casas adosadas, que en su día habían sido blancas pero ahora eran grisáceas por la contaminación, y dejó atrás también el templo hindú, con su esplendor de mármol, en cuyo patio delantero se congregaba una muchedumbre de viejos y jóvenes que hablaban animadamente, con una mezcla de alegría y sinceridad. Se sentó en un muro de enfrente y los observó durante un rato, mientras se mordía las uñas. Algunos de los hombres que conversaban llevaban una cinta roja y amarilla alrededor de la muñeca. Pensó en el anciano de la biblioteca. Se acordó de que también él llevaba una pulsera como aquellas. La multitud se dispersó y Aleisha se dirigió caminando pesadamente hacia la estación de Stonebridge Park. El calor le provocaba un hormigueo en la piel.

Era mediodía. Nadie en el andén parecía tener un rumbo fijo. Algunos irían a sus puestos de trabajo, serían empleados por turnos, algo con lo que ella podía empatizar. Otros estarían en su misma situación: deambularían sin un objetivo ni un destino, porque no había nada más que hacer en aquel día demasiado bochornoso.

Entonces alguien le llamó la atención: un tipo. Llevaba un gorro puesto... ¿Cómo era posible con aquel calor? Debía de estar cociéndose. Lucía una barba incipiente bien cuidada. Tenía los ojos de un verde intenso y una

mirada despierta. Aleisha lo observó durante un rato. La camiseta de colores vivos que llevaba puesta le iba demasiado grande y le colgaba por encima de los tejanos. El tipo entró en el tren tranquilamente, como si no tuviera nada que demostrarle a nadie. Sin saber por qué, Aleisha sintió interés en él. La intrigaba. Se subió también al tren, sin prestar atención siquiera adónde se dirigía hasta que por los altavoces anunciaron el destino final: Elephant and Castle. El tipo iba sentado, con las rodillas separadas, en medio de dos asientos, porque le apetecía.

Sacó su teléfono y se desplazó por la pantalla mientras se repantingaba en el asiento del tren. Tendría cobertura un rato, hasta que el tren de la línea de Bakerloo entrara bajo tierra. Aleisha también sacó su teléfono y lo toqueteó sin ni siquiera mirar la pantalla. Proyectó la mirada por encima del teléfono, hacia la izquierda, hacia aquel tipo a medio camino entre un chico y un hombre.

Se pasó una mano por el cabello y se removió en su asiento, sin apartar la vista de él. El chico levantó la mirada un momento, solo uno, y sus ojos se encontraron: un cruce de miradas breve e insustancial.

Aleisha volvió a clavar rápidamente la vista en su teléfono, nerviosa, sin saber qué hacer. Abrió Tinder. Nunca había usado Tinder como era debido. A diferencia de todas sus amigas, que parecían pasarse la vida en Tinder y tenían citas cada dos por tres entre semana, ella no tenía tiempo para conocer a chicos, para quedar con nadie ni para tener rollos. Pero a veces, cuando quería fingir que su vida era distinta y que gozaba de una cierta libertad, se dedicaba a deslizar el dedo sobre los rostros por mero placer.

¿Estaría aquel chico también en Tinder? ¿Y si acababa de descartarlo deslizando el dedo a la izquierda sin mirar? O peor aún... ¿Y si había deslizado el dedo hacia la derecha?

Presionó el botón de inicio a toda prisa para minimizar la aplicación y se guardó el teléfono en el bolsillo, presa del pánico. Él seguía trasteando con su teléfono y ni siquiera debió de darse cuenta. No le estaba prestando atención. Aleisha se alisó el bolsillo de los tejanos y notó el calor del teléfono radiando a través de la tela.

Volvió a alzar la mirada y la dejó vagar por el vagón hasta acabar posándola en el mapa del metro que tenía justo encima, como si no mirara nada en particular. En un último intento por simular que no tenía ningún interés, sacó el ejemplar de *Matar a un ruiseñor* de su bolso...

Habían llegado a Queen's Park y todavía no había bajado nadie del vagón. Los cinco pasajeros continuaban allí, esperando a que llegara su parada.

Aleisha se dispuso a leer, desplazó los ojos rápidamente por la página y se rompió la cabeza tratando de recordar en qué punto había dejado la lectura antes. Justo en aquel momento le vibró el teléfono.

Era Aidan.

—¿Qué pasa? —le preguntó, cohibida, en un susurro.

El chico la miró y Aleisha rogó no haberse ruborizado.

—Vuelve a casa, Leish —le dijo.

—¿Qué?

—¿Puedes regresar a casa en una hora, más o menos?

—¿Por qué? ¿Tú estás en casa?

—Sí, pero vuelve si puedes. Yo... —Hizo una pausa.

—¿Qué pasa, Aidan?

—Te necesito —respondió él en voz baja.

Y colgó. Aleisha notó una tensión inmediata en el pecho. Le había parecido que Leilah estaba bien aquella mañana... Bueno, bien, teniendo en cuenta las circunstancias.

Aidan no le había dicho a su hermana pequeña «Te necesito» desde que su padre los había abandonado y él se había puesto a tirar todas sus cosas, desesperado. Por aquel entonces, Aleisha no entendía por qué necesitaba borrar hasta el último rastro de su padre de su casa.

Había ocurrido el verano en el que Aidan renunció a su plaza para estudiar Empresariales en la universidad... hasta que las cosas «volvieron a la normalidad». Cuando eran niños, siempre jugaban a que él tenía una tienda de bicicletas y ella era una clienta muy gruñona que acudía a comprar. Durante años, Aleisha no había dudado jamás de que su hermano convertiría en algún momento en realidad aquella tienda imaginaria de bicicletas (en la que utilizaba cubiertos del cajón como herramientas y recambios a la venta). Pero las cosas nunca habían vuelto a la normalidad. Y Aleisha no estaba segura de que lo hicieran alguna vez.

Aquel «Te necesito» le resonó en el pensamiento. El tren llegó a una parada y miró por última vez al chico antes de descender al andén para subirse al metro que aguardaba en la vía contraria y esperar que la llevara a casa. Dejó caer una cadera y miró su teléfono, fingiendo para el mundo entero que aquella había sido su intención desde el principio, que tenía un plan. Que tenía una vida.

Volvió la vista atrás con la esperanza de volver a ver al chico. El tren se había ido.

Permaneció de pie delante de la puerta de su casa, clavó la vista en las ventanas de la planta superior y aguzó el oído con la esperanza de obtener alguna pista, por pequeña que fuera, de qué la aguardaba en el interior. Lo único que oyó fue el helicóptero que sobrevolaba a unas calles de distancia mientras el viento le azotaba el cabello.

Antes de reunir el valor para sacarse las llaves del bolsillo e introducirlas en la cerradura, el tono de llamada de su teléfono la sobresaltó. Al momento, la puerta se abrió de par en par y su hermano apareció tras ella, con el móvil pegado a la oreja.

—Aleisha, aquí estás —dijo rápidamente, mientras bajaba el teléfono a un lado—. ¿Qué haces aquí parada?

—No lo sé. Acabo de llegar. ¿Qué pasa?

—Esto... Tengo que salir... —dijo.

Miró detrás de ella, al suelo y al cielo, a cualquier sitio que no fueran sus ojos.

—¿Adónde vas? —dijo Aleisha. Le clavó la mirada, intentando desentrañar qué sucedía.

—Voy a trabajar. ¿Puedes quedarte tú?

Aidan tenía los pies clavados al suelo.

—¿Para qué? ¿Es mamá? —Aleisha le escrutó el rostro con atención, en busca de cualquier pista acerca del estado en el que se encontraba Leilah, de lo que iba a encontrar allí dentro—. Pensaba que tenías la tarde libre...

Aidan clavó la mirada en las llaves de su coche.

—Sí, yo... Me han llamado en el último momento. Mira, siento mucho hacer esto, pero no quiero que se quede sola hoy y yo tengo que salir.

Aleisha dio un paso hacia delante, pero Aidan no hizo ademán de apartarse del camino. Le ocultaba algo.

—Pero ¿se encuentra bien? —preguntó Aleisha intentando que su voz no reflejara pánico al tiempo que las palabras «Te necesito» resonaban otra vez en su pensamiento.

—Sí, Leish, sí. Lo siento. Está perfectamente. Pero ha tenido altibajos y tengo que ocuparme de una cosa y no sabía dónde estabas, porque no has dejado ninguna nota.

Por un momento, Aleisha detectó pánico, estrés y dolor en la mirada de su hermano, pero descartó tal pensamiento. Aidan nunca entraba en pánico, no era propio de él. Tenía muchos frentes abiertos, pero, de los tres, era el único que lo tenía todo bajo control. El tío Jeremy solía decir: «Ese muchacho carga con el mundo entero a sus espaldas con suma elegancia». Y tenía razón.

—Pero ¿me vas a dejar entrar? ¿O necesito una contraseña secreta o algo por el estilo?

—Ay, sí, perdona. —Se apartó, agarró su mochila, que estaba en el escalón, y salió.

Aidan se pegó una sonrisa en la cara, pero había algo raro en sus ojos, algo que permaneció allí rezagado durante un momento.

Aleisha dejó caer el bolso en el recibidor.

—Vale. Hasta luego.

Escuchó la serenidad de sus propias palabras, cuando, en realidad, lo que habría querido gritarle a su hermano era: «No utilices el comodín de “Te necesito” cuando no hay ningún problema». Le habría gustado decirle que le había dado un susto de muerte. Le habría gustado gritarle, chillar.

—Hoy hago un turno un poco más corto —le aclaró Aidan. La voz se le aligeró y los ojos le empezaron a brillar en cuanto pisó la acera con los pies, en cuanto salió de casa. Aleisha ya había notado aquella marcada reacción con anterioridad—. Acabo a las ocho. Te veo entonces. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

—Lo que tú digas...

—Te traeré una *pizza* o algo, para compensártelo. Siento que hayamos echado por tierra tus planes —le gritó él volviendo la vista atrás mientras se montaba en su coche.

Sabía que su hermano utilizaba el plural para referirse a su madre y a él, porque Aleisha no podía enfadarse con él cuando lo único que hacía era... preocuparse por su madre.

—¡Odio la *pizza*! —le gritó ella.

Se despidió de su hermano con la mano y se dirigió al interior, apoyando con mucho sigilo un pie tras otro con la esperanza de que su madre siguiera en la cama. Pero Leilah estaba sentada en el sofá viendo un canal internacional en el que cada persona hablaba en un idioma distinto.

—Mamá —dijo Aleisha, procurando usar un tono suave—, ¿qué haces viendo eso?

Leilah no dijo nada; parecía incapaz de responder. Al final, se encogió de hombros y contestó:

—Me relaja.

Aleisha miró el televisor: era un dramón exagerado, con una música atronadora y miradas intensas. La mirada maligna de una de las actrices atravesaba la pantalla.

—¿Cómo puede relajarte esto?

Leilah tenía los ojos vidriosos, como si no procesaran nada de lo que veían.

—¿Te apetece una taza de té?

—No, estoy bien.

Tenía los labios resecos, ligeramente grisáceos. Una delgada película de sudor le cubría la frente y en la parte baja del labio superior se apreciaban pequeñas gotitas.

Supo que aquel día estaba sumida en una espiral.

Hacía mucho que no tenían uno de aquellos días. Aidan siempre veía los indicios y Aleisha deseó no haberse ido aquella mañana. Pero Aidan había insistido en que lo hiciera, porque él era capaz de ocuparse de aquello... y sabía que ella no. Aleisha notó su ausencia, se agitó; no sabía cómo hacer que Leilah se sintiera segura aquel día, no sabía qué decirle ni qué hacer por su madre. Por muchos años que llevaran lidiando con aquello, cuando Leilah se sentía así, Aleisha no era más que una desconocida para ella.

Intentó serenarse en la cocina, apoyada con ambas manos en la encimera, antes de sacar su taza favorita. Su padre se la había comprado en un mercado navideño. Estaba pintada a mano, según indicaba la nota escrita en la base. Tenía el dibujo de un ángel. Rubio. De ojos azules. Claramente, aquel ángel no era ella. Cuando era más pequeña, le gustaba imaginar que así era como la veía su padre, su pequeño ángel con el pelo rubio, los ojos azules y una piel clara y aterciopelada.

Mientras la tetera calentaba el agua, Leilah gritó:

—Tráeme un té, por favor.

Aleisha puso los ojos en blanco y limpió apresuradamente la taza favorita de su madre, de *Star Wars*. Llevaba días en el fregadero, con gruesas y oscuras manchas circulares de café por la parte interior.

Cuando el agua hirvió, la vertió sobre dos bolsitas de té nuevas y se entretuvo mirando cómo se volvía marrón con el color que emergía de las bolsitas de té. Luego añadió una nube de leche en cada taza.

Las llevó al salón con cautela, manteniendo los ojos fijos en el líquido para no derramarlo. Si ensuciaba algo, le caería una bronca monumental.

Depositó la taza sin hacer ruido en la mesita que había al lado de Leilah y apagó la televisión. Leilah se había dormido tan rápido que parecía imposible. Roncaba muy bajito.

Aleisha se sentó en una silla delante de su madre y la observó un rato. Oyó a unos niños pasar por delante de su casa en sus bicicletas, escuchó palabrotas en la calle y a madres que compartían risas mientras empujaban los

cochecitos de sus hijos. Suspiró y luego se sobresaltó al ver que su teléfono se iluminaba por una llamada entrante: su padre. Descolgó y salió del salón arrastrando los pies. Cerró la puerta con mucho cuidado tras ella.

Era la primera vez que su padre la telefoneaba en tres semanas. Mantuvo el dedo en alto sobre el botón verde y luego sobre el rojo. Hablar con Dean mientras Leilah estaba en la habitación contigua le parecía una traición... Pero, si pulsaba el botón rojo, Dean podía no volver a llamarla. Ahora tenía una vida nueva, con nuevos hijos y una nueva esposa. Tenía excusas para no devolver las llamadas. «He estado... muy ocupado, cariño».

—¿Diga? —susurró, tapándose la boca con la mano e intentando que su voz no transmitiera esperanza.

Lo único que quería era mantener una conversación, una conversación normal y corriente.

—¡Hola, cariño!

Su padre hablaba con voz alegre, con una felicidad ensordecedora. Se oían voces de fondo.

—Hola, papá. ¿Dónde estás?

—En casa. Los niños están viendo una película. ¿Dónde estás tú? ¿Por qué hablas entre susurros?

—Estoy en casa. Mamá está dormida.

—¿Va todo... va todo bien? ¿Estáis todos bien? ¿Cómo está Aidan?

—Está ocupado, trabajando. Mamá no está demasiado bien ahora mismo. Ha dejado de aceptar nuevos encargos de diseño durante un tiempo, así que hacemos lo que podemos.

A Aleisha le encantaba ver a su madre diseñando; a veces también pintaba. Pero cuando se sentía así, lo dejaba todo. Cerraba el ordenador, guardaba todos los materiales y dejaba de aceptar encargos. Para Aleisha y Aidan, aquella era siempre la primera señal de que las cosas no andaban bien.

—Aleisha, sabes que si alguna vez quieres tomarte un respiro, puedes venir a pasar un tiempo aquí. Nos encantaría verte. Ahora tienes vacaciones de verano, ¿no?

—Sí, ya he acabado los exámenes. Pero... estoy trabajando. Quizá más adelante. Cuando las cosas estén más tranquilas. De todos modos, aprovecharé para leer mucho, para preparar las solicitudes de la universidad y todo eso. Derecho... No va a ser fácil entrar. Aidan quiere que me esfuerce.

Clavó la mirada en la pared mientras imaginaba a su padre sentado en su casa, siempre immaculada, con sus hijos perfectos sentados frente al televisor,

riendo y gastando bromas. Se preguntó si el aire también podía cortarse en su nueva casa.

—Claro, lo entiendo. Está bien, cariño. Me alegro de que te lo tomes tan en serio.

Hizo una pausa. Aleisha escuchó una interferencia de fondo. Alguien lo llamaba.

—¿Papá?

—Lo siento mucho, Aleisha, tengo que colgar. Perdona. Te vuelvo a llamar pronto. Pero hablaba en serio, ¿de acuerdo? Si alguna vez quieres venir a visitarnos, eres bienvenida.

—Ya lo sé —respondió Aleisha.

—Bien. Adiós, cariño. Te quiero.

Colgó sin esperar su respuesta.

—Adiós —le dijo ella al teléfono vacío.

Desesperada por mantener el cerebro activo, por evitar el silencio de la casa que la rodeaba, empezó a revisar su registro de llamadas.

Aidan. Aidan. Aidan. Casa. Casa. Kyle. Dev. Kyle. Casa. Aidan.

Abrió la agenda y pulsó «Llamar» junto al nombre de Rachel. Escuchó el tono de llamada, esperando casi que Rachel no descolgara. Lo cierto es que no sabía qué decirle. Pero hablar con su padre, escuchar su voz y escuchar lo relajado que estaba la había hecho sentir más inútil que nunca.

—¡Hola, primita! —gorjeó la voz de Rachel.

—¡Hola! —respondió Aleisha, incapaz de borrar la melancolía de su propia voz—. ¿Cómo estás?

—Lo siento mucho, bonita, pero ahora mismo he salido con unos amigos. ¿Te importa que te llame luego?

—Claro. No te preocupes —respondió Aleisha con una ligereza fingida para evitar que Rachel se sintiera culpable por tener una vida normal—. Ya hablaremos en algún momento de la semana. ¡Que te diviertas esta noche!

Colgó el teléfono con un suspiro. La única compañía que tendría en el futuro próximo eran los suaves ronquidos de su madre.

Leilah estaba sentada junto a ella, con la cabeza colgando sobre su propio hombro, plácidamente dormida. Por un momento, Aleisha sintió la necesidad apremiante de agitarla, de despertarla y gritarle: «¡Mamá, habla conmigo! ¡Hablemos!». Pero la punzada desapareció tan pronto como llegó.

Extrajo la lista de lectura de la funda de su teléfono, la desplegó y volvió a plegar entre las manos y luego sacó lentamente *Matar a un ruiseñor* de su bolso. Alguien había elaborado aquella lista con esmero, la había estudiado. ¿Qué habría en aquellos libros? ¿Por qué los habrían elegido? ¿Sabría el autor de la lista de lectura que aquel pedacito de papel se convertiría en la lista de lectura de otra persona?

Miró *Matar a un ruiseñor* y notó una punzada de incomodidad al recordar lo aturdida que se había sentido al abrirlo por primera vez, como si todo el mundo en la biblioteca estuviera observándola con atención, preguntándose qué hacía comportándose como un ratón de biblioteca. En cambio, allí solo estaba ella, sola. Nadie podía juzgarla.

Abrió el libro doblando el lomo y empezó a leer, al principio algo cohibida, susurrando cada palabra con cautela, como si leyera en voz alta en clase de Lengua, hasta que se permitió disfrutar de su propio ritmo moderado, dejando cada palabra suspendida en el aire unos instantes. Cada pocas líneas miraba por encima del libro, para comprobar si Leilah daba alguna señal de despertarse, pero su madre permanecía inmóvil. Se dio cuenta de que el libro le estaba permitiendo caminar entre dos mundos, el mundo en el que se encontraba en aquel momento, junto a su madre, en su casa, en el ambiente bochornoso de aquel día caluroso, y otro mundo, el mundo de dos niños, Scout y su hermano mayor, Jem, que vivían en un lugar llamado Maycomb, una pequeña población de Alabama donde jugaban en la calle, hacían el tonto y, en resumidas cuentas, se comportaban como un par de críos. Habría dado lo que fuera por volver a ver la vida a través de los ojos de un niño, por recuperar aquel tiempo en el que la vida no era tan seria y los temibles vecinos no eran nada más que una afición entretenida, un tiempo en el que la familia era el hogar. Por las primeras páginas dedujo que Scout le cortaba las alas a Jem, pero decidió soportarla de todos modos.

—Mamá. —Aleisha se volvió hacia Leilah, que seguía con los ojos cerrados con fuerza—. ¿Qué piensas tú de Scout y Jem? ¿Te recuerdan a alguien?

Aleisha sonrió, sin esperar una respuesta, al ver la fotografía expuesta en la repisa de la chimenea: Aleisha y Aidan, a los siete y quince años respectivamente, dándose un beso (obligados por Leilah, que daba las indicaciones tras la cámara), con expresión burlona de asco en los rostros. Sonrió para sus adentros.

Entonces Aleisha conoció al padre de Scout y Jem. El narrador. Scout lo llamaba «Atticus», lo cual parecía tener sentido solo porque era una persona

importante. «Papá» habría sonado demasiado genérico para Atticus. Era abogado. Un hombre sabio, amable y justo... Aleisha se volvió hacia Leilah con rostro sonriente.

—¡Mamá! ¡Es abogado! —musitó—. Y parece que de los buenos, pese a vivir en ese pequeño pueblecito.

Vio a Atticus a través de los ojos de Scout: un hombre imponente, poderoso y respetable. Recordó haber pensado aquello mismo sobre su padre en el pasado, mucho tiempo antes. Era curioso como, una vez dejada atrás la infancia, los padres se convertían en meros humanos, con miedos y preocupaciones como los de uno mismo.

—Mamá —dijo en voz muy bajita—, creo que le estoy pillando el tranquilo a esto.

Durante un breve instante le pareció ver a Leilah removerse, abrir los ojos solo un poco, y se preguntó si estaría a punto de decirle algo al fin. Al ver que no era así, Aleisha se hizo un ovillo en el sofá y se apretujó contra su madre, tal como solían hacer cuando era niña. Se apoyó el libro en los brazos y se permitió cerrar los ojos.

La mañana siguiente, al despertarse, Aleisha tenía el libro entre las manos, con su cubierta de plástico flexible adherida a la piel ligeramente pegajosa. Echó un vistazo alrededor de la estancia. Le pareció ver a una niña sentada en la butaca que tenía enfrente, con las rodillas llenas de costras, pantalones cortos y las piernas un poco sucias por el polvo de Alabama: era Scout. En aquel primer momento tras despertar, ya no estaba en Wembley, sino en Maycomb. Miró hacia el extremo opuesto del sofá esperando encontrar allí a Leilah y preguntándose si también ella estaría compartiendo ese momento. Pero Leilah no estaba allí. Aleisha estaba sola. Sin embargo, por primera vez desde hacía tiempo, el silencio en la casa no le resultó tan asfixiante: podía respirar.

Capítulo 7

MUKESH

Bip. «Papá, soy Rohini. Hoy tengo que ir a la oficina, así que voy a dejar a Priya contigo durante unas horas. Le he preparado la comida porque hoy está un poco quisquillosa. Y se llevará un libro, así que no tienes que preocuparte de entretenerla. Le he reservado hora en la peluquería de High Road de Wembley a las cinco. ¿Podrías llevarla, por favor, y nos encontramos allí? Te iría bien dar un paseo hoy, si puedes. Hasta luego, papá. Llegaremos sobre las once».

BIP. «Hola, papá, Rohini me acaba de llamar. Quería saber si has oído su mensaje. Me ha escrito para decirme que va de camino a tu casa».

BIP. «Hola, papá, soy Deepali. Rohini me ha explicado que te has apuntado al desfile benéfico de este año. ¡Me parece fenomenal! En cuanto pueda me acerco a llevarte mis DVD de gimnasia. A mamá le encantaban. La mantuvieron muy sana. Seguramente te iría bien empezar a cuidarte un poco también».

Eran las once menos diez y Mukesh había escuchado el mensaje de Rohini por cuarta vez para asegurarse de que se había quedado con todos los datos. Llegarían hacia las once. Y a las cinco, cita en la peluquería. No tenía que hacer comida para Priya. Fiuu. No hizo caso del mensaje de Vritti, porque sabía que no necesitaba ni quería que le respondiera; Vritti siempre hacía de mensajera de Rohini. Y no le gustaba nada cómo sonaba aquello de los DVD de gimnasia de Deepali. Por lo que él recordaba, Naina fingía que le gustaban para que Deepali no tuviera la sensación de haber tirado el dinero.

Mientras garabateaba los datos concretos en un bloque de notas adhesivas que Rohini le había dejado allí justo para eso («Papá, me da la sensación de que nunca escuchas los detalles de mis mensajes telefónicos. ¿Qué te parece si te dejo esto junto al teléfono para que puedas anotarlos?»), el teléfono volvió a sonar y el corazón se le aceleró. Arrancó unas cuantas notas

adhesivas más por si Rohini tenía alguna otra instrucción que darle antes de su inminente llegada.

—Ja, ya estoy casi listo, te lo prometo. A las once —farfulló Mukesh, poniéndose en marcha.

—Hola, ¿hablo con el señor Patel? —preguntó una voz masculina.

—Sí —respondió Mukesh, esta vez con cautela—. Yo soy el señor Patel. ¿Quién llama?

—Hola, señor Patel, soy Kyle, de la biblioteca de Harrow Road. Hablamos el otro día. Tenemos un libro reservado a su nombre que acaba de quedar disponible.

—Pero... Pero si yo no he reservado nada. No sé ni cómo hacerlo.

—¿Está usted seguro? Nos aparece *Matar a un ruiseñor* en el archivo.

—Pues yo no lo he reservado, se lo prometo. Lamento haberle hecho perder el tiempo —se apresuró a disculparse Mukesh.

—¡Qué raro...! Tal vez se trate de un error técnico. ¿Quiere que cancele la reserva? Lo tengo aquí apartado para usted, pero puedo volverlo a colocar en la estantería.

Mukesh estaba a punto de responder cuando le vino un pensamiento. Vio su caligrafía manuscrita en la nota adhesiva: «No... hacer comida para Priya ni entretenerla». Un libro era un libro, al fin y al cabo... y si la bibliotecaria no era capaz de recomendarle ninguno, quizá aquel error técnico fuera su mejor baza. No tenía tiempo que perder. ¡Quizá con aquello lograra entretener a Priya! Podía ser un comienzo para demostrarle que estaba intentando entenderla.

—Me acercaré a recogerlo hoy mismo, si va bien.

—Por supuesto, señor Patel.

—Gracias, joven, gracias. ¿Cómo lo recojo?

—Lo único que tiene que hacer es pasar por aquí con algún documento de identidad, porque, si no recuerdo mal, aún tiene que recoger su nuevo carné de la biblioteca, ¿no es cierto?, y hacerle la petición a la persona que haya en recepción. Tan sencillo como eso.

Mukesh no estaba seguro de que sonara tan sencillo, pero tendría que apañárselas. Notó mariposas en el estómago.

—Gracias, gracias, joven.

Justo cuando colgó el teléfono, el reloj dio las once y llamaron a la puerta.

—¡Rohini! ¡Priya! —Mukesh abrió la puerta con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Qué guapas estáis las dos!

Rohini llevaba puesto el uniforme del trabajo, un traje pantalón de lino y unas gafas muy modernas. También llevaba puesta su cara de mujer de negocios y lo miró asintiendo con la cabeza.

—Gracias por encargarte de esto con tan poco preaviso, papá. Estoy segura de que los dos tenéis que contaros muchas cosas para ponerlos al día —añadió Rohini, y Priya y Mukesh intercambiaron una mirada que revelaba que ambos estaban pensando lo mismo: «¿Cuándo hemos tenido nosotros muchas cosas que contarnos?».

Por un instante, a Mukesh se le cayó el corazón a los pies.

—¡Pues, en realidad, hoy vamos a ir a la biblioteca!

Priya lo miró con una expresión confusa.

—¡Fantástico! —respondió Rohini, procurando ocultar su sorpresa.

Se dirigió hacia su coche mientras Priya entraba aprisa en la casa y retomaba su posición de costumbre, libro en mano.

—Rohini —le dijo Mukesh a su hija, que se detuvo en seco—. ¿De qué va *Matar a un ruiseñor*?

—¿Qué?

—El libro, que de qué va...

—Uf, papá. Hace muchísimo tiempo que lo leí. La verdad es que no me acuerdo muy bien. Lo único que recuerdo es que me hizo llorar. Creo que mamá me consoló. Pensaba que estaba estresada por los exámenes, pero fue por el libro. —Rohini regresó mentalmente a aquel día, según pudo apreciar su padre en sus ojos—. No vas a sacarlo para Priya, ¿verdad? De la biblioteca, digo. No me parece adecuado para su edad.

—No, no, es para mí.

—¿En serio? —Lo miró de verdad a los ojos por primera vez—. Pues me parece fantástico, papá. Mamá estaría orgullosa de ti.

Mukesh no pudo evitar henchirse de orgullo. Rohini saltó al asiento del conductor y se despidió de él con la mano. Mientras el coche desaparecía de la vista, escuchó a Naina susurrarle al oído: «Gracias, Mukesh. Gracias por intentarlo otra vez».

Capítulo 8

ALEISHA

—¿Aleisha? —le preguntó Kyle con su voz telefónica profesional aquella mañana, lo que le reveló que ya estaba en la biblioteca.
—¿Sí? —respondió Aleisha.

—Ese señor mayor al que disgustaste... —dijo Kyle, a quien le encantaba hacerla sentir culpable— va a dejarse caer por aquí hoy en algún momento a recoger el libro que reservaste a su nombre. Tu «truco» parece haber funcionado... ¿Querías estar aquí para recomendárselo? Yo no tengo problema en hacerlo. Conozco bien ese libro.

Aleisha puso los ojos en blanco. Por supuesto que lo conocía. Kyle lo conocía todo. Aleisha no estaba del todo segura de por qué había hecho la reserva, pero, en cuanto había pasado la última página de *Matar a un ruiseñor*, había sentido ganas de hablar sobre el libro con alguien, y aquel hombre quería una recomendación. Además, se había dicho, quizá acudiera a la biblioteca en busca de algo más que una historia. Tal vez lo que buscaba era un amigo, alguien con quien poder hablar también. Durante un tiempo, Scout y su hermano Jem... habían sido como amigos para Aleisha. Y pensó que si aquel hombre leía el libro, quizá tuviera la misma sensación.

—En realidad, sí quiero estar presente. Llegaré dentro de una hora, más o menos. Solo tengo que esperar a que mi hermano regrese a casa.

—De acuerdo. Pero asegúrate de tener cosas interesantes que decirle acerca del libro, de vendérselo bien. Cada cliente cuenta, ¿recuerdas?

Colgó y gruñó para sus adentros. ¿Qué le había dicho Mister Novela Negra a ella sobre el libro? ¿Había mencionado algo interesante que ella pudiera decirle también a aquel anciano? Lo único que había retenido era que no se trataba de la clase de libro que él solía leer y que lo había sacado de su extraña y truculenta cabeza llena de historias de crímenes.

Aleisha sacó su teléfono y buscó en Google «Temas en *Matar a un ruiseñor*», seguido de «Puntos de debate en *Matar a un ruiseñor*», tras lo cual

apareció una lista de preguntas que podría haber escrito perfectamente su profesora de Lengua y literatura. Hojeó el libro y recorrió con los dedos páginas y páginas que ya había disfrutado, cuando había observado a Jem, Scout y su amigo Dill incordiar al anciano que vivía en la terrorífica casa al final de la calle. Aterrizó en una página en la que Atticus preparaba un caso judicial y su defensa de Tom Robinson, que era inocente. Aleisha había ido tomando notas inconscientemente, preguntándose si de verdad el Derecho era así. Había devorado las hojas, furiosa por el trato que los habitantes de aquel pueblo dispensaban a Tom, y también a Atticus.

—¡Aidan! —había gritado hacía un par de noches mientras irrumpía en la habitación de su hermano.

Lo había encontrado sentado en su cama, navegando distraído con su ordenador portátil.

—Leish, ¿qué pasa?

Agitó el libro en el aire.

—¡Esto pasa! La gente de Maycomb, de ese pueblecito de ficción. ¡Son horribles! Va de un hombre al que han acusado de violar a una mujer blanca y todo el mundo la cree a ella solo porque es blanca. Atticus, un abogado, un abogado muy bueno, defiende a Tom. Pero los demás... los demás... son unos indeseables.

—¿*Matar a un ruiseñor*? —preguntó Aidan con tono apreciativo al ver la cubierta—. Es bueno. —Le guiñó el ojo—. Sé que se pone intenso, pero, si te estresas, solo tienes que recordar que no es más que un libro, ¿sabes?

—Tiene gracia viniendo de ti... Eras tú quien se disfrazaba de personajes literarios en Halloween. Pero ya sabes a lo que me refiero... parece real. Estoy segura de que ha sido real. Es una lucha por la justicia de verdad.

—Vaya, parece que este libro te ha calado hondo, ¿eh? —le dijo su hermano en tono jocoso, pero tierno.

Y, en efecto, le había calado. Pero ahora, ahora tenía que decir algo interesante sobre él y no tenía ni idea de si sus pensamientos tenían algún valor. El libro la había hecho sentir cosas, pero ¿merecía la pena compartirlas?

Se apoyó en la encimera de la cocina, a la espera de que la tetera hirviera. El borde se le clavó en los riñones y se acordó de aquel día, cuando era pequeña, en que Aidan la había perseguido por la casa y ella se había caído. Por un momento, había tenido la sensación de que volaba. Hasta que se había golpeado la cabeza, justo por encima del ojo izquierdo, y se había rasgado la piel con el borde de la afilada encimera.

Aidan había acudido en su rescate, como siempre. Dean la había regañado por corretear por casa, pero no había hecho falta que le pidiera a Aidan que fuera en busca de una venda y un paño húmedo para intentar detener la hemorragia de la frente lo mejor que pudieran. Aidan se había encargado por sí solo de cuidar de ella. Leilah lo había llamado «nuestro pequeño doctor» durante mucho tiempo después del incidente. Aidan era perfecto, como siempre.

Mientras se acomodaba en el salón con la taza entre las manos, miró por la ventana y observó a la gente que pasaba. Cada vez que veía a un transeúnte le daba un sorbito a su té, a veces dos. Era su propio juego, aburrido, de beber en solitario. Estaba empezando a ponerse nerviosa: si Aidan tardaba mucho más, quizá no llegara a tiempo a la biblioteca para ver al anciano.

Y entonces fue cuando ocurrió. Como salido de las páginas de una novela, divisó al chico del tren a través de la ventana. Ya no llevaba la gorra. ¿Le estaría jugando la mente una mala pasada? No, se dijo, era él. No cabía duda de que era él.

Despacio, se acercó al cristal, que empañó con el vaho de su aliento, y lo observó caminar desde un extremo de su ángulo de visión hasta el otro. Justo en ese momento, el coche de Aidan aparcó en la acera de enfrente, donde solía hacerlo. A Aleisha se le ralentizó el corazón. Su hermano, cuya silueta se apreciaba a través de la ventanilla, se inclinó sobre el asiento del copiloto, seguramente para guardar en la guantera las gafas que usaba para conducir (detestaba admitir que necesitaba gafas para conducir) antes de echar la cabeza hacia atrás y quedarse mirando el cielo. Aleisha esperó a que saliera del coche, pero permaneció allí sentado varios minutos.

El tiempo se detuvo mientras lo observaba, a la espera de que Aidan se moviera. Se sentía como una intrusa espiándolo. ¿Qué estaba pasando?

Entonces escuchó un susurro tras ella.

—¿Qué miras?

Era Leilah, vestida con tejanos y una camiseta: tal vez tuviera un buen día. Aleisha intentó disimular su expresión de sorpresa.

—¡Te has levantado!

—Por supuesto que me he levantado.

Aleisha frunció el ceño.

—¿Qué miras? —insistió Leilah.

—Nada. —Aleisha se dio media vuelta, intentando tapan el coche de Aidan de la línea de visión de Leilah para concederle a su hermano un

momento para sí mismo—. Acabo de ver a un chico que vi en el tren un día —comentó para distraer a su madre.

—Apasionante.

Leilah sonrió. Sus ojos parecían menos cansados aquella mañana.

Aleisha volvió a mirar de reojo a Aidan. Su hermano sabía que lo estaba esperando: le había enviado un mensaje de texto diciéndole que tenía que ir al trabajo. ¿Por qué no entraba? ¿Qué hacía? Dentro del coche, su hermano se llevó las dos manos a la cara y dejó caer los hombros; permaneció así unos momentos... y entonces miró hacia la casa, hacia ella.

—¿Mamá? —dijo Aleisha poniéndose en movimiento, pero, al darse media vuelta, Leilah ya se había ido.

—¡Estoy aquí arriba! —gritó Leilah desde su dormitorio.

Aleisha se levantó del sofá rápidamente, fingiendo que no había estado espionando, y subió a toda prisa las escaleras. Escuchó las vocecillas de la radio tras la puerta de la habitación de Leilah.

Entró; Leilah se quitó un auricular.

—Pasa, cariño —la invitó Leilah con voz relajada—. Siéntate aquí conmigo.

Aleisha intentó disimular su inquietud por la biblioteca y concentrarse en su madre en aquel momento. Lo que ella necesitaba en aquel instante era un abrazo y que Leilah le dijera que todo saldría bien.

Leilah estaba sentada a los pies de la cama (Aleisha estaba acostumbrada a verla tumbada hecha un ovillo), con las piernas colgando por el borde. Los dedos de los pies le rozaban el suelo. Tenía la radio al lado y los auriculares puestos; parecían inyectarle vida.

Dio unas palmaditas en la cama, en el lado opuesto a la radio. Aleisha se sentó, tal como le pedía. Leilah desconectó los auriculares. Enrolló el cable con cuidado y los dejó junto a la radio. Aleisha se fijó en las líneas: los pies de su madre y el suelo; la espalda de su madre y la cama; la radio, perpendicular, y los auriculares, también. Tuvo la sensación de que trazaban fronteras invisibles a través de ella, por encima de ella, alrededor de ella. Identificó asimismo sus propias líneas: su espalda (ligeramente encorvada) y la cama, sus propias piernas y el suelo; sus pies (con los dedos apuntando hacia abajo, en lugar de hacia delante, como los de su madre). Leilah le sonreía, pero Aleisha no tenía claro cómo actuar; lo único en lo que podía pensar era en que echaba por tierra el patrón. No pertenecía a aquel lugar.

Aleisha permaneció completamente inmóvil, temerosa de realizar cualquier movimiento, por si a Leilah volvía a cambiarle el humor, por si

Leilah se percataba de lo fuera de lugar que estaba. Pasados unos minutos, ambas escucharon el tintineo de las llaves en la puerta y la vuelta de la cerradura. Leilah saltó de la cama y se olvidó de Aleisha. El hechizo, fuera cual fuese, se había roto.

—¡Aidan! —gritó Leilah mientras se abría camino hasta la puerta de casa.

Aleisha se detuvo en la barandilla y vio a Leilah abrazar a su hijo. Inspeccionó el rostro de Aidan, encajado entre el hombro y la cabeza de su madre. Sonreía. Parecía incluso que le brillaban los ojos.

—Acompáñame a la cocina —dijo Leilah, tirando de su hijo—. Voy a ver si preparo algo de comer.

Aleisha permaneció donde estaba, sintiéndose como una pieza de recambio inútil.

Luego, volviendo a ponerse en marcha, fue a su dormitorio en busca de su bolso y se calzó los zapatos en la puerta. Aidan se le acercó, con el delantal ya puesto.

—¿Te vas a la biblioteca?

—Sí, es por ese anciano, ya sabes, va a ir a recoger el libro que le recomendé.

—¡Fantástico, Leish! Esta vez te vas a portar mejor, ¿verdad?

—Por su puesto. Ese libro que me he leído...

—¿*Matar a un ruiseñor*?

—Sí, ¿te acuerdas!

—Por supuesto, no has dejado de dar la tabarra con él.

—Muy gracioso... No sé si seré capaz de decir algo decente sobre él.

—Le encantará. A mí me explicaste un montón de cosas interesantes.

Aleisha notó que se ruborizaba al sentir que la valoraban. Además de Kyle el sabelotodo y Dev, su hermano era la única persona a la que conocía que entendía de libros.

—¿De verdad?

—Sí. Pero no voy a mentirte: cuando vi que te dormías como si nada con él en las manos, pensé que te aburría.

Aleisha puso los ojos en blanco y le dio un suave puñetazo en el brazo.

—¡Calla! ¿Sabes que yo también soy capaz de concentrarme? Recuerda: yo soy la que saca buenas notas.

—Entonces ¿a qué estabas esperando?

—¡Pues a ti!

Aleisha agarró su bolso y salió corriendo.

—Esto parece una escena de *Love Actually* o algo así —le gritó Aidan cuando ya estaba en la calle.

Simultáneamente, la voz de Leilah viajó desde la puerta de casa:

—Aidan, cariño, ven a ayudarme con esto.

Aleisha respondió al comentario de su hermano levantándole el dedo corazón.

La lista de libros

INDIRA

2017

Indira llegaba tarde para el *satsaang* del día porque el servicio de transporte especial adaptado para personas con problemas de salud se había equivocado con su reserva. Cuando llegó al *mandir*, estaba aturdida y muy nerviosa. Sabía que Naina, que no había sido capaz de hacerlo durante un largo tiempo debido a su tratamiento, iba a dirigir el *satsaang* aquel día y le había prometido que estaría presente. Quería verla, darle su apoyo. Rezaba por Naina cada día. No eran amigas íntimas. A decir verdad, Indira no era amiga íntima de nadie, pero Naina siempre estaba dispuesta a ayudar a todo el mundo e Indira creía firmemente en devolver los favores cuando la gente más los necesitaba.

De todos los días para llegar tarde, tenía que ser precisamente aquel...

Indira se sentó en las escaleras junto a los zapateros y se quitó los *chappal*^[2], que llevaba firmemente ajustados con velcro. Se dejó los calcetines puestos, a pesar de las recomendaciones del médico. «Siempre que pueda, camine descalza. Es mucho mejor para usted, señora Patel, así corre menos riesgo de resbalarse». Pero Indira nunca había hecho demasiado caso de los médicos.

Depositó con cuidado sus zapatos en una bolsa de plástico y los dejó en su estantería favorita del zapatero: la casilla 89 del zapatero D. Era un ritual. A veces, cuando había alguna excursión escolar, estaba ocupada, pero, por lo demás, todo el mundo sabía que aquella era la casilla de Indira.

Comprobó en la estantería si había más pares de zapatos, pero lo único que había a la vista era un papel arrugado al fondo. Indira lo sacó y, como era curiosa por naturaleza, lo desdobló para comprobar si podía devolvérselo a su propietario, o a la persona que lo hubiera tirado ahí. (¿Quién se atrevía a dejar basura en su casilla de los zapatos?!).

Por si la necesitas:
Matar a un ruiñeñor
Rebeca
Cometas en el cielo
La vida de Pi
Orgullo y prejuicio
Mujercitas
Beloved
Un buen partido

Indira arrugó la frente. ¿Qué era aquello? Parecía una lista y estaba escrita con una caligrafía nítida que no le resultaba familiar. Con aquello como única prueba, era imposible ponerle nombre a la persona que había dejado aquel papel allí tirado y reprenderla por ello.

Miró el reloj de pared. ¡Ya eran las dos y cinco y aún no había llegado al salón! Sabía que debería tirar aquel papel a la papelera, actuar de manera responsable, pero tenía que caminar un trecho para hacerlo y estaba en la dirección opuesta. Para ahorrar tiempo, y azuzada por un pensamiento quisquilloso («Por si la necesitas» era un mensaje dirigido a alguien, quizás a ella misma), la dobló con cuidado y se la guardó, sana y salva, en la bolsa de plástico del *mandir* bajo la atenta mirada de Swami Bapa.

Divisó al marido de Naina, Mukesh, asomándose por una de las ventanillas de las puertas de madera que separaban el vestíbulo principal del salón.

—¡Pero ¿qué andas mirando?! Esto es solo para mujeres... ¡Quita de aquí! —bromeó Indira.

—*Kemcho*, Indiraben. Solo miro, para asegurarme de que está bien. Le he prometido que me quedaría. —Le temblaba ligeramente la voz y tenía los ojos enrojecidos, cansados.

—Te vas a fastidiar la espalda asomándote así.

—Indiraben, entiéndelo. Mira —dijo, mientras hacía un gesto hacia el salón. Indira lo siguió con la mirada, con los codos apoyados en el andador con asiento del *mandir*—. Tengo que cuidarla.

Naina parecía tan distinta... Su cabello, normalmente de color negro azabache y trenzado, estaba completamente cubierto por un viejo sari que no combinaba con el resto de su atuendo. Era algo impropio de Naina, pero Indira no le comentó nada a Mukesh. Observaba a su esposa con suma atención, como si temiera que, si apartaba la mirada, fuera a desaparecer para siempre.

Naina tenía el rostro demacrado, pero su expresión era la misma de siempre: llena de vida y animada. Incluso desde aquella distancia, Indira apreció la pesadez de los párpados de Naina, pero gesticulaba con los brazos al son de la música y tenía la boca completamente abierta, con toda la energía puesta en la canción. Quizás aquel cántico le estuviera devolviendo la vida. Las mujeres, sentadas en sillas o en el suelo, daban palmadas sincronizadas en el medio del mar de color que formaban sus saris y trajes punyabíes.

De no ser por la pérdida de estatura de Naina y por sus hombros ligeramente encorvados, algo de lo que Indira nunca se había percatado hasta entonces, por su rostro más delgado y por el pañuelo con el que se cubría la cabeza, Indira no se habría creído que Naina tenía cáncer. Pero todas aquellas pistas existían y eran claramente visibles, e Indira se preguntó por qué Dios la habría escogido a ella. ¿Por qué a Naina? Naina tenía una familia. Seres queridos. Indira estaba sana como un roble y apenas quedaba ya un alma que la quisiera.

—Tengo que entrar —le dijo Indira a Mukesh, que le respondió con un asentimiento de cabeza y un gesto triste en los labios.

Le sostuvo la puerta abierta mientras ella entraba empujando su andador.

Naina le sonrió y le hizo un gesto para que tomara asiento. No dejó de cantar en ningún momento.

En aquel salón, Indira notó el amor y el respeto que todo el mundo profesaba a la mujer que estaba de pie delante de ellos. Si fuera Indira quien estuviera atravesando aquella situación, ¿habrían acudido a verla y la mirarían con los mismos ojos? Lo dudaba, y sabía por qué: sabía que ella y Naina eran dos tipos muy distintos de mujer. En realidad, Indira siempre buscaba conectar; lo que sucedía era que, a menudo, nadie buscaba conectar con ella.

Una vez concluido el *satsaang*, Indira se acurrucó contra la pared del fondo y fingió asegurarse de que llevaba todas sus cosas, pero en realidad se sentía incómoda y sola porque no tenía a nadie con quien hablar. Naina se le acercó. Todas las demás asistentes conversaban con sus amigas, sus hermanas, sus primas y sus vecinas.

—Indiraben, qué alegría que hayas venido. Ha pasado mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Sí, Nainaben. Lo has hecho de maravilla. Tus hijas deben de estar muy orgullosas de ti —dijo Indira señalando hacia las tres mujeres sentadas en primera fila, ahora enzarzadas en una conversación—. Han estado aplaudiendo y cantando alegremente todo el tiempo.

Naina miró hacia sus hijas: Deepali, Rohini y Vritti.

—Sí, son maravillosas.

Indira asintió con la cabeza, sostuvo el rostro de Naina entre las manos y notó su piel suave y cálida.

—*Jai Swaminarayan* —le susurró Indira.

Naina colocó sus manos encima de las de Indira.

—Gracias, *ben* —le contestó con una sonrisa amable y un destello en los ojos.

Aquella fue la última vez que Indira vio a Naina. La lista de libros permaneció en el fondo de la bolsa de plástico, olvidada, durante largo tiempo, viajando de casa de Indira al *mandir* y del *mandir* a casa cada semana. Pero, cuando fuera el momento, encontraría su manera de salir a la luz.

Capítulo 9

MUKESH

—¡D
ate prisa, Dada! ¡Quiero llegar ya a la biblioteca!
Mukesh disfrutó del paseo por la calle principal, pero el aire le hacía daño en los pulmones mientras se esforzaba por dar alcance a Priya, que iba bastante por delante de él. El mero hecho de mirarla lo hacía sentir incluso más viejo, más frágil. En otra época había sostenido a Priya, recién nacida, en los brazos. Una época en la que su nieta era todo ojos y orejas, con un botón diminuto por nariz. Entonces le había parecido tan pequeña y frágil... En cambio, ahora los papeles se habían invertido. Ahora él era el frágil.

La biblioteca de Harrow Road ocupaba un edificio antiguo, muy distinto del moderno Centro Cívico. Seguramente antaño habría sido la casa de alguien, con grandes paredes blancas y carpintería de madera pintada de negro y dorado. Tras ella se extendía el parque, lo que le permitía disfrutar de silencio y tranquilidad pese a encontrarse en la calle principal. Tenía multitud de ventanas, algunas claramente nuevas y modernas, además de las aterradoras puertas de cristal de apertura automática. Se percató de que en la puerta había un cartel que no había visto antes: «Salvemos las bibliotecas — rezaba—. Ayúdanos a darnos a conocer».

—¡Caramba! —susurró Priya al acercarse al edificio—. Ba me trajo aquí una vez, cuando era pequeña. Pero no me acuerdo muy bien.

Mukesh asintió con la cabeza. Estaba nervioso, avergonzado tras el último episodio, pero el entusiasmo de Priya lo alentaba. Agarró a Priya del hombro, para evitar que volviera a adelantarse corriendo, y se tomó un momento antes de llegar a la puerta para comprobar quién había dentro. Al asomarse vio una melena oscura recogida en un moño que asomaba tras el mostrador de recepción. Era ella, aquella muchacha maleducada. Suspiró y cuadró los hombros.

Las puertas se abrieron para dejarles paso, como por efecto de un milagro, y en cuanto estuvieron dentro, Priya salió disparada en dirección a la sección infantil. Mukesh sabía que era un poco mayor ya para aquellos libros, pero probablemente supiera lo que buscaba.

La observó mientras se perdía y volvía a emerger entre las estanterías, en busca de un libro, completamente a sus anchas en aquel extraño mundo nuevo. ¿Cómo era posible que le resultara tan fácil? Al echar un vistazo a su alrededor, comprobó que todos los allí presentes sabían lo que se hacía. Todos, excepto él.

Algunas estanterías estaban repletas de libros, mientras que en otras los ejemplares eran escasos, con apenas cuatro o cinco volúmenes diseminados por todo el estante. Había mesas y ordenadores de aspecto moderno alineados contra una pared, y butacas repartidas a su alrededor, algunas ya raídas, mientras que otras parecían nuevas. Incluso había una planta superior, si bien de la cadena que colgaba de la barandilla de la escalera pendía un cartel que indicaba claramente: «Solo personal autorizado». Aquella biblioteca era de las pequeñas, pero estaba seguro de que podría encontrar algo que le gustara, y se recordó por qué había regresado a aquel lugar tan pronto: la misteriosa reserva de un libro a su nombre podría ser su primer paso para convertirse en un habitual de la biblioteca, como todos los allí presentes.

Respiró hondo y se dirigió hacia la muchacha de la recepción. Le sorprendió ver que le sonreía.

—Hola —la saludó con recelo al acercarse, mientras con un ojo vigilaba a Priya, que ya había adoptado su pose habitual en un puf enorme, con un libro entre las manos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarlo? —preguntó la muchacha.

Mukesh buscó con la mirada el teléfono de la joven, sus auriculares, cualquier señal de que, en realidad, no le estuviera prestando atención, pero no detectó nada. Qué extraño.

—He venido a recoger un libro que he reservado. Aunque tengo una pregunta.

—¿De qué se trata?

—Pues... En realidad, yo no he reservado ningún libro. Me suscribí a la biblioteca hace poco más de una semana. ¿Se trata de algún libro de bienvenida o algo por el estilo?

—¿Es usted el señor Mukesh Patel?

—Sí. Soy... yo.

Una de dos: o bien aquella muchacha tenía demasiada información o el servicio de aquella biblioteca era excelente.

La joven tecleó algo en el ordenador. Sus uñas repiquetearon en las teclas y a Mukesh le chirriaron los dientes.

—Sí, *Matar a un ruiseñor*. Aquí está.

La joven seguía sin despegar los ojos de la pantalla. Mukesh no sabía qué se suponía que debía pasar después.

Entonces la muchacha sacó algo de debajo del mostrador. Un libro. Se lo entregó. A Mukesh no le gustó demasiado el tacto de su cubierta laminada, pero pensó que se acostumbraría.

—Yo... yo lo he reservado a su nombre. El otro día me pidió una recomendación y he pensado que este podía ser un buen libro. —Dudó—. Es... es un buen libro.

Mukesh sostuvo el ejemplar de *Matar a un ruiseñor* como si nunca hubiera tenido un libro en las manos. Quería preguntarle a aquella jovencita de qué se trataba, pero no sabía si era una pregunta absurda. Quizá debería saberlo.

—Dada, ¿me sacas este, por favor?

Priya había aparecido a su lado con *Un mago de Terramar*. Mukesh se encogió de hombros y miró a la muchacha que había tras el mostrador en busca de orientación. Ella asintió con la cabeza.

—Por supuesto. Puede sacar hasta... —hizo una breve pausa— seis libros a la vez con cada carné.

Priya miró a su abuelo y asintió con entusiasmo. Mukesh nunca la había visto tan animada. Se mecía de lado a lado, con el libro aferrado al pecho.

—¿Sabe? Ese libro que se lleva usted, *Matar a un ruiseñor*, su nieta también podría leerlo.

La muchacha lo miró con complicidad. Mukesh calibró sus palabras un momento y recordó que Rohini le había dicho que Priya aún era demasiado pequeña para leerlo.

—Entonces... ¿no se trata de ningún libro de bienvenida?

—Bueno, puede considerarse algo así. Si no quiere leerlo, no pasa nada. Pero me pareció que era bueno.

De súbito, la muchacha pareció insegura, cauta.

—He oído hablar sobre ese libro, Dada. Incluso hay una película —intervino Priya.

—¿Sí, *beta*? ¿De qué va?

Priya se encogió de hombros y su expresión se nubló.

—No lo sé. Yo no lo sé todo.

Mukesh soltó una risita. La joven de recepción respiró hondo, como si estuviera a punto de iniciar un largo discurso, pero se limitó a decir:

—Es una buena novela introductoria, ¿sabe? Un clásico.

—¿Me gustará?

Mukesh no sabía a quién mirar, si a la muchacha o a Priya. Le había gustado *La mujer del viajero en el tiempo*, pero, sobre todo, porque le había caído en el regazo en el momento oportuno y lo había hecho sentir más cerca de Naina.

La muchacha asintió con la cabeza.

Mukesh miró la cubierta del libro. El título parecía manuscrito; tuvo que entornar los ojos para desentrañar las palabras: «Matar... un... ruiseñor».

—¿Por qué tiene este título? —quiso saber.

—Contiene una frase... —empezó a decir la muchacha, pero se interrumpió—. Lo siento, no quiero estropearle la sorpresa. Tendrá que leerlo para averiguarlo. Si quiere, claro. Sin presión.

—¡Venga, Dada! —exclamó Priya sonriéndole a la joven, como si estuvieran compinchadas.

Mukesh detectó admiración en los ojos de Priya, el tipo de mirada que solían poner sus hijas cuando veían a sus primas mayores, a quienes siempre habían considerado... jóvenes modernas.

—¿Y podría recomendarme algún otro libro? Ya que puedo sacar seis... —preguntó Mukesh—, incluido este —añadió señalando al que Priya tenía en las manos.

La muchacha se detuvo un momento, con los ojos como platos.

—No, no, le recomiendo que empiece por este. Confíe en mí. Así tendré... una idea de qué le gustaría leer a continuación, si es que le gusta.

—Lo intentaré —respondió él sonriéndole.

La joven le devolvió la sonrisa. Mukesh bajó la mirada hacia Priya y le sonrió también.

—¡Voy a sacar un libro!

—Ya lo sé, Dada. Es genial —dijo Priya, y le entregó el ejemplar de *Un mago de Terramar* a la bibliotecaria.

Mukesh también le entregó su libro.

—Dada —susurró Priya—, y el carné de la biblioteca.

Le dio un codazo suave en las costillas a su abuelo y Mukesh hizo lo que le decían.

Mukesh observó a la joven escanear el código de barras del carné. Bip. Y luego escaneó los libros. Bip. Bip.

—¿Cuándo tenemos que devolverlos? —preguntó.

—Dentro de tres semanas. Puede renovar el préstamo por teléfono o a través de Internet si lo necesita.

—No, me lo acabaré, y estoy seguro de que ella también se lo acabará.

—¿Quiere que le ponga dentro un sello recordatorio, por si acaso?

Mukesh abrió el libro y vio la hoja de las Bibliotecas Municipales de Brent llena de fechas negras emborronadas. ¡Había muchísimas! Le sorprendió pensar que aquel libro no fuera solo para él, que fuera para todo el mundo. Pensó en todas las personas que lo habían sacado en préstamo antes y en las que lo sacarían después de él. Tal vez lo hubieran leído en una playa, en el tren, en el autobús, en el parque o en su salón. Quizá también en el lavabo... ¡aunque esperaba que no! Sin saberlo, todos los lectores estaban conectados de alguna manera. Y él estaba a punto de empezar a formar parte de aquello también.

—Sí, por favor.

Volvió a entregarle ambos libros a la muchacha, que los selló al instante. Mientras la observaba, se preguntó si Naina habría sostenido alguna vez en sus manos alguno de aquellos libros. Había acudido a aquella biblioteca un sinnúmero de veces, había leído centenares de libros. ¿Habría sido *Matar a un ruiseñor* uno de ellos?

Mukesh guardó el libro en su bolsa de tela de la compra.

—Señor, si quieren sentarse a leer aquí, tenemos incluso una máquina de café y zumos. ¿Cómo te llamas? —le preguntó a Priya.

—Hola, soy Priya. ¿Y tú cómo te llamas? —respondió Priya con descaro y con una seguridad inesperada.

—Aleisha, encantada de conocerte. ¿Queréis sentaros tu abuelo y tú a leer aquí un rato?

Priya miró a Mukesh, esperanzada, pero él negó con la cabeza: eran casi las cinco, la hora de la peluquería de Priya. Mukesh notó ambos pares de ojos clavados en él. ¿Se darían cuenta de que se sentía aliviado? No quería sentarse allí a leer... Lo intimidaría demasiado. Agradeció tener un pretexto y, además, no tenían tiempo que perder o Rohini le echaría una reprimenda memorable.

—¿Puedo ayudarles en algo más? —les preguntó la joven.

—No, gracias. Ha sido usted muy atenta. Tengo que llevar a mi nieta a otro sitio.

La muchacha sonrió, al tiempo que se pasaba la mano por el pelo y se alisaba un mechón encrespado.

—Pues me voy a disfrutar de la lectura de *Matar a un picaflor*. Me comprometo a empezar a leerlo esta misma tarde —dijo Mukesh.

—*Un ruiseñor* —lo corrigió la joven, a lo que él respondió con una sonrisa, sin entender muy bien la corrección.

Priya se despidió de la chica con la mano, que le respondió amablemente del mismo modo, mientras Mukesh salía por la puerta. Hoy parecía más alto. Pudo proyectar la vista más allá, hasta el final del aparcamiento, pasando los árboles y los edificios, incluso veía más allá del estadio de Wembley. Divisó todo Londres desde allí, por el mero hecho de andar un poco más enderezado. «Es asombroso lo que la postura puede hacer», se dijo.

«Bien hecho, Mukesh, has afrontado un miedo». Era Naina quien le hablaba al oído. La escuchaba... más alto que nunca, como si estuviera justo a su lado.

—Gracias —le respondió Mukesh en un susurro.

—¿Qué, Dada? —preguntó Priya.

—Perdona, nada, *beti*. ¡Vayamos a la peluquería!

—¡Dada, no! No quiero ir. Mamá siempre me corta el pelo, pero yo quiero dejármelo largo.

—A veces hay que hacerle caso a mamá. ¡Le hace sentir bien! Pero puedes sentarte a leer en la peluquería. ¿Qué tal te suena eso?

—Es verdad —respondió Priya encogiéndose de hombros.

Siguió a su abuelo y dejó que fuera él quien, despacio, liderara el camino.

Hoy había sacado un libro de la biblioteca, de manera legítima, y la muchacha del mostrador había sido atenta con él. Se sintió un poco culpable por haber puesto la queja sobre ella, pero quizá, de no haberlo hecho, hoy no habría estado tan educada. Cuando él trabajaba en la taquilla de la parada de metro de Wembley Central, a todo el mundo le gustaba conocer la opinión de los clientes: una opinión adecuada y sincera era el único modo seguro de mejorar el servicio. Y ahora, años después, seguía opinando lo mismo.

Además, aquel día había llevado a su nieta a la biblioteca. Por primera vez en muchísimo tiempo, Priya había parecido emocionada o al menos contenta en compañía de su abuelo. Quizá aquel día fuera el inicio de un nuevo capítulo.

La lista de libros

LEONORA

2017

Leonora se despidió de su profesora con un «Namasté» y fue a recoger sus zapatos del vestíbulo. Todo el mundo parecía tener prisa por marcharse: se calzaban sin deshacer siquiera las lazadas y salían corriendo por la puerta, olvidando al instante la paz de la clase de yoga. En cambio, Leonora siempre se tomaba aquella parte con calma. No le importaba estorbar a los demás. Saboreaba la serenidad onírica de aquel momento mientras se reincorporaba poco a poco a la realidad.

Cuando le preguntaban por qué se había mudado de nuevo a Wembley, solía responder que para estar más cerca de sus padres; nunca mencionaba su divorcio, ni a su hermana Helena, que estaba apagándose poco a poco. Helena era el verdadero motivo por el que había cambiado Manchester por Londres. En cuanto anunció su divorcio, los padres de Leonora habían aprovechado la oportunidad y le habían implorado que se mudara con su hermana, para ayudarla y para que ellos pudieran tener un cierto descanso. Había accedido a regañadientes, pero lo cierto era que Helena no quería ayuda, así que ahora convivían en un silencio incómodo y Leonora se había convertido en una intrusa no deseada en casa de su propia hermana. Y no tenía a nadie con quien hablar de ello. No tenía amigos en aquel lugar familiar pero poco acogedor. Estaba pasando una mala época.

Regresar había sido una experiencia rara. Sus padres y Helena habían visto la evolución de Wembley, habían formado parte de aquel cambio, lo cual explicaba que no apreciaran tanto el contraste. Pero Leonora apenas había llegado más allá de North Circular en sus viajes de regreso a casa, para Semana Santa y Navidad y también en algún que otro puente, y para ella todo en Wembley era ahora diferente. Ahora había rascacielos por todas partes y las calles residenciales se habían vuelto más grises a causa de la

contaminación y el paso del tiempo, mientras que los centros comerciales, la estación y el estadio lucían una perfección y un brillo impoluto para deleite de los turistas.

Agitada en aquella ciudad solitaria y cambiada, Leonora había esperado conocer a gente nueva en las clases de yoga. Pero, más allá de algún «¡Hola!» esporádico, nadie parecía interesado en charlar. La gente salía disparada al acabar, mientras que Leonora se quedaba rezagada porque no quería regresar a casa.

Había una mujer que siempre la saludaba con una sonrisa cálida, pero le parecía raro darle conversación. Sabía que lo único que tenía que hacer era armarse de valor y presentarse, pero todo el mundo parecía tan independiente que se le hacía extraño, incómodo incluso, saludar siquiera.

Aquel día se calzó los zapatos y se ató las lazadas con calma. Tal como hacía cada semana, leyó el tablón de anuncios que tenía delante, rezagándose lo suficiente con la esperanza de que alguien la saludara primero... Quería vivir un encuentro bonito, como los de las películas de Hollywood. Aunque, para ser sinceros del todo, lo único que quería era un amigo.

¿Retiros de yoga a 500 libras la semana? No, gracias. ¿Trabajar cuidando gatitos con las alergias que ella tenía? No, gracias también. ¿Un club de lectura en la biblioteca municipal de Harrow Road...? La última vez que había visitado aquel lugar había sido de niña. Junto al cartel había una lista manuscrita: supuso que se trataba de los títulos del club de lectura.

Matar a un ruiseñor
Rebeca
Cometas en el cielo
La vida de Pi
Orgullo y prejuicio
Mujercitas
Beloved
Un buen partido

Quizás aquella fuera su oportunidad de conocer a gente. Si era un club de lectura, tendrían que hablar. Y recordaba aquel lugar con cariño. Harrow Road era la biblioteca a la que le gustaba ir de adolescente. Recordaba a los bibliotecarios (que probablemente ya hiciera tiempo que no trabajaban allí) y al joven director, Dev, que siempre tenía una buena recomendación en la manga, acorde al gusto y los intereses de cada uno de sus apreciados usuarios de la biblioteca.

Repasó la lista, deteniéndose en cada título unos instantes. Había leído algunos de aquellos libros, incluido *Matar a un ruiseñor*, de adolescente. No recordaba la historia, porque se le daban fatal los detalles, pero sí se acordaba de la sensación que le había causado. Transmitía una calidez mágica. El título le evocó desayunos al aire libre, sentada en un banco de madera..., pero hacía tanto tiempo que lo había leído que no fue capaz de determinar si aquel recuerdo era suyo o una escena del libro.

Cuando llegó al séptimo título de la lista, sacó el libro que llevaba en su bolsa de yoga, un ejemplar de *Beloved*. Lo sostuvo en alto. Parecía que salía con ventaja.

Volteó el libro en sus manos. Acababa de empezar a leerlo, tras años y años de que se lo recomendaran sus amigas. Por las tardes, mientras Helena se echaba una larga siesta, Leonora había empezado a leer sentada junto a su hermana, escuchándola respirar y permitiéndose escapar con la mente a otro lugar. Y ya le tenía robado el corazón.

Se preguntó cuándo sería la reunión del club de lectura para hablar de *Beloved*. No había ninguna información adicional en el tablón de anuncios. ¿Le daría tiempo a terminárselo? El libro iba sobre una madre, Sethe, y su hija, Denver, que se quedan solas en una casa encantada donde habita el fantasma de la primera hija de Sethe, Beloved, que había causado un gran dolor a la familia durante años. A ella le recordaba a la casa de Helena. También allí habitaba un fantasma, el fantasma del pasado de Helena, de la felicidad de Helena y del futuro que Helena tal vez no viera.

Leonora respiró hondo y se enjugó las lágrimas que le resbalaban por las mejillas. Guardó el libro de nuevo en su bolsa. Un club de lectura. Tal vez fuera buena idea. Le daría la oportunidad de hablar, de hacer amigos. Le hizo una fotografía a la lista de lectura y al anuncio del club de lectura. Tendría que buscarlo al día siguiente, mientras Helena se echara la siesta. Iría mañana.

Capítulo 10

MUKESH

Bip. «¿Dada? ¡Soy yo! —La voz de Priya sonaba alegre—. Estoy disfrutando mucho de *Un mago de Terramar*, pero me estoy leyendo varios libros a la vez y no podré ir a devolverlo a la biblioteca contigo. Mamá me ha dicho que tenías previsto ir hoy y quería llamarte para decirte que lamento mucho devolverlo tarde. Hoy no puedo ir porque mamá me ha puesto deberes extra de matemáticas para hacer en vacaciones y tengo que acabarlos».

Hablaba atropelladamente, por lo que Mukesh tuvo que rebobinar el mensaje y reproducirlo despacio para asegurarse de haber entendido todos los detalles, con el bloc de notas adhesivas a punto.

Tenía muchas ganas de ver a Priya; se había levantado y vestido antes de lo habitual porque le apetecía muchísimo hablar con ella acerca de sus respectivos libros. Incluso había anotado algunas frases clave. Quería «impartir» algo de sabiduría sobre *Matar a un picaflor*, como hacía Atticus, aunque no fuera su propia sabiduría.

«No te lo tomes tan a pecho. —Escuchó decir a Naina, cuya voz saltó de las páginas—. Es pequeña, no pretende hacerte daño».

Sabía que seguramente Naina estuviera en lo cierto. Pero ir a la biblioteca con Priya habría sido más fácil. Y habría tenido la sensación de haber hecho un avance con su nieta.

Mukesh suspiró. Sabía que tenía que regresar a la biblioteca. Quería devolver el libro y sacar otro. Pero, en el fondo, no estaba convencido de poder hacerlo solo. Hojeó el libro una vez más, en busca de un consejo de Atticus que lo ayudara a superar aquel pequeño contratiempo.

Alrededor de una hora más tarde, al acercarse a la biblioteca con el libro en las manos, Scout ocupaba el lugar de Priya y corría por delante de él disfrazada de jamón, animándolo, mientras el viejo y sabio Atticus caminaba con paso firme a su lado. Al atravesar las puertas de cristal, envalentonado

por sus compañeros ficticios, la primera persona a quien vio Mukesh fue a aquella muchacha, Aleisha. Estaba ocupada trabajando, con los auriculares puestos otra vez. Se acercó lentamente al mostrador, ahora ya sin la compañía de Scout y Atticus. Llamó la atención de la joven con un carraspeo, se colocó el libro delante de la cara y miró orgulloso al otro lado del mostrador.

—Hola, señor Patel. ¿Ya se lo ha acabado?

Una vez que se había sumergido en la historia o, para ser más exactos, una vez que la historia se había apoderado de él, había tardado solo dos días en terminárselo. Se sentía muy orgulloso de aquel logro: en todo aquel tiempo solo había visto un episodio de *Planeta azul*.

«Cuando se acercaba a los trece años, mi hermano Jem sufrió una peligrosa fractura en el brazo, a la altura del codo». Había empezado poco a poco, poniendo gesto de dolor al leer aquella primera línea de *Matar a un ruiseñor*, porque había notado a Naina observando todos sus movimientos.

«Es un buen libro, Mukesh, no te llevará mucho leerlo». La voz de Naina había sonado alta y clara en su oído. Había mirado a su alrededor, esperando encontrarla allí. Tras intentar ponerse cómodo primero en el salón, luego en la cocina y por último en el jardín, había acabado sentándose en el sitio de Naina en su cama. Era perfecto. Allí sintió, solo por un instante, lo que era ser ella, arropada por un libro. Pero un fastidioso pensamiento había resonado en su mente: «Fraude, fraude, fraude».

Había intentado concentrarse en el tacto de las páginas.

En su suavidad.

En el frufnú al rozarse unas con otras.

En el suave chasquido esporádico del lomo encolado.

En un intento por volver a adentrarse en el libro y zafarse de aquel molesto síndrome del impostor, Mukesh imaginó a Atticus, alto, autoritario y de espaldas anchas, en su pequeño dormitorio, sobre su alfombra de IKEA (que había escogido Vritti). Al cabo de unas pocas páginas, Mukesh supo que el padre «cortésmente desapegado» de Scout y Jem era viudo y que había criado a sus hijos solo, con la ayuda de su cocinera, Calpurnia. Mientras deslizaba los ojos por las palabras, notó un nudo en la garganta. Mukesh no era abogado, ni un pilar en su comunidad ni bendecía a sus hijas con su sabiduría. No era alto, ancho de espaldas ni una figura de autoridad como Atticus. Pero Mukesh también sabía lo que significaba perder a una esposa. Se sentó con la espalda recta, ahora con la atención completamente centrada

en aquel hombre, un hombre imponente, amable y justo. Conforme la historia se desarrollaba, Mukesh se preguntó cómo podía Atticus afrontar la vida con tal valentía. ¿Habría quedado alguna parte de él atrapada en el pasado, oculta a la muerte de su esposa? Notó que su inseguridad se disipaba y continuó, decidido a descubrir el secreto del éxito de Atticus. ¿Cómo había logrado continuar con su vida aparentemente ileso?

Tras un principio lento, aquella misma noche averiguó que Naina estaba en lo cierto. Mukesh no había sido capaz de desprenderse del libro: se había sorprendido asimilando las lecciones de Atticus, poniéndose en la piel de Scout y contemplando el mundo a través de sus ojos. Aquel «fraude, fraude, fraude» continuaba incordiándolo en algún lugar de su mente, pero la historia lo había atrapado.

Mukesh bajó el libro para revelar su rostro a la bibliotecaria; mientras una inmensa sonrisa lo iluminaba, regresaron a él el recuerdo de cuando había pasado la última página y la sensación de orgullo que había sentido entonces. Se quitó el sombrero y se arregló el cabello, alborotado por el viento.

—¡Sí! ¡Me lo he acabado!

—¿Quiere devolverlo? —preguntó la bibliotecaria, y él le entregó el libro, nervioso.

No quería desprenderse de él, pero dejó que ella volviera a introducirlo en el sistema.

—Pues ya está —respondió la muchacha con una sonrisa.

Mukesh aguardó, sin saber qué hacer a continuación. Le habría gustado hablar con ella del libro, pero no sabía qué decir ni por dónde empezar. Notó un ligero rubor en las mejillas. ¿Y si decía alguna estupidez?

—Esto... —balbuceó—. «Ponerse en la piel de otra persona» —dijo con voz ronca y temblorosa.

—Perdone, ¿qué decía?

—Ya sabe... «Ponerse en la piel de otra persona», es lo que dice Atticus —tartamudeó.

—Ah, sí, ya me acuerdo —dijo ella, con la mirada iluminada.

—Creo que eso es lo que me ha calado más hondo. Es muy sabio. Atticus es muy sabio.

Aleisha asintió con la cabeza.

—Desde luego.

Se miraron con embarazo. Se hizo un silencio entre ellos.

—Cuando yo me lo acabé —empezó a decir la muchacha—, estaba muy enfadada y me moría de ganas de hablar con alguien sobre el libro.

—Yo también —afirmó Mukesh moviendo la cabeza arriba y abajo con decisión.

—Bueno... —La joven miró su teléfono, que estaba en la mesa—. Me queda un rato de mi pausa para la comida. ¿Quiere que hablemos un poco?

Mukesh notó a Naina dándole un codazo y volvió a asentir con la cabeza, con cierto recelo. La joven lo condujo hasta una mesa que había junto a una ventana.

—Siéntese, señor Patel —lo invitó con amabilidad.

—Mukesh, por favor —le susurró él.

No sabía por dónde empezar, pero ella lo observaba, a la espera de que él hablara primero.

—Esa frase sobre ponerse en la piel de otra persona... Bien, pues el lector se mete en la piel de Scout, la niña protagonista —dijo despacio. Sonaba a lo que diría alguien en un club de lectura, o en una clase de Lengua, pensó Mukesh—: Vemos a Atticus a través de sus ojos, ¿no es cierto?

La muchacha sonrió y Mukesh no supo determinar si estaba de acuerdo con él o solo estaba siendo condescendiente.

—Creo que esa frase es muy interesante, porque, si esas personas fueran capaces de ponerse en la piel de Tom Robinson, quizá no se comportarían de ese modo tan espantoso con él, ni lo acusarían de algo que no ha hecho, cuando esa mentira podría haberle arruinado toda la vida. Y, aunque no sea tan feo, ¿qué pasaría si Scout y Jem fueran capaces de entender qué se siente siendo su viejo vecino, Boo Radley? Tal vez también serían más amables con él. Era una persona encantadora... Quizá se sentía solo. La gente no siempre entiende a las personas solitarias.

Mukesh pronunció aquellas palabras a bocajarro, como si quisiera quitárselas de encima. Quizá, si hablaba lo bastante rápido, la muchacha no se percataría de que estaba diciendo tonterías sin sentido.

Aleisha volvió a asentir.

—Tiene usted razón... Es literalmente imposible. Ahí está la clave. La gente se dedica a vivir su vida; nadie puede entender del todo... ya sabe... entender del todo a otra persona o las circunstancias que atraviesa —habló despacio, como si quisiera ordenar los pensamientos.

Mukesh se preguntó si estaría intentando que él se sintiera menos bobo.

—Yo pensaba así cuando era joven, cuando emigré aquí. —Respiró hondo. El libro le había hecho pensar en ello, en lo fuera de lugar que se había

sentido al llegar a Wembley y en cómo, durante un tiempo, todo el mundo los miraba, a él y a su familia, como si fueran bichos raros—. Emigré desde Kenia, con mi esposa y nuestras hijitas. Queríamos empezar de nuevo aquí. Algunas familias emigradas a este lugar nos hablaban de que había muchas oportunidades y mucho empleo. Pero cuando llegué, me sentí muy solo. Me preguntaba por qué la gente era tan desagradable conmigo. Me preguntaba cómo era posible que no supieran quién era y que era igual que ellos. Hiciera lo que hiciese, nadie intentaba siquiera entenderme. Algunos de nuestros vecinos eran encantadores, pero, aparte de eso, todo el mundo nos veía distintos de ellos e imposibles de entender. Así que ni siquiera lo intentaban.

—Lo siento.

Mukesh sacudió la cabeza, tratando de ahuyentar sus pensamientos.

—Esto no tiene nada que ver con el libro. ¿De qué demonios parloteo? Mi esposa siempre me decía que era un charlatán.

—No, no, no está usted parloteando. Creo que tiene razón —dijo Aleisha, sonriéndole con amabilidad—. Nadie puede entender realmente lo que ha vivido otra persona. Pero habría que intentarlo.

Por un instante, a Mukesh le costó cuadrar a la muchacha gruñona a quien había conocido hacía una semana más o menos con la jovencita que tenía sentada delante aquel día. Se preguntó si, de haberse metido en su piel aquel otro día, habría podido entender algo mejor su comportamiento.

—Cuando yo leí este libro... hace ya mucho tiempo —titubeó Aleisha un momento, mientras recorría rápidamente la estancia con los ojos. A Mukesh le recordó a su hija más pequeña, Deepali, que hacía aquel mismo gesto cuando estaba nerviosa o mentía—. Hace ya mucho tiempo... —continuó—. Te hace sentir cosas. Tengo un hermano mayor y somos muy distintos de Scout y Jem, pero al leer sobre la infancia de ellos me acordé de la mía con Aidan. De cuando hacíamos tonterías. Lo de ver al vecino como un personaje del que reírse y todo eso. Estoy segura de que hacíamos bobadas como esa cuando yo era pequeña, como si todo el mundo fuera un gran juego para nosotros.

—¡Es cierto! A mí me cayeron bien los dos. Me ha gustado la historia mucho mucho —convino Mukesh, asintiendo con énfasis—. ¡Y también me cae bien Atticus! Es un hombre muy inteligente.

—¡Era tan bueno! —Se iluminó la cara de Aleisha—. Todo el juicio de Tom Robinson me pareció tan emotivo y tan tenso... Pero me encantó. Yo quiero estudiar Derecho en la universidad...

—¿Derecho?! —preguntó Mukesh boquiabierto, también con el rostro iluminado—. ¡Debes de ser muy muy inteligente! Ahora entiendo que te guste tanto leer.

Aleisha rio incómoda. Encogió los hombros y la timidez volvió a apoderarse de ella.

—No soy tan inteligente. Simplemente, me esfuerzo mucho.

—¡¡Atticus es un abogado excelente, pero estoy seguro de que tú serás aún mejor!! —exclamó Mukesh aplaudiendo, y rieron juntos.

Su charla decayó en un silencio un tanto incómodo.

—Bueno, pues muchas gracias por tu ayuda —repitió Mukesh—. Este libro me ha gustado mucho. ¿Qué me recomendarías ahora? ¡Me dijiste que podrías recomendarme otro!

La muchacha hizo una pausa. Mukesh se percató de que unía las manos y entrelazaba los dedos.

—Pues... Quizá le guste *Rebeca*, de Daphne du Maurier.

—¡Estoy seguro de que me gustará cualquier cosa que me recomiendes!

La joven se levantó de la silla de un brinco y se dirigió a las estanterías, donde encontró un ejemplar enseguida. A Mukesh le impresionó que Aleisha supiera exactamente dónde estaba cada libro en la biblioteca. La joven llevó el libro al mostrador de recepción y el señor Patel se levantó como pudo de la cómoda butaca para reunirse con ella allí.

—A mi esposa le encantaba leer —explicó para llenar el silencio, mientras Aleisha introducía el código en el ordenador.

—¿Y qué leía?

—La verdad es que no lo sé. Siempre tenía un libro en las manos. Pero no sé que leía. Murió... hace un par de años. Yo... Ella era la que leía. Yo, la verdad, no había leído demasiado hasta ahora.

—Lo siento mucho —dijo la joven con una voz apenas más alta que un susurro.

Lo miró, dándole espacio para continuar.

—Era mi esposa; debería haber prestado atención a los libros que leía. Me gustaba verla leer, pero nunca le pregunté qué sucedía en sus libros. Me siento un poco estúpido por empezar a leer novelas a mi edad.

—Nunca es demasiado tarde para leer novelas.

—Las historias se me hacen extrañas. Es como asomarte a la vida de alguien que no deberías ver. ¡Como cotillear!

Aleisha escaneó el carné de la biblioteca en el sistema.

—Estoy segura de que su esposa estaría impresionada de lo rápido que se ha leído *Matar a un ruiseñor*.

—Sí, yo también lo creo —respondió él asintiendo con gesto solemne.

—¿A qué se dedicaba usted? ¿O de qué sigue trabajando? —preguntó ella alzando la vista rápidamente, con la esperanza de no haberlo ofendido.

—Cielo, ahora ya no trabajo de nada. ¡Soy demasiado viejo para eso! ¡Me crujen todos los huesos! Antes trabajaba de taquillero en Wembley Central. Ahora ya no hago gran cosa.

—¿Taquillero?

—Sí, vendía billetes de tren. Conocía a las personas, conocía sus rostros, y me esforzaba por recordar sus nombres. Sabía quién tenía que subirse a qué tren y a qué hora. Entonces la gente no era tan gruñona. No estaba tan ocupada. Apenas había teléfonos móviles. Era muy distinto a hoy en día. Entonces la gente miraba hacia arriba cuando paseaba, en lugar de bajar la vista hacia sus manos —dijo, inclinando la cabeza en dirección al iPhone de Aleisha, que estaba bocabajo en la mesa—. Lo único que se podía hacer entonces era hablar. Yo llamaba a la gente por su nombre si sabía que podían perder el tren. Y, cuando levantaban la mano, les anunciaba «Su tren». Y todo el mundo me daba las gracias.

—Me cuesta imaginar que la gente hablara entre sí en Londres. No estoy segura de haber intercambiado más de un par de palabras con nadie en el metro.

—Ya lo sé. A mí me parece muy triste. Suelo saludar a las personas con quienes me cruzo y normalmente me miran como si estuviera loco.

Aleisha asintió con un gesto de complicidad.

—¿Ve a aquel hombre de allí? —le susurró por lo bajini, señalando a un joven con capucha negra que estaba sentado—. Lo llamamos Míster Novela Negra, porque es lo único que lee. El otro día se me acercó y estuvimos hablando. Me dio conversación y a mí me pareció tan extraño... Pero es que este es mi trabajo. Yo trabajo aquí.

Rieron entre dientes y Míster Novela Negra alzó la vista un instante; ambos desviaron rápidamente la mirada. Mukesh tuvo la sensación de que le habían revelado un secreto.

—A mi esposa le habrías caído bien —dijo, cuando recuperó el aliento—. Le gustan las jóvenes amables, inteligentes y centradas. ¡Y lectoras! Como ella.

Se dio cuenta de que había hablado en presente; la joven también se había percatado.

—Aquí tiene su próximo libro, señor Patel.

Le entregó *Rebeca* antes de darle tiempo a añadir nada más. Mukesh lo agarró con ambas manos, lo guardó en su bolsa de la compra, se la echó al hombro y se marchó. No se volvió para decirle adiós hasta después de haber atravesado la puerta. Enmarcado por la entrada y cortado en dos por la división de los cristales, le dijo adiós con una mano. La joven se despidió de él con idéntico entusiasmo.

La muchacha tenía razón: Naina estaría orgullosa, pero no solo porque se hubiera leído un libro tan rápido..., sino porque aquel día había salido de su zona de confort y, durante unos momentos, había hecho una amiga nueva. Se miró los pies, para comprobar si seguían firmemente anclados al suelo o si, por el contrario, estaba soñando despierto. Satisfecho al constatar que lo sucedido era real, se dio media vuelta y se alejó caminando con pesadez.

REBECA
de Daphne du Maurier

Capítulo 11

ALEISHA

Unos días más tarde, Aleisha se sobresaltó al escuchar el timbre de su teléfono. Eran las siete de la mañana...

—Aleisha —gruñó la voz matutina de Termo—. ¿Habría alguna posibilidad de que pudieras cubrir a Benny hoy? Ayer fue a una despedida de soltero y ha llamado para decir que está enfermo. Kyle también estará.

—¿Quieres decir que Benny tiene resaca? —preguntó mientras bostezaba.

—Probablemente..., pero aun así es mejor que no venga. No quiero momentos delicados entre las estanterías.

Aleisha miró con desaliento hacia la mesita de noche, donde *Rebeca* la esperaba.

—Vale. Déjame que lo consulte con mi hermano; si no tiene inconveniente, ahí estaré.

Se sentía agradecida por tener la oportunidad de pasar el día sentada en la biblioteca, a lo sumo colocando algunos libros en las estanterías. Leilah había pasado una mala noche. Aleisha se había despertado varias veces al oír los gritos de su madre y luego los pesados pasos de Aidan de ida y vuelta a su habitación. Caminaba arrastrando los pies: estaba exhausto.

Cuando llegó, la biblioteca estaba tranquila. Solo había dos clientes habituales, incluido Míster Novela Negra en su sitio de costumbre, y la anciana india a la que le encantaba hablar, pero nadie más que le exigiera atención. Cuando las puertas acristaladas se cerraron a su espalda, los sonidos y olores de Wembley y el recuerdo de la noche fraccionada de Leilah se desvanecieron.

Pero al caminar de un lado a otro por los pasillos de ficción, colocando los libros devueltos en las estanterías, vio una figura oculta tras la esquina que la devolvió a la tierra con un golpe seco. Mia. Aleisha habría reconocido su nuca en cualquier sitio, con el corte rapado, un pendiente largo en el lóbulo izquierdo y un pequeño tachón en el derecho.

Pasó de largo, agachándose tras la poco poblada estantería de ficción de la «W», con la vista clavada en los pies e intentando pasar desapercibida.

—¿Aleisha?

«Maldita sea».

Aleisha se volvió lentamente, como si tal cosa, e intentó lucir una sonrisa natural en el rostro, pero le habría gustado que se la tragara la tierra.

—¿De verdad trabajas aquí?

La expresión de Mia era de verdadera confusión, pero su tono lo dejó más que claro.

—¡Hola, Mia! ¿Qué tal estás? Sí. ¿Qué haces tú por aquí?

—Estoy estudiando para el último examen. Lo tengo la semana que viene. Sé que nos dijiste que trabajarías aquí cuando acabaras los exámenes, pero no me lo creí.

Mia le dedicó una sonrisita exasperante, como si el empleo de Aleisha fuera la broma más divertida del mundo. En aquel momento, Aleisha la odió.

Pero se esforzó por reír, fingiendo compartir la broma, aunque eso supusiera reírse de sí misma. Desde que Aleisha había hecho el último examen a mediados de mayo, ya hacía más de un mes, no había vuelto a ver a Mia. No habían intercambiado ni una palabra. Desde luego, Aleisha ya no se consideraba parte de aquel «nos». El grupo de WhatsApp era ahora el único testigo de que en otra época habían estado conectadas. Se preguntó qué sucedería en septiembre, cuando regresaran al instituto. ¿Volverían a ser las mejores amigas? ¿O quizá nunca más volverían a hablarse?

Mia tenía libros de texto esparcidos por toda la mesa.

—Nadie diría que estás estudiando solo para un examen... —comentó Aleisha señalando con la cabeza hacia la mesa: una táctica de distracción.

—Yo también quiero adelantarme. No falta mucho para tener que presentar las solicitudes para la universidad y no quiero correr entonces.

—Te entiendo —contestó Aleisha afirmando con la cabeza mientras recorría con los ojos la biblioteca de lado a lado en busca de un pretexto para marcharse—. Será mejor que me vaya. Creo que me necesitan.

Señaló con la cabeza hacia el mostrador de recepción, donde un niño de unos diez años se disponía a tocar el timbre. Kyle también se dirigía hacia allí, pero Aleisha cruzó una mirada disuasoria con él.

—¡Hola! —saludó Aleisha moviendo los brazos en dirección al niño—. Estoy aquí. —Se dirigió hacia el mostrador, se acomodó en su silla y puso cara de póker—. ¿En qué puedo ayudarte?

—Quiero sacar un libro.

—¿Alguno en particular?

—No lo sé. ¿Podrías recomendarme uno?

Aleisha puso los ojos en blanco. Otra vez. Pero notó que Mia la observaba y siguió sonriendo de oreja a oreja: Modo Buena Bibliotecaria a toda potencia.

Mia tardó en irse. De hecho, se quedó allí horas, lo bastante para ver entrar a Aidan con una bolsa del supermercado Tesco donde le traía el almuerzo a Aleisha. Esta notó que a su amiga se le ponían las orejas de punta al escuchar la voz de su hermano. A Mia le gustaba Aidan desde siempre; de hecho, todas sus amigas estaban enamoradas de él.

—Hola, Leish —la saludó Aidan mientras se dirigía hacia ella—. ¿Qué haces?

Aidan señaló con un gesto la bolsa mientras Aleisha se reclinaba en la silla para leer *Rebeca*. Al haberse acabado el señor Patel *Matar a un ruiseñor* en solo dos días, se había visto obligada a recomendarle *Rebeca* sin haber tenido ella misma tiempo para terminarlo. En un ataque de pánico, para evitar que volvieran a pillarla desprevenida, al día siguiente había telefoneado a la biblioteca durante el turno de Lucy para reservar *Cometas en el cielo*, *La vida de Pi*, *Orgullo y prejuicio*, *Mujercitas*, *Beloved* y *Un buen partido*. La lista al completo. Ahora tenía apilados los libros en su mesa, listos para llevárselos a casa.

Lucy había soltado un chillido al otro lado del teléfono.

—¡Aleisha! ¡Te estás leyendo un montón de libros antiguos! —Y, sin perder comba, la bibliotecaria ayudante había empezado a contar otra vez su historia preferida sobre cómo sus hijas se habían convertido en lectoras—. Créeme, te lo digo porque lo sé: aunque pienses que las novelas no pueden ayudarte, abren tu mundo un poquito, querida. Mira, si no, a mi Hannah. Hoy es toda una empresaria y dice que aprendió a concentrarse en este lugar. Los libros de texto que leéis en la escuela os enseñan muchas cosas, pero las novelas enseñan muchas más. Mis pequeñas se convirtieron en lectoras aquí, bonita —le explicó por enésima vez—. ¡Me alegro mucho de que tú también lo estés haciendo! Sobre todo después de refunfuñar tanto.

Se alegró de la protección que el libro le daba aquel día, convertido en un parapeto tras el cual ocultarse. Pero aun así se sentía tonta, con Mia allí volviendo la mirada hacia ella de vez en cuando, a pesar de que, a aquellas alturas, leer ya se le antojaba un poco más natural. Al principio la había

atrapado el señor De Winter, un hombre atractivo y encantador, así como su nueva esposa, una mujer nerviosa y perdidamente enamorada de él. Y Aleisha no lograba zafarse de la agorera sensación de que el pasado regresaba para acecharlos, transmitida por la descripción de aquella majestuosa, descuidada y espeluznante casa, Manderley, un secreto enconado entre los recién casados.

A Aleisha casi se le había salido el corazón por la boca un poco antes. Una frase de la historia mencionaba una pila de libros de la biblioteca. Se había sentido perseguida, como si la autora hubiera mirado repentinamente hacia fuera y la hubiera visto a ella.

Todavía no sabía qué sucedería en aquella historia, pero quería averiguarlo.

—Leer —le respondió a Aidan.

—Eso ya lo veo... La verdad es que me alegro mucho de verte tan aplicada. ¿Te acuerdas de cuando Nan te regaló aquel libro de Lemony Snicket y acabaste usándolo como escenario para tus juguetes de los huevos Kinder?

Aleisha puso los ojos en blanco.

—¿Qué tal fue con el anciano aquel al final? ¿Sigues leyendo estos libros para recomendárselos?

—No lo hago solo para recomendárselos —contestó—. Supongo que a mí también me ayudan a pasar el tiempo.

Aidan le arrancó el libro de las manos para estudiar la cubierta.

—¿*Rebeca*? Ten cuidado, a ver si le vas a dar un susto de muerte al pobre hombre con este libro. Podrían despedirte por eso.

—¡Chissst! —le siseó Aleisha, mirando en dirección a Mia—. ¡Devuélvemelo! —le ordenó, y le arrebató el libro de la mano.

—Perdona, perdona, no pretendía echar a perder tu reputación callejera delante de todo del mundo —se disculpó Aidan haciendo un gesto histriónico con los brazos, como si la biblioteca estuviera llena de personas imaginarias. Entonces Aidan divisó por el rabillo del ojo la nuca de Mia—. ¿Es Mia? —preguntó articulando exageradamente con los labios, a su peculiar manera.

Aleisha asintió con la cabeza y puso una expresión cuyo significado solo Aidan podía descifrar: «Sí. Puta vida».

—¿Quieres que me quede por aquí para, ya sabes, protegerte? Pero ¿se puede saber por qué habéis dejado de ser amigas?

—¡Calla! Estamos bien. Además, solo quieres quedarte porque sabes que le gustas.

—Natural... —dijo Aidan con un guiño.

Aleisha se levantó de la silla para darle un puñetazo en el hombro.

—¡Eh! Espero que no trates así a todo el mundo aquí... Te estarás forjando la reputación de ser la peor bibliotecaria del planeta. Pues, nada, entonces me voy...

—¡Espera! Ahora que te he visto entrar... —exclamó Aleisha, medio en susurros—. Tengo la sensación de que es la primera vez que te veo desde hace tiempo. Hemos sido como barcos en la noche. ¿Qué hay de tu vida?

Ambos sabían que manejar la espiral de Leilah estaba sofocando todo lo demás en aquel momento. La necesidad de su madre pendía tácitamente entre ellos.

—Bueno, me va bien. Están pensando en ascenderme a gerente del almacén, lo cual sería una buena noticia... por fin.

Aidan trabajaba en un almacén de galletas, que no era precisamente el empleo de sus sueños. Había empezado a trabajar en el turno de tarde el verano después de acabar el instituto con la intención de encontrar otra cosa, pero, transcurridos siete años, allí seguía. Aleisha sabía que le gustaban la estabilidad y la familiaridad de su empleo, y probablemente las galletas también...

—¡Qué buena noticia!

—Podría suponer pasar más tiempo allí y quizá acabar dejando el trabajo en lo de Elliot.

«Lo de Elliot» era el taller mecánico en el que Aidan trabajaba desde hacía unos pocos meses, cubriendo turnos sueltos. Aleisha lo consideraba otra técnica de evitación de las suyas: intentar hacer algo práctico y aparcar sus propias ambiciones de montar su propio taller. En su momento había hablado de hacer un curso de Empresariales en la universidad a distancia, pero cada vez que Leilah se indisponía, fingía que nunca se había planteado nada por el estilo y se lanzaba a hacer otra cosa.

—¿Y eso sería el fin del mundo?

—Leish, ya sabes que me gusta la mecánica. Pienso que podría ser una buena salida profesional para mí a corto plazo. Y, además, me podría dar conocimientos de primera mano sobre cómo llevar un negocio. Elliot es muy amable. Me dijo que me echaría una mano con esos asuntos si lo necesitaba.

—Vale. Pero, aparte de eso, ¿de verdad te interesa?

—No lo sé —contestó con una súbita expresión pétrea.

—¿Cuánto cobra un gerente de almacén?

—Más de lo que esperaba. No demasiado. Desde luego, no tanto como ganarás tú cuando seas abogada.

Aleisha rio, pero su risa estaba empañada de tristeza. A ella siempre le habían permitido soñar, siempre la habían motivado a esforzarse. Aidan, en cambio, nunca había tenido las mismas oportunidades. Aleisha había decidido que quería ser abogada a los trece años, principalmente porque le encantaba discutir, y, desde aquel momento, Aidan nunca le había permitido renunciar a aquel sueño y había planificado en todo momento su vida para ayudarla a ella en la suya.

Deseó poderle decir a Aidan que él también debía aspirar a ser lo que quisiera, que podía intentar hacer realidad su sueño, fuera cual fuese, pero él nunca se habría dejado aconsejar por su hermana pequeña. De hecho, Aidan no aceptaba consejos de nadie.

—¿Cuál es tu sueño? —le preguntó, incapaz de contenerse.

Aidan soltó una risa grave y gutural.

—¿Qué eres tú? ¿Mi asesora profesional?

—Soy tu hermana, y creo que no sé cuál es.

—Pero eso es porque yo no soy como tú, Leish. Algunas personas no tienen sueños.

—Todo el mundo tiene algo.

—En ese caso, si de verdad quieres una respuesta, yo os tengo a vosotras. A mamá y a ti. Eso es.

A Aleisha se le hizo un nudo en la garganta y no fue capaz de responder. El silencio de la biblioteca atronó a su alrededor. ¿Qué le habían hecho a su hermano? ¿Qué le habían hecho a sus sueños?

Aidan le lanzó la bolsa con la comida, que aterrizó con un estrépito y rompió la tensión del momento. El zumo y el sándwich salieron rodando por el suelo.

—¡Joder! —gritó Aidan, y las cuatro personas que había en la biblioteca, incluida Mia, se giraron molestas.

Cuando Mia detectó que Aidan era la causa de la molestia, le cambió la cara: le sonrió de oreja a oreja y le hizo un saludito cursi con la mano. Aidan arqueó las cejas y le devolvió el saludo con una mano mientras con la otra recogía el sándwich y el zumo y los depositaba con cuidado en la mesa de Aleisha.

Mia empezó a acercarse y Aidan le dedicó una sonrisita burlona a su hermana mientras vocalizaba un «Lo siento» y salía pitando de la biblioteca. En aquel mismo momento, Mia aminoró la velocidad y desvió ligeramente su camino del fantasma de Aidan hacia Aleisha.

—Se te ha caído esto —dijo Mia agachándose para recoger algo del suelo.

Era una notita naranja. Se la entregó como si fuera un regalo muy valioso. «Que aproveche. Compra algo para la cena cuando vuelvas. Yo cocino. A».

Típico de Aidan.

—¿Es de tu hermano? Ayyy, ¡qué mono, por favor! —dijo Mia tras leerla en voz baja.

Aleisha se la arrancó de las manos.

—Gracias.

—Esto... Solo venía a decir que ya me voy. Nos vemos pronto. Disfruta de tu libro. Y de la comida. Me alegro de haberte visto.

A las siete, la hora de cerrar se aproximaba a toda velocidad. Aleisha era la única persona que quedaba en la biblioteca. Era justo el tipo de paz que necesitaba. El entorno perfecto para pasar un rato de calidad con *Rebeca*. Nada más hojear las páginas, hacía unos días, supo que aquel libro tenía posibilidades. La primera pista había sido el título *Mi prima Rachel* en la lista de otras obras escritas por Daphne du Maurier. Aleisha echaba de menos a su prima Rachel. Antes eran inseparables, pero ahora Rachel vivía a ciento cincuenta kilómetros de distancia...

La bella y aislada mansión, Manderley, la hizo zambullirse en el libro y la transportó a otro lugar. Poco a poco fue averiguando cosas sobre Rebeca... Era la exmujer del señor De Winter, pero su presencia en la casa era tan imponente, tan absorbente en la vida de la nueva señora De Winter, que merecía ser el personaje que daba título al libro. La ubicación de Manderley no se mencionaba de manera específica en ningún momento, pero, por la descripción, le recordó a Cornualles... Mejor dicho, le recordó las imágenes del bello litoral de Cornualles que había visto en las fotografías con las que sus compañeros habían forrado las paredes de su clase de segundo de la ESO después de ir de excursión escolar a Bude. Aleisha no había podido ir. Aidan, que acababa de cumplir veintiún años, había cambiado sus turnos en el trabajo para que pudiera asistir, pero al final Aleisha se había quedado porque Leilah no se encontraba bien. Odiaba ver aquellas bonitas fotografías en la escuela, escuchar las anécdotas que contaban sus amigos y saber todo lo que se había perdido.

Aleisha siempre había querido ver Cornualles con sus propios ojos, pero nunca se le había presentado la oportunidad de hacerlo. Le encantaban sus escarpados acantilados, sus espectaculares olas rompiendo en la costa, tan

distintas de las amplias extensiones de arena y los pinos de North Norfolk, la única costa a la que Dean y Leilah habían llevado a sus hijos de pequeños.

Sin embargo ahora, a través de *Rebeca* y de la señora De Winter, Aleisha estaba experimentando Cornualles desde una perspectiva completamente distinta. Y podía alejarse tanto como quisiera de Wembley, de Mia y de Leilah, página a página.

Rebeca merodeaba por Manderley como un fantasma. Aleisha notó un escalofrío recorriéndole la espalda y, de repente, depositó el libro en su mesa. Era espeluznante. Tras respirar hondo para sosegar, se colocó la novela bajo el brazo y cogió su bolsa, repleta de libros. Al ponerse en pie, una sombra grande y oscura se cernió sobre ella, colándose a través de la luz menguante de la tarde estival.

—¡Joder! —gritó Aleisha, abrazando con fuerza el libro contra su pecho como si pudiera protegerla.

Cuando los ojos se le acostumbraron a la luz, se dio cuenta de que era el aspirador, que Kyle había dejado a la vista como recordatorio de que el lugar debía quedar impecable. Maldito libro... Aún había luz del día y ya la tenía muerta de miedo.

Cuando llegó la hora de cerrar la biblioteca hasta el día siguiente, y tras expulsar a un total de cero lectores al aire vespertino del verano, colocó la lista de libros como punto de lectura en *Rebeca*.

Se sorprendió de nuevo al descubrirse pensando en quién habría confeccionado aquella lista. Se imaginaba a alguien bastante joven, más joven que su madre, pero probablemente mayor que ella, a juzgar por la pulida caligrafía, tan distinta de la letra redondeada de Aleisha. Tal vez fuera un estudiante, pero lo dudaba. Todas las listas de lectura de la escuela se escribían a ordenador y se imprimían y repartían entre los alumnos. Aquella lista la había elaborado una persona, o tal vez la hubiera copiado de un diario, de Internet o de algún otro sitio. Quizá fuera una de esas listas que dicen «20 libros que hay que leer antes de morir». En el caso de *Rebeca*, Aleisha se preguntaba si no sería el libro que había que leer antes de casarse, por si descubrías que la exmujer de tu marido iba a acecharte y que el ama de llaves iba a ser una arpía que te iba a amargar el matrimonio, y quizá incluso que tampoco podías confiar en tu nuevo maridito.

Aleisha no tenía ni idea de lo que era que te acechara una mujer muerta ni vivir en una mansión, pero, por el modo en que se describía Manderley, su ambiente tenso, cargado y asfixiante..., podía hacerse perfectamente una idea. Ella sabía qué se sentía en un lugar así. Deseó no haber hecho aquella

comparación. Quizá no fuera el libro idóneo en su caso. Pero ya era demasiado tarde.

Salió de la biblioteca y cerró con llave la puerta tras ella. Volvió a mirar al interior a través de las ventanas. Ver allí a Mia aquel día la había descolocado: era una intrusa en un espacio que empezaba a percibir de un modo distinto, más como un refugio que como una cárcel, más como un lugar en el que quizás un día podría sentirse como en casa. Observó cómo el último haz de luz del sol crepuscular acariciaba su mesa, su espacio. Aunque nunca se lo habría confesado a Mia, empezaba a gustarle trabajar allí.

Por las pequeñas cosas.

La lista de libros

IZZY

2017

I zzy la vio allí, en la acera, delante de ella. Miró a su alrededor para comprobar si se le había caído a alguien o averiguar cómo había llegado hasta allí. Tenía un trocito de cinta adhesiva en la parte superior, aunque ya no pegaba. Estaba seca y sucia a causa de la contaminación de Londres.

Hacía mucho tiempo que no encontraba una lista. Tenía la costumbre un poco extraña de coleccionar listas. Había empezado cuando se había mudado a Londres y había encontrado una abandonada en un carrito de la compra de un supermercado Sainsbury's. La ciudad era tan grande, tan extensa y solitaria a veces, que encontrar listas era como hallar pequeños instantes de conexión humana que le demostraban que los desconocidos silenciosos que pasaban por su lado y evitaban establecer contacto visual también eran humanos. Escribían listas de la compra, planificaban sus cenas y, de vez en cuando, añadían algún que otro capricho. Las listas le servían de ancla.

Guardaba todas las listas que había encontrado en una cajita en el cajón del taquillón del pasillo. Sabía que un día haría algo con ellas, que las guardaría en una carpeta o en un álbum de fotos o algo por el estilo, pero, por el momento, ahí era donde vivían. La mayoría de las listas procedían de supermercados: las había encontrado en cestas, en el suelo, junto a la caja registradora o abandonadas en las cajas de pago de autoservicio. Algunas las había encontrado revoloteando en la calle, a las puertas de alguna tienda. Casi todas eran listas de la compra, en su momento útiles y luego repentinamente descartadas. Una, en cambio, era una lista de invitados, quizá a una cena en *petit comité*. Había nombres tachados y también algunas respuestas: «No come huevo» o «Alérgico al pollo, pero come otras aves». Durante días se había preguntado qué tal habría ido la cena y si las personas cuyo nombre

aparecía tachado habrían declinado su asistencia o las habría descartado el anfitrión.

Cada lista le aportaba alguna información sobre la persona: le encantaba intentar descifrar qué receta iba a cocinar alguien, si era una lista de la compra para toda la semana o solo para una comida especial, quizá para una cita, para una comida de presentación de los padres o para una agradable velada en casa.

A veces le habría gustado saber dibujar, porque tenía en la mente unas imágenes tan vívidas de aquellas personas que le habría gustado poderlas plasmar, inmortalizarlas de alguna manera. Podía determinar si alguien tenía hijos, era vegetariano, cocinaba para uno o para dos, e incluso qué cremas se aplicaba o si la persona olía bien o no (cosa que descifraba en función de la elección del desodorante).

No obstante, aquella lista que revoloteaba por la calle principal de Wembley era distinta.

Por si la necesitas:

Matar a un rruiseñor

Rebeca

Cometas en el cielo

La vida de Pi

Orgullo y prejuicio

Mujercitas

Beloved

Un buen partido

Sabía de qué se trataba. Ella misma había escrito montones de aquellas listas cuando estudiaba en la universidad y tenía que sacar gran cantidad de libros de la biblioteca. Era una lista de lectura. Y podría haber sido la lista de lecturas de la universidad de alguien, de no ser por la frase que la encabezaba: «Por si la necesitas».

Reconocía algunos libros, que había leído hacía años, pero, allí de pie en medio de la concurrida acera, escudriñando la caligrafía, no atinaba a encontrar la conexión entre los títulos. ¿Qué y, lo más importante, quién había reunido todos aquellos libros?

Mientras observaba aquella lista emborronada, rozó las palabras con los dedos. Empezó a llover discretamente. No se dio cuenta hasta que las gotas cayeron sobre las palabras y la tinta, antes seca, de súbito se corrió y formó una mancha. Se guardó la lista en la manga a toda prisa y se dirigió corriendo

a la parada de autobús más cercana. Allí se quedó mirando las palabras, la letra, el suave trazo de la «p» y de la «t». Los títulos estaban escritos con menos florituras, aunque quien había redactado aquella lista quería que resultaran legibles. No había podido refrenarse a la hora de añadirle una floritura a la «g» y a la «R», ni de enlazar la «B» y la «e» en *Beloved*.

Aquella noche, cuando Izzy fue a guardar la lista con las demás (en la que había justo debajo solo se leía «Habas cocidas [bajas en sal], helado, salchichas vegetarianas, comida para gato»), divisó un título que le removió algo: *Rebeca*. Su padre había tenido la edición del *Reader's Digest* encuadernada en cuero rojo con letras doradas: la había heredado de su abuela y la leía cada año porque era el libro favorito de su madre.

—Este libro me recuerda a ella, Izzy —le respondía cuando ella le preguntaba por qué leía la misma novela una y otra vez—. A ti te gusta releer tus cuentos y a mí mis libros.

Era un libro muy bonito, y a Izzy le encantaba ver a su padre leerlo con tanta frecuencia. Pasaba las páginas con sumo cuidado. Nunca lo abría del todo, para no doblar el lomo. Era un objeto de mucho valor para él. El día que finalmente se lo había regalado, ella había sabido que era lo bastante mayor y que confiaba lo suficiente en ella como para dejárselo leer. Aquel día se había sentido adulta. Sin embargo, por temor a deteriorarlo o dejarle marcas de dedos pringosos y estropear el preciado libro de su padre, nunca había pasado de la primera página.

Se dirigió a la cocina, donde estaba la única estantería (nunca le había preguntado al propietario por qué la estantería estaba atornillada a la pared precisamente en aquella estancia) y empezó a rebuscar entre los libros. No era capaz de hacerse una imagen de la persona que había redactado aquella lista, y aquella incapacidad la incordiaba... Quizá leer los libros, algunos otra vez y otros por vez primera, la ayudaría a formarse una imagen más clara de quién podía ser su autor o autora...

Estaba segura de que o ella o su compañera de piso, Sage, tenían un ejemplar de tapa blanda de *Rebeca* en algún sitio. Sabía que lo había visto. Tenía la cubierta negra con letras doradas, una caligrafía ondulada, y una rosa roja y brillante dibujada, lujosa. Pero no lo encontraba por ninguna parte. Le dio la vuelta a la lista, cuando ya estaba a punto de darse por vencida, y entonces divisó el sello de la biblioteca de Harrow Road en el reverso. Habían garabateado los títulos de los libros en la parte posterior de una ficha de

renovación de préstamo: «Fecha de devolución: 11/03/2016». El texto pixelado estaba tan descolorido que casi no se veía. «Ajá», pensó, como si fuera una malvada villana o la exitosa detective de una serie televisiva. Conocía aquella biblioteca y conocía a una estudiante universitaria que la utilizaba con bastante frecuencia. Sacó su teléfono y le envió un mensaje de WhatsApp a Sage: «Hola, ¿me sacas de la biblioteca un ejemplar de *Rebeca*, de Daphne du Maurier, por favor?».

Sage le contestó casi al instante: «Ven a buscarlo tú, so gandula. Así comprobarás las buenas vibraciones de la biblioteca que te estás perdiendo».

Izzy leyó de nuevo cada uno de los títulos de la lista y asimiló aquella frase: «Por si la necesitas». A diferencia de las otras listas que había encontrado, aquella parecía haberse escrito para ser descubierta. Aquella lista era una carta de un desconocido... e Izzy quería descifrar qué significaba.

Capítulo 12

MUKESH

Bip. «Papá, ¡buena suerte hoy! Te irá bien, y recuerda hacer estiramientos. Espero que los DVD de gimnasia te llegaran bien por correo; no me has dicho nada. Me sabe mal no habértelos llevado en persona, pero hemos ido de bólideo; las gemelas no paran y es difícil encontrar un hueco. Niñas, deseadle buena suerte al Dada: “¡Buena suerte, Dada! ¡Ten cuidado y no te caigas!”», corearon las gemelas al fondo.

BIP. «Hola, papá, soy Rohini. Acuérdate de comer bien antes de irte para que no te dé un bajón de azúcar. Llévate uno de esos sobrecitos de té o algo, ¿vale? Y disfrútalo: no solo el té, ¡también el desfile! Acuérdate de ponerte un chaleco, así disimularás mejor las manchas de sudor».

BIP. «Hola, papá, soy Vritti. Buena suerte hoy. Te quiero. Espero verte pronto, ¿eh? Quería decirte que... estoy muy orgullosa de ti. Por hacer esto hoy. De verdad».

Aquel era el día que tanto había temido: el día del desfile benéfico. Mukesh se quedó mirando su libro mientras los mensajes que sus hijas le habían dejado en el contestador automático resonaban en sus oídos. El corazón le iba a mil por hora. Pero no estaba seguro de si era a causa de los nervios o por lo inquieto que estaba por culpa de *Rebeca*. Se había perdido en sus páginas hasta bien entrada la madrugada de la noche anterior y la inquietante historia lo perseguía... Era aterradora. Iba sobre una mujer enamorada de un hombre maravilloso, unos recién casados. El principio de una historia feliz, había pensado Mukesh al empezar a leerlo, hasta que le quedó claro que la exmujer, la esposa muerta, Rebeca, nunca caería en el olvido, y aquella nueva mujer viviría para siempre más con el fantasma del pasado. Era espeluznante.

Mukesh tragó saliva de forma ruidosa y engulló sus miedos. Tenía agarrada su bolsa de tela con la sacarina, una bolsita de té por si las moscas y una botella de agua. «Mukesh —oyó la voz de Naina, que se filtraba a través

del aire—. Puedes hacerlo. Es por una buena causa, una causa benéfica. Solo hace falta que imagines que yo camino a tu lado». Sujetó el libro con fuerza, con una mano, y se lo colocó a un lado; Naina solía llevar siempre un libro encima, fuera donde fuese, por si se quedaba atrapada en un ascensor sola o había cola en el supermercado y no conocía a nadie con quien charlar. Para Mukesh, llevar aquel libro con él aquel día era tanto un método para evitar conversaciones superfluas con voluntarios del *mandir* como un recordatorio de que Naina, o una pequeña parte de ella, estaba con él. Un talismán de la suerte.

Al bajar del autobús frente al *mandir*, divisó un grupo de personas en el patio delantero, todas ellas vestidas con camisetas a juego. Él también tendría que ponerse una. Como si le hubiera leído el pensamiento, el molesto Harish se acercó a grandes pasos hacia la parada del autobús con una camiseta bien plegada en las manos.

—*Kemcho*, Mukeshbhai —lo saludó Harish—. Esto es para ti. ¿Estás listo para el desfile?

Mukesh asintió con la cabeza, aunque en realidad quería decir «En absoluto». En el patio delantero del templo se vio rodeado por las personas que normalmente intentaba esquivar. Pero no lo hacía porque no le cayeran bien: la mayoría de ellas eran personas muy amables, aunque algunas tenían unas opiniones bastante duras e inquietantes acerca de la política, la inmigración, el sistema de salud pública, quién merecía ciertos privilegios y quién no..., ideas todas ellas que a él siempre le habían parecido harto hipócritas y poco propias de un hindú. Y lo más curioso era que aquellas mismas personas eran precisamente las que se mostraban más encantadas de compartir sus pensamientos con cualquiera dispuesto a prestarles oídos (pensó en los habitantes de Maycomb), mientras que otras se contentaban con presumir de sus hijos o incluso de los hijos de sus amigos. Mukesh era de la opinión de que, a menos que fueran parientes de sangre, no tenía ningún sentido presumir de nadie.

—¡Mukesh! —lo llamó Chirag invitándolo a acercarse.

Chirag era otro joven que no se dirigía a los mayores de manera formal y educada. El respeto por los mayores parecía haberse perdido, o al menos el respeto por él.

—Hola, Chirag —respondió Mukesh—. ¿Cómo estás? ¿Cómo está tu padre?

—Mi padre está bien, pero no va a venir hoy. Se encuentra un poco resfriado.

Mukesh maldijo entre dientes: ¿por qué no se le había ocurrido a él una excusa así, cualquier pretexto para librarse de aquel desfile?

—¡Qué pena! Me habría gustado verlo. Hace tiempo que no lo veo. Mucho tiempo.

—Ya no viene usted mucho al templo, ¿no?

Intentó responder con un simple «Sí», pero lo que le salió fue:

—Sí, vengo en ocasiones especiales con mis hijas, pero rezo mucho en casa. No necesito estar en el *mandir* para rezar y ser fiel a Dios.

Chirag abrió los ojos como platos.

—Mukeshfua, no —le dijo—. No pretendía insinuar algo así.

Mukesh vio el horror en los ojos del muchacho.

—Debería venir más —balbuceó enseguida, en un intento por suavizar el malestar creado. Mukesh se aferró al libro como si le fuera la vida en ello, esperando que lo ayudara a canalizar a Naina—. Disfruta del desfile —dijo.

Se despidió de Chirag con la mano y se alejó caminando hacia la entrada del *mandir*, preguntándose qué conversación incómoda lo aguardaría allí. Naina habría sabido qué hacer y qué decir en cada momento. Todo el mundo la quería: las mujeres del *mandir*, los hombres y todos los voluntarios. Había sido una persona muy vinculada a la comunidad y había participado en aquel desfile cada año. Ahora, allí en medio, rodeado por aquellas personas, Mukesh notaba su presencia. Notaba su alma.

—Disculpe, señor —le dijo un niño que llevaba puesto un chaleco reflectante demasiado grande al ver que Mukesh intentaba entrar en el *mandir*—. La cola para el desfile está allí.

Señaló precisamente hacia la muchedumbre de la que Mukesh intentaba escapar.

—Quiero entrar en el *mandir*.

—¿No viene al desfile?

A Mukesh le habría gustado responder que no. Pero, como caído del cielo, Harish volvió a aparecer de la nada.

—Ponte en la cola, amigo mío —le indicó a Mukesh—. ¿Caminarás a mi lado?

Mukesh afirmó con la cabeza y siguió a Harish, mientras volvía la vista hacia el niño, suplicante. El muchacho se encogió de hombros.

Llegaron junto a una mujer con un portapapeles.

—Este es mi amigo Mukeshbhai, él ocupará el puesto de Sahilbhai hoy.

La mujer tachó el nombre de Sahil de la lista sin pensárselo dos veces. «Allá vamos», pensó Mukesh respirando hondo.

Mientras todo el mundo se preparaba y una vez los *sadhus* hubieron pronunciado las oraciones y realizado los rituales ceremoniales, la cinta se cortó y empezó oficialmente el desfile. El mejor amigo de Harish, Vivek, iba en cabeza, sosteniendo en alto un paraguas rojo a modo de guía.

Mukesh se aferró a su libro para desearse buena suerte y en aquel momento le llegó la voz de Naina. ¡Su talismán estaba funcionando! «¡Bien hecho! ¡Lo has conseguido! ¡Estás aquí!». Naina reía. Mukesh notó que el cuerpo se le cargaba de energía y lo inundó el típico optimismo de su esposa. Ella se alegraría de que saliera, de que viera a gente; hacía años que no hacía algo así. Quizá la biblioteca hubiera sido el primer paso para salir de su zona de confort. Por un breve instante, caminó más erguido, orgulloso. E incluso se sintió un tanto invencible.

La sensación le duró hasta que intentó entablar conversación con Harish, una tarea siempre desagradecida, incluso para los invencibles. Desesperado, Mukesh albergó la esperanza de que si lo bombardeaba a preguntas, Harish acabaría por aburrirse y se marcharía a otro sitio.

—Harishbhai, ¿cómo le va a tu nieto mayor la solicitud para la universidad?

—Ah, *Bhagwan* —Harish hizo un gesto melodramático con los brazos—, ha sido una pesadilla, *bhai*, pero aun así espero que entre en Bristol o Bath. Son muy buenas universidades. No ha entrado en Cambridge. Creemos que es demasiado inteligente, pero también demasiado sociable y muy maduro. No se acostumbraría a la vida puramente académica de allí.

—Claro, imagino que debe de ser muy estresante. La vida era distinta cuando mis hijas eran jóvenes.

—Sí, lo era. Ahora los padres se preocupan demasiado. Mi hijo no deja de buscar en Internet posibilidades y predicciones en función de las notas que espera que obtenga su hijo para comprobar qué universidad es la mejor. Cuando él iba a ir a la universidad, nosotros dejamos que fuera él quien decidiera. Nos limitamos a decirle que se esforzara e hiciera lo que considerara más oportuno.

—Sí, es lo mismo que yo les dije a mis hijas, y a todas les ha ido estupendamente.

—Yo ni siquiera asistía a las reuniones de padres. Ahora, cuando mi hijo está de viaje por negocios, se conecta por videollamada con su mujer para poder estar presente y escuchar lo que dicen. Incluso ha comprado datos adicionales para poder hacerlo.

—¿No es un poco exagerado, *bhai*?

—No, Mukeshbhai —dijo Harish, mirándolo horrorizado—. En los tiempos que corren, no. Es muy importante para nuestro futuro, para el futuro de nuestro país. Nuestros hijos y nietos ahora tienen más oportunidades. Nosotros se las hemos dado. Neel quiere ser abogado, ¿sabes? Será el primer abogado de la familia. Y también tengo muchas esperanzas depositadas en mi nieta. Le gusta la medicina. Espero que se haga farmacéutica. Probablemente no quiera ser doctora. Es muy remilgada.

—¡Un abogado! ¡Qué emocionante! Tenemos que mantener el contacto. Uno nunca sabe cuándo puede necesitar un abogado.

Pensó en la otra futura abogada que conocía, Aleisha, y sintió una punzada de orgullo.

—Supongo que tu Priya también lo será, ¿no? Siempre con la cabeza en los libros. Si lee tanto, puede ser abogada.

—Aún es muy pequeña.

—Pero estará pensando ya en el futuro, ¿no?

—Priya quiere ser escritora o trabajar en una librería.

—Pero me refiero a un trabajo de verdad, no a un pasatiempo.

—Es que esos son trabajos de verdad.

—¿Y no querría ser abogada? Neel podría explicarle qué tiene que hacer cuando le llegue el momento de estudiar.

—Pero es que ella no quiere ser abogada.

—¿Ni médico? ¿Ni empresaria? ¿No?

Mukesh negó con la cabeza.

—No te preocupes, amigo mío. Mi Neel quería ser jugador de fútbol y bombero a su edad. Cuando crecen, se les pasa. Estoy seguro de que no tienes nada de qué preocuparte.

—No estoy en absoluto preocupado —replicó Mukesh con firmeza.

Ambos guardaron silencio, sin saber cómo continuar la conversación. Harish puso los ojos en blanco. Si intentaba ser discreto, no se esforzaba demasiado. Concedió unos minutos de cortesía antes de alejarse para unirse a otro grupo, con cuyos integrantes empezó a hablar animadamente y con voz estentórea sobre críquet.

Mukesh agradeció quedarse solo y notó que recobraba la energía como una cascada, listo para continuar avanzando y para hacer que Naina se sintiera orgullosa de él. Antes de tener tiempo de tomar carrerilla, la mejor amiga de Naina en el *mandir*, Nilakshiben, se le acercó. En el pasado, Naina y Nilakshiben habían sido inseparables.

Hacía un año, Nilakshi había perdido a su esposo y a su hijo en un accidente de tráfico. El marido de Nilakshi, Prabhand, era un hombre amable, aunque reservado. Era introvertido, pero Mukesh no había olvidado su sonrisa, capaz de iluminar una estancia. Su hijo, Aakash, había heredado aquella misma sonrisa, pero la utilizaba todo el tiempo: era un muchacho encantador, y muy inteligente. Perderlos a ambos, y al mismo tiempo, había sido devastador para toda la comunidad. Los *sadhus* conocían muy bien a Prabhand y, tras su muerte, habían guiado al templo en una oración dedicada a él. Mukesh había asistido, porque Naina habría querido que lo hiciera, y porque ya echaba de menos la sonrisa de Prabhand. Nilakshiben había llorado, sentada en las últimas filas, mientras que hombres que no conocían ni a su marido ni a su hijo habían tomado asiento en primera línea, a la vista de los *sadhus*. Mukesh la había compadecido, pero no había encontrado las palabras para decírselo. Tras la muerte de Naina, Nilakshi y Prabhand habían sido un gran apoyo y consuelo para Mukesh, de modo que se sentía avergonzado, porque sabía que él no había correspondido a Nilakshi cuando ella más lo necesitaba.

—Mukeshbhai —dijo Nilakshi, al tiempo que se acercaba caminando hacia él con una sonrisa y mucho brío para alguien tan menudo.

—Nilakshiben —la saludó Mukesh, sonriéndole también—. Me alegro de verte.

—¡Sí! ¡Menuda sorpresa! No esperaba verte por aquí.

—Harishbhai me convenció para desfilas en el lugar de Sahil. Creo que se ha lesionado.

—¡Ah! ¡Claro! ¡Harish es muy convincente! Y también muy insistente —le dijo, con una mirada que decía: «Tú ya me entiendes».

—Me he saltado algunos *satsaangs* últimamente. Meenaben está disgustada conmigo. Así que, si te parece bien, ¿puedo caminar a tu lado? No se atreverá a venir aquí.

—Claro. Pero recuerda que Harish sigue estando bastante cerca. Y Meena se lo cuenta todo.

—Me lo imagino. Pero él es más fácil de manejar.

El desfile benéfico fue haciendo suyos los lugares y sonidos de Neasden y Wembley, avanzando lentamente por calles residenciales llenas de casas en otros tiempos pintadas de granate y ahora de un color marrón polvoriento. Los participantes jadeaban y resoplaban al subir y bajar por el puente peatonal que

atravesaba la carretera de circunvalación North Circular, desde el cual pudieron contemplar la bella vista de su sempiterno atasco de tráfico, con el halo del estadio flotando en la distancia, y fueron dejando atrás hileras e hileras de comercios, de puestos de frutas y verduras, de tiendas de cambio de divisas y pollerías llenas de gente ya a aquellas horas. Mukesh caminó con paso lento, pero seguro. En un momento dado, Nilakshi tuvo que agarrarlo por la mano y tirar suavemente de él. Pero la vista del estadio y del horizonte urbano de la zona le hicieron tener la sensación de estar descubriendo Wembley de nuevo. A Naina le encantaba caminar. Ahora, pese al dolor apagado que notaba en los gemelos, Mukesh entendía por qué. Estaba dolorido, no estaba preparado para recorrer otros tres kilómetros, pero se sentía orgulloso de haber llegado hasta allí.

Nilakshi lo alentaba a seguir con amabilidad y le daba conversación mientras caminaban. Le hizo sentir que era capaz de acabar. A cada paso, Mukesh notaba el libro en su bolsa, espoleándolo. Y también siguió escuchando la voz de Naina, asegurándole que lo estaba haciendo muy bien. Pero era Nilakshi quien caminaba a su lado, y era imposible encontrar a Naina. De pronto, la mente de Mukesh viajó a *Rebeca*, a la historia de la nueva esposa que reemplaza a la antigua y vive por siempre más a la sombra de la esposa muerta. Ahuyentó tal pensamiento de su mente. Aquellos libros estaban causando estragos en su imaginación...

Intentó mantener la mente siempre un paso por delante. Intentó concentrar su optimismo en mover cada articulación, de una en una. Intentó aferrarse a aquella sensación de estar vivo... hasta que la realidad y la falta de aire le dieron caza.

—Nilakshiben —dijo, doblándose por la cintura y apoyando las manos en las rodillas—. Creo que voy a tener que quedarme aquí y regresar a casa en autobús.

—¡Pero te quedarás sin certificado! ¡Y, lo que es más importante, te perderás el *prasada*!

Mukesh negó con la cabeza.

—Creo que el *prasada* es lo último que necesito en estos momentos: con todo ese azúcar me podría dar un infarto.

Miró al suelo. Las piernas le ardían. Respiraba tan hondo como podía, pero le silbaban los pulmones. No podía acabar el desfile, pero al menos había caminado... y mucho más de lo que había hecho en mucho tiempo. Y había estado con gente, mucha gente, durante mucho más tiempo de lo que había hecho en años. Podía considerarse un avance, ¿no era cierto?

—Mukeshbhai —le dijo ella—, voy a ir a decírselo a Harish. Lo entenderá.

Se marchó. Mukesh vio cómo lo sobrepasaban varias personas más lentas que él, sonriendo y saludándolo con la mano. La mayoría eran hombres que habían quedado rezagados, hombres que en su día habían caminado en la cabecera del desfile, separados de las mujeres. Llevaban pantalones de lino, sandalias con cintas de velcro y gruesas suelas. Sus chalecos se vislumbraban bajo las vistosas camisetas del templo. Mukesh conocía bien aquella estética, era una estética que a él también le gustaba lucir: el uniforme convenido para los hombres hindúes de más de sesenta años.

Buscó los pantalones punyabíes azul claro de Nilakshi en medio del mar de blanco, color crema y azul marino. Pero no logró verla. Estaría ya demasiado lejos. Incapaz de dar otro paso, se sentó en el muro de la casa de alguien, que separaba el descuidado jardín delantero de la transitada calle de doble sentido que pasaba por delante. Mukesh notó el paso de cada vehículo como un roce, como un soplo de aire, de viento caliente, pegajoso y maloliente, contaminado. Hasta entonces no lo había creído, pero notó el humo de todos los tubos de escape cuando entraba en sus pulmones.

Volvió a pensar en Naina. ¿Habría sido aquello lo que la había matado? ¿El aire contaminado? Había escuchado decir que el aire contaminado contenía carcinógenos, cosas que provocaban cáncer.

Recordó su risa explosiva cuando él bajaba por las escaleras con la camiseta puesta al revés. De repente, aquel recuerdo quedó sustituido por una imagen de ella en el hospital, convertida en un fantasma de la mujer que había sido.

Un segundo después, Nilakshi regresó con una botella de agua.

—Harish dice que te vayas a casa. Me ha dado esto para ti. —Le entregó el agua—. A mí me parece un gran logro: ¡un poco de aire fresco y no tienes obligación de hablar con Harish cuando esto acabe! Cualquiera diría que lo tenías planeado... ¿Cómo piensas volver a casa?

Mukesh agarró la botella, desenroscó aprisa el tapón y bebió. Ni siquiera le había dado las gracias. Cerró los ojos, respiró una bocanada de aquel aire pútrido y se puso en pie.

—Tomaré el autobús.

—Te acompaño.

Mukesh empezó a negar con la cabeza, pero Nilakshi lo interrumpió:

—Mukeshbhai, Naina no me perdonaría nunca que dejara que su marido se marchara a casa solo cuando a duras penas puede caminar.

Y entonces, en aquel instante, como si hubieran accionado un interruptor, Mukesh se sintió estúpido... y frágil. ¿Qué pensarían los hombres jóvenes si lo veían ahora? Los que conducían coches rápidos y nunca se dirigían a él con un «masa» o «fua». Empezarían a llamarlo «Dada».

Se aferró de nuevo a la bolsa, en busca de fuerzas, de algo.

—Nilakshiben —dijo mientras echaban a andar, él cojeando, hacia la parada de autobús más cercana, que estaba bastante lejos.

—Sí, Mukeshbhai —respondió ella.

—Gracias por ayudarme.

—Tal como te he dicho, Naina no me lo perdonaría.

—¿Te apetece entrar? —preguntó dubitativo Mukesh, de pie en el umbral de la puerta de su casa, nervioso.

Nilakshi alzó la vista hacia la casa con los ojos muy abiertos.

—No —dijo, sacudiendo brevemente la cabeza dos veces—. No debería. Será mejor que regrese. Pero me alegro de que estés bien. Te encuentras mejor, ¿verdad?

—Mucho mejor, Nilakshiben. —Sonrió Mukesh, contento de que su ritmo cardíaco hubiera regresado a la normalidad durante el trayecto en autobús.

—Bueno, espero volver a verte pronto. Ha sido muy agradable verte después de tanto tiempo, Mukeshbhai. —Nilakshi se despidió con un tímido gesto con la mano—. Como ya te he dicho, puedo acercarme en cualquier momento y enseñarte a preparar un *brinjal bhaji*^[3] como es debido. No tienes más que llamarme.

—Naina cocinaba el mejor *brinjal bhaji* del mundo —comentó Mukesh distraídamente, notando el peso del libro en su bolsa.

—Sí, lo recuerdo. Bueno, quizá el mío no esté tan bueno, ¡pero será mejor que nada! —respondió Nilakshi con una voz un decibelio más alta y asintió con la cabeza a modo de despedida.

Mukesh se sentía tenso y raro y no conseguía descifrar si era por la situación o porque tenía los músculos agarrotados después del desfile.

Al cerrar la puerta a su espalda, divisó desde el recibidor la fotografía de Naina que había sobre el televisor, con una guirnalda a modo de collar por encima de la blusa. ¿Había cambiado? Le pareció que su mirada era menos despreocupada y que ahora escondía algo: ¿decepción, enfado incluso?

Su mente corrió a *Rebeca* e imaginó el retrato de esta colgando en el vestíbulo de Manderley, siempre presente, siempre observante.

Se sintió bobo. Si Naina estuviera viva, le habría preguntado cómo estaba Nilakshiben, cómo lo llevaba. Probablemente le hubiera dicho incluso que le llevara un táper de *tepla*^[4]. Naina nunca había sido celosa. Pero, aun así, Mukesh sintió una punzada de culpa. Lo primero que hizo fue sacar su libro de la bolsa y mostrárselo a la fotografía de Naina, esperando secretamente que aquello le devolviera su voz, solo por un momento, para tranquilizarlo antes de depositarlo en su recién bautizada «butaca de lectura».

Tras el esfuerzo realizado, Mukesh necesitaba echar una siestecita. Puso el radio, porque le gustaba escuchar algo mientras dormía, y se tumbó pesadamente en su cama. Le dolería todo cuando se despertara. Tuvo un momento de pánico en el que se preguntó si sería capaz siquiera de levantarse de la cama, pero decidió que no era momento aún de preocuparse por eso. Ya cruzaría ese puente cuando fuera el momento.

Mientras apoyaba la cabeza en la almohada, empezó a evadirse en sus pensamientos. Hoy se había sentido vivo, animado, pese al dolor muscular. Y había tenido la sensación de que Nilakshi e incluso Harish lo veían como una persona, más que como una carga o como un padre anciano a quien hay que dejarle un mensaje en el contestador cada mañana para asegurarse de que esté bien; de que lo veían como un ser humano con sentimientos y emociones, con sus gustos y sus reticencias, y no como un paciente en el registro del médico de cabecera o como un elemento de las listas de tareas de sus hijas.

Momentos después, sintiéndose satisfecho y con los huesos relajados, Mukesh se quedó dormido.

Cuando se despertó, empezaba a anochecer: el día dejaba paso a la noche, las sombras se alargaban y la luz que bañaba la estancia era cálida, pero se volvía paulatinamente más fría, más vacía.

Miró por instinto a la izquierda, al lado de Naina. Llevaba un tiempo sin hacerlo. Pero aquel día, por la confusión tras aquella siesta imprevista, podía ser cualquier momento. Podía ser 1985, cuando se habían mudado a aquella casa donde las tres niñas dormían en la habitación de al lado, en colchones colocados en el suelo. O 1998, cuando dos de sus tres hijas se habían marchado de casa y Rohini había insistido en dormir en la habitación de la planta baja para disfrutar de cierta privacidad, aunque lo único que separara aquel dormitorio de la cocina fuera una cortina de cuentas. O podría haber

sido incluso 2010, cuando Naina y Mukesh se habían quedado aquella misma habitación para ellos, acostumbrados ya a ser los dos únicos inquilinos de la casa y disfrutando por fin de estar a solas, aunque lo cierto era que a Naina le seguía encantando la compañía y adoraba los días en los que iba a visitarlos la que por entonces era su única nieta y llenaba la casa de vida.

Pero estaba en 2019, el año que menos hubiera querido Mukesh. El segundo año de su vida desde lo de Naina, el año que empezó sin Naina y acabaría también sin ella. Rebuscó en su bolsa y sacó *Rebeca*. Pese a que el libro lo tenía muerto de miedo, necesitaba evadirse a algún otro sitio durante un rato, más allá de los confines de su pequeña casa de Wembley, y meterse en la piel de otra persona.

Al ir pasando las páginas, Mukesh conoció a la señora Danvers, el ama de llaves, que adoraba a la primera esposa, Rebeca, y odiaba sin paliativos a la segunda, a quien le recordaba constantemente que ni ella ni el señor De Winter reemplazarían nunca en su corazón a su querida Rebeca. De improviso, la señora Danvers cobró una nueva vida, un nuevo significado para Mukesh. Era su propia culpa interna. Dejó de leer a media frase y se sentó en un silencio sepulcral. Los libros eran una válvula de escape. Pero Mukesh estaba descubriendo que no siempre lo eran en el buen sentido.

—¡Yo no pienso olvidar a Naina! —exclamó en voz alta, para sí mismo y para la moralista señora Danvers—. Lo siento, Naina —se disculpó—. Soy tonto. Este libro no significa nada.

Le pareció escuchar las palabras de Naina contestándole a través del quedo aire crepuscular: «Ya lo sé, Mukesh», pero no pudo determinar si lo había soñado, si su imaginación, realzada por la novela, le estaba diciendo lo que necesitaba escuchar.

COMETAS EN EL CIELO
de Khaled Hosseini

Capítulo 13

ALEISHA

— **A**leisha —la llamó Benny mientras limpiaba con una bayeta las mesas—. ¿Qué haces esta tarde?

—Pues voy a ir a comprar algo para la cena —respondió ella, con un pie ya fuera de la puerta—. Pero la verdad es que no tengo ningún plan, Benny. ¿Y tú?

Aleisha pensó en el libro que llevaba en el bolso, *Cometas en el cielo*. No quería confesárselo a Benny, pero el hecho de no tener planes la emocionaba, porque significaba que podía acurrucarse con su libro. Para ella, aquello era lo más cercano a un plan en mucho tiempo. Ahora, cada mañana leía un capítulo o dos, y a la hora de comer leía un poco más. Y no podía dormirse hasta haber leído unas cuantas páginas y haberse reencontrado a los personajes que se volvían más reales con cada capítulo que pasaba.

—¡Pues me voy de vacaciones! —exclamó Benny haciendo un bailecito.

A Aleisha le caía bien. Pocas veces coincidía con él, porque tenían los turnos cruzados, pero siempre que lo veía contagiaba alegría.

—¡Qué buena suerte tienen algunos! ¿Adónde vas?

—¡A Ayia Napa!

Benny tenía cuarenta años y cada verano se iba de vacaciones con un grupo de amigos. A Termo le encantaba mencionarlo siempre que Benny aparecía en la conversación.

—¡Con mis chicos! —remató Benny.

Aleisha se rio para sus adentros.

—¿Tú vas a algún sitio este verano?

Aleisha negó con la cabeza.

—Aunque, si quieres que te confiese algo, Benny —dijo sacando el libro—, en realidad esta noche me voy a... Kabul.

Agitó *Cometas en el cielo* delante de él.

—¡Ay, Aleisha! Ese libro... es devastador, de verdad.

—Bueno, Benny, mi vida es devastadora. Tengo diecisiete años y mi colega de cuarenta se va a Ayia Napa, en lugar de irme yo.

—Lo siento, bonita. Unas veces se gana y otras se pierde —dijo Benny, mientras salía trotando por las puertas, como si tuviera muelles bajo los pies.

Cometas en el cielo, de Khaled Hosseini, le gustaba la portada: dos niños, abrazados por la espalda, un cielo azul y una cometa. Por la contracubierta, Aleisha había sabido que iba de dos mejores amigos, Amir y Hassan, que aspiraban a ganar la competición local de cometas, pero algo cambiaría las vidas de ambos para siempre. Años después, Amir, que emigró de Afganistán a Estados Unidos, se da cuenta de que debe regresar a Kabul para ser perdonado y para redimirse.

Mientras miraba la portada se preguntó qué le habría pasado a Hassan. ¿Qué habría hecho Amir? Las palabras de Benny resonaron en su pensamiento: «Es devastador, de verdad», y se preparó. Estaba depositando una gran confianza en quienquiera que hubiera elaborado aquella lista. Le había encantado *Matar a un ruiseñor*, y *Rebeca* también, por más distintos que fueran, uno tan fácil de leer, pero con momentos sobrecogedores, y otro tan oscuro, siniestro y evocador. Había leído *Rebeca* bajo la manta, temiendo por la joven señora De Winter, la nueva esposa en Manderley.

Al principio, había seguido a ciegas la lista, aceptando los libros sin cuestionárselo. Ahora se daba cuenta de que leer hacía que sus días pasaran más rápido. Había dejado de usar la lista como punto de libro y había vuelto a guardarla en la funda de su teléfono móvil, para tenerla a buen recaudo. No quería perderla; se sabía los libros de memoria, incluso sin mirar la fotografía que había hecho con el iPhone, pero la lista en papel... le daba la sensación de que era una especie de amuleto de la suerte.

Aleisha sacó el libro de su bolsa en la tienda de la esquina, a la que en su imaginación llamaba exactamente así, La Tienda de la Esquina, y empezó a guardar los ingredientes de la cena en ella. Había comprado más de lo que necesitaba porque no era capaz de decidirse. Si aquella lista de lectura le había enseñado algo, era que se le daba fatal tomar sus propias decisiones.

—¡No! —exclamó la mujer de la caja registradora—. De verdad, no, no me enseñes eso otra vez.

—¿El qué? —preguntó Aleisha levantando la vista de la bolsa, confusa.

—¡Eso! —exclamó la mujer sosteniendo las cebollas en una mano y señalando *Cometas en el cielo* con la otra.

Aleisha frunció el ceño.

—¿A qué se refiere? —preguntó sin remilgos.

—¡Ese libro me dejó por los suelos! Es tan duro... ¿De verdad quieres que se te corra el rímel por toda la cara? Es desgarrador.

Aleisha se encogió de hombros.

—De verdad, es aún peor que la película que hicieron. El libro... de verdad. No te voy a decir nada, tú sabrás lo que haces con tu vida. Pero, escúchame bien, será mejor que estés en un momento superfeliz antes de comenzarlo.

Aleisha tragó saliva. ¿De verdad era tan triste aquel libro? Las cebollas rodaron por el mostrador hacia ella; agarró la etiqueta con las uñas y las dejó caer en la bolsa.

—Si usted lo dice... Gracias por el consejo —respondió con una sonrisa forzada.

La mujer continuó escaneando el resto de la compra en silencio.

—Qué alegría ver a una chica joven leyendo —murmuró la cajera unos minutos después, mientras le lanzaba dos bolsas de plástico a Aleisha.

—Mucha gente joven lee —respondió Aleisha de manera brusca.

Pensó en los adolescentes que solía ver en la biblioteca, en la chica del pelo rosa que acudía algunas veces, en el estudiante con los cordones de los zapatos desanudados e incluso en Mia.

—Ya lo sé, pero... me alegra verlo —replicó la mujer encogiéndose de hombros—. Todos esos chismes modernos: los teléfonos móviles, los videojuegos... Hacía mucho tiempo que no veía a alguien de tu edad con un libro.

Aleisha pensó en sí misma hacía apenas unas semanas, cuando los únicos libros que usaba eran los de texto. Ella también había sido una de aquellas adolescentes enganchada siempre al móvil que apenas miraba dónde ponía los pies, con el rostro siempre pegado a la pantalla.

—Tiene razón. Pero ¿sabe qué? Los libros vuelven a estar de moda.

Le sonrió a la cajera mientras metía las cosas en las otras dos bolsas, se despidió de ella con un gesto y salió de la tienda. Tras dar apenas unos pasos, dejó las bolsas en el suelo y repartió bien el peso, aprovechando el momento para recuperar fuerzas. ¡Necesitaba un carrito de abuela! Puso los ojos en blanco solo de pensarlo. Aquella biblioteca la estaba transformando en otra persona...

Respiró hondo y volvió a intentarlo en el mismo momento en el que un tipo saltaba delante de ella y le barraba el paso. Era un chico, con un gorro,

con un paquete de cigarrillos nuevo en una mano y el tique en la otra.

Aleisha lo miró como diciendo: «No quiero esos cigarrillos y no sé qué haces aquí. Apártate de mi camino», pero no dijo nada. Lo miró a la cara.

Era aquel tipo. El chico que había visto en el tren.

—¿Puedo ayudarte en algo?

—La pregunta es si puedo yo ayudarte en algo —respondió él.

Aleisha lo miró sin comprender. Le dolían los hombros.

—Ten. Se te ha caído esto.

Se inclinó hacia la acera, a sus pies, donde *Cometas en el cielo* yacía con la portada hacia arriba.

—Gracias —dijo ella alargando la mano para cogerlo, pero él lo apartó de su alcance y le dio la vuelta al libro entre sus manos.

Miró la primera página y asintió con la cabeza.

—¿Biblioteca de Harrow Road? —preguntó casi para sí mismo—. ¿Sigue abierto ese sitio? Pensaba que había cerrado hacía años.

—Sigue abierta —le espetó Aleisha—. Trabajo allí.

Se puso a la defensiva sin saber por qué.

—¡Caramba, pues no tienes pinta de bibliotecaria! —dijo él riéndose entre dientes, tímidamente—. Lo siento, ni siquiera sé qué significa eso. —Le tendió el libro y Aleisha lo cogió tan rápido como pudo—. Tiene pinta de que esas bolsas pesan. Déjame que te ayude.

—No, no hace falta —respondió ella, aunque los dedos le gritaban de dolor.

Puso cara de exasperación, intentando ocultar el nerviosismo que le hervía en el pecho, y se obligó a andar, paso a paso.

—De verdad, déjame que te ayude.

—He dicho que no hace falta —respondió Aleisha haciendo una mueca, mientras las asas de las bolsas se le clavaban en la piel.

—Bueno, de todos modos parece que vamos en la misma dirección —bromeó él, medio paso por detrás de ella—. Entonces, si eres bibliotecaria de verdad, dime... ¿de qué va ese libro?

Aleisha se detuvo y depositó las bolsas en el suelo para volver a repartirse el peso. Sin embargo, antes de tener tiempo de levantarlas de nuevo, el chico se agachó rápidamente y las agarró las dos.

—Fantástico —musitó Aleisha.

—Escucha, solo quiero que me expliques de qué va el libro. Puedo llevarte las bolsas durante parte del camino y luego te dejaré en paz para siempre.

Aleisha se echó la última bolsa por encima del hombro.

—Lamento decepcionarte —dijo—, pero aún no he empezado a leerlo. Solo sé lo que pone en la contracubierta.

—No pasa nada. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Aleisha.

—Encantado de conocerte, Aleisha —dijo—. Yo soy Zac, por cierto.

Aleisha pensó «No te lo he preguntado», pero lo que dijo en voz alta, fingiendo naturalidad, fue:

—Encantada de conocerte.

—Yo también —respondió él con una sonrisa tímida.

¿Estaría tan nervioso como Aleisha? Mientras batallaba con las bolsas de ella, rezagándose ligeramente, la joven no pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

—Y dime, ¿te gusta leer? —le preguntó él dándole alcance e intentando disimular que le faltaba el aliento.

Aleisha aguardó un instante antes de responder, pensando en el anciano, el señor Patel, y en las conversaciones sobre libros que habían tenido hasta entonces. Notó la lista ardiendo en la funda de su móvil.

—No sé qué responder a eso —contestó con sinceridad—. Es una novedad para mí. Pero, sí, me gusta.

—*Cometas en el cielo...* ¿Crees que estás preparada para leerlo?

—Pensaba que no sabías nada de él.

—He visto la película y créeme si te digo que es la cosa más triste del mundo.

—Eso mismo me ha comentado la cajera.

—Pues tiene razón. El final es tristísimo...

—¡Oye! ¡No me lo cuentes! ¿Es que todo el mundo se ha propuesto echármelo a perder? —lo cortó ella, con los ojos como platos, sorprendida de su propia reacción.

Se sentía relajada; por un instante le pareció normal caminar con un desconocido mientras hablaban de un libro.

Él rio.

—No te preocupes. No te voy a contar nada. Así que... —Clavó los ojos en ella—. ¿Qué haces cuando no estás en la biblioteca?

—Pero ¿esto qué es? ¿*Casados a primera vista* o algo así?

—Lo siento, soy un poco intenso.

—Nadie lo diría...

—¿Y bien?

Aleisha se encogió de hombros.

—¿Te importa mucho?

—Bueno, no... Solo intentaba darte conversación. —Se encogió de hombros, renqueando con las bolsas a ambos lados—. Pero ¿qué llevas aquí dentro? —preguntó con un resuello.

Cuando llegaron al principio de su calle, Aleisha le dijo:

—Ya las cojo yo. —Señaló con la cabeza hacia el final de la carretera—. Vivo ahí mismo.

—No te preocupes, te las llevo hasta la puerta, no pasa nada.

—No —respondió Aleisha con brusquedad, sorprendida por su propio tono—. Ahora las cojo yo.

Zac asintió con la cabeza, depositó las bolsas con cuidado en el suelo y retrocedió, como si estuviera haciendo entrega de una mercancía peligrosa.

—Gracias, Zac —le agradeció ella despreocupadamente.

—De nada, Aleisha. Espero que nos veamos de nuevo. Los veranos siempre son un poco solitarios para mí y, bueno, ha sido agradable hablar contigo.

El chico se marchó y ella recogió las bolsas y comenzó a arrastrarlas por la calle en dirección a su casa. Lo miró por última vez, asimilando su figura: era el chico del tren. Le costaba creer que hubiera tenido tanta suerte.

Al acercarse a su casa, vio las ventanas cerradas e intuyó la oscuridad del interior, como en Manderley o como en casa de Boo Radley. No obstante, por un momento no le pareció tan desalentador. Dejó la compra en la puerta y, mientras buscaba las llaves, vio *Cometas en el cielo* mirándola desde una de las bolsas. Las últimas palabras del chico resonaron en su cabeza. Los veranos también eran una época solitaria para ella, pero aquel..., aquel le parecía un poco menos solitario de lo habitual.

Capítulo 14

MUKESH

Bip. «Papá, soy Rohini. Harishfua me ha llamado para decirme que le gustaría que fueras al *mandir* con él. No hace falta que me devuelvas la llamada, pero llámalo, ¿vale? Ya sé que hace mucho tiempo que no vas y menos solo, pero creo que te sentaría bien. Deepali, Vritti y yo lo hemos hablado y las tres estamos de acuerdo en que deberías ir. ¿Entendido? Priya me ha pedido que te diga que le ha encantado el libro, *Un mago de Terramar*, creo que se titula. ¡Y me ha pedido que te diga que te quiere mucho! Adiós, papá. Hablamos pronto».

BIP. «Hola, papá, soy Deepali. Rohini me ha dicho que Harishfua ha intentado contactar contigo. ¿Por qué no vas al *mandir*? Te sentaría bien y, además, así comerías algo equilibrado por una vez. ¿Vale? Nos vemos pronto».

Mukesh sacó el libro y se estaba acomodando en su butaca cuando el teléfono empezó a sonar de nuevo. Lo miró y miró el libro. «Si quieren hablar conmigo, que dejen un mensaje», se dijo.

BIP. «Buenos días, Mukeshbhai. Soy Nilakshiben».

Mukesh estuvo a punto de caerse de la silla. Dirigió automáticamente la mirada hacia la fotografía de Naina que colgaba de la pared.

«He comprado algunos ingredientes para preparar un *brinjal bhaji*. Si te parece bien, me acerco un día de la semana que viene. ¿Te va bien el sábado? ¡Así te enseño! Que pases buen fin de semana».

No esperaba tener noticias de Nilakshi. Miró la fotografía de Naina de nuevo, en busca de una señal de qué hacer. ¿Estaría disgustada? ¿Enfadada?

Suspiró e intentó concentrarse de nuevo en *Rebeca*. Estaba en su butaca, con cuatro lámparas y media a su alrededor, recabadas de las distintas estancias de la casa y colocadas a distinta altura. La media lámpara era una lamparita de lectura alimentada por USB que se pinzaba al propio libro; era de Priya, un regalo de Naina. En esos momentos, aquella esquina de su salón

parecía salida de uno de esos bares hípsteres irónicos con pretensiones de modernidad que Vritti solía enseñarle en Instagram y que ella llamaba «inspiración» cuando hablaba de su pequeña cadena de cafeterías.

Pero no había nada que hacer. La llamada de Nilakshi lo había perturbado. ¿Cómo se suponía que iba a leer sobre una nueva esposa intrusa ahora? Dejó *Rebeca* y telefoneó a Harish en un intento por distraerse. Acordó con él ir al templo aquella misma tarde, para el *Abhisheka*^[5], la *puyá*^[6] y posterior comida. Hacía mucho tiempo que no lo hacía; solo visitaba el templo con Rohini o Deepali, y esporádicamente con Vritti, pero porque lo obligaban a ir. No le gustaba estar allí, porque le recordaba a Naina y le recordaba que, sin ella, era solo media persona.

—¡Me alegro de que vayamos a vernos esta tarde, *bhai*! —bramó Harish.

O bien estaba sordo o seguía sin saber bien cómo funcionaban los teléfonos modernos. Pero Mukesh se lo perdonó. Él también había hecho lo mismo hasta que Vritti y Rohini se habían quejado y le habían dicho que no podían bajar el volumen de sus teléfonos lo suficiente para mantener una conversación con él.

—Sí, gracias por convencerme. Me sentará bien. —Mukesh procuró que sonara como si lo creyera de verdad.

—Fantástico, amigo. ¡Nos vemos luego, *bhai*! —gritó Harish.

Mukesh sostuvo el auricular alejado de su oreja y se despidió.

Tras leer unas horas, Mukesh alzó la vista y dio un brinco al ver a los cuatro personajes protagonistas de *Rebeca* sentados delante de él, en el sofá. La señora De Winter, la nueva esposa y narradora, completamente desdibujada, porque en ningún momento se la describe del todo. ¿Era de fiar? El señor De Winter, el joven adinerado que parecía encantador al principio pero tenía una doble cara... No, no le gustaba. La señora Danvers, aquella metomentodo, desconfiada y crítica que odiaba a la señora De Winter por el mero hecho de no estar a la altura de Rebeca, la esposa difunta, pero en absoluto olvidada. Y, para acabar, estaba la propia Rebeca, un fantasma sentado en el sofá de Mukesh que miraba fijamente el retrato de Naina expuesto sobre el televisor.

Mukesh inhaló con fuerza y se frotó los ojos, pero Rebeca se puso en pie y justo cuando parecía que le tendía la mano, sonó el claxon de un coche y los cuatro personajes se desvanecieron en el aire. Mukesh respiró hondo, intentando serenarse. Jamás había imaginado que un libro, ambientado tan lejos, pudiera afectarle tanto y parecerle tan real... Era escalofriante.

La bocina sonó de nuevo. Harish. Mukesh comprobó su reloj. Puntual.

El claxon sonó otra vez, treinta segundos después.

Impaciente, como siempre.

A veces Harish pensaba que era un cuarentón elegante y moderno en un coche elegante y moderno con personas y lugares que ver, se creía demasiado importante para esperar unos minutos a que su amigo se quitara las pantuflas, recogiera su bolsa de los zapatos para el templo y se calzara sus deportivas con velcro. Pero Mukesh lo hizo esperar y se movió con más lentitud de la acostumbrada. O, al menos, esa fue la excusa que se dio a sí mismo. En realidad, sus agarrotadas piernas no le permitían ir mucho más rápido de todos modos... El desfile benéfico se lo había dejado claro.

El coche de Harish era grande y siempre estaba resplandeciente, incluso pese al aire sucio y contaminado de Londres.

—¡Mukeshbhai! —le gritó Harish a través de la ventanilla, al tiempo que se inclinaba sobre el asiento del copiloto y empujaba la puerta para dejar entrar a Mukesh.

Antes de decir nada, Mukesh cerró de un portazo. Suspiró. Le dolía la espalda. Y le daba la sensación de que en aquel coche llevaba las piernas muy encogidas.

—*Bhai*, qué alegría verte.

Cuando aparcaron frente al *mandir*, Harish le dio unos golpecitos cariñosos al salpicadero de su coche y se apeó mucho más rápido de lo que Mukesh era capaz.

Se dirigieron al edificio uno junto al otro, pero Mukesh quedó rezagado. El templo lucía un aspecto glorioso bajo la luz, pues el sol rebotaba en las cúpulas y revelaba las intrincadas tallas en sus sombras. Era muy bello. Mukesh no solía contemplarlo desde aquel ángulo. Le sorprendió ver aquel majestuoso edificio acurrucado entre casas, una escuela, unos cuantos aparcamientos dispersos y la carretera de circunvalación North Circular, con sus coches, sus bocinazos y sus conductores malhumorados, ajenos a la paz que se vivía justo detrás.

Era encantador, inesperado... Precisamente eso era lo que tanto le gustaba de Londres: la variedad, las contradicciones y los contrastes.

Harish le sacaba ya mucha ventaja y no se dio media vuelta, ni siquiera se percató de la ausencia de Mukesh. Estaba demasiado absorto en su pequeño mundo.

Mukesh se tomó su tiempo. En algunos momentos tuvo la impresión de que las piernas iban a flaquearle; estar allí sin sus hijas y sin Naina era una

experiencia completamente distinta. En la entrada, pasó a través del escáner corporal. Siempre se preguntaba si la persona de seguridad podía verlo desnudo. Esperaba que no. Se sonrojó solo de pensarlo. Sería muy poco hindú por su parte hacerlo, ¿no era cierto?

Le dieron el visto bueno, sus llaves y su cinturón, y giró a la izquierda. Imaginó a Naina caminando a su lado, girando a la derecha, en dirección a los zapateros de las mujeres. Al mirar hacia allí, divisó a Indira. Indira siempre estaba sola; no había visto a demasiada gente hablar con ella. Todo el mundo sabía que, una vez que Indira empezaba a hablar, era casi imposible detenerla. Y, además, no la conocía demasiado, pero Naina siempre había insistido en hacer un esfuerzo con ella. La saludó con la mano izquierda, pero la dejó caer rápidamente al ver que ella solo le respondía con un asentimiento de cabeza.

Después del *Abhisheka*, en el que Mukesh y Harish vertieron agua sagrada sobre una estatua de latón de Swaminarayan para obtener su bendición, enseguida dejaron atrás la paz y tranquilidad del ritual y se dirigieron directamente al ruidoso pabellón deportivo donde se servía la comida. El lado de los hombres y el de las mujeres estaban separados por una cortina. Harish se apresuró a coger su comida y hacerse con una mesa para los dos, mientras que Mukesh se tomó su tiempo y saludó a todos los que servían («¡Mukesh, qué alegría verte por aquí después de tanto tiempo!»). Se unió a Harish poco después, con su plato de plástico repleto de comida deliciosa de vivos colores: *khichdi khadi*, *jalebi puri*, *batata nu shaak* y *papdi*. Comieron en silencio. Mukesh se sorprendió mirando a hurtadillas al otro lado de la cortina para divisar a Nilakshi, a quien había visto hacía unos momentos. En el pasado, se asomaba por aquella misma cortina para ver a Naina y a sus hijas. Entonces fue cuando la gruñona, severa y crítica ama de llaves, la señora Danvers, volvió a colarse en su pensamiento. Apareció delante de él, junto a Harish, sorprendentemente vestida con un sari y un *chandlo*^[7], y con el pelo recogido en un tenso moño. Con expresión ceñuda, sacudía la cabeza y comía con las manos, igual que él.

Mukesh pestañeó varias veces, intentando zafarse de la imagen de aquella inquietante señora que no existía, pero no lo consiguió.

—*Bhai* —le dijo Mukesh a Harish, desesperado por volver a establecer contacto con la realidad, mientras miraba alternativamente a Harish y a la malhumorada señora Danvers—. ¿Cómo está Meenaben?

—Está estupendamente. Muy bien. Y esta es su noche libre de mí, así que estoy seguro de que está más feliz que nunca. ¡Feliz de no estar conmigo! — Harish rio entre dientes, con la boca llena de comida.

La señora Danvers imaginaria volvió la vista hacia su vecino y puso cara de repugnancia. Mukesh pensó que tal vez aquello fuera lo único que tuviera en común con la horrible gobernanta de Manderley.

Imaginó a Naina al otro lado de la cortina, sirviéndole la comida a la propia señora Danvers. «No la he olvidado», se dijo Mukesh, pero no estaba seguro de si lo hacía por él o por la señora Danvers, para aclararle que nunca olvidaría a Naina y que nadie, ni siquiera Nilakshi, podría reemplazar a su esposa. De repente, la señora Danvers agarró su plato y se dirigió al otro lado de la sala.

Harish seguía hablando. Mukesh no tenía ni idea de lo que acababa de decir, pero su respuesta de «Dios mío» pareció corresponderse exactamente con la esperada por Harish.

—Meena se preguntaba si querrías venir a cenar. Hace siglos que no vienes, *bhai*.

Harish pareció darse cuenta de que Mukesh estaba en otra parte. Le dio una palmadita en el hombro. Mukesh respondió sacudiendo la cabeza:

—Por supuesto. ¡Cuando digáis!

—¿El sábado? Mi hijo mayor estará en casa y será agradable. Se alegrará de verte.

El sábado no le iba bien. Sábado, 6 de julio. Era el día en que Nilakshi iba a ir a su casa.

—El sábado no puedo.

—¿Vas a ver a Rohini?

Mukesh negó con la cabeza.

—¿A Priya o a las gemelas de Deepali? Hace mucho que no veo a esas dos pequeñajas, desde...

Mukesh negó con la cabeza.

—¿Y Vritti? ¿Ya ha encontrado marido?

Mukesh negó con la cabeza. No quería mentir, pero agradeció la doble pregunta. Tal vez Harish no supiera a cuál de las dos estaba respondiendo.

—¡Vaya! ¡Me sorprende tanto! Es una mujer tan guapa y encantadora. Me recuerda tanto a tu Naina. ¿Qué vas a hacer entonces? ¿Te has apuntado a algún club de ajedrez? ¿O de críquet? —Harish soltó una carcajada y se dio una palmada en el estómago—. ¡Imagínate! ¡Mukesh jugando al críquet!

—Voy a cenar con Nilakshiben —Mukesh lo dijo apresuradamente, con naturalidad, asegurándose de pronunciar claramente el «*ben*», para demostrar que entre ellos solo había una relación fraternal y pronunciándolo lo bastante alto para que Harish, que estaba un poco sordo, lo oyera bien.

—¿Quién es Ben?

Mukesh se sonrojó.

—No, *bhai*. *Ni-lak-shi-ben*.

Harish frunció el ceño un instante y luego sus ojos se abrieron como platos.

—¡Oh, Bhagwan! ¿Estáis saliendo? ¿Qué pasa con Naina?

Mukesh se puso de color fucsia.

—No, *bhai*, *bhai*. ¡No lo has entendido!

En aquel momento, la horripilante señora Danvers regresó desde el otro lado de la sala, perforando con la mirada a Mukesh.

—¡Pero si es amiga de Naina! ¡Y tú eres viudo!

—¡No, Harish! —Mukesh levantó las manos en su defensa, como una advertencia para sí mismo y para Harish. Como una súplica: por favor, por favor, escucha—. Solo somos amigos. Nos estamos poniendo al día. No es lo que piensas.

Y lo decía de verdad. No era lo que pensaba. Pero precisamente por eso se sentía tan raro. Ni siquiera habían pasado más que unas horas juntos y la gente ya los estaba tachando de viudos adúlteros. ¿O era adulterantes? ¿O *adulteristas*? Mukesh sacudió la cabeza. Daba igual cómo se dijera, porque no lo eran.

Mukesh agarró su plato y tiró los restos a la basura. Notó que la señora Danvers lo seguía a cada paso mientras salía a grandes zancadas de aquel salón y, luego, del *mandir* hasta llegar al aire libre de Neasden. Sacó el libro de su bolsa, *Rebeca*. Por un momento, pensó que el nombre grabado en la portada era *Naina*. ¿Por qué le estaba haciendo aquello aquel libro? ¿Qué quería de él?

La lista de libros

JOSEPH

2017

Joseph era un habitual de la biblioteca desde niño. Cuando su madre tenía que ir a trabajar durante las vacaciones escolares, lo dejaba allí y lo alentaba a acabar sus deberes o a leer para adelantar el temario del curso siguiente. Ahora seguía acudiendo después de la escuela los lunes, los miércoles y los viernes, aunque era lo bastante mayor para quedarse en casa solo. Tenía su mesa predilecta, que casi siempre estaba desocupada, porque no estaba tan apartada como las demás. Estaba cerca del mostrador de los bibliotecarios. A Joseph le gustaba el leve murmullo de las personas que acudían a sacar libros. Lo ayudaba a concentrarse. Le gustaba la biblioteca. Se respiraba paz. Y nadie de la escuela entraba nunca allí.

Un día estaba sentado exactamente en aquel lugar y alguien se había sentado justo enfrente. No había levantado la mirada; había cometido aquel error en el pasado y un hombre joven había empezado a formularle preguntas acerca de sus deberes de la escuela y Joseph no había sido capaz de dejarle claro que quería hacerlos en paz. Como de costumbre, mantuvo la cabeza gacha y los ojos clavados en la página.

A juzgar por las manos de la persona, cuando dejó el libro en la mesa, era mayor. La piel estaba algo flácida, se parecían un poco a las manos de su madre. Levantó la mirada para ver de qué libro se trataba, intentando atisbar la cubierta, pero era demasiado tarde: las manos habían abierto el libro. Volvió a concentrarse en sus deberes.

«Acoso escolar». Odiaba los deberes de Educación y Valores Sociales, pero había que hacerlos. También odiaba las clases, sobre todo porque tenía que sentarse al lado de Moe Johnson, que lo despreciaba.

—¿Qué se supone que tienes que hacer cuando alguien te acosa, Joey, pequeño? —le preguntaba con desdén—. ¿Contárselo a alguien?

Se mofaba de Joseph por ir a la biblioteca después de la escuela. En una ocasión, lo había seguido hasta allí, llamándole gallina, marica, perdedor, bicho raro y soplapollas. Sin embargo, en cuanto había atravesado las puertas, Joseph se había sentido seguro. Moe no entraría allí ni muerto.

«Acoso escolar». ¿Por dónde se suponía que debía empezar? La primera pregunta era: «¿Cómo se define el *bullying* o acoso escolar?» y tuvo la sensación de que había sido Moe Johnson quien la había redactado especialmente para burlarse de él. Si Moe no le ponía la mano encima a Joseph, se suponía que no era acoso escolar, ¿no era cierto?

Y luego estaba la segunda pregunta: «¿Cómo puedes saber si están acosando a alguien?». La gente encubría todo tipo de cosas.

Joseph apoyó la cabeza en la mesa. Cuando levantó la mirada, vio que su trabajo era un amasijo de círculos húmedos.

El desconocido que estaba sentado delante de él, el de las manos ligeramente arrugadas, pero no muy arrugadas, sacó un trozo de papel y empezó a rebuscar en su propio libro, recorriendo las palabras con los dedos. Se detuvo, metió un trocito de papel dentro y empujó el libro por la mesa hacia él. Joseph levantó la mirada un poquito, para mirar el libro, pero sin establecer contacto visual con el misterioso desconocido. No le apetecía hablar, no después de haber estado llorando en silencio y tener el rostro cubierto de lágrimas.

La vida de Pi. La portada era un mar azul y un tigre gigante, de colores vivos. Vio la manoseada nota asomando entre las páginas.

Joseph no cogió el libro. Lo dejó en la mesa, como si ni siquiera se hubiera dado cuenta, y momentos después el desconocido se puso la chaqueta, recogió sus cosas y se fue. Joseph no le vio la cara.

Joseph nunca había sido un lector empedernido; no había leído libros «de verdad» desde que era pequeño, y últimamente tenía muchos deberes. Pero, al acercarse el libro y darle la vuelta en las manos, deslizó la mirada por las palabras escritas en la contracubierta. Iba sobre un niño de dieciséis años que había quedado atrapado a la deriva en un bote con un tigre, una hiena, un orangután y una cebra. «¡Qué raro!». Le dio la vuelta al libro y vio al niño, acurrucado en un extremo del bote, abrazándose con fuerza las rodillas. Joseph nunca había estado en un bote con un tigre. Pero sí conocía ese sentimiento, la sensación de necesitar hacerse lo más pequeño posible, de querer ser invisible. Dejó el libro en la mesa. En cierto sentido, sabía que lo habían dejado allí deliberadamente, para él.

En un abrir y cerrar de ojos, metió sus deberes de Educación y Valores Sociales en la mochila y se la echó al hombro. Llevó el libro a las máquinas de autoservicio. Ahora sentía unas ganas terribles de volver a su casa, para poderse acurrucar a leerlo y averiguar qué pretendía aquel desconocido que descubriera.

En casa, Joseph abrió y luego cerró de un portazo la puerta de entrada y subió corriendo a su dormitorio. Se metió bajo las mantas y dejó que el edredón descansara sobre su cabeza mientras permanecía sentado a lo indio en la cama. Después abrió el libro por el punto en el que habían dejado aquel trocito manoseado de papel.

Lo sacó, teniendo mucho cuidado de no rasgarlo, y lo leyó. Era una lista. Un, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete y ocho libros. Y el título de uno de ellos rodeado con un círculo.

La vida de Pi.

Su libro.

Capítulo 15

ALEISHA

Pasó la última página del libro e inhaló con fuerza. No había sido consciente de que las horas transcurrían mientras estaba allí sentada, en la desierta biblioteca, con la cabeza enterrada en el libro. Era la primera vez que había leído libremente, sin dudar de sí misma, sin preguntarse si estaría entendiendo bien la historia y sin pensar para nada en el mundo exterior.

Tras dejar *Cometas en el cielo* de nuevo en la mesa, Aleisha se cubrió el rostro con ambas manos. Notó el pulso acelerado, el corazón desbocado como si fuera a estallarle el pecho y dolor de cabeza. Se alegró tanto de que la biblioteca estuviera vacía... Si alguien le hablaba en aquel momento, rompería a llorar.

Cogió su teléfono, desesperada por enviarle un mensaje a alguien, por hablar sin hablar de verdad, por explicarle a alguien la historia que había leído. Se preguntó si Rachel conocería aquel libro, pero no le había enviado ningún mensaje desde hacía semanas y escribirle sin más para hablarle sobre un libro parecería raro. Entonces pensó en la cajera de la tienda y en aquel chico, Zac... ¿Le había dicho que lo había leído? Se sorprendió al volver a pensar en él.

Imaginó a Amir y Hassan, dos amigos íntimos, unidos como hermanos, corriendo por Kabul mientras hacían volar sus cometas. Hassan, tan bueno y tan leal a su amigo que habría hecho cualquier cosa por protegerlo y hacerlo feliz, y Amir, que disfrutaba de la amistad y de la lealtad de Hassan, pero lo trataba de malas maneras, como suelen hacer los niños pequeños, sin pensar. Amir se pasó el resto de su vida lamentando lo que le había hecho a su mejor amigo y finalmente entendió todo lo que Hassan había sacrificado por él cuando solo eran un par de críos. No obstante, Amir pasó también el resto de su vida intentando volver a ser bueno. Y, si la historia de Amir le demostraba algo a Aleisha, era que, por muy mal que uno se haya comportado en el

pasado, tiene que hacer lo posible por ser buena persona. La amistad de Amir y Hassan le había roto el corazón; Aleisha no sabía que una novela, unas palabras escritas en una página, podían resultar tan desgarradoras.

Matar a un ruiseñor y *Rebeca* le habían parecido buenos, pero en algunos momentos había tenido la sensación de estarlos leyendo más bien como libros de texto. Los leía buscando un mensaje, algo sobre lo cual pudiera hablarle al señor Patel.

En cambio, con *Cometas en el cielo* había vivido y respirado aquel libro durante días. Cuando estaba en casa con Aidan y él le preguntaba qué tal le había ido el día, su día no había sido nada fuera del mundo del libro.

—Estoy leyendo *Cometas en el cielo* —le respondía—. Si te soy sincera, es lo único en lo que puedo pensar.

—Yo vi la película —replicó Aidan—. Es tristísima. ¿Cómo lo estás encajando?

—¡Nadie me lo advirtió! —exclamó Aleisha, agitando el libro delante de él, a sabiendas de que era mentira. Todo el mundo la había avisado, pero, pese a ello, no estaba preparada para aquello—. ¿Por qué nadie me dijo que me iba a romper el corazón en un millón de pedazos? Hassan es tan bueno. Y Amir lo trata a patadas.

—Ya, pero solo son niños, ¿no?

—Sí, pero aun así... Las cosas que haces de niño pueden tener consecuencias, ¿no es cierto? Si no, mira a Amir: se pasa el resto de la vida con remordimientos.

—Pero ese libro va mucho más allá. Va de redimirse de verdad antes de que sea demasiado tarde. —Aidan hizo una pausa momentánea y Aleisha posó la mirada en la fotografía de Aidan, Aleisha, Leilah y Dean—. Va de no dar a la gente por sentada —concluyó Aidan, sin levantar la mirada de su móvil.

A Aleisha se le hizo un nudo en la garganta. Amir no fue capaz de solucionar las cosas con Hassan, pero, de algún modo, sí que expió sus pecados. Aleisha pensó en Dean, en todo lo que había hecho en el pasado y en cómo ahora hacía todo lo posible por parecer un padre implicado: enviaba mensajes de texto, telefoneaba, dejaba mensajes de voz y transfería sumas aleatorias de dinero a su cuenta bancaria. Sin embargo, a diferencia de Amir, Aleisha no estaba segura de que Dean se arrepintiera verdaderamente de nada.

De regreso en la biblioteca, Aleisha se enjugó una lágrima de la mejilla. «¡Joder!», se dijo al ver entrar al señor P. Sonreía de oreja a oreja. Aleisha no estaba segura de poder mostrarse animada en aquel momento. Hassan, tan

joven y bueno, y su amigo Amir daban vueltas por su pensamiento, pero también estaba Dean, invadiéndola y devolviéndola a su propia vida.

—¡Hola! —la saludó mientras se acercaba al mostrador—. ¡Ya me he acabado este también!

Sostuvo *Rebeca* en alto.

Aleisha intentó sonreír, pero le dio la sensación de que el labio inferior se le torcía hacia abajo y supo que no podía hacer nada por evitarlo.

—¡Hola, señor P!

—Aleisha —le dijo él con ternura—. ¿Estás bien, *beta*?

Aleisha notó aquel bulto en la garganta de nuevo. «No llores, no llores, no llores», se dijo.

—Sí, perfectamente. Es que acabo de leer un libro, un libro triste. Pero estoy bien.

Se aclaró la garganta e intentó poner voz grave.

El señor P se inclinó torpemente sobre el mostrador y le dio unas tiernas palmaditas en el hombro.

—Ánimo, *beta*, no pasa nada —le dijo con voz dulce y tranquilizadora—. Mi hija Deepali pone el mismo gesto cuando intenta fingir que está bien. Lo hacía siempre de adolescente. «Estoy bien. Déjame en paz, papá. No me pasa nada». —El señor P rio entre dientes—. No hay nada malo en admitir que uno está triste. Los libros pueden ser muy tristes, ¿verdad? Una vez leí un libro que me hizo llorar muchísimo.

—¿Cuál era? —dijo Aleisha, que se esforzaba por mantener la voz serena.

—*La mujer del viajero en el tiempo* —respondió él, y la voz se le quebró—. Lo encontramos debajo de la cama de mi mujer tras su muerte. Leerlo me hizo sentir más cerca de ella y también me hizo ser consciente de mi pérdida. —Dejó vagar la mirada un momento, y su melancolía no hizo más que incrementar el dolor punzante que Aleisha notaba en la frente—. Quería... quería hablarte de *Rebeca*, pero quizá sea mejor dejarlo para otro día, ¿verdad? Me gustaría sacar otro libro. ¿Cuál es el que te ha disgustado tanto?

Aleisha lo sostuvo en alto.

—*Cometas... en... el... cielo* —leyó el señor P despacio, entornando los ojos para ver bien.

Aleisha asintió vigorosamente con la cabeza.

—La verdad es que me encantaría que lo leyera. ¡Necesito hablar de él con alguien!

Al señor Patel se le iluminaron los ojos.

—¿Quieres hablar de él conmigo? —preguntó en voz baja—. Pues, en tal caso, me lo llevo encantado. Y gracias por *Rebeca*. Me ha hecho reflexionar mucho sobre algunas cosas, aunque aún no sé si me ha gustado.

—¿No le ha gustado? ¿Demasiado espeluznante? Yo lo encontré escalofriante. Esa vieja mansión, el fantasma... ¡Horripilante!

—No... me ha parecido más bien un poco cruel. La verdad es que yo no creo en casarse en segundas nupcias. Me parece demasiado... moderno.

Aleisha soltó una carcajada sonora.

—Señor P, no creo que el libro vaya sobre volverse a casar, ¿sabe? Y, además, se escribió hace muchos años.

—Pues a mí me ha parecido que iba sobre eso. —Clavó la vista en sus zapatos.

—Hum —dijo Aleisha mientras asignaba *Cometas en el cielo* al carné de biblioteca del señor P—. Supongo que los libros hablan de cosas distintas a cada persona.

—¿Sabes algo, señorita Aleisha? —preguntó el señor P muy erguido—. Yo nunca nunca me volveré a casar.

Aleisha intentó disimular su sonrisa.

—¿Y qué pasará si encuentra a la mujer ideal, señor P?

Le gustaba meterse con él, pero vio que el señor Patel abría los ojos como platos y que dejaba caer la mandíbula: no se lo estaba tomando bien.

—¡¿A qué te refieres, jovencita?! —exclamó el señor P subiendo la voz dos octavas—. Solo hay un amor verdadero para cada persona.

—Si usted lo dice... —respondió Aleisha dejando caer *Cometas en el cielo* en el mostrador, delante de ella. Su mente regresó a Hassan y Amir. Se sentía rara pasando aquel libro... Se sentía posesiva, protectora con él. Pero, cuando miró al señor P a la cara, ahora ya un poco menos agraviado, detectó las ganas de leerlo en sus ojos—. Escuche —le dijo—. Voy a ser muy sincera con usted: es un libro muy muy duro de leer. No es difícil, pero es profundo. Muy muy profundo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —respondió él—. He vivido momentos profundos en mi vida. Creo que lo soportaré.

El señor Patel le dedicó una gran sonrisa y ella supo que estaba esperando a que le hiciera una pregunta para poder impartir un poco de la sabiduría de Atticus.

—¿Por ejemplo, señor P? —le concedió.

—Pues, bueno —empezó a responder él alzando la vista hacia el techo—, yo no nací aquí, ¿sabes? Dejé atrás mi país, Kenia, para venir aquí y criar a

mis hijas, para que tuvieran más oportunidades en la vida. Y adaptarnos no fue fácil, porque siempre éramos diferentes.

—Pues este libro va de abandonar el propio hogar —aclaró ella—. El protagonista, Amir, deja Afganistán, donde crece, y emigra a Estados Unidos.

—¿De verdad?

El señor P acarició la cubierta.

—¡Estoy segura de que le encantará! Pero créame si le digo que este libro hace que *Rebeca* parezca un juego de niños. Es un libro maravilloso, muy evocador, pero es una montaña rusa emocional que no deja de subir y bajar...

—Entendido, señorita Aleisha —dijo él—. Te entiendo muy bien. ¡Lo leeré y ya te comentaré qué me ha parecido!

Prácticamente brincando, el señor P se dirigió hacia una butaca de la biblioteca y, justo antes de sentarse, Aleisha le dijo:

—No llore, ¿de acuerdo?

—¡Sí, jefa! —exclamó él.

Se sentó en su butaca preferida, junto a un pequeño rincón con estanterías de libros y una lámpara de lectura de pie.

—Desde aquí te veo, Aleisha, y a los otros bibliotecarios, a Lucy, a Benny y a ese joven —le había dicho en una ocasión—. Y también a ese estudiante que deja caer los libros delante de ellos y saca una libreta escuálida, y a las jóvenes mamás y los jóvenes papá que les leen cuentos a sus hijos. Me gusta este sitio: leer aquí se está convirtiendo en una nueva rutina para mí. Estos desconocidos son como mis compañeros silenciosos.

Aleisha disfrutaba viendo que el señor P se iba abriendo, no solo con ella, sino también con los demás trabajadores de la biblioteca. Unos días antes, Lucy le había dicho:

—Ese anciano del que te estás haciendo amiga es muy dulce, ¿verdad?

Se acordó de la primera vez que había visto al señor P y de lo maleducada que había sido con él, y de cómo Aidan y Kyle la habían convencido para enmendar su error, tal como Amir había hecho en *Cometas en el cielo*. Era cierto: nunca era demasiado tarde para ser buena persona. Ahora Aleisha experimentaba un extraño sentimiento de orgullo por aquel hombre. Sabía que el señor P se sentía solo, pero estaba empezando a hacer cosas para cambiar eso. Y lo estaba haciendo magníficamente bien.

Capítulo 16

MUKESH

Mukesh no les había dicho a sus hijas que tenía previsto ver a Nilakshi aquel día. Ellas la conocían como Nilakshimasi, como parte de la familia, que es lo que siempre había sido. Mukesh sospechaba o, más bien, esperaba que Vritti pensara que finalmente había encontrado a alguien que podía ser una buena amiga, una compañera. Pero Rohini y Deepali se llevarían una idea equivocada, ideas «modernas». Sacarían conclusiones y murmurarían cosas del estilo de «Papáva en serio con esta mujer; ¿por qué le estará haciendo eso a mamá?» a sus espaldas. Y Mukesh no podía soportar que chismorrearan sobre él.

Cuando sonó el timbre, a Mukesh estuvo a punto de salirse el corazón por la boca. Alzó la vista hacia Naina con la esperanza de encontrar algún mensaje. Silencio.

—¡Nilakshiben! —la saludó con los brazos abiertos en la puerta, sonando más tranquilo y cómodo de lo que se sentía.

Nilakshi levantó una bolsa de plástico azul llena de hortalizas.

—¿Listo para aprender a cocinar un *brinjal bhaji*?

Mukesh asintió rápidamente y se apartó para cederle el paso.

—Toma asiento, Nilakshiben —le dijo con educación, afirmando con la cabeza al tiempo que caía en la cuenta de que estaba demasiado erguido, incómodo.

Ambos permanecieron en pie uno junto al otro en el recibidor, junto a la puerta del salón. Naina, desde su marco sobre el televisor, los observaba.

—Gracias, *bhai* —dijo Nilakshi.

Mukesh notó que evitaba la butaca de Naina, cediéndole un espacio a su recuerdo.

—¿Puedo sentarme aquí? —preguntó señalando hacia el sofá, con la bolsa aún en la mano.

—Claro —respondió él, inclinándose hacia delante para coger la bolsa—. Donde prefieras.

En el sofá, Nilakshi entrelazó las manos y encogió los hombros, como si pretendiera ocupar el menor espacio posible.

—Por favor, ponte cómoda —le dijo él.

Nilakshi no se movió; se limitó a sonreír y asentir con la cabeza.

Minutos después, Nilakshi se le unió en la cocina, donde lo encontró colando el té. Esta vez había preparado té fresco, porque sabía que era lo que Naina habría ofrecido a su invitada.

—Vengo a ayudarte —dijo Nilakshi. Por la expresión de su rostro, cualquiera diría que había visto un fantasma—. ¿Te parece bien si empiezo a cortar la verdura para el *brinjal bhaji*?

Mukesh se percató de que la incomodaba estar en casa de su difunta mejor amiga.

—Claro —respondió él—. ¡Pero explícame cómo lo haces paso a paso o no aprenderé nunca!

—¡Por supuesto!

Sacó la berenjena y empezó a cortarla en daditos, mientras Mukesh le echaba sacarina al té. Se esquivaban para ir en busca de utensilios y vivieron momentos incómodos al chocar con torpeza. El «Perdona» siempre iba seguido de un «No, no, perdona tú, *bhai*. ¡Qué torpe soy!».

—¡Vaya par de dos! —exclamó Mukesh—. Parecemos bobos. Yo me quedaré en este lado y tú pídemelo lo que necesites.

—De acuerdo. Gracias. ¿Me pasas el aceite, por favor?

Mukesh le pasó la botella, que Nilakshi agarró por el tapón, para no rozar los dedos de Mukesh.

Mukesh tuvo la sensación de que había estado conteniendo la respiración durante toda la clase para aprender a preparar el *brinjal bhaji* y que no había asimilado ni una sola palabra.

—¿Te importaría escribirme la receta también? —preguntó, mientras probaba el primer trocito de berenjena picante frita.

—Claro que no —respondió Nilakshi, a un paso de distancia de la bandeja, mientras observaba la reacción de Mukesh.

—¿Quieres?

—No, gracias, *bhai*. Odio la berenjena.

—¿Qué? —preguntó con una risotada Mukesh, al tiempo que entornaba los ojos—. ¿Y por qué la has preparado?

—Bueno, Naina siempre me decía que el *brinjal bhaji* era tu plato favorito y Harish no se cansa de repetir que nunca te lo preparas. Incluso tus hijas nos lo han comentado en el templo. ¡Dicen que tu dieta no es muy variada! Por eso pensé que te gustaría aprender a prepararlo.

Mukesh tragó saliva. Se puso como la grana. Por supuesto. Sus hijas, probablemente Rohini, no habían tenido reparos en informar de que Mukesh Patel estaba atascado en sus costumbres.

Nilakshi palideció ligeramente y Mukesh la vio mover los engranajes de su mente en busca de algo más que añadir:

—¡Es agradable tener gente que se preocupa por uno! ¿Qué tal están tus nietas? ¿Y la pequeña Priya?

—Están bien. Ahora están de vacaciones de verano. Priya y yo fuimos a la biblioteca el otro día.

—¿A la biblioteca? —preguntó Nilakshi—. ¿A la que solía ir Naina?

—¡Sí! He empezado a leer... por Priya y por mí. Hay una bibliotecaria que me ayuda, me recomienda libros.

—¡Me parece fantástico, Mukeshbhai! ¿Y qué estás leyendo? ¿De qué va?

—Estoy leyendo un libro maravilloso titulado *Cometas en el cielo*. Va sobre Amir y Hassan —empezó a decir, y le narró todo lo sucedido hasta entonces.

Amir vivía ya en Estados Unidos, pero no había olvidado a su mejor amigo, ahora convertido en un terrible remordimiento en su mente.

—Suenas muy triste —apuntó Nilakshi.

Estaban sentados en el salón y Mukesh vio que se repantingaba en el sofá y dejaba caer las manos a ambos lados. Empezaba a ocupar más espacio. Se estaba relajando.

—Lo es. La jovencita de la biblioteca que me lo recomendó parecía muy triste al terminar de leerlo. Hassan es un muchacho encantador y lo tratan fatal.

—Entiendo —respondió Nilakshi asintiendo con la cabeza, en ademán comprensivo—. Suele pasar, ¿no es cierto? Mi hijo... —Mukesh vio que Nilakshi agachaba un poco la cabeza; nunca la había oído hablar de Aakash—. Cuando era niño, era muy tranquilo y muy bueno, le encantaba leer y siempre fue fiel a sus amigos, pero ellos se metían con él. Lo acosaban. Cuando volvía a casa, yo le preguntaba cómo le había ido el día. Todo mi empeño era que se sintiera mejor.

Mukesh frunció el ceño. A Nilakshi le brillaban los ojos. Mukesh no sabía qué decir; recorrió todos los libros con el pensamiento. ¿Había algo que pudiera extraer de ellos? ¿Alguna reflexión sabia de Atticus que pudiera ser de ayuda en aquel momento? Entonces cayó en la cuenta de que probablemente lo único que ella necesitaba era tener a alguien con quien desahogarse, alguien que la escuchara.

—Solo quería que fuera feliz —añadió Nilakshi con voz entrecortada—. Pero aprendí que no hay mucho que una madre pueda hacer...

—Tuvo una familia maravillosa —la consoló Mukesh en voz baja—. A veces, los niños son muy crueles, pero tu hijo era un crío maduro, y muy inteligente. Seguramente sabía que no había nada raro en él, que no era algo personal.

Nilakshi carraspeó y se miró el dorso de la mano. Sonrió.

—A él también le encantaba el *brinjal bhaji*. Y el que más le gustaba era el que preparaba Naina.

Cuando el silencio volvió a inundar el salón de Mukesh, que olía a *brinjal*, aceite y semillas de mostaza, se relajó en su sillón con la barriga llena y el espíritu satisfecho. Hacía meses, años incluso, que no tenía compañía, compañía de verdad, solo para él. Sin embargo, mientras se permitía ponerse cómodo, algo inquietante lo obligó a alzar la vista hacia el retrato de Naina y, en un abrir y cerrar de ojos, estaba en Manderley y Rebeca lo seguía a todas partes.

LA VIDA DE PI
de Yann Martel

Capítulo 17

ALEISHA

Esperó cuatro minutos al autobús, pero no llegaba, de manera que echó a correr carretera abajo, deteniéndose en todas las paradas de autobús para comprobar cuánto tiempo de espera faltaba. Demasiado. Siguió corriendo. Aidan la había llamado para decirle que tenía que irse enseguida al trabajo y Aleisha había tardado tanto en recoger todas sus cosas en la biblioteca y en darle tiempo a Kyle para que acudiera a cubrirla durante el resto de su turno que iba a llegar una hora tarde si no se daba prisa.

Tenía las pantorrillas agarrotadas y le dolía el pecho: hacía años que no practicaba ejercicios de cardio. Le escocía hasta el último poro de la piel mientras el sudor intentaba abrirse camino a través de su maquillaje.

Al doblar la esquina que daba a su calle, empezó a notar un zumbido de temor en el corazón. Las ventanas cerradas de casa le resultaban tan agoreras como las verjas de Manderley. Vio a Aidan apoyado en su BMW descapotable, con la música a todo trapo, hablando con alguien a quien reconoció al instante: Mia. Otra vez aquella nuca rapada. Aleisha se detuvo en seco y deseó no haber ido corriendo a casa. Ahora tenía un aspecto desastroso. Se imaginó el rímel corrido por el rostro.

Aidan la saludó alegremente, rechinando los dientes, pero fingiendo con la mirada que no pasaba nada.

—Leish —gritó, con una sonrisa pegada en el rostro. A Aleisha empezó a latirle el corazón el doble de rápido cuando captó la energía nerviosa de Aidan: no dejaba de dar golpecitos con los pies, como si intentara mantener su energía a raya—. ¡Ha venido Mia a ver si querías salir un rato con ella!

—Claro, buena idea, me encantaría —farfulló, intentando recobrar la respiración—. Pero tengo que ayudar a mamá con unas cosas.

Lanzó una mirada rápida a Aidan. Tenía el contorno de los ojos enrojecido, como si no hubiera dormido en semanas. Miraba a un lado y a

otro: a su reloj, al volante, a su hermana, a la amiga de su hermana y a la casa también.

—Ah, bueno, no pasa nada —dijo Mia como si tal cosa, completamente ajena al hecho de que tanto a Aidan como a Aleisha los esperaban en otra parte. Tenía las caderas algo ladeadas, probablemente para seducir a Aidan—. No he sabido nada de ti desde el día de la biblioteca, hace un par de semanas, y me preguntaba si te apetecía que nos pusiéramos al día, Leish. No has vuelto a enviar ningún mensaje al grupo.

A aquel grupo de WhatsApp.

—Ya, lo siento. —No era verdad—. Lo siento mucho, Mia. Ahora mismo no puedo, pero muchas gracias por pasarte.

Mia dio media vuelta y se marchó.

—Mañana vamos a hacer una barbacoa en el parque. A las siete. ¿Por qué no vienes? Rahul también vendrá —le gritó Mia desde la distancia.

—¡Gracias!

Aleisha saludó con la mano a su amiga que ya se alejaba y después miró a su hermano.

—La estás evitando —dijo Aidan cuando Mia prácticamente había desaparecido de la vista, al tiempo que entraba de un salto en el coche.

—Ya. Pero si ya casi ni hablamos... ¿Sabes el día que me vio en la biblioteca? Debió de acordarse de mi existencia.

—Pues antes estabais muy unidas. ¡Qué triste!

—¿Acaso te gusta?

Aleisha miró a Aidan, pero él esquivó su mirada.

Aidan rio con una voz más ronca de lo habitual.

—Mira, no tengo tiempo para esto. Tengo que ir al trabajo. Ve a cuidar de mamá.

Giró la cara, metió la llave en el contacto y se alejó a toda prisa sin volver la vista atrás.

La casa estaba en silencio. A Aleisha le habría gustado llamar a su madre con un grito para averiguar dónde estaba, pero no se atrevía a hacer ruidos estridentes. Se asomó tras la puerta del salón. Allí estaba, con las piernas cruzadas, en el sofá. Aleisha entró de puntillas, caminando despacio. Se sentó en el lado opuesto del salón y sacó su siguiente libro del bolso: *La vida de Pi*.

—¿Mamá? —murmuró Aleisha—. ¿Quieres que lea en voz alta?

Leilah no levantó la mirada.

En aquel momento, lo único que Aleisha quería era replicar el día en que le había leído un fragmento de *Matar a un ruiseñor*. Su madre se había quedado dormida enseguida pero, aun así, era el día que se había respirado más paz en aquella casa desde hacía semanas. Un movimiento en falso podía echarlo todo a perder, pero Aleisha estaba desesperada por evitar una tarde de silencio pétreo.

Al final, Leilah asintió con la cabeza y Aleisha soltó una profunda exhalación. Sintióse totalmente vulnerable, se aclaró la garganta y empezó. Leilah no apartó los ojos de su hija ni un instante.

—Espera —dijo Leilah cuando Aleisha llevaba unos diez minutos leyendo—. Me he perdido algo. ¿De qué va?

Aleisha se detuvo. No había esperado que su madre prestara atención a la historia. Lo único que esperaba era que escuchara y se dejara embriagar por las palabras.

—Esto... Bueno, va de un niño, Pi Patel... —Siempre que Aleisha pensaba en Pi, se imaginaba a un joven señor P, con el cabello más frondoso, pero con la misma cara sonriente y luminosa—. El barco en el que viajaba, que transportaba a toda su familia y a los animales de su zoológico a Canadá, ha naufragado y él se ha quedado atrapado a la deriva en un bote con un tigre y otros animales... en medio del océano Pacífico.

—Vaya. No parece muy creíble, ¿no?

—Bueno, supongo que no. Pero diría que esa es precisamente la intención del libro. Es como la verdad, como separar lo real de lo imaginario.

—Ah, ¡bien visto! —dijo Leilah. Aleisha sonrió: de repente, se sintió cohibida y notó un ligero orgullo que le corría por las venas—. Vale. ¿Y quién es ese Richard Parker del que habla tanto?

—Mamá, es el nombre del tigre.

—¿Se llama Richard Parker? —preguntó Leilah con los ojos como platos, incrédula.

—¡Sí! Un error administrativo que se quedó así. En realidad, así es como se llamaba el hombre que capturó al tigre, pero en el papeleo les intercambiaron los nombres.

—Vale, ahora ya me queda claro. Sigue.

Aleisha continuó desde el punto en el que Pi se inclina por encima del bote para pescar algo comestible, en un intento desesperado por alimentar a Richard y mantenerse a sí mismo con vida. Pi estaba prácticamente solo en

medio del océano, con animales, entre ellos un tigre irascible, como única compañía. Aleisha intentó sofocar la sensación familiar que empezaba a notar: el modo de supervivencia que se activaba cada vez que escuchaba a Leilah gritar por la noche. Sintió una punzada de culpabilidad al darse cuenta de que, en efecto, ella sabía algo de inestabilidad emocional. Como Pi, Aleisha estaba siempre atenta a que se produjera un cambio, la más mínima variación, que podía ocurrir en cualquier momento. Pero, por otro lado, el tigre era lo único que salvaba a Pi de su soledad. Cuando levantó la mirada de la página, vio que Leilah también estaba en el mundo de Pi, con los ojos clavados en el techo, proyectando las imágenes. Aleisha se preguntó cómo visualizaría Leilah la historia a través de su mirada artística. Pensó en algunos de los diseños recientes de Leilah, en los que hacía por placer y no por encargo de agencias publicitarias, y que tenía impresos y clavados en la pared de su dormitorio. ¿Lo imaginaría en colores vivos? El mar, de un azul intenso, el naranja vivo y ardiente del tigre. Y Aleisha se permitió preguntarse, también, con quién la relacionaría Leilah a ella, ¿con Pi o con el tigre? ¿O tal vez con nadie?

Aparcó el libro un momento.

—¿Te apetece beber algo?

Leilah asintió con la cabeza.

—Agua, por favor, lo más fría posible.

El agua del grifo llenó el vaso mientras Aleisha miraba fijamente hacia delante. Vio su contorno reflejado en los azulejos: su cabello, recogido en un moño alto. Se parecía a su madre, en las fotos de cuando Leilah se había casado con Dean. Entonces siempre sonreía, o eso parecía. Pero la gente siempre sonríe en las fotos. Mirando aquellas fotos no habría podido decir qué le pasaba por la mente a su madre. Se preguntó si Dean lo supo alguna vez.

Sacudió la bandeja de los cubitos de hielo en la encimera para soltar algunos antes de dejarlos caer en ambos vasos.

—¡No hagas tanto ruido, Aleisha! —gritó Leilah desde la otra estancia.

—Perdona, mamá —le respondió con una mueca de culpabilidad.

El hechizo del libro comenzaba a desvanecerse.

Empezaban a condensarse gotitas en las paredes de los vasos cuando le entregó uno a su madre.

—Bueno, mamá —dijo Aleisha en voz baja—, voy a seguir leyendo en mi habitación. ¿Estarás bien?

—No —respondió Leilah—. Siéntate a mi lado y sigue leyendo —lo dijo con voz esperanzada, como una súplica.

—De acuerdo.

Aleisha cogió el libro, intentando disimular una expresión de sorpresa.

Se sentaron una al lado de la otra, no demasiado juntas. A Aleisha le temblaban los dedos, de manera casi imperceptible, cuando empezó a pasar páginas de nuevo.

Por un instante, Aleisha volvió a ser una niña hecha un ovillo bajo las mantas, apoyada en su madre, que sostenía un inmenso libro de texto abierto ante ellas. Las letras eran grandes y Aleisha empezaba a formar las palabras, tímidamente, una a una. Leilah le acariciaba el cabello y le besaba la frente cada vez que leía algo bien y, cuando se equivocaba, se limitaba a susurrarle con dulzura: «Inténtalo otra vez». Aidan asomaba la cabeza por detrás de la puerta y sonreía a su hermana, con una mella entre las palas. Con el pulgar hacia arriba, articulaba de manera exagerada un «¡Buena chica!».

Recordó que se acurrucaba con Leilah y se quedaban dormidas las dos juntas, y recordó también los susurros de un Aidan pequeño que la alentaba: «Aleisha ha leído muy bien hoy —le explicaba a Dean, ceceando—. Mi hermanita es muy inteligente». Dean murmuraba algo y Aidan replicaba: «La quiero muchísimo». En aquel entonces, Aleisha se sentía orgullosa de sí misma. Deseó que Aidan pudiera verla ahora, compartir aquel momento con él, enseñarle que por fin estaba comunicándose con Leilah. Era consciente de que Aidan siempre había sido capaz de hacerlo, pero era su oportunidad de decirle: «Ahora puedo ayudar más, porque sé cómo hacerlo. Sé que puedo ayudar».

Cuando termina de leer otro capítulo, en el que Pi acababa de marcar su territorio en el bote salvavidas tras cinco días en el océano, Leilah y Aleisha comparten risas. Y cuando finalmente Aleisha retoma la lectura, con los ojos llenos de lágrimas de tanto reír, su madre ha sacado la mano de debajo de las piernas y la ha apoyado con suavidad en la rodilla de Aleisha. Aleisha se queda paralizada. Todos sus nervios permanecen inmóviles, como una punzada de hielo que le atraviesa la piel, el hueso, y se clava en el sofá. Aleisha coloca su propia mano con dulzura sobre la de Leilah y pasa de página con la otra.

Sigue leyendo, escucha las palabras de la historia, pero no las asimila. Su voz deja de parecerle suya; está sola, atrapada dentro de su propio cuerpo sin

control. La única parte de su cuerpo que le pertenece es su mano, la mano conectada a la mano de Leilah, conectada a la rodilla de Aleisha, que, en realidad, no le parece su rodilla.

Entonces, oye la voz de Leilah:

—Los personajes parecen tan reales —dijo—. El animal, ese tigre, suena tan... humano.

—Es verdad.

—¿De dónde has sacado este libro? —preguntó Leilah, acariciando la portada.

—De la biblioteca.

—¿Y quién te lo ha recomendado? No había oído hablar de él.

—Lo encontré aquí —dijo sacando la lista de la funda de su teléfono, desdoblándola y entregándosela a Leilah.

De repente, aquella lista se convirtió en la cosa más valiosa del mundo para Leilah.

—¡Ah, Aleisha! Recuerdo *Rebeca*. Me encantó ese libro. —Leilah recorrió las palabras con los dedos, deteniéndose un instante en los pliegues—. Me lo leí del tirón en un día, cuando estaba embarazada de ti, de hecho. No podía dormir. No me dejabas dormir. Así que lo leí... Era perfecto. ¡Caramba! —fue todo lo que dijo durante un momento—. Alguien ha redactado esta lista con mucho esmero. Es maravillosa. Y tan sencilla. ¿Quién la ha escrito?

Aleisha sacudió la cabeza a ambos lados.

—La dejaron dentro de uno de los libros. También encontré esto, aunque no en el mismo libro.

Sostuvo en alto la tarjeta de fidelidad de la pollería, con sus pensamientos sobre *Matar a un ruiseñor* garabateados en el reverso con una caligrafía diminuta después de que Kyle le hubiera dicho que le explicara algo interesante al señor P.

—¿Y te los vas a seguir leyendo? Todos estos libros, quiero decir.

¿Seguiría? Al principio se había sentido tan insegura... Había sido como un ejercicio de rellenar casillas, para tener algo con lo que fingir ante el señor P que entendía de literatura y que era una buena bibliotecaria. Pero con *Rebeca*... se había muerto de miedo. Era capaz de hacerse una imagen mental muy precisa de Manderley, de la mansión y la habitación de Rebeca, prácticamente intacta. Y luego estaba *Cometas en el cielo*. Nunca olvidaría aquel libro. Pensó también en Atticus y en su genialidad como abogado, en cuánto lo admiraba, aunque fuera un personaje ficticio. En aquel momento

notó la mano de Leilah aún posada en su rodilla mientras Pi y Richard Parker iban a la deriva por el océano.

—Sí —dijo Aleisha convencida—. Me los voy a leer todos. Este es el cuarto.

—¿Los otros te han parecido buenos?

—Sí.

Le habría gustado añadir algo más, pero se contuvo. Pensó en *Cometas en el cielo*: era tan triste, contenía tanto dolor que le daba miedo lo que pudiera hacer sentir a Leilah.

Leilah se acercó el trozo de papel al rostro y entornó los ojos.

—Podría ser de un estudiante, una lista de lectura de la universidad o algo así.

—Quizá.

—*Un buen partido*. Dean leyó ese libro una vez, mientras estábamos de vacaciones. Acabó utilizándolo como tope para la puerta. Es muy grueso. No creo que lo leyera entero.

Hacía meses que no oía a su madre mencionar a Dean; hacía años que no se refería a él por su nombre. Normalmente hablaba de «vuestro padre» o solo de «él». Pero se rio de todos modos. Era muy propio de su padre utilizar un libro grueso como tope para la puerta.

—¿Cuándo fue eso?

—Pues tú debías de tener unos cinco o seis años. Te dejamos con sus padres. Nos fuimos de vacaciones en bicicleta, los dos solos. Eran nuestras primeras vacaciones solos en mucho tiempo. Fue agradable no tener que cuidar de vosotros. —Leila hizo una pausa. Aleisha la miró con el ceño fruncido—. Por más que os quisiéramos, pudimos ser nosotros dos por un tiempo otra vez. A él se le olvidaban todo el rato cosas en las alforjas cuando estábamos en la casa de campo y cada vez que iba a buscar algo, se dejaba las llaves dentro. Al final le cogió el truco —dijo Leila, sonriendo— y puso aquel puñetero libro como tope para mantener la puerta abierta. Pero solo recordaba traer una cosa cada vez que iba, así que la puerta estaba casi siempre entreabierta. Es tan despistado... —Al cabo de un momento, Leilah añadió—: ¿Sigues leyendo?

Aleisha continuó hasta que la luz solar se desvaneció en la sala y Leilah mencionó la cena, vagamente, de pasada, antes de decidir que era demasiado tarde y que ya era hora de acostarse. Aleisha debería haberle preparado algo de comer a Leilah. Aidan se disgustaría cuando averiguara que no lo había hecho. Pero, por primera vez desde que los días, las semanas y los meses

oscuros de Leilah habían dado comienzo, se había abierto a su hija, aunque solo fuera por un momento. Y todo gracias a un niño, a un tigre, a un orangután, a una cebra y a una hiena atrapados en un bote.

Leilah besó a Aleisha con ternura en el rostro y subió al piso de arriba sin volver la vista atrás. Aleisha seguía con el libro abierto entre las manos, pero ya no podía seguir leyendo. Notaba la cubierta de plástico caliente y blanda en contacto con las yemas de los dedos. Quería recordar la calidez de aquel momento, recordar cómo un tigre aterradoramente impredecible y un niño eran capaces de crear magia más allá de las páginas de un libro. No quería pensar en si aquel momento, en si aquella sensación, suya y de Leilah, duraría hasta la mañana. Sabía que quizá nunca podría volver a recrear aquel instante, pero esperaba poder hacerlo. Pensó que tal vez aquel libro... y la lista... pudieran devolverle a su madre.

Recogió el vaso de agua; Leilah no le había dado ni un sorbo.

La lista de libros

GIGI
2018

Gigi divisó a Samuel corriendo por delante de ella. A su hijo le encantaban los supermercados. Corría, corría y corría. Por eso ahora siempre lo llevaba al Tesco Express, porque allí no había tanto espacio y era más difícil perderlo.

Tras entrar en la tienda de estampida, Samuel pasó junto a un hombre que repasaba su lista de la compra y una inoportuna ráfaga de viento procedente de las puertas automáticas, combinada con la carrera de Samuel a la velocidad de la luz, hizo que el trozo de papel se le escapara volando de las manos. Samuel, al detectar aquella oportunidad de jugar a un nuevo juego, persiguió el papel, escabulléndose entre los pies de la gente, agachándose y esquivando los minicarritos de la compra y las cestas.

Al final, Gigi le dio alcance en el pasillo de la fruta, donde divisó tres deditos que intentaban coger uvas, su nueva fruta favorita. Una semana antes había tenido que aplastar las uvas con un plátano u otra fruta para que se dignara a tocarlas.

Gigi sabía que había perdido el interés en la lista de la compra, estuviera donde estuviese. Ahora estaba entretenido en hurgar en la fruta. Agarraba cualquier pieza, se la mostraba y le decía su nombre, con confianza. La mayoría de las veces acertaba: «nano» y «va», pero solía equivocarse con las frutas más difíciles: el mango solía ser «zana» y la piña «bababa», que era su palabra inventada para decir «No tengo ni puñetera idea», mientras que la naranja era «lota». Pero ella se sentía inmensamente feliz de verlo cambiar, de ser testigo de cómo se convertía en una personita.

Intentó agarrarlo antes de que tocara las frutas con sus pegajosos dedos, pero, al aproximarse, vio que su manita no quería coger las «vas», sino un trozo de papel que había quedado atrapado bajo estas. La lista de la compra de

aquel hombre. La sacó y empezó a agitarla en el aire, triunfante, mirando a su alrededor a la espera del aplauso del resto de los clientes.

Gigi la agarró con cuidado para que su hijo no tuviera una pataleta y dijera que se le había «gobado».

—Samuel —le dijo con voz pausada—, tenemos que devolverle esto al señor al que le pertenece.

Miró la lista y frunció el ceño. En realidad, no era una lista de la compra. Era una lista de libros, una lista de películas o algo por el estilo.

Agarró a Samuel de la mano y se dirigió hacia la puerta de la entrada, con la esperanza de volver a encontrar a aquel hombre. Pero no lo vio por ninguna parte. Recorrió a toda prisa el supermercado, pero no tenía ni idea de qué aspecto tenía.

Al cabo de un minuto, Samuel se inquietó.

—Mamá, más lento, más lento.

Gigi cedió. El mejor lugar para dejar aquella lista sería el tablón de anuncios de la comunidad, que estaba justo al lado de donde había visto a aquel hombre de pie, por si regresaba a buscarla. Gigi la colocó con cuidado sobre una almohadilla adhesiva, con las letras visibles. Quizá no le importara haberla perdido. Pensó que tal vez tuviera la lista en su teléfono o alguna copia en alguna parte, como era habitual en los tiempos que corrían. La leyó por última vez, intentando determinar por qué alguien se había detenido a leer una lista como aquella en un supermercado.

Matar a un ruiseñor... Era una de aquellas películas antiguas en blanco y negro, ¿no? Basada en una novela clásica.

Cometas en el cielo. Era otra película. La había visto con su ex, poco antes de romper. Era una película demasiado emotiva para ver con alguien en cuya compañía ya no te sientes completamente cómoda. Intentó ocultar su llanto desconsolado, pero había acabado teniendo hipo, para más vergüenza.

Orgullo y prejuicio también era un libro clásico del cual habían hecho una película. La había visto con su madre porque a su madre le encantaba Keira Knightley. La apodaba «La Rosa Inglesa». Echaba de menos a su madre. Hacía mucho que no hablaba con ella; ambas estaban muy atareadas y vivían lejos. Ahora, siempre que se llamaban, se quedaban sin cosas que decirse más allá de ponerse al día sobre la vida cotidiana. Pero en el pasado habían hablado durante horas, sobre cualquier cosa, sobre todo.

La vida de Pi era aquella película de efectos especiales con el tigre. La había visto en el cine, en 3D. Otra cita. Aunque había salido mejor: el susodicho era ahora su pareja. Se moría de ganas de que Samuel creciera lo

bastante para verla de nuevo con él, porque a Samuel le encantaban los tigres. Le encantaría aquella película. Y el niño, Pi, imaginaba que Samuel podía parecerse un poco cuando creciera.

No conocía el resto de los títulos, pero pasó la mano por la lista y la fijó en su sitio mientras Samuel le tiraba de la mano libre. Aquellos títulos la habían arrancado de la persona que era ahora y la habían devuelto a la Gigi de antes, a aquellas películas que había visto en sus citas en sus «noches de salir con hombres». Hacía mucho tiempo que no veía una película en el cine. Samuel aún no tenía la capacidad de atención para llevarlo, todavía no.

Lo echaba de menos, echaba de menos las butacas mullidas y desgastadas del cine y comer palomitas, ya fuera con su madre o con algún hombre al lado. Echaba de menos aquella sensación, cuando las luces se apagaban y los créditos empezaban a aparecer en pantalla. El cine le encantaba. ¿Por qué no había hecho nada al respecto?

—Mami, *quero* vas.

La voz de Samuel la devolvió al presente.

—Sí, cariño, ahora cogemos. Solo estoy poniendo esto aquí para que lo encuentre quien lo haya perdido.

—¡Mío!

—No es tuyo, pero les has hecho el favor de encontrarlo. ¿Ves que bueno has sido?

—¡Mío!

—Vale, venga, vamos a coger uvas.

Sin embargo, justo antes de darse media vuelta, Gigi sacó su teléfono y le hizo una fotografía a la lista. Llamaría a su madre. Su madre lo sabía todo: seguro que conocía todos los títulos, las películas y los libros. Tal vez pudieran ir a ver una juntas. Para recuperar el tiempo perdido.

Capítulo 18

MUKESH

—¿Por qué no la lleva algún día a algún lugar fuera de Wembley para variar? —le preguntó educadamente Aleisha a Mukesh mientras este tomaba asiento en su butaca preferida de la biblioteca.

—Nunca llevo a Priya fuera de Wembley. ¿Por qué iba a hacerlo?

Mukesh le había pedido consejo sobre cómo estrechar lazos con Priya: Aleisha era la única persona que conocía, así que pensó que tal vez entendiera a Priya mejor que él. Pero empezaba a lamentar haber sacado a colación el tema.

—Pues porque es una niña. Cuando yo tenía su edad, estaba todo el día fuera, jugando en la calle y cosas por el estilo. Quedarse en casa es un aburrimiento.

—¡Pero si tú siempre estás en casa! ¡O aquí! ¿Cómo puedes decir que estar en casa es un aburrimiento?

—Ay, señor P. Me ha hecho daño, ¿sabe?

Aleisha sostuvo la mano en alto delante de la cara y se giró hacia un lado, como si estuviera disgustada.

—¿De verdad te he ofendido? —preguntó él asustado.

—¡Claro que no! Señor P, es broma. Pero, si quiere que le confiese algo, a mí no siempre me apetece estar en casa.

—¿Por qué no? Estar en casa es agradable. Sobre todo si se tiene familia.

—Sí, pero... —El señor Patel la vio vagar con la mirada un instante—. Bueno, la familia no siempre es fácil. Mi madre a veces... Mi madre no está muy bien.

—¿A qué te refieres? Naina siempre me recordaba que me tomara mis píldoras de vitamina C y cinc. Te lo recomiendo.

—No, no es eso. Lo siento... Nunca he hablado de esto con nadie. —Se contempló las manos, esquivando la mirada de él—. Lo que ocurre es que no

cuida de sí misma y yo tengo que hacerlo por ella. Desde que mi padre nos dejó para irse a vivir a otro sitio, solo nos tiene a Aidan y a mí.

Mukesh guardó silencio; no sabía qué decir.

Aleisha nunca había hablado de su padre antes. Nunca había salido en la conversación, ni siquiera cuando habían hablado del padre de Scout y Jem o del padre de Amir.

Buscó en su cerebro palabras de consuelo. Naina habría sabido exactamente qué decir. Se quedó lo más quieto posible, a la espera de que ella acudiera en su rescate, pero habían transcurrido varias semanas desde que había oído su voz por última vez. Ahora estaba solo.

—No sé qué decir —confesó Mukesh finalmente—. Entonces ¿no te gusta estar en tu casa? ¿Y tampoco te gusta estar en la biblioteca?

—Ahora estar en la biblioteca no me importa. Está bien.

—¿Y qué hace tu hermano?

Mukesh recordó que Aleisha había hablado con mucho cariño de su hermano cuando mencionaban a Scout y Jem.

Aleisha jugueteó con las largas uñas de sus manos.

—Últimamente trabaja todo el tiempo. Creo que está muy estresado... —Hizo una pausa, casi sorprendida por sus propias palabras—. Nunca se toma un descanso. —Luego respiró hondo y mantuvo la mirada clavada en sus manos. Mukesh tuvo la sensación de que nunca había dicho aquello en voz alta—. Pero antes nos encantaba salir por ahí juntos e ir al centro de Londres durante las vacaciones de verano. Nunca hemos ido de viaje en vacaciones. A veces nos limitábamos a subirnos al metro y ver adónde nos llevaba.

—A mí me gustaba hacer eso cuando salía de trabajar. Es muy relajante.

Aleisha afirmó con la cabeza.

—Y que lo diga. A Aidan le encanta, solo por estar rodeado de gente, sentado en silencio, cada uno inmerso en sus propios asuntos. Cuando me saqué la primera tarjeta de transporte le suplicó a mi madre que lo dejara llevarme por ahí de excursión. Ella no estaba muy convencida de dejar que fuéramos de excursión los dos solos, pero al final aceptó. Mamá es artista, bueno, diseñadora gráfica, así que Aidan me llevó a algunas galerías, porque yo no acababa de entender a qué se dedicaba. No veíamos las exposiciones, pero Aidan recogía postales para ella. Y mi madre nos recibía con un abrazo inmenso, como si hiciera años que nos habíamos ido.

Mukesh observó a Aleisha viajar con el pensamiento, con la misma expresión reveladora en los ojos que tenía Naina cuando se zambullía en un libro.

—Quieres mucho a tu familia, ¿no? —preguntó Mukesh.

Aleisha se encogió de hombros, arrancada de repente de su ensoñación.

—Las familias no son perfectas, pero las queremos. —Mukesh sostuvo en alto su libro, *Cometas en el cielo*, como si quisiera ilustrar su argumento.

Aleisha puso los ojos en blanco, pero en un gesto agradable. Mukesh pensaba en Amir, en Hassan y en el padre de Amir, la pequeña familia que se habían creado y el dolor que se habían provocado unos a otros a resultas de ello.

—¿Todavía se esfuerza por encontrar consejos sabios de Atticus?

—Amiga mía, yo tengo mis propios consejos sabios, por si no te habías dado cuenta.

—¿Y qué le ha parecido *Cometas en el cielo*?

—Buena pregunta. Me ha provocado una honda tristeza. Creo que todos hemos sido un poco como Amir en nuestra vida, egocéntricos y pendientes solo de nosotros mismos, y también que todos hemos sido un poco Hassan, olvidados por las personas a quienes más queremos. Pero, al final, considero que se trata de un libro feliz. Amir tomó la decisión correcta: hacer lo correcto. Aunque me costaba no pensar en lo egoísta que era de niño. ¿A ti no te pasaba?

—Ay, señor P, ya lo sé. Pero no era más que un niño... No lo hacía a propósito.

—Es verdad. Tienes razón. —Respiró hondo, notando cómo lo invadía la tristeza de la novela antes de intentar desesperadamente distraerse y distraer a Aleisha—. Entonces ¿de verdad crees que debería llevar a Priya fuera de Wembley?

No se lo habría confesado a Aleisha, pero la expectativa lo ponía nervioso. Él tenía sus rutinas, nunca se aventuraba demasiado lejos.

—¡Claro! Llévela a Londres. Seguramente Wembley le resulte aburrido. Si nos resulta aburrido a nosotros... ¡No me diga que no está usted harto de esta biblioteca!

—¡Tal vez sea aburrida para ti! Pero esta biblioteca sigue siendo mi aventura. —Mukesh dio una palmada—. Wembley es lo bastante grande para mí, y nunca deja de cambiar.

—Señor P, se merece usted ver un poco más de mundo.

—Sé que debería hacerlo, pero... —Hizo una pausa y clavó la vista en la mesa—. La verdad es que me asusta un poco. Mi esposa Naina, ella sí que era valiente, ella... —Se detuvo al notar que se le hacía un nudo en la garganta.

Percibió la mirada de Aleisha clavada en él, compasiva.

—Escuche, señor P —le dijo en voz baja—. ¿Sabe ese viaje de regreso a Kabul que hizo Amir, sin saber qué aspecto tendría entonces la ciudad en la que había crecido?

Mukesh se tragó el nudo.

—Eso sí que es todo un viaje —dijo Aleisha para intentar engatusarlo—. No se lo tome a mal, señor P, pero fue mucho más importante que el hecho de que usted se haya apeado del HA9 para pasar una tarde. Y si él pudo hacerlo, usted también puede. Y tal vez Priya lo vea a usted desde una óptica distinta. Tal vez no lo conciba tanto como un anciano chapado a la antigua, sino como alguien más parecido a ella...

Mukesh asintió con la cabeza, esforzándose mucho por no sentirse ofendido ante aquella última frase. Bajó la vista hacia *Cometas en el cielo*, que descansaba en la mesa de Aleisha, listo para devolverlo a las estanterías de modo que otra persona pudiera leerlo y llorar con él.

Mientras se dirigía hacia la puerta, Aleisha le dio alcance.

—Señor P, olvida su siguiente libro. Aparece un tigre. Es uno de los nuevos favoritos de mi madre. —Le entregó *La vida de Pi* y Mukesh puso una expresión burlesca de horror al ver al tigre en la cubierta—. Es otra historia de alguien que se ve obligado a salir de su zona de confort, esta vez al quedar atrapado en un bote salvavidas con una fiera —le dijo Aleisha guiñándole el ojo.

—Gracias, veo que eliges estos libros solo para mí. Lamento no poderte dar nada útil a cambio.

Aleisha sonrió tímidamente.

—No se preocupe, señor P, es mi trabajo, ¿recuerda?

Y dicho aquello, Mukesh salió de la biblioteca con paso brioso, esforzándose porque el cartel de «Salvemos las bibliotecas» que colgaba de la puerta no empañara aquel breve instante de felicidad.

«Piensa en cosas positivas. Piensa en cosas positivas», se repetía Mukesh para sus adentros, intentando aquietar sus nervios. Hacía mucho tiempo que no se subía al metro y se sentía como si estuviera aprendiendo a caminar de nuevo.

Había decidido el destino para su excursión con Priya aquel día: el centro de Londres, donde los sonidos eran más estruendosos y la gente más gruñona, y solo pensar en ello lo aterraba un poco. Era un gran paso, un gran cambio. Esperaba que Aleisha tuviera razón.

Cuando él trabajaba en el metro, hacía ya muchos años, aquella era su vida. En aquel entonces, los trenes que más le gustaban eran los de la línea de Bakerloo. Seguían siendo anticuados, casi idénticos a como eran cuando él exploraba la zona con solo un billete y un reloj para regresar a casa a tiempo de cenar con Naina y las niñas. Pocas veces tenía una tarde libre tras el trabajo, una hora y pico para sentarse en el metro durante un rato, pero, cuando pasaba, era lo que más le gustaba hacer.

El tren frenó; un puñado de pasajeros subieron a los vagones o descendieron al andén. Mukesh se agarró a la goma del borde de las puertas mientras entraba de una gran zancada en el tren. Priya entró de un saltito y le tendió la mano a su abuelo para ayudarlo. Él declinó su ayuda. Podía apañárselas solo. Priya se adelantó corriendo para coger asiento para los dos y, de repente, Mukesh notó que se debilitaba al verla en la distancia. Entonces una mujer se le acercó por detrás y le dijo:

—¡Yo lo ayudo! —Y lo agarró fuerte por el brazo.

Se tambaleó un poco al apoyar los dos pies en el suelo del vagón del tren, pues ya no era lo bastante ligero para flotar, pero logró llegar a su asiento al lado de Priya, que ya estaba leyendo su libro. Apreció la oportunidad que se le presentaba. Llevaba encima *La vida de Pi*: podía leer al lado de su nieta. De repente, se le aceleró el corazón. Priya no lo había visto leer y, además, él nunca había leído en un tren: no quería marearse. Decidió que no era buena idea. Aquel tigre y aquel bote podían esperar. En lugar de ello, observó el paisaje de Wembley a través de las ventanillas.

Dieciséis paradas.

Subió al tren una familia de cuatro miembros. Dos niñas, la madre y el padre. Se bajaron en Maida Vale. Hacía años que no iba a Maida Vale.

Entonces otro hombre subió bamboleándose al tren, al estilo de Mukesh. Trató de no mirarlo, pero no pudo evitar hacerlo por el rabillo del ojo, preguntándose qué sucedería a continuación. Mukesh comprendía cómo se sentía aquel hombre: inseguro, porque no sabía si se aguantaría de pie en aquel suelo o las piernas se le harían gelatina. A aquellas alturas de la vida, Mukesh siempre tenía la sensación de que sus piernas eran de gelatina. El hombre se agarró con fuerza a las barras granates, con los nudillos de un blanco purpúreo por el esfuerzo, mientras se sentaba despacio en un asiento.

El hombre miró a Mukesh a los ojos y este no pudo esconderse más y le sonrió. El desconocido se limitó a saludarle con una inclinación de cabeza. Priya, con la misma expresión de concentración que caracterizaba a Naina cuando entraba en modo lector, era ajena a todo. Estaba en otra parte.

—¿Adónde vamos, Dada? —le preguntó Priya, agarrando a Mukesh con fuerza de la mano mientras se abrían camino por las calles de Charing Cross.

Mukesh deseó no tener la palma de la mano tan sudorosa.

Los rótulos eran más luminosos en el centro de Londres, y el tráfico más ruidoso y más rápido, tal como recordaba. No atinaba a ver a más de unos pasos por delante de él a causa de toda la gente que le bloqueaba el camino.

—Bueno, creo que te gustará. Tu abuela me trajo a este lugar una vez, para comprar unos regalos para tu madre y tus *masis*, cuando eran muy pequeñas. He pensado que estaría bien comprarte un regalo a ti también.

Desde que Naina había fallecido, Mukesh no había acertado comprándole regalos a Priya. El año anterior le había regalado un bolso rosa de peluche con lentejuelas. Y ella se lo había transferido directamente a su prima pequeña, Jaya, que lo había utilizado como instrumento musical durante unas horas antes de abandonarlo en un rincón de la casa de Mukesh, donde él lo había encontrado semanas después, cubierto de polvo y con una hormiga muerta encima.

—Mamá dice que nunca le hacían regalos —comentó Priya frunciendo el ceño.

—¡Cómo que no! —Mukesh intentó disimular su conmoción—. En las ocasiones especiales —puntualizó—. Normalmente, un nuevo vestido que le confeccionaba tu abuela. Y recuerdo que veníamos aquí por Navidades, hace muchos años. Acordamos que celebraríamos la Navidad, pero también que seguiríamos haciendo el Diwali^[8]. Regalos por duplicado, un árbol de Navidad, postales navideñas, *barfi* y *gulab jamun*. Lo hacíamos todo. Tu madre quería ser como sus amigos de la escuela, que recibían regalos envueltos en papel brillante.

Naina había comprado libros para Rohini, Vritti y Deepali. Él sabía que a las niñas no les habían entusiasmado. Recordaba claramente a Rohini diciendo: «Mamá, pensaba que este año me regalaríais un vestido nuevo».

Por su parte, Deepali y Vritti se habían esforzado por fingir gratitud al abrirlos, con sendas sonrisas forzadas y poco convincentes en el rostro.

Se detuvieron los dos al entrar en la librería, seducidos por los libros de los escaparates. Uno de ellos reproducía una escena: un mar y una puesta de sol de color rosa anaranjado, sobre los que se exponían los libros, todos ellos de distintos colores y tamaños. Aquellas olas y el azul intenso del mar hicieron pensar a Mukesh en Pi, su océano, su bote salvavidas y su tigre.

—¡Caramba! —exclamó Priya en voz baja, conteniendo la respiración.

Se sacudió el asombro, intentando no parecer impresionada. Mukesh se sentía igual que ella. Había visto libros, pero la biblioteca se quedaba corta comparada con aquello. Había estanterías y estanterías, plantas y plantas, mesas y mesas, pilas y pilas de libros. Se diría que flotaban a su alrededor, elevados como por arte de magia, ofreciendo nuevos mundos y nuevas experiencias. Era una imagen muy bella.

—Ven conmigo —le dijo a Priya, conduciéndola hacia la zona de cajas.

Al llegar al mostrador, hizo una pausa y se preparó. Vio, en su recuerdo, destellos de aquel primer día en la biblioteca.

—Disculpe —le dijo a la mujer que había en Información, ansiando parecer atrevido a ojos de su nieta, que se asomaba emocionada por encima del mostrador.

—¿En qué puedo ayudarle? —dijo ella sonriéndole.

Se relajó. La situación era muy distinta a su primer encuentro con Aleisha.

—Quiero tres libros, por favor: *Rebeca* —dijo, mirando a Priya con una sonrisa—, *Cometas en el cielo* y *Matar a un picaflor*.

Pronunció los dos últimos títulos tan rápido que la mujer, «Louisa», a juzgar por el nombre que aparecía en su placa identificativa, le pidió que los repitiera.

—*Re-be-ca* —silabeó él en voz baja—, *Cometas en el cielo* y *Matar a un pi-ca-flor*, de Lee Harper.

—Gracias, señor. Permítame que compruebe dónde están.

La mujer movió los dedos sobre el teclado a la velocidad de la luz.

—Ah, sí, los tenemos. Permítanme que les indique dónde están.

Salió de detrás del mostrador. Había mucha gente buscando libros y Mukesh se preguntó si aquella mujer tendría tiempo de mostrarles adónde ir y regresar para atender a otros clientes. Miró a su alrededor. Lo único que veía eran libros, mesas y escaleras. Tras otra mesa, detrás de altas pilas de libros de tapa blanda, vio a una joven que pensó que podía ser Scout de mayor. Se detuvo en seco. Su rostro era exactamente como lo había imaginado. Era bajita y con el cabello rubio y alborotado. ¿Sería Scout? ¿Cómo era posible? Scout no existía en la realidad, por más que a él le hubiera gustado que sí. Priya le dio un tirón de la manga a su abuelo y le señaló hacia la mujer, que iba unos cuantos pasos por delante de ellos. Recorrió toda la librería con la mirada, asimilando hasta el último rincón.

—¿No te parece emocionante? —Suspiró, más para sí mismo que para Priya.

Al volver a mirar a Louisa, esta les sacaba mucha ventaja y subía ya por una escalera. Se dispuso a darle alcance, arrastrando a Priya con él. Se preguntó por qué el resto de los clientes no veían a los personajes de los libros caminando entre ellos: al fantasma de Rebeca acechando en la esquina, seleccionando la novela que iba a leer en la playa durante sus vacaciones de aquel año, o a Atticus refugiado en la sección de recomendaciones, rodeado de grandes y gruesos tomos. ¡Mukesh no habría esperado menos de él! ¿Por qué nadie más parecía tan atolondrado por la euforia como él?

Al final, encontraron todos los libros. Louisa los fue cogiendo uno a uno de las estanterías, comprobando que fueran las ediciones que Mukesh quería. Él asintió con la cabeza. No sabía exactamente qué significaba aquello, pero, mientras fuera el libro correcto, se daba por satisfecho.

Se los pasó uno a uno a Priya.

—¿Qué te parece? ¿Qué cubiertas prefieres?

—¿Qué? —Levantó los ojos hacia él, incrédula—. ¿Son para mí?

—¡Sí!

Al cabo de un momento, Mukesh sintió que le faltaba la respiración, que los brazos de Priya, que lo abrazaba con fuerza por la cintura, le habían sacado todo el aire de los pulmones. La mujer los observó sonriendo, y a Mukesh le dio igual no poder respirar apenas. No recordaba la última vez que Priya lo había abrazado sin que su madre le hubiera dicho que lo hiciera.

Cuando al fin lo soltó, Priya miró los libros.

—Me gustan estos —dijo, pasando los dedos por los grabados y las letras brillantes de las cubiertas, antes de abrazarlos contra su pecho.

—Maravilloso, jovencita. ¿Puedo ayudarles en algo más? —preguntó Louisa.

—¿Por qué estos libros, Dada? ¿Acaso eran los favoritos de Ba? —quiso saber Priya, entre bocados de tarta de queso en la cafetería de la librería.

Mukesh se encogió de hombros mientras se comía su magdalena de chocolate y sintió una punzadita de vergüenza. No lo sabía. Nunca se lo había preguntado. Naina siempre parecía estar absorta mientras leía. Él nunca se había detenido a pensar que, en ocasiones, el libro que estaba leyendo podía haberle revelado más información que ninguna otra cosa. Solo ahora que había empezado a leer él también, ahora que había visto a Rebeca buscando en las estanterías, a la señora Danvers sentada a su lado en la cafetería de Foyles, comiéndose un panecillo con queso crema, o a Amir y Hassan

correteando entre las mesas, solo ahora caía en la cuenta de lo maravilloso que habría sido conocer un poco más el mundo que Naina había habitado y los personajes con quienes había caminado.

Pero no quería hacer partícipe de su arrepentimiento a Priya justo cuando finalmente ella parecía emocionada por hacer algo con él, así que le contestó:

—Creo que tu abuela se leyó todos los libros que existen. ¡Le encantaba leer!

—Ya lo sé, Dada —dijo ella, escrutándolo—. Pero ¿estos los leyó? ¿Eran sus favoritos?

Había depositado sus tres libros nuevos delante de ella como si fueran naipes. Tras limpiarse bien las manos para no ensuciarlos de tarta de queso, volvió a acariciar las cubiertas. Naina siempre se limpiaba las manos en un paño de cocina antes de coger un libro.

—No estoy seguro. Pero son mis favoritos.

Aguardó a ver si sus palabras tenían alguna resonancia en ella, si les concedía la más mínima importancia. Pero su niñita no dio ninguna señal. Se encogió de hombros.

—¿Me puedes decir de qué van? Solo un poco, para que me haga una idea, ¿sabes?

Mukesh asintió con la cabeza. Nunca lo había hecho antes y tenía la sensación de estarse sometiendo a un examen. Recordó el rostro de Aleisha al acabar de leer *Cometas en el cielo* y la recomendación tan llena de emoción y entusiasmo que le había hecho. Intentó canalizar su energía mientras resumía cada una de las novelas.

—Pues... *Matar a un ruiseñor* —dijo Mukesh. Miró hacia Atticus Finch, que seguía en la sección de recomendaciones, visible desde la cafetería. Priya tenía los ojos muy abiertos, totalmente concentrada en el rostro de su abuelo—. Va de dos hermanos, un niño y una niña, Jem y Scout, que aprenden algunas lecciones de vida imprescindibles. Su padre, Atticus Finch, es un abogado importante, muy bueno y muy sabio y justo. Defiende a un hombre llamado Tom Robinson al que acusan de agredir a una mujer blanca por el mero hecho de ser negro. Es la palabra de ella contra la de él. Y todas esas cosas son demasiado abstractas para que los pequeños Scout y Jem las entiendan, así que vemos cómo interpretan los sucesos y cómo ven la injusticia con sus propios ojos, los ojos de unos niños. Y luego...

—¡Para, Dada! —Priya levantó las manos—. Quiero leerlo yo. Solo quería hacerme una idea.

—Sí, sí, tienes razón. Bueno, pues ya te haces una pequeña idea.

Pasó al siguiente: *Rebeca*. Empezó describiendo a Rebeca con un «Uuuu» que esperó que sonara aterrador y evocador, pero más bien sonó a abuelo con dolor de articulaciones.

—¿Te encuentras bien, Dada? ¿Quieres sentarte en este asiento? Es más acolchado.

Priya se puso en pie y señaló hacia el cojín que tenía debajo.

—No, *beta*, estoy bien, estoy bien. Solo ha sido una punzada —dijo él, abochornado—. ¿Por dónde iba? Ah, sí. ¿Te acuerdas de las vacaciones de verano que pasaste en Cornualles?

—Sí, Dada, por supuesto.

—¿Y te acuerdas de los acantilados y de las grandes olas?

—Sí, Dada.

—Bien, imagina una gran casa no lejos de allí y el fantasma de una mujer que merodea por sus estancias... Así es como se construye la atmósfera en *Rebeca*, una atmósfera estremecedora y espeluznante, y creo que el paisaje es un personaje más del libro. No sé si el libro está realmente ambientado en Cornualles, pero suena como si lo estuviera. ¿Alguna vez sentiste algo así en Cornualles?

Por una fracción de segundo, Mukesh se contempló y le costó creer lo que veía: estaba hablando de libros como si supiera de qué hablaba. Sonaba como un profesor de literatura, quizá incluso como un bibliotecario. Se enderezó en su silla, con la impresión de ser un par de centímetros más alto, y notó pinchazos de orgullo en toda la piel.

—La verdad es que no. Solíamos ir a hacer surf y es muy bonito cuando hace sol. Pero también hace mucho viento y puede ser aterrador cuando no.

—¡Exactamente! Tiene una cara bonita y otra oscura... como Rebeca.

Para acabar, le habló de *Cometas en el cielo*. No sabía cómo empezar a describírselo a Priya.

—Es un libro un poco triste, quizá no sea para tu edad.

Priya negó con la cabeza.

—Una de mis amigas de la escuela se lo leyó. Es un poco mayor que yo, pero yo soy mejor lectora que ella —comentó Priya con total naturalidad.

—De acuerdo. Bueno, es la historia de dos amigos. Son como hermanos, Amir y Hassan. —Dijo Mukesh, señalando a los dos niños de la cubierta—. Pero Amir pertenece a una familia rica y Hassan no. Hassan es el hijo de la criada de la familia de Amir.

Mukesh sostenía *Cometas en el cielo* entre las manos. Si bien aquella historia era muy distinta de su propia vida, y de la de sus amigos, algo en la

afinidad entre Amir y Hassan siempre le había recordado a su buen amigo de la infancia en Kenia, Umang. Se parecían tanto en algunas cosas..., pero ambos habían tenido pasados y futuros distintos: Mukesh siempre supo que tendría oportunidades, mientras que Umang... Umang no.

Esperó que Umang estuviera bien; era un niño con un gran corazón, inteligente y muy sabio para su edad. A Mukesh le encantaba jugar con Umang, no se cansaba de estar con él. «Sois tal para cual», les decía siempre su madre.

Se habían separado durante la adolescencia, pero habían seguido viéndose por las calles y en la playa. Hacía años que Mukesh no pensaba en Umang. Hasta *Cometas en el cielo*.

—De niño, yo tenía un mejor amigo —empezó a narrar Mukesh, sin saber muy bien qué palabras usar para no quedar mal. Comprobó que la señora Danvers había dejado de comerse su panecillo con queso crema para mirarlo—. Él siempre quería estar conmigo. Un día, eché a Umang de mi casa porque no me apetecía jugar y quería estar solo. Pero mi amigo, bueno, él lo único que quería era un poco de compañía, paz y tranquilidad, y probablemente alguna *dosa*^[9] preparada por mi madre. A todo el mundo en el pueblo le encantaban las *dosas* que hacía mi madre.

—¿Estaban tan buenas como las que hacía Ba?

—Tú no lo sabes, ¡pero mi madre fue quien le dio la receta a tu abuela! Hice otras cosas de las que no me siento orgulloso. Ahora, volviendo la vista atrás, veo lo mal amigo que fui para Umang y me doy cuenta de que solo jugaba con él cuando a mí me apetecía. Cuando algunos de los niños mayores me invitaban a jugar con ellos, dejaba de lado a Umang, porque no quería que supieran que era mi mejor amigo. Me preocupaba lo que pudieran pensar. Veníamos de familias muy distintas, ¿sabes? —Respiró hondo. ¿Qué moraleja extraería Atticus de aquella historia?—. Es bueno ser amable con las personas, sobre todo con las personas que te quieren, porque uno nunca sabe lo que significa estar en su piel hasta que un día se da cuenta. Y entonces, a menudo es demasiado tarde para conseguir cambiar las cosas. Pero sí —añadió, dándole unos golpecitos al libro—, quizá deberías guardar este para cuando seas un poco más mayor, ¿de acuerdo?

—Vale, Dada, si tú lo dices.

De súbito, Naina estaba sentada junto a él. Había regresado. Había regresado a él por un brevísimo instante. Con un rostro radiante y una sonrisa iridiscente. El día había sido todo un triunfo. Se moría de ganas de explicarle a Aleisha lo bien que lo había hecho.

La lista de libros

INDIRA

2017

Indira permaneció en pie fuera de la biblioteca, asomándose a través de las puertas, con la lista en las manos. La miraba como si pudiera darle alguna indicación. Aquella mañana, la hija de su vecina de al lado le había dejado una nota en el buzón: «Querida Indira: Quería que supieras que mi madre, Linda, se va a mudar de Wembley. Se viene a vivir conmigo. Queremos tenerla más cerca. Su memoria ya no es lo que era y consideramos que ha llegado el momento de tenerla más cerca. Ojalá mantengamos el contacto. Te deseo lo mejor, Olivia».

Linda había sido la vecina de Indira durante los últimos veinte años. No eran íntimas amigas, pero hablaban prácticamente a diario, a las diez de la mañana, cuando ambas se sentaban en el jardín unos minutos antes de continuar con su día. Ambas se sentían solas y llenaban las horas con crucigramas y pausas para el té. Ambas tenían rutinas superfluas. Pero aquel día, Indira se dio cuenta de que existía una diferencia entre ellas. Linda tenía gente que la quería y ya no volvería a sentirse sola. Indira, en cambio, no tenía a nadie. Su hija Maya vivía en Australia y la veía cada pocos años. Maya y su marido jamás le habían insinuado siquiera que se mudara con ellos. Leyó la nota de Olivia una, dos y tres veces, doblándola y desdoblándola una y otra vez.

Disgustada, pero incapaz de explicar por qué, fue corriendo hacia el perchero y se echó el abrigo sobre los hombros: necesitaba salir aunque no tuviera ningún sitio donde ir. Se sacó del bolsillo la bolsa de plástico del *mandir* y encontró una nota. La otra nota. La que había encontrado semanas antes en el zapatero del templo, con aquella lista.

Le dio la vuelta. «Biblioteca de Harrow Road».

«Bien —se había dicho Indira—. Pues ahí es donde voy a ir».

Durante toda su vida, Indira había buscado señales. Y aunque aquella lista de lectura no le hubiera parecido eso en un primer momento, su mente había regresado a ella una y otra vez, como una sirena en medio de la noche. Y aquel día la había encontrado justo cuando necesitaba una distracción. La biblioteca estaba a solo unas calles de su casa. Podía dejarse caer por allí, pues no tenía ningún otro sitio al que ir. De hecho, nunca tenía nada que hacer. No había pisado la biblioteca desde que Maya era niña y se acurrucaban juntas en la sección infantil para leer cuentos.

Matar a un ruiseñor, de Harper Lee. Estaría en la L, se repetía una y otra vez.

Tras tomar aire, abrió las puertas de un empujón. Al instante la saludó un hombre indio que había tras el mostrador y vestía uno de aquellos chalecos de punto con botones.

—¡Buenos días, señora! —la saludó con una sonrisa de oreja a oreja—. ¿En qué puedo ayudarla?

Tenía una sonrisa contagiosa; no pudo resistirse a sonreírle también.

—¡Ah, hola! Busco algunos libros. —Le pasó la lista—. Cualquiera de estos estaría bien, pero quizá podría usted recomendarme cuál leer primero.

No podía dejar de hablar. El hombre guardó silencio un rato mientras revisaba aquel papel con la mirada, arriba y abajo.

—Puede empezar por cualquiera, la verdad. Pero quizá le recomendaría *Cometas en el cielo* —dijo—. No sé si lo sabe, pero el club de lectura que organizan nuestros voluntarios está leyendo ese libro. Una de las voluntarias está allí.

Señaló a una mujer blanca, unos veinte años más joven que Indira, con el cabello blanco recogido en un moño y medio rostro oculto tras el libro.

—Lucy —la llamó el hombre, y la mujer alzó la vista. Ella también sonrió de oreja a oreja. Allí todo el mundo sonreía—. ¡Esta señora busca *Cometas en el cielo*!

La mujer se acercó aprisa, con su propio ejemplar en la mano.

—¡Caramba! Pues está usted de suerte. Quedan un par de ejemplares en las estanterías. Si le interesa, es bienvenida en el club de lectura.

—¿Qué día se reúne? —preguntó Indira con cautela.

No sabía muy bien a qué se estaba apuntando, ya que ella solo había acudido allí en busca de unos libros.

—Nos reunimos el segundo jueves del mes.

Indira sabía que estaba libre aquel día. Siempre estaba libre.

—Bueno, de acuerdo. Me... Me leeré el libro y, si me gusta, ¿puedo acudir?

—Por supuesto —contestó la mujer, Lucy—. ¡Y si no, también! Nos gusta mucho debatir. Hay una joven, Leonora, que se ha apuntado a la biblioteca sobre todo por el club de lectura. Y también viene una chica llamada Izzy; es una lectora empedernida, siempre anda por aquí con una larga lista de libros, un poco parecida a la suya, a decir verdad, pero ella ya ha leído *Cometas en el cielo*. Lo tiene lleno de notas adhesivas. ¡El resto no somos así! Ella parece una detective o algo por el estilo... En cualquier caso, ya nos ha adelantado que no le ha gustado mucho. Así que, tanto si le gusta el libro como si no, siempre encontrará a alguien en su longitud de onda. Es una buena manera de conocer a gente.

La bibliotecaria le sonrió con calidez, pero se entretuvo en aquella última frase, mirando a los ojos a Indira. ¿O acaso eran cosas de su imaginación?

—Lucy es una de nuestras voluntarias y se conoce este lugar como la palma de su mano. ¿Quiere que le traiga el resto de los libros?

El bibliotecario indio miraba a Indira arriba y abajo, sin duda preocupado al verla con su andador para discapacitados.

—No, no hace falta... Creo que me voy a llevar este primero. A ver cómo me va. —Miró el libro que la mujer tenía en la mano y se preguntó si sería capaz de concentrarse en su lectura. Hacía mucho que no leía tanto en inglés—. ¿Lo tienen en gujaratí? —le preguntó al hombre indio, esperando que tal vez él la entendiera.

—Este no, pero tenemos bastantes libros en gujaratí —respondió él, y la condujo hasta una estantería que contenía unos cincuenta libros, suficientes para mantenerla entretenida durante un buen tiempo.

—Bueno, empezaré con *Cometas en el cielo*, pero luego creo que tendré que regresar a por alguno de estos.

—¿Y qué hay de los otros libros de su lista?

Agachó la mirada.

—Ah, sí, por supuesto. Ya vendré a por ellos.

—Encantada de conocerla, señora... Perdome, ¿cómo se llama? —le dijo la mujer blanca.

—Indira —respondió Indira—. Encantada de conocerla también, Lucy. Estoy impaciente por venir al club de lectura.

—Somos un grupo encantador, si me está permitido decirlo. Le gustará. Traemos pastelitos y aperitivos, así que, si alguna vez le apetece traer algo, será también más que bienvenido.

—¡Gracias!

—Somos como una pequeña comunidad —dijo Lucy, sin dejar de sonreír. Indira se preguntó si no le dolerían las mejillas de tanta felicidad.

Al salir de la biblioteca aquel día, Indira supo que regresaría: le había emocionado ver aquella estantería llena de libros. Le gustaba leer en inglés, y sabía leerlo bien, pero echaba de menos leer novelas en gujarati.

La lista seguía en sus manos, metida dentro de *Cometas en el cielo*.

—Gracias —le susurró—. Gracias por traerme aquí.

ORGULLO Y PREJUICIO
de Jane Austen

Capítulo 19

ALEISHA

Miró hacia su mesita de noche. *Orgullo y prejuicio* le devolvió la mirada. No le parecía para nada su tipo de libro. Lo había intentado dos veces y no conseguía meterse en el mundo de principios del siglo XIX, con sus bailes, matrimonios de conveniencia y madres entrometidas. Pero, al ritmo de lectura que llevaba el señor P, le daría alcance en breve y tuvo que forzar la vista para concentrarse en las palabras, en las imágenes de la casa familiar de los Bennet y en la señora Bennet, tan mandona y despótica; en Elizabeth, bastante engreída, y en el señor Darcy, su enamorado, el personaje que interpretaba Colin Firth en la serie televisiva de la BBC, que también era bastante presumido. Intentó no hacerlo, pero no pudo evitar compararlo con Zac. No dejaba de venirle al pensamiento desde que había empezado a leer aquel libro tan cursi. No sabía bien por qué, pero aparecía en su horizonte mental, vestido con ropa de época, con rostro melancólico y temperamental, como el señor Darcy. Imaginó a Leilah en el lugar de la señora Bennet. ¿Le daría su aprobación? Se sorprendió dejando volar su imaginación demasiado lejos. ¿Qué hacía pensando en Zac y Leilah de aquel modo?

Escuchó crujir los tablones del suelo del piso de arriba. El dormitorio de Aidan estaba justo encima del suyo, pero estaba convencida de que a aquellas horas ya estaría dormido. Mañana tenía turno muy temprano, según las notas adhesivas que había en el frigorífico. Sin embargo, daba la sensación de que caminaba por la habitación de un lado para otro, frenético. Aleisha llevaba ocupando el dormitorio de la planta baja el tiempo suficiente para saber bien qué significaba cada crujido. Normalmente, estaba más sensibilizada con los de la habitación de Leilah. Salió a hurtadillas de su dormitorio, dejando el libro bocabajo sobre la cama, y subió las escaleras procurando hacer el mínimo ruido. No quería ser la culpable de que su madre se despertara. Permaneció en pie tras la puerta de Aidan. Alargó una mano, para llamar,

pero entonces escuchó claramente a su hermano dando vueltas de un lado para otro, y un sollozo en voz baja, ahogado. Se le cayó el corazón a los pies. En parte, habría querido entrar a toda prisa y envolver a su hermano en un abrazo. Pero otra parte de ella, la parte cobarde, le dijo que su hermano detestaría que lo hiciera, que lo único que querría era que lo dejaran en paz. Y Aleisha dejó que esa segunda parte se impusiera y bajó las escaleras de puntillas.

Cerró la puerta de su dormitorio. Probó a ponerse los cascos y a obligarse a escuchar música para olvidarse de Aidan, pero fue en vano. No podía dejar de pensar en él.

Abrió nuevamente *Orgullo y prejuicio*, deseando establecer alguna conexión con aquellos personajes chapados a la antigua, con sus encajes y vestidos, deseando incluso que Zac apareciera con su traje de época para que ella pudiera dar rienda suelta a su imaginación, pero su mente seguía con Aidan, en su habitación. Cerró el libro con fuerza y lo dejó de nuevo junto a su cama. Hiciera lo que hiciera, su casa se había convertido de nuevo en Manderley, llena de fantasmas acechando en los rincones. Cerró los ojos con fuerza y la oscuridad dibujó volutas tras sus párpados.

—Hola, Leish.

Su hermano asomó la cabeza por detrás de la puerta de su dormitorio la mañana siguiente. La luz se filtraba ya a través de las cortinas, pero, por la quietud de la casa, Aleisha supo que era temprano. Refunfuñando, se frotó los ojos para despertarse.

—He cambiado algunos turnos, y hoy tengo que trabajar, pero volveré por la tarde. —Hizo una pausa—. Llegaré a tiempo para que puedas salir. Ya sabes... para ir a la barbacoa.

Aleisha se esforzó por encontrar en el rostro de su hermano alguna señal de estrés o tensión. Pero solo vio un brillo: tenía los ojos centelleantes, como si tramara algo. Era la cara que solía poner de niño, como aquel día en que se propuso hacerle un pastel de barro en el jardín, por su cumpleaños, o aquel otro día en que forró la taza del váter con papel transparente... y luego dejó el rollo vacío en la habitación de Aleisha para que Dean lo encontrara allí. Se preguntó cómo era posible que la noche anterior, independientemente de lo que le pasara, ya se le hubiera olvidado. ¿Lo habría soñado?

—Aidan, ¿va todo bien? ¿Estás...?

—¡Sí, genial! —la cortó—. Y hablando de la barbacoa, de esa que mencionó Mia, deberías ir, salir un poco y disfrutar de las últimas semanas del verano.

—¡Qué dices! —respondió Aleisha con una risa falsa—. No pienso ir. Me voy a quedar aquí. Eres tú quien no ha tenido una noche libre en siglos. —Aleisha bajó las piernas de la cama y se calzó las zapatillas—. Podríamos hacer algo tranquilo.

—Y tanto que vas a ir. Hace semanas que no te veo quedar con tus amigas. Mamá y yo creemos que te iría bien salir.

—¿Se lo has contado a mamá?

—Sí.

Otra vez estaban con las mismas. Aidan y Leilah: la unidad parental dictándole cómo tenía que vivir su vida. Le hacía gracia que la trataran como una niña cuando querían que lo fuera y, sin embargo, que no le dejaran espacio ni siquiera para ser una adolescente cuando Leilah necesitaba que fuera una adulta.

—Prométeme que al menos te lo pensarás —le dijo Aidan, levantando el dedo meñique en el aire.

—Te lo prometo —gruñó Aleisha, observando el rostro de su hermano por un instante en busca de algo, de alguna pista.

Aidan, del que solo asomaban la cara y la mano, meneó el dedo; el resto de su cuerpo quedaba oculto tras la puerta.

—¡Vale! ¡Lo prometo! —exclamó Aleisha, moviendo también su dedo meñique.

—Genial. Hasta luego, entonces. He dejado algunas notas en el frigorífico.

Aleisha observó los movimientos de Aidan mientras se marchaba con su energía habitual. Ahuyentó de su mente la imagen y la historia que se había inventado sobre la noche anterior, la escena que se había imaginado al otro lado de la puerta del dormitorio de su hermano.

Si Aidan no hubiera hecho un esfuerzo extra y no hubiera cambiado los turnos para que ella pudiera salir, en aquel momento estaría escribiendo su excusa en WhatsApp, alegando que estaba enferma, que tenía náuseas o migraña. Pero las notas adhesivas que su hermano había dejado en el frigorífico, con mensajes como «Sal un rato», «Diviértete» o «Ya me quedo yo; no hace falta que tú también estés», la hicieron sentir culpable. Así que allí estaba,

poniéndose unos pantalones cortos y un top que solo llevaba las noches de fiesta. Se guardó su paquete de cigarrillos «para salir» en el bolsillo trasero. Su madre y Aidan no sabían que lo tenía.

Desde debajo de las escaleras le gritó a Aidan:

—Aidan, ¿me abres tú cuando vuelva? Te llamo por teléfono. No me caben las llaves.

Aidan y Aleisha sabían que el verdadero motivo por el cual se dejaba las llaves en casa era su tendencia a olvidárselas en cualquier parte cuando estaba borracha. Aidan ya había tenido que pagar un cambio de cerradura en dos ocasiones.

—Sí, claro —gritó él desde arriba—. ¡Vete ya y diviértete!

El aire era más frío aquella tarde, refrescante, y el cielo parecía una nube de azúcar. Compró un paquete de seis latas de cerveza utilizando el documento de identidad que había falsificado gracias a un poco de tóxex y las habilidades caligráficas que Rahul le había enseñado. Al llegar al parque, los oyó antes de verlos. Sabía muy bien lo que ocurría: una barbacoa ilegal, risas alimentadas por la bebida y los cigarrillos, la esencia de las amistades. El parque estaba prácticamente desierto, aunque había algunas personas paseando a sus perros y un par de pandillas de adolescentes. (Los amigos de Aleisha en realidad no se consideraban adolescentes. Más bien despreciaban a los adolescentes).

Escuchó la risa de Rahul, bramando como si quisiera demostrar lo bien que se lo estaba pasando y lo divertido que era.

—¡Has venido! —Mia se levantó de un salto nada más ver a Aleisha—. Pensaba que no vendrías, como siempre...

Aleisha rio incómoda y Mia le respondió con un guiño.

—¿Kacey y los demás no han venido?

—No, han ido a un concierto, creo... Han comprado entradas en el último momento. Y se han escabullido. Les sabía fatal no verte, aunque la verdad es que no pensaban que fueras a venir... —Le dolió, pero Aleisha sabía que Mia tenía algo de razón—. Pero, bueno, cuéntame qué has estado haciendo. No se te ha visto el pelo.

Aleisha contuvo el aliento unos instantes. La verdad es que no había estado haciendo nada. Su única novedad era que había conocido al señor P, que ahora leía libros y que le leía en voz alta a su madre. Y para ellos, todo aquello sería un peñazo.

—Nada especial, la verdad —contestó ella.

—¡Chicos —llamó Mia a los demás—, Aleisha está trabajando en la biblioteca de Harrow Road!

Aleisha notó que se quedaba blanca como el papel. Algunos se rieron a carcajada limpia, pero la mayoría de ellos ni se molestaron en levantar la vista.

—Tenía entendido que la iban a cerrar... —comentó Rahul guiñándole el ojo e intentando participar en la conversación.

Aleisha no dijo nada. Lo único que quería era que aquello acabara; de hecho, no tenía nada más que aportar.

Se pasó la noche intentando fingir que no existía un abismo entre ella y Mia: dos antiguas amigas que ahora no eran más que desconocidas que se movían en los mismos círculos, vivían en el mismo lugar y, sin embargo, no sabían nada de la vida de la otra. Rahul no dejaba de mirar en dirección a Aleisha, a la espera de encontrar cualquier oportunidad para darle conversación, así que, en aquel momento, Mia era su única protección. Mantuvo los ojos fijos en ella mientras daba un trago a la botella de sidra de frutas de verano y fingía interesarse por las vacaciones familiares de Mia y la marihuana que fumaba con su hermano y su padre. De locos.

Hacia las once de la noche, algunos habían empezado a alzar el vuelo. Todos querían llegar a casa temprano, pues era la tercera noche que salían aquella semana. Tenían previsto que fuera una noche tranquila. Aleisha no se había despegado del lado de Mia en toda la velada. Sin venir a cuento, Mia echó la cabeza hacia atrás, rio y estuvo a punto de perder el equilibrio y de arrastrar a Aleisha con ella. Aleisha la sujetó para que no se cayeran las dos. Había pillado a algunos chicos mirando a Mia, observando cómo se emborrachaba, se ponía más contenta y se volvía más estridente por momentos.

—Mee, ¿nos vamos a casa?

Mia sacudió la cabeza a ambos lados, levantó su tembloroso brazo ebrio en el aire y coreó la música que sonaba bajito en el móvil de alguien. La barbacoa ya era parte de la historia y el grupo había delimitado su territorio con un círculo hecho de botellas y latas vacías.

Aleisha intentó poner a Mia en pie, pero esta parecía decidida a seguir tumbada en el suelo, contemplando el cielo y cantando a la brisa.

De súbito, Rahul apareció al lado de Aleisha.

—Deja que te ayude —se ofreció.

—No hace falta, estoy bien —contestó Mia, en nombre de Aleisha, desde el suelo.

—De acuerdo —dijo Aleisha, y asintió con la cabeza.

Ella no podía hacerlo sola.

Rahul no dijo nada más. Se acuclilló y se inclinó hacia Mia.

—Mee —le dijo en voz baja—, tenemos que irnos. Es tarde. Todo el mundo se marcha ya a casa.

Mia sacudió la cabeza a ambos lados con fuerza.

—Aquí nadie se va a casa —replicó con unas palabras que de repente sonaron claras y cristalinas—. Aleisha ha venido. Tenemos que aprovecharlo. Es posible que no volvamos a verla nunca.

Entre los dos tenían fuerza y determinación suficiente para levantar a Mia del suelo, y cargaron con ella echándose sus brazos al hombro. Incluso cuando Mia levantó los pies del suelo y flotó entre sus dos amigos, siguieron caminando. Mia se despidió, quejándose sobre su pastor y su carabina, y se marcharon del parque.

Aleisha estaba enfadada, pero se esforzó por disimularlo. Aidan siempre le decía que sabía lo que le pasaba solo con mirarla, pero esperó que nadie más pudiera hacerlo. No quería que la noche acabara de aquel modo. Le habría gustado que su amiga no estuviera tan borracha. Y que Rahul no estuviera allí.

Mia seguía viviendo en la casa en la que había crecido, en el extremo opuesto de Wembley con respecto a la casa de Aleisha. Esperó poder tomar el autobús de regreso. Aún era temprano y supo que Aidan seguiría despierto. Probablemente anduviera viendo algo en YouTube, que era como solía encontrarlo a aquellas horas de la noche: a oscuras en el salón, con la pantalla del ordenador iluminándole el rostro y confiriéndole un resplandor verde cadavérico. Debería enviarle un mensaje de texto. Pero sabía que sería como admitir una derrota, como admitir que no era capaz de divertirse, por más que se esforzara. Solo conseguiría demostrarle que no era tan buena como él. Así que dejó el teléfono guardado en el bolsillo.

En la calle de Mia, Aleisha reconoció las casas y la memoria muscular la condujo durante el resto del camino.

Cuando llegaron a la puerta, las cortinas estaban cerradas y las ventanas a oscuras. Era medianoche y la calle estaba en silencio. Aleisha no se atrevía a llamar al timbre. Rahul se encogió de hombros. Mia no estaba lo bastante

sobria para buscar las llaves en su bolso, así que Aleisha las pescó guiándose por el tintineo. Acabó por abrirle la puerta a su amiga, que saltó el escalón y la cerró en las narices de Aleisha y Rahul sin mediar palabra. Escucharon golpes y estrépito en el interior. No deberían haberse molestado en acompañarla a casa: Mia ya se estaba encargando de que todo el mundo supiera que estaba como una cuba.

—Te acompaño a tu casa, ¿vale? —le susurró Rahul.

Aleisha negó con la cabeza.

—No hace falta.

Rahul insistió, pero Aleisha sacó su teléfono. Había llegado el momento de enarbolar la bandera blanca. Telefoneó a Aidan.

Esperaron delante de casa de Mia. Aleisha, vestida solo con unos pantalones cortos y un estúpido top escueto, estaba muerta de frío. Se abrazó, evitando a toda costa establecer contacto visual con Rahul por si se le ocurría ofrecerle algo para que entrara en calor. La espera se le hizo eterna. Le habría gustado hablar con Rahul, explicarle cómo estaban las cosas en su casa y hablarle del anciano con quien había entablado amistad en la biblioteca. Pero ¿cómo reaccionaría él? ¿Se reiría y pensaría que era una estupidez? ¿O, por el contrario, le diría que era un gesto amable hacerle compañía a un viejo solitario? Quería tener a alguien con quien hablar, alguien que no fuera Aidan, que no supiera lo que representaba cuidar de la propia madre porque ella no sabía cuidarse sola, pero que estuviera dispuesto a intentar entenderla.

En un momento dado, abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. No tenía sentido. Probablemente fuera lo poco que le había contado a Rahul sobre su madre lo que había acabado ahuyentándolo cuando eran novios. No era algo de lo que los adolescentes acostumbraran a hablar. Le había dado unas pinceladas al señor P; con eso bastaba. Y tenía a Aidan; estaban juntos en aquel barco.

Entonces, el coche de Aidan interrumpió el silencio y se detuvo delante de ellos, con la música sonando más bajo de lo habitual en el equipo estéreo. Los llamó a través de la ventanilla:

—Entrad.

Por más que hubiera temido aquella noche, su corazón era un pozo hueco. Le habría gustado comportarse como una adolescente alocada y beber hasta desplomarse por una vez. En lugar de ello, había sido la joven sensata, la que había hecho lo correcto y cuidado de los demás. No había cambiado nada.

Capítulo 20

MUKESH

Bip. «Hola, Papá, soy Rohini. Muchas gracias por cuidar de Priya. “¡Sí, gracias, Dada!”. Dice que se lo pasó genial contigo en Londres. Espero que tuvierais cuidado. Sobre todo, por tu propio bien».

BIP. «Hola, papá, soy Vritti. Perdona que te llame más temprano de lo habitual: acabo de hablar por teléfono con Rohini. ¿Te apetecería venir a comer o a hacer algo la semana que viene? Puedo pasar a recogerte para que no tengas que subirte a un tren. ¡Sería genial verte!».

BIP. «Hola, señor P, soy Aleisha. Perdona que le llame, pero la biblioteca está muy tranquila hoy y he pensado en aprovechar el momento para telefonarle y ver cómo lleva *La vida de Pi*. Tengo otro libro para usted cuando acabe ese. Quizá lo vuelva a llamar más tarde».

¿Volverlo a llamar más tarde? Mukesh notó un nudo de pánico en la garganta. Nunca había hablado por teléfono con Aleisha. ¿De qué iban a hablar? Aquella mañana no había consultado sus mensajes porque Nilakshi se había dejado caer por allí temprano para pasar el día con él, así que Aleisha podía llamarlo en cualquier momento y él no estaba preparado para contestar.

—¿Quién era la del contestador? —preguntó Nilakshi desde el salón, sentada en el mismo sitio de siempre, porque ya tenía un sitio de siempre, mientras miraba una serie en hindi en Zee TV.

—Ah —exclamó Mukesh—. Es la... bibliotecaria.

Se preguntó si aquel sería el modo correcto de describirla.

—¡Ah! Esa chica tan agradable —respondió ella sin apartar los ojos de la televisión ni un segundo—. Me has hablado mucho de ella. Parece que ha leído un millón de libros. A Naina le habría encantado trabajar de eso, ¿no crees?

—Seguro —respondió Mukesh con un ligero temblor de piernas mientras volvía a tomar asiento en su butaca.

Apenas le quedaban unas páginas para terminar de leerse *La vida de Pi*, así que se puso sus auriculares aislantes (se los había traído Nilakshi; eran de su marido) para no escuchar la música ensordecedora y la cháchara del programa de Zee TV y se zambulló en la lectura. Zee TV era ahora el canal de televisión que más se veía en su casa, cosa que lo alegraba extrañamente. Había reemplazado a Netflix y la tonadilla de David Attenborough en el canal de National Geographic.

Al pasar la última página del libro y dejar atrás a Pi y su increíble historia, Mukesh siguió con los cascos puestos, deseando disfrutar de un largo momento de silencio para poder recomponer sus pensamientos. Le habría gustado que el libro no se acabara nunca, pero también necesitaba saber cuál era el significado del viaje de Pi. ¿Era real o imaginario? Aquella historia lo había atrapado en mente y espíritu: había sido un viaje largo y difícil para Pi, pero revelador e inspirador para Mukesh.

Entonces algo lo sacó de sus cavilaciones: vio por el rabillo del ojo a Nilakshi, que se levantaba del sofá y se dirigía al recibidor.

Momentos después regresó, moviendo la boca, pero Mukesh no escuchaba ni una palabra de lo que le decía. Nilakshi agitó el teléfono delante de su cara.

—¿Qué pasa? —preguntó Mukesh, bajándose los cascos y dejándolos apoyados en su cuello.

—¡Es para ti! ¡La bibliotecaria!

—Ah —dijo Mukesh, notando que el corazón se le aceleraba de nuevo.

Nilakshi había contestado a su teléfono. ¿Qué habría pasado si quien llamaba hubiera sido una de sus hijas? Cogió el auricular y, tapando con la mano el micrófono, salió apresuradamente del salón y se dirigió a su dormitorio, en la puerta contigua.

—¿Diga? —saludó.

—¡Señor Patel! ¡Señor P! Disculpe. Espero no importarlo en casa. Hoy esto parece Manderley: no hay más que fantasmas. Y mire que me gusta el silencio, pero el tiempo se me está pasando muy lento. ¿Quién era, por cierto?

—¿Quién era quién?

—La mujer que ha contestado al teléfono.

Mukesh respiró hondo un momento.

—Mi... esto... Tengo una... Era mi hija. A veces responde ella al teléfono. Yo estaba leyendo.

—¿*La vida de Pi*? ¿Aún no se lo ha acabado?

—¡Acabo de terminármelo! —exclamó Mukesh, alegrándose de que Aleisha no fisgoneara más.

Notaba el remordimiento apoderándose de él. El remordimiento por mentir y también por los motivos que lo habían llevado a mentir.

Imaginó a Aleisha sentada a su mesa, vigilando la biblioteca. Se preguntó quién habría allí aquel día. ¿Estaría el otro caballero entrado en años, aquel al que le gustaba servirse una taza de café de máquina y sentarse junto a la ventana con un diario en el regazo? ¿O tal vez Chris, inmerso en otra novela negra? ¿O tal vez fuera el día del club de lectura? Mukesh nunca había coincidido con los asistentes, pero se imaginaba qué aspecto debían de tener: gafotas, con mochilas llenas de libros y la ropa limpia y bien planchada.

—¿Y qué le ha parecido?

—¿Eh? —preguntó Mukesh, con la mente aún en la biblioteca.

—¡El libro!

—Ah, sí, perdona, ¡qué tonto! Es maravilloso —contestó Mukesh—. Es increíble. Me cuesta imaginar que pudiera pasar. Me fascina que Pi lo perdiera todo en un naufragio, ¡y lograra sobrevivir en un bote salvavidas con tigres, monos y hienas durante doscientos días!

—Bueno, es solo un libro —terció Aleisha—. Pero la forma cómo se relata la historia, no sé... todo lo que pasa es una locura.

—Al final dice una cosa que me ha hecho preguntarme si todo es producto de la imaginación de Pi. ¿O será verdad?

—No sé qué quería el autor que pensáramos, pero... yo me creo a Pi. ¿Usted no?

—Sí, pero es tan triste. ¿Cómo lo hace? Está muy solo y se siente muy solo y, aun así, es tan valiente...

—Supongo que todo tiene un significado oculto; ya sabe, como los relatos bíblicos, que tienen distintos significados. Mis profesores siempre nos hablaban de la Biblia cuando éramos pequeños. Yo no entendía nada. Tenía que preguntarle a mi padre qué significaba. Pero él tampoco tenía ni idea.

Estaba hablando otra vez de su padre. ¿Serían cosas de su imaginación o Aleisha parecía menos cerrada últimamente?

—Pero no lo sé —continuó Aleisha—. Yo me pregunté si el tigre significaba algo, como la resiliencia o algo así.

—Quizá. Yo no he reflexionado tan en profundidad. No soy tan inteligente como tú. O como mi esposa, Naina —dijo, mientras la imagen de la señora Danvers aparecía de nuevo en su mente y le reprendía—. ¿Te he explicado alguna vez que el motivo por el que me decidí a ir a tu biblioteca fue Naina? Y los libros, los libros que me has ido recomendando, me han ayudado a pensar que se sentiría orgullosa de mí. Naina y mi nietecita Priya

tenían un vínculo muy bonito gracias a los libros. Pero, aun así, yo no soy tan inteligente como tú para extraer esos significados profundos.

Aleisha rio en voz baja.

—No estoy segura de que sea así. Pero es muy amable por su parte, señor P. Su esposa estaría muy orgullosa de usted, sobre todo si solo se había leído un libro antes de todo esto. Aunque me cuesta creerlo: se los está finiquitando a la velocidad del rayo.

Mukesh dejó que aquel pensamiento calara en él, con el pecho henchido por el orgullo, y la cabeza también, justo cuando la señora Danvers desaparecía de escena. Entonces sonó el dindón del timbre de casa.

—¡Caray! —exclamó Mukesh—. ¿Quién será?

—¡Espere! ¿Qué tal le fue el día con Priya?

Y, de repente, Mukesh se olvidó por completo del timbre de la puerta, de Nilakshi y de sus series en Zee TV.

—¡Aleisha, fue mágico! —exclamó. Oyó a Aleisha soltar una risita al otro lado del hilo—. La llevé a una librería en el centro de Londres. Seguí tu consejo. Estaba llenísima de gente, montones de personas que buscaban libros o tomaban algo en la cafetería... ¡Estaba hasta los topes! Lo siento, no pretendo ser maleducado con tu biblioteca, pero, ya sabes, me refiero a que... estaba más concurrida. Ojalá a la gente le gustara tanto la biblioteca como a nosotros, señorita Aleisha.

Din-don, din-don.

—¡Mukeshbhai! ¡Ya abro yo!

—¡No! —gritó Mukesh mientras Aleisha empezaba a decir:

—¡Me alegro tantísimo, señor P...!

Mukesh soltó el teléfono sobre su cama, olvidándose de él, y salió trotando hacia la puerta tan rápido como sus pantuflas se lo permitieron. Sin embargo, al llegar al recibidor, encontró a Deepali de pie en la alfombra de bienvenida y a Nilakshi sonriendo e invitándola a entrar.

—Hola, papá —lo saludó Deepali—. Pasaba por aquí y... he pensado en dejarme caer a saludarte. Pero... debería haber llamado antes. No sabía que tenías compañía. Será mejor que me vaya. Adiós, Nilakshimasi. Me alegro de verla —añadió volviéndose hacia Nilakshi una vez más.

Antes de que Mukesh tuviera tiempo de llegar al umbral, Deepali ya estaba en su coche, había encendido el motor y había arrancado.

La emoción que había sentido Mukesh durante su conversación con Aleisha se desvaneció por completo. Observó a su hija marcharse al volante. Nilakshi le puso una mano en el hombro.

—Mukesh, solo somos amigos. Los dos sabemos que tus hijas... lo entenderán perfectamente.

Pero Mukesh sabía que no lo entenderían. Las había decepcionado, había visto cómo a Deepali se le caía el alma a los pies. Tal vez hablar con Aleisha hubiera hecho desaparecer a la señora Danvers, pero Deepali la había hecho regresar volando, y no era capaz de ver, notar u oír a Naina por ninguna parte.

La lista de libros

IZZY

2019

—¿**H**ola? —saludó Izzy asomándose al mostrador frontal de la biblioteca—. ¿Se encuentra bien?

El hombre sentado tras el mostrador estaba cubierto de polvo, rodeado por montones de cajas.

—Sí —resopló—. Estoy bien. Solo estoy haciendo un poco de limpieza. Mi jefe dice que tenemos que mantener este lugar impecable por si ellos intentan cerrarlo. En realidad, no sé a quién se refiere con ese «ellos», pero es lo que hay...

Izzy se lo quedó mirando mientras recordaba el cartel de «Salvemos las bibliotecas» que llevaba pegado en la puerta los dos años que hacía que ella era usuaria del centro, desde que había encontrado la lista de libros. Cada vez que las palabras se volvían ilegibles, desgastadas por el sol, alguien, el elfo salvador de las bibliotecas, reemplazaba el cartel por una hoja A4 nueva. La biblioteca, para alivio tanto de Izzy como de Sage, seguía funcionando, aunque quizá no fuera viento en popa. Ahora que la había encontrado, a Izzy le costaba imaginar que no existiera.

—Disculpe. —El hombre se cepilló con las manos el polvo de los pantalones de pana y la camiseta—. Perdone. Hola. Soy Kyle. ¿En qué puedo ayudarla?

Izzy había visto a Kyle varias veces a lo largo de los años y había pensado que siempre parecía estar exhausto y, al mismo tiempo, absolutamente sereno. Hizo una pausa momentánea. ¿Estaría haciendo lo correcto? Sostenía la lista en las manos: la había mantenido intacta, guardada en su caja de listas durante un montón de tiempo, custodiándola. Se había pasado los dos últimos años ocultándose del mundo en aquella biblioteca, participando en el club de lectura esporádicamente y charlando con quienquiera que encontrara, por si

descubría al autor de aquella lista. Pero aún no había tenido suerte. Había leído todos los libros una y otra vez, había tomado apuntes sobre ellos y había pegado notitas adhesivas para señalar las escenas cruciales y las frases más destacadas, como si los propios libros, y los mensajes que transmitían, fueran una especie de rompecabezas. Pero, por más que lo había intentado todo, transcurridos dos años seguía siendo un enigma que la fascinaba.

—Tienes que superarlo o te acabarás volviendo loca —le había dicho Sage una noche, cuando Izzy andaba hojeando *Mujercitas* por enésima vez.

Era el tercer ejemplar de la biblioteca que había sacado en préstamo: se preguntaba si alguien habría dejado alguna pista, o un mensaje, en ejemplares concretos de cada uno de los libros de la lista, de manera que se los estaba leyendo uno a uno. Sin embargo, aquella edición de *Mujercitas* tampoco le reveló nada nuevo.

—Ya me he vuelto loca —le había replicado Izzy—. Pero necesito saberlo...

Así que allí estaba, exponiéndole sus peculiaridades a Kyle, su último recurso.

—Esto... Tal vez suene un poco extraño, pero tengo esta lista de lectura —empezó a decir Izzy. El muchacho la miraba con los ojos bien abiertos y una sonrisa en el rostro, dispuesto a complacerla—. No sé quién la escribió, pero... pero necesito saberlo.

—De acuerdo —dijo Kyle, algo inseguro.

—Bueno, lo que sí sé es que quien la redactó venía a esta biblioteca. Me preguntaba si podría decirme quién sacó estos libros en préstamo. Supongo que, o bien a lo largo de varios años, o bien todos de golpe.

Kyle se enderezó súbitamente sin rastro de su sonrisa en el rostro.

—No, no, lo siento. Eso infringe las leyes de privacidad. No puedo facilitarle esa información ni aunque pudiera encontrarla.

Se produjo un silencio momentáneo entre ellos.

—¿Me deja que le eche un vistazo? —preguntó Kyle, tendiéndole la mano.

Izzy depositó suavemente la lista en su palma. Él la sostuvo como si se tratara de un objeto histórico.

—Entiéndame, yo colecciono listas —aclaró ella en tono vacilante—. Sé que es un hábito un tanto extraño, pero me encanta. Mi padre me llamaba «su urraquita».

—¡Qué gracioso! —respondió él, aunque Izzy notó que no tenía tan claro que lo fuera—. Bueno, nosotros vemos listas todo el tiempo, lógicamente.

Quizá por eso para nosotros no sean tan especiales.

—Sí, supongo que tiene sentido. A mí me parece que una lista te permite asomarte al alma de otra persona, como los libros, como el arte... Es una tontería, ya lo sé.

—No —respondió él—, me parece un planteamiento interesante.

Kyle leyó en voz baja cada uno de los títulos. Izzy miró a su alrededor, a la espera de encontrar alguna pista. Vio a Indira; había coincidido con ella en el club de lectura unas cuantas veces. Le caía muy bien, pero hablaba por los codos, así que, cuando estaba por allí, Izzy tenía que asegurarse de que estaba de humor para hablar antes de acercarse a ella. Por lo demás, la biblioteca estaba casi vacía.

—¡Qué raro! Seguramente será una casualidad, pero tengo una amiga que se está leyendo estos libros casi en el mismo orden.

—¿Ahora? —dijo Izzy, abriendo los ojos como platos.

—Sí, creo que sí.

—¿Y cree que fue ella quien la escribió?

—Noooooo, no le gusta leer —respondió él con total naturalidad—. Pero... me pregunto si habrá visto su lista. ¿La ha dejado usted por aquí rondando en algún momento?

—Nunca.

Izzy negó con la cabeza.

—Pues lo lamento mucho, pero no veo cómo puedo ayudarla. No obstante, mi amiga es otra de las bibliotecarias. Trabaja aquí. ¿Por qué no viene a verla? Suele trabajar los miércoles.

El hombre sonrió, pero Izzy notó que todo aquello le parecía un poco raro. Lo cierto es que Izzy podía ser un tanto obsesiva, tenía que admitirlo.

—¿Puedo hacer algo más por usted?

Izzy se encogió de hombros, sonriendo.

—Quiero sacar esto.

Dejó caer *Un buen partido* en el mostrador con el carné de la biblioteca encima, en precario equilibrio.

—¿Cuántas veces lo ha leído?

—Este ejemplar no me lo he leído nunca, por si quiere saberlo. —Izzy rio—. Es un libro enorme; tengo que asegurarme de que no se me pasa nada por alto.

—Esa lista... —dijo Kyle—. Ahora lo entiendo todo, ahora comprendo por qué siempre saca usted los mismos libros, una y otra vez. Pensábamos que le daba vergüenza pedir recomendaciones.

Kyle le entregó el libro y ella lo abrazó, reconfortada por su peso.
—¡Gracias!

Al salir de la biblioteca, Izzy miró a su alrededor, preguntándose, como siempre hacía, si el autor de aquella lista se ocultaría entre las estanterías. ¿O quizá se sentara tras el mostrador de los bibliotecarios? ¿Qué pretendía conseguir con aquella lista?

Pese a todas sus lecturas y sus pesquisas, no estaba segura de estar más cerca de averiguar quién la había confeccionado, pero estaba disfrutando del viaje. Le alegraba haber empezado a leer otra vez; antes de encontrar la lista, hacía mucho tiempo que no se sentaba y se permitía perderse en un libro. La vida le parecía demasiado ajetreada y leer se le antojaba un capricho que no podía permitirse.

Aquella lista le había dado tanto... Ahora disfrutaba hablando con gente en aquella nueva ciudad donde la vida no parecía detenerse nunca. Le había dado un lugar en el mundo.

Capítulo 21

ALEISHA

—**E**ntonces, el señor Darcy está enamorado de Elizabeth Bennet y ella está claramente enamorada de él, pero se pasan la vida siendo bordes el uno con el otro —le había explicado Aleisha al silencio de su casa.

Había intentado volver a leer para Leilah, hacer lo que fuera para recrear el sosiego que habían encontrado de aquel modo con anterioridad.

Pero Leilah estaba distraída, y dejaba vagar la mirada por el salón. Asentía cuando Aleisha le explicaba algunos fragmentos, pero perdía el hilo enseguida.

—Perdona, perdona —preguntó Leilah soñolienta—. Entonces ¿es una historia de amor?

Aleisha se había perdido intentando explicarle los distintos personajes. Había intentado hacer un esquema de quién estaba relacionado con quién, a quién le gustaba quién y quién quería casarse con quién mientras iba leyendo... y ahora, con la esperanza de suscitar el interés de Leilah, había retrocedido al momento en el que Elizabeth y Darcy se habían visto abocados por primera vez a pasar tiempo en compañía mutua. En secreto, Aleisha también esperaba espolear a Leilah para que le preguntara por su vida amorosa. Pero ¿por qué iba a hacerlo? Si Aleisha no tenía vida amorosa... Hasta Leilah lo sabía.

No obstante, mientras leía y escuchaba a Elizabeth desplegar sus comentarios de sabelotodo para rebatir al señor Darcy, y a Darcy replicar del mismo modo, su mente estaba ocupada en Zac y en el día en que la había acompañado hasta su casa. La diferencia era que, al contrario de Darcy, Zac no se había mostrado hosco, huraño ni aburrido, sino que había hablado por los codos. La había hecho reír y había intentado que Aleisha bajara la guardia. Pero aquello era Londres, y no algún momento del siglo XIX, y nadie hablaba con desconocidos.

Miró a Leilah y, por una fracción de segundo, la vio cubierta de la cabeza a los pies con uno de los mejores vestidos largos de la señora Bennet. Echó la culpa de su alucinación a la historia, a su imaginación desbordante. Era ridículo: la señora Bennet no se parecía en nada a Leilah. Era estirada, chillona, presuntuosa y maquinadora, y siempre andaba metiendo las narices en los asuntos de los demás. En cambio, Leilah era reservada y estaba demasiado perdida en su propio mundo para interesarse por nadie.

—De acuerdo, esos son Elizabeth y el señor Darcy —dijo Leilah con la mirada súbitamente despierta—. Pero también has mencionado a Lydia. ¿Quién es Lydia?

—La hermana pequeña de Elizabeth.

—Vale. ¿Y quién es Wickham?

—Pues diría que se supone que es el malo de la historia, ¿no te lo parece a ti?

—No soy capaz de concentrarme en esto —dijo Leilah.

Aleisha notó que se desinflaba, con el libro abierto en el regazo y las palabras demasiado minúsculas y difíciles de leer. Leilah se levantó del sofá y salió del salón. Aleisha intentó concentrarse en la lectura.

Aidan asomó la cabeza, sosteniendo en alto una notita adhesiva que Aleisha le había dejado. «¿Un pícnic?», decía, con una cara sonriente dibujada.

—No me parece el mejor momento para sacar a mamá a la calle, Aleisha —dijo Aidan en tono serio.

Aleisha estaba decidida a hacerlo, sobre todo después de comprobar que *Orgullo y prejuicio* no había conseguido sacar a su madre de las tinieblas. El año pasado, por aquellas fechas, Aleisha y Aidan habían montado un pícnic en el jardín de casa en una mala época de Leilah y le había sentado bien. Se había reído muchísimo.

—Hace un día bonito... Y ya sabes que el año pasado le gustó mucho. Podemos salir sin alejarnos mucho de casa.

—Será mejor que te prepares para un fracaso... —replicó él con un hondo suspiro.

—Pero el año pasado fuiste tú quien lo sugirió, y funcionó de maravilla.

—Vale, quizá sea cosa mía... No estoy tan seguro de que esta vez vaya a salir bien —dijo él—. Estoy harto de fracasar —farfulló entre dientes.

Un denso silencio flotó en el aire. Aleisha estudió el gesto ceñudo de su hermano y las sombras bajo sus ojos.

—Mira, yo me encargo de todo, ¿de acuerdo? Yo lo preparo. Tú solo tienes que venir.

Aidan se encogió de hombros, sin acabar de estar convencido.

—Tengo que ir a buscar una cosa a la farmacia. Acompáñame. Mamá puede quedarse sola un rato y podemos comprar lo que necesitemos en el camino de vuelta.

Sonrió a su hermano.

—Gracias, Aidan.

Aleisha se sentó en un banco en el parque, al sol, mientras esperaba a que Aidan regresara de la farmacia. Sacó *Orgullo y prejuicio* de su bolso una vez más. Se había sentido bien leyendo en la intimidad de su casa, para su madre, a quien no podía importarle menos... Pero allí se sentía cohibida, expuesta y le preocupaba que alguien pudiera observarla, algún conocido.

Un extraño se sentó a su lado en el banco y Aleisha reemplazó tan rápido como pudo *Orgullo y prejuicio* por el siguiente libro de la lista, *Mujercitas*, que llevaba encima para cuando acabara con Jane Austen. Lo abrió por una página cualquiera.

Miró de reojo, intentando ser muy sutil.

Por un instante, pensó que su cerebro, confundido por *Orgullo y prejuicio*, le estaba jugando una mala pasada. Parpadeó una, dos veces. Pero allí estaba Zac, mirándola.

—Hola, pequeña —le dijo.

Se removió incómoda en el banco, consciente de que se había sonrojado. «Pequeña». Fantástico. Intentó pensar en un comentario ingenioso al estilo de Elizabeth Bennet, pero no se le ocurrió nada.

—Hola —respondió con una nota gélida en su voz; fue todo lo que logró.

—*Mujercitas*... Lo leí hace años. Con mi hermana pequeña. Es su libro preferido. Aunque siempre la hacía desear haber tenido hermanas en lugar de hermanos. Pero ¿quién querría tener una hermana como Amy?

Aleisha no tenía ni idea de quién era Amy... No había leído ni una página, así que, solo por llevar la contraria, replicó:

—A mí me cae bien Amy. Es una incomprendida. —Continuó hojeando el libro en un intento por marcar las distancias—. Pero, dime una cosa, ¿cuántos libros has leído tú?

—Probablemente miles... Tú parece leer solo los más evidentes. —Al principio, a Aleisha le pareció una respuesta incisiva y desinteresada al estilo

de Darcy, pero, cuando lo miró, vio una gran sonrisa que le iluminaba el rostro: le estaba tomando el pelo—. ¿Tienes tiempo para tomar un café?

—Te has pasado un poco. —Aleisha sonrió mientras bajaba la vista hacia su libro. Se negaba a enseñarle la lista de lectura. Le parecía algo sagrado, solo para ella (y también para el señor P, aunque Zac no conociera su existencia)—. No, lo siento. Estoy esperando a mi hermano —dijo Aleisha bruscamente, bajando el libro y mirándolo a la cara—. No puedo.

—Vale, ¿por qué no concertamos una cita en tu agenda?

—Pero ¿quién diantres habla así? —Y añadió avergonzada—: Ah, vale, probablemente alguien de aquí... —dijo, dándole una palmadita a *Mujercitas* —o de *Orgullo y prejuicio*. Seguro que sacas tus frases de ahí...

—Muy ingeniosa... Pero déjame decirte que hay sitios peores de donde sacar las citas.

—Mira, solo tengo cinco minutos. Si quieres hablar, no te cortes —le dijo con dulzura.

—Ah, vale.

Aleisha comprobó sorprendida que Zac se sonrojaba y empezaba a arañarse las deportivas, incómodo.

—La verdad es que no sé por dónde empezar —dijo riendo, mientras un cierto temblor le teñía la voz.

El sonrojo dejó paso a vivas manchas de color rojo intenso que se le empezaron a extender por el cuello, ascendieron hacia la barbilla y le treparon por la cara; estaba claro que no era un indolente como el señor Darcy. En aquel momento, Aleisha se arrepintió de haberlo puesto en un compromiso, de exponerlo, así que, tras dejarlo sufrir unos minutos más en silencio simplemente porque le apetecía, acudió a socorrerlo.

—¿Vas a la universidad?

—Sí, a Birmingham.

—Guay. ¿Y qué estudias?

—Derecho.

Aleisha se volvió para mirarlo.

—Es lo que quiero estudiar yo.

—¿De verdad? —Se le iluminaron los ojos—. ¿Crees que estás preparada?

Lo miró con el ceño fruncido.

—Sí, lo digo en serio.

—¿Y entonces qué haces leyendo todas estas novelas? Tienes que leer libros de verdad. —Señaló con un gesto la mochila que había dejado a sus

pies—. Intenta levantarla...

Aleisha dijo que no con la cabeza.

—Venga.

Volvió a sacudir la cabeza a ambos lados, pero se agachó para agarrarla.

—¡Ostras! Pero ¿qué llevas ahí dentro? ¿Un cadáver?

Aleisha se recostó en el banco, tras dejar la mochila en el suelo, y justo en aquel momento divisó a Aidan acercándose hacia ellos. Zac le siguió la mirada.

—¿Es tu hermano?

—Sí.

—Os parecéis.

Zac empezó a ponerse en pie, pero Aidan se plantó a su lado antes de que tuviera tiempo de levantar la mochila.

—Hola, Leish, ¿te está molestando este tipo?

—No —le dijo ella más tranquila de lo que estaba—. Es un amigo. Zac, te presento a mi hermano, Aidan.

—Hola, tío —lo saludó Zac tendiéndole la mano.

Aidan no le devolvió el saludo.

—No he oído hablar de ti. ¿Eres un amigo de la escuela?

—No... Nos hemos conocido por ahí —respondió Zac.

De repente pareció joven, incómodo, como un conejo sorprendido por los faros de un coche.

—Era broma, tío.

Aidan sonrió, y Zac soltó la respiración que había estado conteniendo.

—Ah, no pasa nada. Ya me iba. Aleisha —dijo, volviéndose para mirarla—, me alegro de verte. A ver si la próxima vez no tenemos que esperar a tropezarnos y marcamos una fecha en la agenda. Ten. —Le entregó su tarjeta—. Podemos hablar sobre ser un ermitaño solitario o incluso sobre Derecho, si quieres saber en qué pretendes meterte —añadió con un guiño.

Aleisha cogió la tarjeta y puso los ojos en blanco. ¿Quién de su edad tenía una tarjeta de presentación?

«Zac Lowe - Estudiante de Derecho/Diseñador gráfico *freelance*», decía, e incluía su número de teléfono móvil en letra negrita y bien vistosa en el centro. Así que diseñador gráfico también, como su madre, se dijo ella.

Aidan se sentó a su lado.

—¿Por qué has tardado tanto? —le preguntó.

—Porque tenía que recoger un medicamento con receta. Había mucha cola en la farmacia.

—¿Para mamá?

—No, no, una cosa para mí. Para mi dolor de cabeza. ¿Qué? ¿Vamos a comprar la comida? ¿Sigues queriendo hacer el pícnic? —le preguntó, alborotándole el pelo.

Nada más atravesar las puertas de Tesco, se arrepintieron de haber ido allí. Estaba abarrotado. Buscaron aprisa en las estanterías los ingredientes que necesitaban para preparar los sándwiches. Aleisha escogió paté, porque le encantaba. Aidan optó por carne de vaca en conserva, porque le recordaba a los bocadillos que Dean solía prepararle, aunque nunca habría admitido tal asociación de ideas. Y para Leilah compraron cóctel de gambas, cruzando los dedos por que no hubiera dejado de gustarle.

En el camino de vuelta, pasaron por delante de Creams, la heladería. Aleisha se asomó para comprobar si había algún conocido. En el pasado había frecuentado aquel lugar, porque era uno de los pocos sitios interiores donde los menores de dieciocho años podían perder el tiempo durante horas, atiborrándose de azúcar. Pero las sillas y las mesas negras y moradas estaban ocupadas por una nueva generación de adolescentes que llevaban chancletas Adidas con calcetines. Los amigos de Aleisha se habían hecho ya mayores y pasaban de ir allí, habían avanzado a la siguiente fase de sus vidas sociales: conseguir documentos de identidad falsificados y hacerse amigos de los gorilas de discoteca para poder entrar en bares de verdad. No lo echaba de menos. ¿O sí?

Una hora más tarde, los sándwiches estaban listos, algunos cortados en triángulos y otros en tiras. Reposaban en la bandeja de servir blanca con el borde dorado de Leilah. Y ya empezaban a resecarse. Aleisha los tocó con un dedo y notó el pan seco con la punta.

Aidan estaba sentado fuera. Leilah estaba sentada en una silla de la cocina, mirando a través de la puerta trasera abierta hacia el jardín. Sonreía, aunque Aleisha vio que estaba pálida. Tenía los ojos oscuros y la mirada nublada: miraba sin ver. Tenía la piel de la frente seca. Volvía a estar cansada.

Aidan extendió el viejo mantel de pícnic.

—Mamá —la llamó, alisando las arrugas—. ¡Sal aquí!

Intentaba sonar optimista, pero Aleisha notó que le temblaba la voz. Estaba nervioso, asustadísimo. Aleisha no lo había notado tan claramente nunca.

Aleisha miró hacia Leilah: era el momento de la verdad.

Leilah se quedó inmóvil. Luego, poco a poco, empezó a sacudir la cabeza. Al principio despacio. Una, dos, tres sacudidas.

Y luego ya frenéticamente. *Unadostrescuatrocincoseis.*

Su respiración se volvió más profunda y luego, de repente, superficial.

Se le cerraron los ojos. Se llevó las manos a la cara. Se abrazó. Se clavó los dedos muy fuerte en los brazos. Se encerró en sí misma.

Aleisha dejó los sándwiches en la encimera. Aidan se olvidó de las últimas arrugas del mantel. Fueron corriendo hacia ella.

Por instinto, Leilah se volvió primero hacia Aidan. Aleisha sabía que ahora ya no podría conectar con ninguno de los dos. Aidan empezó a canturrear en voz baja un coro de «No pasa nada, mamá» y «Estás a salvo, mamá» y «Podemos comer aquí si no te apetece salir al jardín».

Se olvidaron de Aleisha. Sobraba.

Aleisha regresó caminando a la cocina, se apoyó en la encimera y los observó desde la distancia, mientras las preocupaciones se agolpaban en su interior y le formaban una piedra en la boca del estómago. Una piedra pesada. Una piedra que dolía. Aidan estaba arrodillado delante de su madre. Agarraba con las dos manos una de las manos de Leilah. Rezaba. Le imploraba que volviera a ponerse bien. Leilah solo quería a Aidan. El aire era espeso. A Aleisha le costaba respirar. Su hermano la miró, pidiéndole ayuda, pero también comprobando si estaba bien, y Aleisha pudo ver que a él también lo ahogaba aquel aire. Al menos, pensó por un brevísimo instante, no era la única.

—No pasa nada, te pondrás bien —le dijo Aidan a Leilah.

Aidan cerró la puerta del jardín de un portazo, dejando fuera sin más preámbulo el mundo exterior, encerrándolos a los tres. Acompañó a Leilah a su dormitorio en el piso de arriba.

—¿Te ayudo? —le gritó Aleisha.

—No, no hace falta. Danos un minuto —le respondió Aidan.

Aunque intentó contenerse, Aleisha notó que se estaba enfadando. Se le agolpaban los pensamientos. Se apoyó en la encimera de nuevo, con la vista clavada en la puñetera placa de Peter Rabbit de Aidan. Siempre tan feliz. Siempre recordándole que allí Aidan era el mejor. Antes de ser consciente siquiera de lo que estaba haciendo, agarró la placa del anaquel y la dejó caer. Se estrelló contra el suelo, haciéndose mil pedazos a cámara lenta y permitiéndole a Aleisha disfrutar de cada microsegundo de egoísmo.

—¿Leish? —Aidan bajó corriendo y la encontró recogiendo la primera esquirola y clavándose el borde afilado en la punta del dedo mientras

observaba como una gota de sangre brotaba ante sus ojos—. ¿Estás bien? — Aidan agarró un paño de cocina y se lo enrolló con fuerza alrededor del dedo, como si fuera la herida más grave del mundo—. Lo siento. Debería haberte ayudado a recoger.

—¿Mamá está bien? —preguntó Aleisha, sin querer saber la respuesta.

—Se pondrá bien.

Aidan no dijo nada sobre el hecho de que lo que se hubiera roto fuera su placa, su placa decorativa especial. Los sándwiches seguían aguardando sobre la encimera, intactos, mientras Aidan barría la cola de algodón del conejito.

Unas horas después, Aleisha estaba hecha un ovillo en el sofá, intentando desaparecer. Aidan entró en el salón. Se quedó de pie, mirándola un rato, con una cerveza entre las manos.

—¿Aleisha? —le dijo en voz baja.

—¿Qué?

No quería mirarlo.

Aidan respiró hondo.

—Creo que deberíamos llevar a mamá a hablar con alguien —comentó, con una voz que ocultaba un estremecimiento por segunda vez aquella tarde.

El silencio en la estancia reverberó en los oídos de Aleisha. Aidan había pasado de puntillas por aquel tema en el pasado, pero nunca lo había verbalizado tan claramente. Ambos habían creído que la próxima vez «sería diferente». Ahora, sus palabras le revelaron a Aleisha que Aidan no estaba seguro de que fuera a ser así.

Notó sus ojos clavados en ella. Aleisha no respondió. No le apetecía hablar.

Aidan permaneció donde estaba un rato y luego volvió a suspirar hondo. Se sentó y se quedó mirando los anuncios de la televisión, con la mirada perdida. Viendo al suricato hacer sus comparaciones^[10]. Debería haber ido a la óptica. Cada granito de arena cuenta.

—Luego tengo que ir al almacén. Tengo turno de noche —dijo Aidan finalmente.

—Entonces no puedes beberte eso —le espetó ella. Le llegaba el olor de la cerveza a través del agujero de la lata—. Mira, Aid. Llama y di que estás enfermo. Métete en la cama. Ha sido un día muy largo.

Aidan no dijo nada al principio. Luego:

—Por una lata no pasa nada.

Aleisha lo miró. Por su tono de voz y por la forma en que bajaba la mirada, sabía que ya se había bebido más de una.

—¿Quién era ese chico que hemos visto antes, en el parque? ¿Tu novio?

Lo observó y se dio cuenta de que Aidan intentaba mostrar interés.

—Entre la biblioteca y estar aquí, me queda poco tiempo para tener novio, ¿no crees?

—No siempre estás aquí —dijo Aidan.

—Pues yo tengo la sensación de que sí.

—Mamá me dijo que le has estado leyendo en voz alta los libros de la biblioteca.

—Creo que le gusta.

—Vale, pero ten cuidado, ¿de acuerdo? No le leas nada que pueda desencadenar una espiral.

—Le gusta. La ayuda a relajarse.

—Seguramente ni siquiera se concentra.

—No pasa nada. Escucha. No necesita concentrarse.

—Vale, vale. Oye, ¿por qué no invitas a ese chico a venir? Me gustaría conocerlo como es debido.

—¡Pero si ni siquiera yo lo conozco como es debido! —exclamó Aleisha, volviendo a clavar la mirada en la televisión.

—¿Y por qué parecía tan amigo tuyo entonces?

—Supongo que invito a la gente a abrirse.

Aleisha rio. Aunque detestaba admitirlo, pensar en Zac la hizo querer zambullirse en *Orgullo y prejuicio*, pasar tiempo acudiendo a bailes, despreocuparse por un momento, vivir la vida como una adolescente decimonónica normal y corriente, ocupada en flirtear, conocer chicos y casarse. Mientras volvía a la vida real y salía de su ensueño, se preguntó qué pasaría si en realidad tuviera tiempo para quedar con Zac, si de verdad podría convertirse en un amigo, o quizás algo más.

Zapeó por inercia y acabó apagando la televisión.

—Buenas noches, Aidan. Vete a la cama. No vayas a trabajar, no le vas a hacer ningún favor a nadie.

Salió del salón mientras Aidan volvía a sentarse y le daba otro trago a la lata. Lo escuchó toquetear el teléfono, cuya pantalla iluminaba su rostro con un resplandor espectral. Ojalá pudiera saber lo que pensaba.

En su habitación, Aleisha sacó el teléfono y empezó a escribirle un mensaje a su prima Rachel, la única persona que podía entenderla. Pero Rachel estaba ocupada, siempre estaba ocupada, estudiando, trabajando, y en

cuanto escribió el mensaje, lo lamentó. ¿Para qué preocupar a su prima con aquello ahora? No tenía sentido. Ya la llamaría en otro momento.

En lugar de ello, sacó la tarjeta de visita de Zac. Algo le decía que se sentía tan solo como ella. Quería hablar con alguien, con alguien que no la juzgara por sentirse sola y perdida. Tecleó su número seguido de un breve mensaje: «Hola, soy Aleisha, la chica de la biblioteca. ¿Cómo estás?».

Capítulo 22

MUKESH

El teléfono sonó y sonó, una vez, luego otra vez y luego una tercera. Primero estaba confuso, y después se asustó. Eran las ocho de la mañana. Normalmente, sus hijas llamaban a aquella hora, pero solo una vez, a la espera de que saltara el contestador. No insistían. Se levantó pesadamente de la cama, por si se trataba de una emergencia.

—¿Diga? —contestó con voz trémula.

—¿Papá? ¡Hola! —lo saludó Vritti con voz un poco demasiado estridente para aquellas horas de la mañana.

Sonaba contenta, animada.

—Buenos días, *beta*.

—¿Vas a venir hoy? ¿A comer?

—Sí, sí. —A Mukesh se le había olvidado por completo—. Sí, ¡me apetece mucho! ¿Vamos a ir a una de tus cafeterías?

—No, he pensado que es más fácil que vengas a casa. Deepali y las gemelas también vendrán.

—¿Y Rohini y Priya?

—Papá, ya sabes que mi piso no es tan grande. Además, Rohini trabaja. —Mukesh se sintió aliviado de que Rohini no estuviera allí: ya le costaba lidiar con la conversación inminente sobre Nilakshi que le aguardaba con Vritti y Deepali; añadir a Rohini a la mezcla la habría hecho mucho más difícil—. Si quieres, te paso a buscar por casa, si te es más fácil.

Mukesh negó con la cabeza. Pensó en los demonios a los que había dominado durante la excursión con Priya al centro de Londres. Se veía capaz de hacerlo.

—¿Papá?

—No, no. Iré en metro.

—Pero el trayecto es largo... ¿Estás seguro?

—¡Completamente seguro! Conozco bien el metro. Antes me sabía los horarios y las rutas de memoria. No te preocupes.

—Sí, ya lo sé. Hasta luego entonces, papá. *Jai Swaminarayan*.

Mukesh tenía ganas de ampliar horizontes aquel día, de ver a sus hijas, pese a la catastrófica situación sobre Nilakshi que debería afrontar. Quizá incluso leyera un poco más de *Orgullo y prejuicio* en el tren, aunque la letra era mucho más pequeña que en los libros anteriores y le preocupaba marearse. Era entretenido. Hasta entonces había descubierto que el señor y la señora Bennet tenían cinco hijas, una manada de mujeres exuberantes y decididas que le recordaban bastante a sus tres propias hijas. Deepali se parecía tanto a Lydia Bennet... Sabía que la comparación era cruel, pero también que era cierta. Cotilla y egocéntrica, Lydia compartía bastantes rasgos de personalidad con la pequeña de las hermanas Patel. Su rostro había reflejado conmoción al ver a Nilakshi abrir la puerta; conmoción, sí, pero también un cierto regocijo, ¿no era cierto? Solo con verla supo que Deepali se imaginaba a sí misma revelándole el escándalo a Rohini y Vritti al regresar a casa. Entonces pensó en Rohini: ¿a quién se parecía más? ¿A la hermana protagonista, Elizabeth Bennet? ¡La reina Elizabeth! Era brillante e inteligente, pero siempre juzgaba a los demás por la primera impresión, y eso era muy propio de Rohini. Y Vritti... ¿era Jane, que siempre concedía a las personas el beneficio de la duda, o tal vez Mary? Mukesh no sabía demasiadas cosas de Mary. Era sencilla, y a él no le parecía que Vritti fuera sencilla en absoluto. Y por último estaba Kitty, descarada y alocada, siempre metiéndose en líos y haciendo travesuras. Mukesh se alegró de que ninguna de sus hijas se pareciera a Kitty: los habría dejado extenuados a él y a Naina.

Pensó nuevamente en Deepali, tan chismosa como Lydia. ¿Qué le tendría reservado? Respiró hondo, preparándose para lo que fuera. Se dio unos golpecitos en el bolsillo: llevaba las llaves y, lo que era más importante, su tarjeta de transporte para mayores de sesenta años, o la «tarjeta de transporte para viejos», como la llamaba siempre Harish, aunque Mukesh prefería llamarla por su nombre correcto, como a Transportes de Londres le habría gustado que hiciera. Estaba listo para salir.

Aparte del elegante cuarto de baño renovado, el piso de Vritti no había cambiado demasiado desde la última vez que Mukesh había estado allí.

Estaba en un bloque de apartamentos bastante moderno, con ascensor.

—¡Es genial que haya ascensor, papá! —le había dicho Deepali.

El ascensor compensaba que no fuera demasiado amplio y el hecho de ser diáfano compensaba que no tuviera jardín, aunque sí tenía un pequeño balcón repleto de plantas, todas verdes, sin flores.

Era un apartamento minimalista, con muchos cuadros en las paredes. Vritti nunca había tenido demasiadas cosas, y tampoco las había querido nunca, a diferencia de sus dos hermanas. Sin embargo, Mukesh se preguntaba si aquel apartamento sería para ella un verdadero hogar. ¿Podía considerarlo su hogar sin tener montones de productos del *mandir* en cada rincón, sin los táperes rosas utilizados para el *prasada* reciclados como candeleros, sin botes llenos de imperdibles, sin un salero y un recipiente con *jeeru*? ¿Sin fotografías de la familia e imágenes de Swami Bapa^[11] enmarcadas de cualquier manera y colgadas en cada pared? ¿Sin saris de Naina por todas partes?

A Naina siempre le había encantado aquel apartamento, pues simbolizaba la vida que ella no había podido tener porque se había dedicado a criar a sus tres hijas, y a sus tres nietas, y a mantener su casa. Le encantaba aquel apartamento porque su hija lo había hecho suyo, y Naina siempre se había enorgullecido de permitir a sus hijas hacer lo que consideraban mejor para ellas y de dejarlas buscar su lugar en el mundo. «Porque nadie lo hará por vosotras», les decía.

Vritti estaba ya en la puerta para recibirlo en cuanto salió del ascensor. Le dio la bienvenida con los brazos abiertos, como solía hacer cuando saludaba a sus amigos y familiares. Le encantaba ejercer de anfitriona desde que era niña.

—¡Dada! —exclamaron al unísono Jaya y Jayesh, las gemelas de Deepali, desde detrás de la puerta.

Mukesh se llevó las manos a los oídos, esperando no acabar el día con dolor de cabeza mientras las dos pequeñas se abrazaban a sus piernas.

Deepali se le acercó mientras Mukesh se dirigía hacia la cocina.

—Hola, papá. ¡Caray, qué camiseta tan bonita! Pero ¿no son un poco cortas las mangas para tu edad?

Mukesh solo vio a Lydia Bennet, con su elegante vestido, mirándolo a través de los ojos de Deepali.

—Hola, Deepali. No, me la ha elegido una asesora de moda y dice que es la longitud de manga idónea.

Aleisha lo había ayudado a escoger algunas camisetas nuevas, que había pedido por Internet desde los ordenadores de la biblioteca. Le había dicho qué

largo de manga le iría mejor. Y también había escogido los colores por él. Había seleccionado una en verde oliva que Mukesh no tenía claro que le sentara bien, pero le había asegurado que era el color «de tendencia» del momento. A Mukesh le importaba poco llevar algo «de tendencia», pero se había dejado convencer. Aleisha era joven y había estado a punto de conseguir un empleo en Topshop, así que seguramente sabía de qué hablaba. También le había elegido una azul marino, «porque el azul marino nunca sobra», había apuntado, y otra blanca. Las había bautizado como «los básicos del verano».

Así vestido, como una persona moderna, tenía más sensación de encajar en el mundo. Con aquella camiseta deportiva, de repente se sentía atemporal, invencible. Se acordó de Nilakshi, esperándolo en el salón mientras él se probaba sus nuevas adquisiciones en el dormitorio y salía para hacerle «un desfile de moda», como solía llamarlo Naina.

—¡Caramba! —había exclamado Nilakshi—. ¡Qué elegancia!

—¡Te queda genial, papá! —exclamó Vritti—. ¡Ven a sentarte!

La mesa ya estaba puesta. Era transparente y blanca, con un bonito ramo de colores a modo de centro. Mukesh supo que Vritti se habría escapado a recogerlas aquella mañana. Eran frescas y coloridas. Se trataba de una costumbre que había heredado de Naina y de su primera vecina en Londres, que se había presentado el día que habían estrenado la casa para darles la bienvenida con un ramo de grandes margaritas. «¡Les traigo flores! Unas flores frescas y bonitas convierten una casa en un hogar», les había dicho.

Vritti siempre le suplicaba a Naina que salieran a recoger flores nuevas cuando las últimas se marchitaban.

Deepali se sentó al instante, suspirando, exhausta tras pasarse el día corriendo detrás de las gemelas. Mukesh sintió una punzada de culpabilidad por compararla con Lydia Bennet. Sus hijas no habían sido pequeños demonios de niñas, o eso creía él. Mukesh recordaba aquella época con mucho cariño. Eran ángeles, o eso decía Naina, ayudaban en casa y se sentaban educadamente cuando se suponía que tenían que hacerlo y comían lo que les pusieran en el plato.

Por su parte, las gemelas Jaya y Jayesh tenían pinta de angelitos, pero se pasaban el día correteando por la casa, sin parar ni un momento, y los días de lluvia, sacaban los rotuladores y se dedicaban a pintarrapear cualquier superficie que encontraran a su alcance. La casa de Deepali, que anteriormente lucía una decoración perfecta, había sufrido los estragos de su

existencia, aunque ella aseguraba que lo único que importaba era que sus hijas fueran felices.

En cuanto les pusieron el plato delante, las niñas engulleron sus patatas fritas y *nuggets* de pollo. Pranav, el marido de Deepali, no era vegetariano y, en consecuencia, sus hijas tampoco. A Naina la había entristecido que Deepali no hubiera logrado convencer a toda su familia nuclear de regirse por las creencias vegetarianas de Swaminarayan, pero Mukesh no le daba demasiada importancia. Seguramente preparar *nuggets* de pollo fuera más fácil que elaborar unas judías mungo, pensaba, aunque él acababa de descubrir las barritas de queso *halloumi* rebozado, que también eran bastante fáciles de hacer.

—¿Qué tal te va, papá? —preguntó Vritti, mientras sacaba los cubiertos.

—Bien, como siempre —contestó él—. ¿Y a vosotras dos?

—Ah, papá —dijo Deepali—, Rohini nos ha explicado que ahora vas a la biblioteca.

—¡Sí! Me he leído un montón de libros. —Sacó *Orgullo y prejuicio* del bolsillo de su chaqueta; no lo había leído en el metro, pero le gustaba llevarlo encima, como solía hacer Naina—. Es muy bueno.

—¿*Orgullo y prejuicio*? —preguntó Deepali con una risita—. ¡No me habría imaginado que te gustara!

—Quizá no sea santo de mi devoción, pero la portada es bonita. —Lo sostuvo en alto—. A vuestra madre le gustaban este tipo de pinturas. Parece bueno, un buen libro clásico.

—Pero ¿no son básicamente obscenidades del siglo XIX? —Rio Vritti, mientras se sentaba a la mesa.

Mukesh se quedó pálido.

—¿Obscenidades? ¿De verdad? Solo llevo una cuarta parte, pero no me he tropezado con ninguna obscenidad hasta ahora.

—Pues espera y verás... —lo advirtió Vritti con un guiño.

—¿Cómo está Nilakshimasi? —preguntó Deepali, mientras pasaba a los demás la colorida ensalada de Vritti.

La pregunta cayó en la mesa como una bomba. Vritti guardó silencio. Mukesh no se movió ni un centímetro. Incluso las gemelas parecieron quedarse heladas, con sus *nuggets* de pollo inmóviles en el aire.

Ese era el motivo por el que lo habían invitado, por supuesto. Mukesh echó un vistazo a su alrededor, con la esperanza de que alguna persona invisible respondiera por él. Vritti tenía la mirada clavada en su plato.

—Está bien —murmuró él.

—Me gustó verla el otro día —dijo Deepali—. No quise preguntarle, pero ¿cómo está después de lo..., ya sabes, de lo que les ocurrió a su marido y su hijo? ¡Qué tragedia! A mamá se le habría roto el alma de haberlo sabido.

Mukesh respiró hondo. «Típico de *Lydia Patel*», pensó para sus adentros. ¿Cómo reaccionaría el señor Bennet si su hija le hablara de aquel modo? Lydia no paraba de armar escándalos y echar por tierra la reputación de la familia por capricho. Mukesh se devanó los sesos. Pensó que el señor Bennet, sencillamente, jamás se habría expuesto a aquella situación. Era un hombre severo que infundía respeto de un modo que, con toda seguridad, Mukesh no transmitía.

—¡Me han dicho que se está sobreponiendo bastante rápido! —Deepali intercambió una mirada con Vritti, pero esta le respondió frunciendo el ceño y sacudiendo levemente la cabeza a ambos lados.

Deepali hablaba como si Nilakshi fuera una mujer cualquiera, no la mejor amiga de su madre. Había cuidado de ellas cuando eran pequeñas, había estado a su lado cuando Naina enfermó y las había llevado y traído del hospital de Northwick Park cuando ellas estaban demasiado cansadas para conducir. Y ahora lo único que le interesaba a Deepali era cotillear.

—En la vida hay que seguir adelante —dijo Mukesh con un tono más cortante de lo previsto—. La pena puede atraparte durante un tiempo, pero hay que ser valiente para salir de tu zona de confort.

Vritti metió baza para intentar poner fin a aquella conversación.

—¡Venga, llenad bien vuestros platos! —exclamó alegremente—. Espero que os guste.

Mukesh hizo lo que le ordenaban, pero, en cuanto levantó la ensaladera, Deepali se la arrebató de las manos.

—Ya lo hago yo, papá.

Y cuando fue a coger la botella de agua para echársela en el vaso de acero inoxidable que su hija tenía especialmente para él, Vritti se la quitó de las manos y le dijo:

—Yo te sirvo, papá.

Tiró la toalla.

Cuando le pasaron un plato lleno hasta los topes y el vaso a rebosar, asió el cuchillo y el tenedor, sintiéndose observado, y se notó un tanto incómodo al sostener los cubiertos entre los dedos, pero poco a poco empezó a comer. Y al cabo de unos momentos, sus dos hijas se habían olvidado de su presencia, como si fuera un fantasma sentado a la mesa.

—A veces el hervidor de papá no funciona, habría que pedirle a alguien que le eche un vistazo.

—No creo que sea sana la cantidad de judías mungo que come. Espero que esté comiendo algo más también.

—Me gustaría que empezara a cocinar otras cosas, pero no tengo tiempo para enseñarle.

—Ya no va mucho al *mandir* a comer. Debería hacerlo. Allí dan comidas equilibradas.

—Casi siempre parece estar bien.

—Hablando de Nilakshimasi —añadió Deepali, aunque todos eran plenamente conscientes de que Vritti había puesto fin a aquella línea de investigación—, un amigo de Pranav también es Swaminarayan y ha escuchado chismorreos acerca de que Nilakshimasi pasa tiempo con hombres. No querrás ser el motivo de que se forje una mala reputación, ¿no?

Mukesh se quedó helado.

—Para —dijo Vritti—. Ya está bien, Deeps.

—Papá, ¿Nilakshimasi quiere volver a casarse? —preguntó Deepali con una sonrisa dulce.

—Nilakshimasi tiene más o menos la edad de papá. ¡No va a casarse otra vez! —dijo Vritti con total naturalidad—. ¿Podemos cambiar de tema, Deeps?

—¡Eso espero! Porque no es nuestra forma de ser —replicó ofendida Deepali.

Mukesh miró a Vritti, que puso los ojos en blanco para su consuelo. Deepali ni se dio cuenta.

—Papá—dijo Deepali—, ¿con qué frecuencia la ves? El día que la vi en tu casa, ¿era la primera vez?

El señor Bennet jamás habría tolerado aquello. El señor Patel se limitó a tragar saliva.

—Es mi amiga. La veo cada semana, cada pocos días. Nos hacemos compañía. ¿Por qué te molesta tanto?

Ya estaba, ya lo había dicho, y quiso que la silla se lo tragara vivo, con ensalada y todo.

Deepali no respondió.

Mukesh deseó de repente estar en su casa con Nilakshi y explicarle lo desagradable que había sido todo aquello. Se imaginó pidiéndole que le enseñara a cocinar alguna receta más, porque Deepali y Vritti probablemente tuvieran razón y comiera judías mungo demasiado a menudo.

Entonces sonó el teléfono y rompió la tensión.

—¿Diga? —respondió Vritti, descolgando el auricular—. Es Rohini —les anunció a los presentes, como si actuara en alguna pantomima, pero se sonrojó, aparentemente avergonzada—. Sí, papá y Deeps. Y las gemelas. —Asintió un poco más—. Papá, Rohini quiere hablar contigo —dijo, y le pasó el teléfono.

Rohini hablaba demasiado fuerte para dirigirse solo a él; Mukesh se dio cuenta de que Deepali, Vritti e incluso las gemelas estaban pendientes de lo que decía.

—¡Rohinimasi va a regañar a Dada! —le susurró con voz audible Jayesh a su hermana—. ¡Mamá me dijo que iba a llamarlo!

Mukesh volvió a tragar saliva. Lo habían arrinconado.

—Papá, ¿has estado pasando más tiempo con Nilakshimasi del que deberías?

—Hola, Rohini, yo también me alegro de hablar contigo —respondió él en tono sarcástico, mientras dirigía la mirada de Vritti, que parecía incómoda, a Deepali, que tenía un aire triunfal.

—Me he tropezado a Hetalmasi de camino al trabajo y me ha preguntado si erais pareja.

—Eso es mentira. Además, ¿qué sabe Hetalben?

Mukesh estaba indignado. Lo estaban espiando. ¡Hacía meses que no veía a Hetal, del templo!

—Tienes que ser cuidadoso, papá. Todos sabemos que Nilakshimasi es una mujer encantadora y buena, pero no sabemos qué pretende de ti. ¡Y es importante que la gente no crea que le estás faltando al respeto a mamá!

Vritti se puso en pie.

—Nadie creería nunca que papá le está faltando al respeto a mamá —exclamó en tono enérgico.

A través del auricular, Mukesh volvió a escuchar la voz de Rohini.

—No hablo de nosotras, pero hay personas que pueden sacar conclusiones erróneas. No todo parece siempre tan inocente.

Todo el mundo guardó silencio un rato.

—Papá, tú quieres a mamá. Nosotras lo sabemos. Y tienes derecho a ser feliz. Pero me preocupa que la gente chismorree, que diga cosas que nos avergüencen. Además, no sé si Nilakshimasi puede hacerte feliz.

Mukesh se puso en pie, sin apartarse el teléfono de la oreja.

—Me siento solo, Rohini —dijo, mirando a Vritti y a Deepali a los ojos—. Mi mujer ha muerto. Mi mujer ya no está. Su recuerdo sigue aquí y aquí —se tocó el corazón y la cabeza—, pero ella ya no está. Vosotras tenéis

vuestra propia vida y estáis muy ocupadas. No tenéis tiempo para dedicarme a menos que os pueda ser útil en algo. Y, cuando venís a verme, no paráis de fastidiar y de incordiar con pequeñeces. ¡Además, nunca me escucháis! No conversáis conmigo. Lo único que hacéis es dejarme mensajes en el contestador, sin esperar siquiera que os devuelva la llamada. Estabais acostumbradas a hablar con vuestra madre, la queríais y os preocupabais por ella. Y si me queréis a mí también y os preocupáis por mí, deberíais entender que quiera tener una amiga... Y Nilakshi ha sido muy buena conmigo.

El corazón estaba a punto de estallarle. Notó que le escocía la piel de la cabeza por el sudor. Tenía húmeda la mano con la que sostenía el auricular; lo agarró con más fuerza, deseando que no se le resbalara y cayera al suelo. Las orejas le latían con el bombeo de la sangre. Vritti y Deepali lo miraban. Vritti parecía satisfecha, se esforzaba por no dejar que una sonrisa le curvara la comisura de los labios, pero Deepali parecía triste, apenada.

Mukesh volvió a hundirse en su silla. Había disfrutado sintiéndose grande, enorme y poderoso durante aquel momento. Pero ahora, con la mirada de su hija pequeña y el suspiro de su hija mediana que le llegó a través del teléfono, volvió a sentirse pequeño, como un niño.

Le pasó el teléfono a Vritti, que lo sostuvo con el brazo estirado.

—Vritti, gracias por la comida. Ahora me voy. Adiós. ¡Jaya, Jayesh, adiós!

Para entonces, Jaya y Jayesh estaban viendo un programa en la televisión, con los *nuggets* de pollo diezmados delante de ellas, y ya no prestaban atención.

—Deepali, adiós —continuó Mukesh.

Recogió su boina, temblando. Salió por la puerta arrastrando los pies y la cerró a su espalda.

Permaneció en el rellano un momento, intentando recobrar el aliento y orientarse, esperando a que una de sus hijas saliera tras él. No lo hicieron. Al otro lado de la puerta, la conversación continuó en su ausencia.

—Ha sentido que le tendíamos una emboscada. Estaba claro que era una trampa —siseó Vritti—. Papáno es tonto. ¿Quién telefonea a su hermana como si tal cosa y le pide hablar con su padre para saber si tiene una relación? ¡Sabía que era una idea nefasta, pero nunca me escucháis! ¿Por qué no lo dejáis disfrutar de la vida?

—No intentes venderme que las malas somos nosotras. Probablemente hayas sido tú quien le haya metido esas ideas absurdas en la cabeza, con esa mentalidad independiente que tienes y eso de dejar a cada cual que haga lo

que quiera. ¡Al menos nosotras lo hemos hablado abiertamente, en lugar de limitarnos a hablar sobre ello en el WhatsApp de la familia!

Mukesh se negaba a oír nada más. Se dirigió al ascensor y, antes de darse cuenta, estaba en la calle, en el tren y, finalmente, de regreso en casa.

Capítulo 23

ALEISHA

Los créditos se deslizaban por la pantalla y Leilah no se había quedado dormida. Hacía años que no se sentaba a ver una película con nadie. Era una película de Disney, así que no necesitaba concentración, pero aun así era un logro. Aleisha estaba medio desconcertada medio esperando a que se rompiera el hechizo; habían pasado varios días desde su pícnic fallido, pero Leilah parecía haberlo olvidado por completo.

Aleisha había visto a su madre sonreír, dejando a la vista el hueco entre las dos palas. La sonrisa de su madre siempre la devolvía a los viajes a la playa en familia hacía muchos años, como una fotografía impresa en su memoria.

Le habría gustado que Aidan estuviera allí para verlo. Le diría que tuviera cuidado, que no albergara demasiadas esperanzas, le recordaría que aún podían pasar algunas semanas más, meses incluso, antes de que Leilah volviera a ser «ella misma» otra vez.

Pero ahora aquello no importaba. Habían sido una familia normal y aburrida durante una hora y media. Era lo único que quería Aleisha.

Recordó las noches de cine con Leilah cuando Aidan y ella eran pequeños, normalmente cuando Dean trabajaba hasta tarde, los tres acurrucados bajo una manta si era invierno o con un bol de helado de vainilla en medio si era verano. Aidan solía insistir en echar virutas por encima, virutas de chocolate, centenares, miles de ellas. Aleisha prefería el sirope. A veces, Leilah les permitía echar ambas cosas. Habían bautizado aquellas veladas como sus noches de críticos de cine, porque veían juntos la película y luego conversaban sobre ella durante horas, analizando a los distintos personajes, los fragmentos más divertidos y también los más tristes. Leilah lanzaba preguntas sonda, como: «¿Qué ha aprendido ese personaje de lo que ha hecho?». Aleisha se reconoció haciendo lo mismo en sus conversaciones con el señor P, intentando sonsacarle cuál era su opinión sobre cada libro.

Leilah lo hacía para estimular la conversación, para prolongar aquel momento que tanto les gustaba, su favorito, para mantenerlos dentro de la burbuja, una burbuja que estallaba en cuanto Dean regresaba a casa y todo volvía a la aburrida realidad: prepararse para irse a la cama y luego a la escuela, para que Dean pudiera acomodarse delante del televisor y relajarse viendo el telediario de las diez de la noche. Echaba de menos aquellos tiempos en los que los tres se hacían compañía y su única preocupación eran las motivaciones de los personajes y la banda sonora de las películas.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Aleisha a Leilah, que seguía con la vista clavada en la pantalla y las palmas entrelazadas, como si estuviera rezando.

—¡Pues muy emotiva! —respondió Leilah en voz baja, sin apartar la mirada de los créditos, con el rostro iluminado de distintos colores por la televisión: rojos, verdes y azules. Las arrugas de la cara de su madre hablaban por sí solas: las expresiones, la tristeza... Era muy guapa—. Gracias —dijo Leilah, sin desviar la mirada, dándole un apretoncito en la mano a Aleisha.

—De nada —contestó Aleisha, sin tener muy claro qué le agradecía.

—¿Por qué no te sientas aquí conmigo? —preguntó Leilah dándole unas palmaditas al cojín del asiento de al lado.

Aleisha hizo lo que le pedía; no quería volver a romper el hechizo.

—¿Cómo estás? —dijo Leilah, mirándola a los ojos.

Aleisha dejó que la pregunta flotara en el silencio entre ellas durante un momento, por temor a decir algo indebido.

—Bien, supongo. —Abrió la boca para añadir algo, pero se le quedó la mente en blanco.

—¿Quién es la persona con la que no paras de enviarte mensajes de texto? —le preguntó Leilah al oír vibrar el teléfono de Aleisha.

—¿Qué? —Aleisha se puso como la grana.

—Esa persona... con la que te estás enviando mensajes ahora. Siempre estás al teléfono con alguien cuando estás aquí. ¿Quién es?

Aleisha miró el mensaje de Zac: «Hola, ¿todo bien? ¿Qué tal la película? ¿Te apetece quedar para tomar un café un día de estos?».

—Ah, no es nadie —masculló—. Alguien que conozco.

—¡Un novio! ¡¿Tienes novio?!

A Leilah le centellearon los ojos con una alegría infantil. Aleisha no pudo evitar sonreír.

—No, no, no. No es nadie.

Le vino a la mente una imagen de Zac vestido con un atuendo al estilo de Jane Austen, con una formal camisa blanca con volantes. Se tapó la cara con ambas manos.

—¿Es alguien del trabajo? Alguna vez has hablado de un tal Kyle.

—¡No! —dijo, horripilada ante aquella mera sugerencia.

—Tienes que contármelo.

Aleisha rio. Odiaba tener que hacerlo. Pero a su madre realmente parecía importarle que estuviera saliendo con un chico. Y eso sí que era una novedad.

—¿Lo vas a invitar a casa?

En momentos como aquel, daba la sensación de que Leilah creía que vivían una vida distinta, como si Aidan y ella pudieran invitar a amigos a casa con cualquier pretexto.

—Venga, suéltalo, ¿quién es ese chico?

—¿Por qué crees que es un chico?

—Mira, tal vez sea vieja, pero sé que es un chico y quiero saberlo todo. Pero no porque sea tu madre, sino porque me apetece. ¿Acaso no puede apetecerme saber algo divertido y emocionante? ¡Mírame!

Leilah abrió los brazos en cruz. Estaba muy delgada. La camiseta le hacía bolsas alrededor de la cintura. Tenía las piernas cruzadas a lo indio muy cerca del cuerpo.

—Ya... pero ¿qué pasaría si fuera una chica, y no un chico?

—¡Pues no me importaría! ¡Cuéntamelo, va!

Aleisha suspiró.

—Se llama Zac. Una vez lo vi en el metro. Y luego me ayudó a traer la compra a casa desde el colmado. Vive cerca de aquí. Lo vi en el parque e insistió en darme su número de teléfono, y hemos ido hablando.

—Amor a primera vista.

—¡Mamá!

—Vaaale... ¡Pero sigue contando!

—Estudia Derecho...

—Ya está. ¡Cásate con él! —dijo Leilah, mientras levantaba las manos en el aire con gesto teatral—. Siempre he dicho que tú estudiarías Derecho. ¡Pronto podríamos tener dos abogados en la familia!

—¡No! Para el carro. —Abochornada, Aleisha tenía la vista clavada en la pared de delante—. Pero me está ayudando mucho y me dijo que me enseñaría algunos de los prospectos informativos de las universidades. Los ha guardado todos.

—¡Genial! —Leilah le guiñó un ojo—. No me hagas caso, estoy de broma. Parece un buen chico. ¿Qué edad tiene?

—Veinte. No es demasiado mayor.

—Está bien. Yo salí con varios chicos de veintiséis años cuando tenía tu edad.

—¡Calla, mamá!

—No simultáneamente... ¿Y conoce a tu otro amor?

—¿Qué otro amor?

—La lista. Esa lista de lectura que me enseñaste.

A Aleisha le sorprendió que se acordara.

—No, eso no es nada.

—Pero podría ser el principio de una historia de amor... ¿Qué pasaría si la persona que redactó esa lista fuera tu media naranja? Podría ser el argumento de una película de Richard Curtis. —Aleisha no respondió—. Hay algo en esa lista que te ha enganchado de verdad. Sigues leyendo, ¿no es cierto? ¿O te ha distraído de hacerlo ese chico?

Aleisha sopesó su respuesta.

—Sí, mamá. Sigo leyendo. Sigo disfrutando de los libros. Me siguen interesando. Y, además, me entretienen mientras todo el mundo está en el Festival de Reading o donde sea. O mientras están de vacaciones o trabajan en un empleo decente. Hace mucho tiempo que no veo a nadie. Nadie habla conmigo. Da la sensación de que ni existo.

Aleisha respiró hondo. La lista ya no era solo una distracción para ella. Había aprendido de Atticus Finch a luchar por aquello en lo que creía; había aprendido a sobrevivir con un tigre, como Pi; había aprendido a no permanecer en una casa espeluznante en Cornualles, a buscar un hotelito u otra alternativa, y con Amir, de *Cometas en el cielo*, había descubierto que nunca era demasiado tarde para hacer lo correcto. *Orgullo y prejuicio*... era más bien una lectura indulgente, un placer culpable, pero le gustaban ciertos aspectos del libro, sobre todo los fragmentos que le recordaban a Zac.

Pensó en Mukesh, su nuevo e improbable amigo. Había sido un buen compañero para ella en la biblioteca. La última vez que había acudido lo había visto sentado con la espalda muy recta, con sus gafas de lectura apoyadas a medio puente de la nariz, concentrado en *Orgullo y prejuicio*.

—Hola, señor P —lo había saludado Míster Novela Negra (Chris), al pasar por delante—. ¿Le está gustando?

El señor P se había encogido de hombros.

—Ahora mismo no...

Aleisha se había reído para sus adentros: no esperaba que el señor P, siempre tan educado, fuera tan sincero.

—Me han gustado los personajes; me han parecido muy muy divertidos. Y muy variados. Pero el argumento, no me parece demasiado... ¿cómo decirlo?... no me parece que tenga demasiado que ver conmigo. ¿No crees, Aleisha? —le había dicho el señor P.

Aleisha tampoco estaba segura de si tenía demasiado que ver con ella. Pero, según había leído en Internet, a la gente le encantaba aquel libro, lo tenían por una especie de biblia feminista.

—¿Qué le han parecido Darcy y Elizabeth? ¿Lo han transportado a sus días de galanteo? —bromeó ella.

—No, no. Mi matrimonio no empezó así en absoluto —contestó el señor P, casi buscando una excusa para aparcar el libro.

—¿Qué quiere decir? —le había preguntado ella.

—En nuestro caso no hubo un cortejo largo. Nos vimos abocados a casarnos, como en esos matrimonios de conveniencia que a la señora Bennet tanto le gusta concertar. El nuestro fue un matrimonio convenido. Conocí a Naina poco antes del día de nuestra boda, pero fue el día más especial de mi vida. Mi esposa... era perfecta. Fui muy afortunado. —Por un instante, dejó vagar la mente—. Pero déjame que te diga algo: el hecho de que no nos pasáramos meses persiguiéndonos el uno al otro, como Elizabeth y el señor Darcy, no significa que no estuviéramos hechos el uno para el otro. No nos conocíamos, pero yo tenía la sensación de conocerla de toda la vida. Podía entregarme a ella. Lo hice, y fue la mejor decisión de toda mi vida.

Aleisha había pensado en Zac al oír aquello, en la primera vez que lo había visto, y se preguntaba si entonces había sabido ya que podían convertirse en amigos.

—Desde el primer momento en el que conocemos al señor Darcy y a la señorita Elizabeth, sabemos que están predestinados a estar juntos. La autora se pasa el resto del libro intentando mantenerlos separados para diversión del lector.

El señor P tenía razón. Aleisha se preguntó si su propia reticencia a ser sincera y abierta con Zac, que estaba haciendo cuanto podía por ayudarla a sincerarse, era lo que la hacía seguir tan sola y ser tan cerrada..., porque sí, para entretenimiento de sus lectores imaginarios.

Leilah se acercó a Aleisha y la sacó de su ensimismamiento.

—¿Le has hablado a tu hermano de la lista? Le encanta ir a la biblioteca.

—Pues si tanto le gusta la biblioteca, ¿por qué ya no va nunca?

—Está ocupado. Trabaja mucho. No tiene tanto tiempo como tú. —Leilah no lo pretendía, pero sus palabras hirieron a Aleisha—. Perdona, lo siento, no me refería a eso. Ya sé que no es fácil hablar conmigo y soy consciente de todo lo que los dos hacéis por mí y de lo duro que ha sido todo. Me encantaría poderos ayudar más, pero quiero que sepas que puedes contármelo todo. Y Aidan también. Vosotros dos sois lo más importante en mi vida.

Aleisha intentó ocultar la sorpresa en su voz y dijo, con cautela:

—Mamá, gracias, eso que has dicho es muy bonito. —Luego respiró hondo, preocupada por cómo podía caer lo que pensaba añadir a continuación—: Pero yo quiero que tú también seas lo más importante en tu vida.

Una nube empañó la expresión de Leilah unos instantes, antes de que su falso tono risueño la disipara:

—Apuesto a que es una profesora. Estoy segurísima. ¿Quién escribe listas? ¡Solo los profesores!

—¿Por qué estás tan segura de que es una mujer?

—No lo estoy, pero tiene toda la pinta.

—Supongo que todas las mujeres escriben listas, ¿no?

—Quizá sea Aidan. Le encanta la biblioteca y me he dado cuenta de que Aidan te hace listas todo el tiempo.

—Sí, pero la verdad es que me cuesta imaginar a Aidan leyendo *Orgullo y prejuicio...* o *Mujercitas*. —Aleisha sacó otra lista, esta escrita en los mensajes de WhatsApp que Aidan le había enviado. La leyó en voz alta, subrayando las mayúsculas—: «Azúcar. Cordero. Compra lavavajillas. Pide bolsas de reciclaje orgánico en el ayuntamiento. Saca los cubos de la basura esta noche. Y PON UNA BOLSA NUEVA EN EL CUBO VACÍO». Eso de la bolsa de basura... sí que es el inicio de una verdadera historia de amor.

Las dos mujeres estallaron en carcajadas. No podían parar de reír. Y se agarraron la una a la otra como si les fuera la vida en ello al escuchar la llave de Aidan en la cerradura.

—Eh, hola. —Oyeron su voz, que viajó hacia el salón.

—¡Hola! —lo saludó Aleisha, soltándose de su madre como si le hubieran echado agua hirviendo encima.

—¿Qué tal estáis?

Tenía los ojos cansados, pero se mantenía erguido y lucía una sonrisa pegada en el rostro, como si pretendiera inyectarse a sí mismo un poco de energía.

—Acabamos de ver una película de Disney, *Up*.

—Ha... sido... genial —dijo Leilah, ilustrando cada pausa clavándose un dedo en el muslo.

Aidan asintió con la cabeza.

—¡Qué bien! Suena divertido. —Leilah y Aleisha intercambiaron una sonrisa y volvieron la vista hacia Aidan, que ya se había dado media vuelta y subía las escaleras—. Bueno, me voy a dormir, estoy hecho polvo.

—¿A qué viene esa cara tan larga, Aidan? —preguntó Leilah con una risita.

Aidan le lanzó una mirada a su hermana, esquivando los ojos de su madre.

—Ha sido un turno largo. —Bostezó—. Me voy a la cama. Hasta mañana. —Desde la mitad de las escaleras, bramó—: ¡Aleisha, no te olvides de sacar la basura!

Leilah le acarició el pelo a Aleisha.

—Es muy bueno con nosotras, ¿verdad?

Aleisha asintió con la cabeza. Leilah se apoyó en las manos para levantarse del sofá y salió del salón. Al quedarse allí sola, Aleisha notó un escalofrío. Sintió frío, en una casa en la que últimamente había hecho un calor sofocante, y de repente se dio cuenta de que las ventanas estaban abiertas de par en par. No recordaba haberlas abierto ella misma.

Capítulo 24

MUKESH

Bip. «No tiene mensajes nuevos».

A Mukesh se le hizo un nudo en la garganta. Se desplomó en el sofá, con la vista clavada al frente. Hacía días que no veía a Nilakshi ni le devolvía las llamadas. Tampoco había ido a la biblioteca. *Orgullo y prejuicio* seguía esperando en su mesita de noche. Lo había intentado, lo había intentado de verdad, pero siempre que empezaba a leer, la mente se le iba a otro sitio. No paraba de pensar en el día en casa de Vritti, en todo lo que habían dicho sus hijas, y también en lo que no habían dicho.

Se había fallado a sí mismo y les había fallado a Aleisha y a sus hijas. Y a Naina también. Naina... llevaba tanto tiempo sin decir nada. A pesar de todos sus esfuerzos, de intentar mantener vivo su espíritu en él a través de los libros, tenía la sensación de haberla perdido.

«Reputación». Aquella palabra le taladraba el pensamiento: el rostro de Deepali y la decepción que reflejaban sus ojos le seguían doliendo.

Se tumbó boca arriba en la cama, con la vista clavada en el techo. Las últimas semanas, todos aquellos momentos en los que había tenido la sensación de estar consiguiendo algo... no habían significado nada al final. Porque allí estaba, de nuevo en la casilla de salida.

Una hora más tarde alguien llamó a la puerta. Mukesh se levantó con gran esfuerzo de la cama, con la cabeza embotada y dolorida, se calzó las pantuflas y se dirigió arrastrando los pies hacia el recibidor.

—¿Vritti? —se sorprendió al abrir la puerta.

—Hola, papá —lo saludó Vritti con dulzura—. He pensado en dejarme caer para tomar un *chai* juntos. ¿Estás libre?

Mukesh notó que se le anegaban los ojos de lágrimas, pero parpadeó para refrenarlas mientras se apartaba a un lado para cederle el paso a su hija.

—¿*Chai* de sobre? —preguntó Vritti, dirigiéndose directamente hacia la cocina.

—Vale, pero échale sacarina. Rohini me compró sobres sin edulcorar la última vez.

Mukesh permaneció en la puerta de la cocina observando a Vritti moverse por allí como si fuera su casa.

—De acuerdo, pero no le digas que te he dejado ponértela —le dijo Vritti—. Me caería una bronca de mil demonios. Ve a sentarte, papá, y pon los pies en alto.

Mukesh hizo lo que le ordenaban, sin saber bien qué decir.

Momentos después entró Vritti portando en equilibrio dos tés en la bandejita de Naina, con algunas pastillas de sacarina extra esparcidas entre las tazas. La depositó con delicadeza en la mesa que había al lado de Mukesh, pero aun así derramó un poco de té en la bandeja. Las pastillas de sacarina empezaron a flotar y algunas nadaron lo más rápido que pudieron hacia la orilla. Unas sobrevivieron, las otras se desintegraron lentamente. Vritti y Mukesh se las quedaron mirando por inercia hasta que a los dos les pareció oír la típica regañina de Rohini: «¡Que alguien traiga un trapo de cocina y limpie esto!».

—¡Yo me encargo! —Mukesh miró a Vritti con los ojos brillantes. Alargó el brazo por el lado de su sillón y sacó un aspirador de mano con mopa—. ¡Absorbe el agua!

Vritti rio.

—¿De dónde demonios has sacado eso? ¿Y por qué lo has comprado?

—De uno de esos programas de televisión. ¡Fue muy fácil! Esta es la segunda vez que lo uso con causa justificada. La mayoría de las veces lo utilizo para limpiar el vaho de la ducha.

Vritti volvió a reír y, de repente, Mukesh se dio cuenta de lo ridículo y banal que era y también rio entre dientes.

—¿Cuánto hace que lo tienes?

—Unos tres meses. No me funcionaba Netflix y me enganché a esos canales de teletienda. La mayoría de cosas son chorradas, ¡pero esto es muy útil!

El timbre interrumpió la tarde una vez más y Mukesh se notó palidecer. Vritti estaba allí... ¿Lo estarían acorralando otra vez? Alzó la vista hacia el retrato de Naina en busca de una señal, de una advertencia.

—¿Sabes quién puede ser? —le preguntó a Vritti, que se encogió de hombros con indiferencia.

Se dirigió arrastrando los pies hacia el recibidor y abrió con cautela la puerta.

—¡Dada! —gritaron dos voces.

A los pocos segundos, tenía dos pares de brazos agarrados a sus piernas, y a Deepalydia Bennet de pie delante de él, pero sin la papalina que había imaginado que debían de llevar en la cabeza las hermanas Bennet.

—Hola, papá —lo saludó, titubeante.

—Deepali —dijo él con una sonrisa.

Y justo detrás de su *masi* estaba Priya, sonriendo de oreja a oreja.

—Rohini me ha llamado y me ha pedido que fuese a recoger a Priya para que pasarais juntos un rato, y estas dos pequeñas también te querían ver. — Deepali empujó a las gemelas hacia el interior y bajó la vista a sus manos. Mukesh conocía a Deepali de toda la vida y la imaginó con la vergüenza que la devoraba por dentro—. Yo... quería pedirte perdón... por el otro día. Fue injusto por mi parte. No he parado de escuchar a mamá regañándome todo el rato, no me la he quitado de la cabeza desde entonces...

Detestaba disculparse.

Mukesh pensó en el viejo Atticus Finch de *Matar a un ruiseñor*, lo bastante mayor y sabio para sobreponerse a cualquier disputa personal. Además, aquella era su hija y, aunque no siempre la entendía, sabía que no pretendía hacerle daño. Jaya y Jayesh se dirigieron corriendo al salón a incordiar a su prima, mientras Deepali se inclinaba hacia delante y abrazaba a su padre.

—Ay —gruñó Mukesh—. No me aprietes tan fuerte, que ya soy viejo.

Deepali no se movió.

—La echo de menos —dijo Deepali, con la cara apoyada en el hombro de su padre—. La echo mucho de menos.

A Mukesh se le hizo un nudo en la garganta.

—Ya lo sé, *beti*, yo también la echo de menos. Cada día.

Vio a su hija años atrás, un poco mayor que Priya quizá, regresando a casa de la escuela llorando. Él había sido capaz de entender cómo se sentía entonces, cuando había visto su rostro bañado en lágrimas. Pero el otro día, en casa de Vritti, no había detectado el dolor tras su enojo, no se había percatado de cuánto echaba de menos a su madre. Siempre había sido tan valiente, tan atrevida. Tal como decía Atticus, la única manera que tenía de entender lo que le pasaba a Deepali era meterse en su piel.

—Entra, *beta* —dijo, conduciendo a su familia hasta el salón.

Deepali se acomodó en la butaca preferida de su madre, y Jaya y Jayesh se sentaron a sus pies. Priya se dirigió hacia su abuelo y le alargó el libro que estaba leyendo, emocionada.

—Acabo de empezar a leerlo, pero me encanta. Ahora ya sé quién es Atticus Finch.

A Mukesh se le alegró la cara. Por un instante, le costaba creer su suerte. Se moría de ganas de explicarle a Aleisha que los libros que le había recomendado hasta entonces habían dado su fruto con Priya. Le había encontrado libros que podía leer con su nieta.

—Dada —dijo Priya alegremente—, ¿de qué va este libro?

Levantó *Orgullo y prejuicio*. Se notaba que intentaba distraer a su Deepalimasi de aquel mal trago.

—Es una historia de amor, ¿no? —intervino Vritti.

—En cierto sentido, sí —dijo Mukesh—. La autoritaria señora Bennet quiere casar a sus hijas con hombres ricos. Pero una de sus hijas, Elizabeth Bennet, quiere casarse por amor, no por dinero —le explicó a Priya.

—Dada —dijo Priya—, ¿crees que Ba se leyó este libro?

Deepali miró a su padre.

—Ya te digo yo que sí. Hasta yo me lo he leído.

—¿Eras tú su señor Darcy, papá?

Vritti y Deepali rieron entre dientes; Priya las miró sin entender la broma, pero sonrió de todos modos.

—¡Lo dudo mucho! Yo nunca he sido tan finolis. Además, a vuestra madre no le quedó más remedio que casarse conmigo —añadió haciendo autocrítica—. Pero ella lo era todo para mí. —Recordó a Naina el día de su boda, poco después de conocerse. Estaba asustado: no sabía nada de aquella mujer y estaba a punto de entrar a formar parte de su familia—. Vuestra madre era experta haciendo sentir cómoda a la gente, ¿no es cierto?

—¿Por qué crees, si no, que el templo la hacía asistir a todos los eventos? —preguntó Deepali poniendo los ojos en blanco.

—Recuerdo que mi madre me llevó a un aparte el día antes de mi boda —continuó Mukesh— y me explicó que era una muchacha muy guapa, inteligente y buena. Yo no quería creerla: sonaba demasiado bueno para ser verdad. Y tenía la sensación de que, si me hubieran concedido tiempo y libertad, habría escogido a alguien mejor para mí. Pero entonces la conocí y al instante supe...

—¿Qué, Dada? —preguntó Priya.

—Supe que tu abuela era la única persona indicada para mí.

Su cortejo empezó después de la boda. Cada día con Naina estaba lleno de sorpresas. La primera fue el aspecto de Naina por la mañana: sorprendentemente, nadie había preparado a Mukesh para que su esposa tuviera el mismo aspecto que en cualquier otro momento del día. Pero, con los años, la cadena de sorpresas continuó: cuando el padre de Mukesh se enfrentaba a una muerte lenta, Naina supo exactamente cómo reconfortarlo.

—¿Mukesh? —Había aparecido en la puerta un día, con un libro enorme entre las manos. Se lo entregó: era un álbum fotográfico de la familia que ella misma había montado—. Esto es para ti.

A Mukesh solo le habían sacado unas cuantas fotos durante su infancia, pero había una de él, sentado en la rodilla de su padre, ambos con el rostro serio. Al verlo, el padre de Mukesh había cobrado vida en su recuerdo. No sabía dónde había ido a parar aquel álbum. Seguramente estaría guardado en algún lugar, a buen recaudo.

—¿Cómo era? ¿Cuándo erais pequeños? —le había preguntado Naina.

—Pues la verdad es que podía dar miedo, eso lo recuerdo. Siempre me regañaba cuando correteaba por la casa o entraba con los zapatos polvorientos de la calle. Pero le encantaba jugar conmigo. Jugábamos al críquet —había respondido él riendo.

Naina había fruncido el ceño.

—Pero si tú eres malísimo al críquet...

—Ya lo sé, lo he heredado de él. Él también era malísimo.

Mukesh había sonreído; había abrazado el álbum, había despegado aquella foto de su padre y de él, con los ojos realzados con kohl como si formaran parte de un horrible grupo de música gótica. No se le había ocurrido que nadie pudiera sosegarlo en aquellos meses, pero Naina lo había hecho. Hablar sobre su infancia y sobre su relación con su padre lo había ayudado a hacerse a la idea de que este no viviría para siempre.

Habría querido que, al llegarle la hora a Naina, también le hubiera sostenido la mano y lo hubiera guiado a través de su pena, paso a paso.

Aunque Mukesh se había aferrado a ella a su manera, no bastaba.

Mientras Mukesh regresaba con la mente al pasado, Priya se abrió camino hacia su abuelo y lo rodeó con los brazos, tal como solía abrazar a Naina, anclándolo al presente, con su familia.

«Te quieren —oyó decir en la distancia—. Siempre te han querido».

Habría reconocido aquella voz en cualquier parte: era la de Naina. Había regresado de nuevo.

—Papá—se le acercó Deepali—, me alegro de que hayas encontrado a alguien con quien hablar, de verdad. —Sostuvo en alto el libro—. Y me alegro de que estés leyendo con otras personas, en la biblioteca, en el templo, con Nilakshimasi. —Lo atrajo hacia sí y le dio un abrazo—. Mamá estaría muy orgullosa de ti.

MUJERCITAS
de Louisa May Alcott

Capítulo 25

ALEISHA

—¿**E**stás bien, Aleisha?
Era Míster Novela Negra, «Llámame Chris», que se aproximaba al mostrador cargando con lo que parecía una pesada mochila a la espalda, sin duda repleta de libros.

—Sí —contestó Aleisha, apartándose el cabello de sus cansados ojos, mientras buscaba frenéticamente con los dedos la lista de tareas que había dejado en algún sitio sobre la mesa—. No es nada, uno de esos días...

—Ya lo veo. No te preocupes, he visto a esa mujer tener la misma discusión con Dev y Kyle cuando son ellos quienes están aquí.

—¿De verdad? ¿Lo hace siempre?

—Sí, estoy bastante seguro de que selecciona la biblioteca incorrecta cuando hace el pedido por Internet.

A Aleisha acababa de tenderle una emboscada en público una clienta malhumorada al descubrir que los libros que había encargado se habían enviado a la biblioteca de Hanwell. Tal como Termo Dev habría querido que procediera, Aleisha había asumido toda la responsabilidad en nombre de las bibliotecas de Brent y se había ofrecido a ir ella misma a recoger los libros a Hanwell y llevárselos a su casa para quitársela de encima. Y entonces la mujer se había lanzado a la carga, gruñendo:

—Por esto precisamente están cerrando tantas bibliotecas. Porque están mal gestionadas. No me extrañaría que este lugar fuera el siguiente en desaparecer.

—La verdad es que es lo último que me faltaba hoy. Ahora tengo que ir a recoger los libros a Hanwell.

Míster Novela Negra hizo una mueca que expresaba su compasión antes de largarse a su lugar de costumbre con un nuevo *thriller* de tapa dura, que acababa de llegar aquel mismo día, bajo el brazo.

La mujer furibunda sostenía en la mano su propia lista de lectura, escrita en un trozo de papel, que había enarbolado en alto como diciendo:

—Aquí tienes. El cliente siempre tiene razón.

La mujer la había agitado frenéticamente, lo cual había impedido a Aleisha descifrar las palabras, pero deseó con todas sus fuerzas que aquella energúmena no fuera la autora de su lista de libros, porque eso rompería toda la magia...

Uno de los libros que había encargado la mujer era *Beloved* y, en efecto, había un ejemplar en la biblioteca de Harrow Road, pero estaba guardado a buen recaudo en el bolso de Aleisha..., que lo había sacado en préstamo varias semanas atrás para leerse. Podría habérselo cedido a la clienta para aplacarla un poco, pero no estaba dispuesta a hacerlo. Los libros, la lista, se habían vuelto demasiado importantes.

Unas noches atrás le había leído de nuevo a Leilah mientras esperaban a que Aidan regresara a casa.

—¿Dónde está? —había preguntado Leilah—. No suele llegar tan tarde.

—Mamá, no pasa nada, siempre llega tarde. No tardará en aparecer.

Aleisha había abierto el libro de *Mujercitas* y había notado los ojos de Leilah concentrados en las páginas, como si hubieran formulado un nuevo hechizo.

—Espera —le dijo Leilah—. ¿De qué va *Mujercitas*? He oído hablar de él.

Aleisha miró la contracubierta y leyó en diagonal el texto.

—Pues va de cuatro hermanas que viven en Nueva Inglaterra... Está ambientado en la década de 1860 —continuó leyendo—. Va sobre sus intentos de ayudar a su familia a ganar más dinero, su amistad con una familia vecina y..., al parecer, de sus últimos «amoríos». Está Meg, que sueña con ser una dama; Jo..., que según dicen está inspirada en la propia autora y quiere ser escritora; Beth, que es callada y delicada... y le gusta la música; y por último está Amy, una «belleza rubia», la guapa. —Aleisha recorrió con la mirada la cubierta. Leilah asintió con la cabeza, con la vista fija a media distancia—. ¿Preparada? —preguntó Aleisha.

—Sí, adelante.

En la primera página, Aleisha había tropezado con la frase: «No tenemos aquí a papá, ni lo tendremos por mucho tiempo». Había escrutado con los ojos la expresión de Leilah. La frase iba sobre el padre de las hermanas March, que estaba en la guerra, pero Aleisha no pudo evitar pensar en Dean. Leilah tenía una mirada alicaída, pero una leve sonrisa le decoraba el rostro. Ya

estaba en el mundo de las hermanas March, no había hecho la tenue conexión con su propia vida que Aleisha sí había establecido.

El señor P le había mencionado aquel libro, al parecer uno de los favoritos de su nieta. Y al adentrarse más y más en la historia, Aleisha entendió exactamente por qué una chica joven podía disfrutarlo: era una manera divertida y diferente de descubrir cómo ser una muchacha joven en un mundo en cambio permanente. Era una historia antigua, pero las hermanas March estaban llenas de vida, tenían agallas y perseguían sus sueños, fueran los que fueran.

Jo, a Aleisha le gustaba Jo. Era quisquillosa y ambiciosa, escribía obras de teatro y dirigía a sus hermanas, que las interpretaban, llenando de alegría el hogar familiar. También hizo que Leilah sonriera.

—Me cae bien —comentó Leilah, después de llevar leyendo juntas más de una hora, un récord que asombraba incluso a Aleisha—. Me recuerda a ti. Tú también eras mandona de pequeña. —Aleisha no entendió la comparación, pero algo en ella se atemperó—. Está claro que el chico de la casa de al lado, Laurie se llama, ¿no...?

Aleisha asintió con la cabeza.

—Está claro que está enamorado de Jo. Es la mejor —apostilló Leilah—. Y ella sabe lo que se hace: se hace la indiferente.

—Son amigos, mamá. ¡Yo no diría que se hace la indiferente!

Les dio la risa tonta un momento y luego volvió a hacerse el silencio. Aleisha retomó la lectura:

—«Qué felices y buenas habríamos sido si no hubiéramos tenido preocupaciones...».

Suspiró y alzó la mirada. Leilah tenía los ojos cerrados con fuerza, como si no quisiera que aquellas palabras resonaran en el mundo real. Solo podían existir en el mundo de las hermanas March, en ningún otro sitio.

En aquel momento, Aidan regresó a casa y armó un follón al abrir la puerta de un empujón y dejar sus bolsas en el suelo. Cerró la puerta a su espalda.

—¡Chissst! —le había siseado Aleisha, mientras se encaminaba de puntillas al recibidor—. Eh, ¿a qué viene tanto ruido?

Aidan le dio una palmadita rápida en el brazo y entró pisando fuerte en la cocina.

—Mamá está descansando. —Aleisha lo siguió—. Le he estado leyendo.

Aidan se sirvió un vaso de agua de la botella que guardaban en el frigorífico. Se lo bebió de golpe antes de mirar a su hermana por primera vez.

—Aidan... Estoy fascinada: está funcionando. Se está metiendo en las historias.

—Es fantástico, Leish —comentó Aidan ausente.

Caminaba por la cocina, cogiendo cosas diversas de los armarios: un plato, un cuchillo y un tenedor, un táper con curri que había sobrado. No la miraba a los ojos.

—Me alegra que haya algo que yo pueda hacer por ayudar. Normalmente solo tú consigues comunicarte con ella —dijo Aleisha, implorándole tácitamente que se detuviera un instante, que se permitiera estar quieto un segundo.

Entonces Aidan la miró.

—Aleisha, yo no soy el único que se comunica con ella. Tú también lo haces. Se te da bien. Mejor que a mí, la verdad —hablaba con voz dulce, distante—. Me alegro de que los libros estén funcionando, por las dos.

Aleisha clavó la mirada en sus pies: no era ni siquiera un cumplido, pero era más de lo que nadie le había dicho en mucho tiempo.

—Mamá parece estar mucho mejor últimamente, ¿no? —preguntó de repente Aidan.

Aleisha se encogió de hombros.

Aidan empezó a llenarse de comida el plato.

—Siento que nos hayamos visto tan poco los últimos días. Hemos tenido mucho trabajo y sé que me he centrado en que siempre hubiera alguien con mamá en casa, pero, no sé, tengo la sensación de que está mejor, mucho mejor.

Aleisha lo observó. No estaba de acuerdo, pero no quería decírselo a Aidan. Percibió que intentaba convencerse a sí mismo. No era propio de su hermano ser optimista con respecto a Leilah. ¿Qué le pasaría por la cabeza?

—Tengo un montón de turnos los próximos días —continuó—. No nos veremos mucho, ¿vale? Pero mamá estará bien, estaréis bien juntas. Eres fantástica. —Se volvió para mirarla y le sonrió.

—Te echaré de menos —dijo Aleisha en voz baja—. Hace un siglo que no pasamos un rato juntos.

—Lo sé, pero te irá bien sin mí. No sé lo que estás haciendo con mamá, pero está funcionando, Leish. —Aidan salió de la cocina con el plato en la mano y le dio un apretoncito en el hombro—. ¿De acuerdo?

Aleisha asintió con la cabeza. Antes de tener tiempo de devolverle la pregunta, su hermano subió penosamente a su habitación sin volver la vista atrás.

Para intentar aligerarle el ánimo a Aidan, Aleisha le dejó una nota de «Bienvenido a casa» pegada en el frigorífico. Pero Aidan había sido fiel a su palabra: lo escuchaba cerrar la puerta con mucho cuidado por la mañana, antes de que ella se levantara, y volvía a escuchar la puerta abrirse cuando regresaba a casa, pero, aparte de eso, prácticamente no había visto señales de su presencia, más allá de las notas adhesivas que él pegaba en la nevera para recordarle cosas. Habían sido, nuevamente, barcos en la noche. Lo único que de verdad le apetecía a Aleisha era pasar un rato con su hermano, averiguar cómo estaba, hablar con él de verdad. Sabía que le pasaba algo, algo que no le estaba diciendo.

Le dio vueltas una y otra vez en la cabeza mientras abrazaba su ejemplar de *Beloved*. No iba a cedérselo a aquella mujer gruñona de la biblioteca. Si Aidan no iba a estar mucho por casa en unos días, porque iba a estar trabajando sin parar, la única manera que Aleisha tenía de mantener a Leilah tranquila era con los libros. La lectura llenaba el espacio que anteriormente había ocupado el silencio.

El señor Patel no tardaría en llegar a la biblioteca. Aleisha ya había registrado el préstamo de otra edición de *Mujercitas* para él. Imaginó que estaría emocionado de leerlo: era el único libro del que hablaba con frecuencia pese a no tener ni idea del argumento, aunque a menudo le cambiaba el título por *Señoritas*.

Dieron las once y luego las once y media. Aleisha había mirado el reloj insistentemente, y la puerta. Nadie la había requerido. En aquella época, todo el mundo optaba por las máquinas de autoservicio o sencillamente se acomodaban en las butacas a leer. Se alegró de la paz. Pero esperaba ver al señor P. No le había contado demasiadas cosas sobre él, pero a Aleisha le resultaba muy gratificante hablar con alguien que no fuera su hermano o su madre, y le apetecía que le explicara más cosas acerca de su excursión a Londres con Priya. Por algún motivo, se había implicado en la vida de aquel anciano, quizá para distraerse de la suya, pero quizá también porque se habían hecho amigos.

El señor Patel no tenía ideas preconcebidas. No la miraba como si tuviera «problemas», por más que ella le había dado algunas pinceladas sobre su

«lamentable vida casera». Esas habían sido las palabras que había utilizado para describirla. Y él había preguntado:

—¿Y tu padre no está?

A lo que ella había respondido con una carcajada, porque era un cliché. Pero, por más cliché que fuera, era certero.

—Ahora tiene una nueva familia.

—Vosotros también sois su familia.

—Para él, no.

Mukesh se había mordido la lengua.

—Maldito idiota —había intentado decir por lo bajo, pero Aleisha lo había captado igualmente—. Ay, perdona. Esta lengua mía... No debería ser tan malhablado.

Mukesh se llevó instintivamente la mano a la boca, con los ojos como platos por la sorpresa.

Aleisha rio.

—¡No, tiene razón! Es un maldito idiota. Lo que me gustaría es que mi madre también se diera cuenta, que supiera que fue culpa de él, no de ella.

—Estoy segura de que lo sabe. A veces, los hombres somos tontos. O eso opino yo, por lo menos. Tengo tres hijas y ninguna de ellas es tonta.

El teléfono de Aleisha vibró a su lado y la devolvió al presente.

«¡Ey! ¿Cómo va la vida entre libros?».

Era Zac: le enviaba mensajes cada día desde aquel en que habían coincidido en el parque, primero un «Hola», seguido de un meme de libros o de gatitos (resultó que le gustaban los gatos; a Aleisha le resultaba difícil imaginar que al señor Darcy le gustaran especialmente los gatos). Ella se había esforzado por enviarle respuestas cortas, que no revelaran demasiado. Aleisha tenía presente el comentario de Leilah: «Se hace la indiferente». ¿Estaría Aleisha asimilando el consejo vital de *Mujercitas* deformado por Leilah? Podía resultar más difícil de lo que parecía..., porque a Aleisha le apetecía hablar con él todo el tiempo.

«Una pesadilla de clienta me acaba de amargar la vida», le respondió ella.

«¿Necesitas algo?», le contestó Zac casi de inmediato.

Hablar con Zac era fácil. Aleisha no le decía «Todo va bien» cuando en realidad quería decir «Tengo un día de mierda»: le decía «Tengo un día de mierda». Zac no conocía a la persona que Aleisha intentaba ser con todos los demás, así que podía ser ella misma con él.

«¿Qué haces luego?».

«¡No tengo planes!».

Sabía que, en el fondo, Zac era como ella, un descastado, un alma solitaria. Pero él lo llevaba bien: nunca fingía querer ser otra persona.

«Me encantaría verte. Tal vez necesite tu ayuda luego para una cosa, si te apetece. Un tema de libros», pero, en cuanto lo tuvo escrito, lo borró y reescribió su mensaje rebajando el entusiasmo: «Quizá necesite tu ayuda luego con una cosa» fue lo máximo que le salió.

De repente, la pantalla de su teléfono empezó a iluminarse de manera intermitente. «Llamada entrante: Zac».

Antes de pulsar el botón verde, notó que el corazón se le quedaba atravesado en la garganta un momento. Nunca había hablado con Zac por teléfono.

—¿Sí? —dijo, con una voz más aguda y chillona de lo normal.

—Hola. ¿Te apetece dar una vuelta en coche luego? Si puedes... después de que te ayude con ese asunto. Estoy pensando en ir a algún sitio como Richmond. A través del parque. ¿Qué te parece?

Sonaba normal, tranquilo, relajado.

Aleisha nunca había estado en Richmond. Sabía que Aidan estaría en casa aquella tarde, por primera vez en toda la semana, así que, mientras llegara hacia las nueve, antes de que él saliera para su siguiente turno, podía hacer lo que quisiera. Pero le parecía mucho pedirle a Zac que la devolviera a aquella hora a casa, explicarle que tenía el toque de queda de una niña de doce años. Empezó a picarle el cuerpo de los nervios. No dejaba de pensar en Leilah.

—Vale, suena bien —dijo, aplacando todas las dudas que la asediaban, con voz trémula por la vergüenza—. En realidad, necesitaría tu coche para hacer una cosa del trabajo. ¿Te importa echarme una mano?

—Por supuesto que no, jefa. Envíame un mensaje cuando acabes tu turno y te recojo. Tengo muchas ganas de verte.

Mientras Aleisha cerraba la biblioteca, Zac ya estaba sentado fuera en su Vauxhall Corsa, con las ventanillas bajadas y la música sonando a través de ellas a bajo volumen, totalmente lo opuesto a Aidan, que solo era capaz de escuchar música a unos decibelios antisociales en su coche.

Tenía el antebrazo apoyado en la puerta. Al verla, se le iluminó el rostro. Aleisha no supo determinar si tenía hambre o si le daba volteretas el

estómago. Desde luego no habría impresionado a Elizabeth Bennet, con su frialdad característica.

Al abrir la puerta del coche, súbitamente se sintió expuesta. Se sentó en el asiento con cuidado de no golpearse la cabeza con el techo, darle un golpe a la palanca de cambios o alguna torpeza por el estilo. Tenía la sensación de haber perdido el control de sus extremidades.

—Hola —le dijo él—. ¿Preparada? ¿Adónde vamos?

—Preparadísima. Primera parada: la biblioteca de Hanwell. Tenemos que llegar lo antes posible. Me espera una persona.

Lo dijo en el tono formal que usaba en el trabajo, reservado solo para los clientes gruñones de la biblioteca, con la intención de camuflar el nerviosismo que le latía en el pecho.

—Misión de alto secreto. Me encanta —bromeó él.

Realizaron el trayecto prácticamente en silencio o, para ser más exactos, con una molesta música sutil de fondo. Al final, el tráfico y el calor acabaron por agobiarlos. Zac se fue frustrando a medida que la temperatura en el coche aumentaba y el tráfico avanzaba a paso de tortuga.

—Se supone que es un trayecto de unos veinte minutos, a lo sumo, y da la sensación de que llevamos una hora en el coche.

—Solo ha pasado media hora, y casi hemos llegado —lo consoló Aleisha.

Se dio cuenta de que había empleado la voz que Aidan adoptaba a veces con Leilah y se evadió con el pensamiento hacia ellos dos. ¿Qué estarían haciendo? ¿Estaría Aidan sentado con Leilah? ¿Estarían viendo una película? Notó una punzada de culpa por estar allí, con alguien, mientras ellos dos estaban en casa. Podría haber pasado la tarde con su hermano por primera vez en mucho tiempo.

Se tragó el remordimiento, sin perder tiempo ni regodearse en él, y, en cuanto aparcaron, salió pitando del coche y llamó a la puerta de la biblioteca de Hanwell. La bibliotecaria estaba allí sentada, escribiendo algo en su ordenador: en una pila, justo a su lado, estaban los libros de la clienta indignada, encargados —como sospechaban— en la biblioteca equivocada.

Tras otro trayecto de veintiséis minutos a través del tráfico y el calor húmedo de la calle principal, sazonados con más comentarios desagradables de Zac, Aleisha finalmente le dejó los libros a la mujer en la mismísima puerta de su casa.

—Por fin —dijo la mujer.

—De nada. —Le sonrió Aleisha, esperando que entendiera el sarcasmo.

—Has tardado bastante.

La mujer agarró los libros y cerró la puerta sin susurrar siquiera un «Gracias».

Aleisha puso cara de exasperación: le habría encantado decirle algo, gritarle a través de la rendija del buzón, pero se acordó de Marmee, la madre de las hermanas March, que siempre les decía que había que ser educadas con todo el mundo. Era un personaje de ficción, pero tenía razón. No merecía la pena.

Regresó al coche de Zac y le fue dando las indicaciones que ponía en su teléfono móvil, rezando por que a Zac no le molestara hacer un último recado antes de su tarde juntos.

—Justo ahí, después de esa señal.

—Entendido, jefa.

—Al final de esta calle, gira a la izquierda, siguiendo las señales de Wembley High Road.

—De acuerdo, jefa.

—Y luego la siguiente a la izquierda, seguida por la tercera a la derecha.

—Espera, espera, no vayas tan rápido. —Apagó la radio, cerró las ventanillas y encendió el aire acondicionado—. Mejor así. Al fin espacio para pensar.

Aleisha puso los ojos en blanco. Zac no apartaba la mirada de la carretera.

—¡Aquí a la izquierda! —gritó ella—. ¡Rápido o te pasarás la calle!

—¿Qué?! ¿Por qué no me lo has advertido antes?

Zac comprobó los retrovisores y dobló a la izquierda, trazando una curva cerrada. Se detuvieron delante de una casa justo cuando el teléfono de Aleisha anunciaba: «Ha llegado a su destino». Había un coche aparcado a la entrada.

—Espérame aquí —le dijo a Zac y sacó otro libro de su bolso.

Zac esperó con el motor apagado. Aleisha se notó nerviosa al acercarse a la puerta. Estaba infringiendo las normas de la biblioteca: había utilizado el sistema para encontrar su dirección. Esperó que el señor P no la delatara.

Llamó al timbre. Aleisha escuchó una voz en el interior, pero no era la de Mukesh. Probablemente tuviera la televisión puesta, uno de esos canales indios. Un poco después, cuando Aleisha estaba a punto de dar media vuelta y abandonar toda esperanza, la puerta se abrió y apareció una mujer, de unos setenta años, con un vestido punyabí azul oscuro y un vistoso fular blanco alrededor del cuello.

—Sí, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó la mujer en una voz baja, pero cálida.

—Hola, he venido a traerle un libro al señor Patel. No ha venido a recogerlo a la biblioteca y... como me pillaba de camino a casa... he pensado en traérselo yo misma.

—¡Mukeshbhai! —gritó la mujer en dirección al interior de la casa.

El señor P apareció arrastrando los pies en el recibidor. Llevaba puestos unos pantalones de chándal con unas cuantas manchas de color cúrcuma en el regazo y una camiseta que había sido blanca en algún momento pero que ahora era de un gris apagado, también decorada con una mancha de ketchup en la pechera. Aleisha siempre lo había visto vestido con pantalones elegantes, una camisa y su leal boina.

En cuanto la vio, se le ensombreció el semblante.

—¡Señorita Aleisha! No debería verme con estas pintas.

Regresó corriendo por donde había venido.

—Espera, cariño. ¿Te importa esperar? —preguntó la mujer.

Aleisha le indicó que no con la cabeza. Miró hacia Zac, que aguardaba en el coche. Tenía la cabeza recostada en el reposacabezas y miraba el techo.

Escuchó voces amortiguadas procedentes de lo que debía de ser el salón, pero hablaban en otro idioma y Aleisha no atinó a descifrar qué decían.

Cuando Aleisha se estaba planteando que probablemente sería mejor que se marchara, el señor P volvió a salir, con un abrigo de invierno por encima para tapar las manchas. Estaba sudando.

—Entra. Nilakshiben ha preparado la cena. Le gustaría que cenaras con nosotros. Yo tengo que ponerme una camisa limpia.

La mujer regresó a la puerta mientras el señor Patel se dirigía a otra habitación, despacio. Aleisha tuvo la sensación de que a Mukesh le dolía la cadera.

—¿Se encuentra bien? —preguntó Aleisha.

—Ayer se cayó, pero está perfectamente. Estaba corriendo detrás de sus nietas y ahora se siente un poco torpe. He venido a cuidarlo hoy.

—No pretendía molestar. Solo venía a traerle esto. —Le tendió el libro a Nilakshiben.

—No, por favor, insisto. Entra a cenar. Es la hora de la cena.

—No, de verdad, muchísimas gracias. Además, mi amigo me está esperando en el coche.

—Pues invita también a tu amigo.

La conversación continuó por esos derroteros durante un rato, hasta que finalmente Aleisha cedió. Aquella mujer no estaba dispuesta a aceptar un no por respuesta. Aleisha comprobó la hora en su reloj. Pensó en Aidan y Leilah en casa: aún le quedaba algo de tiempo, pero ¿la necesitaría Aidan antes de irse al trabajo? Si se quedaba una hora, llegaría a casa con margen suficiente, concluyó.

Ahora le tocaba convencer a Zac de que aquello era buena idea.

Capítulo 26

ALEISHA

—¡O dio socializar! —Zac, ¡tiene unos ochenta años! ¡Lo único que tienes que hacer es ser amable! —le susurró Aleisha, con la sensación de estar teniendo su primera discusión de pareja.

Prácticamente tuvo que sacarlo a rastras del coche.

Nilakshiben y el señor P habían sido unos magníficos anfitriones: los habían esperado formando una fila en la puerta principal, como un comité de bienvenida. Zac pareció un poco intimidado y entró en el recibidor arrastrando los pies, incómodo. Sin duda, no había previsto que su primera cita fuera a tomar aquella deriva.

¿Era realmente una cita?, se preguntó Aleisha. ¿O lo habría sido? Dar un paseo en coche a través de Richmond Park parecía bastante propio de una cita, el tipo de cosa que podían hacer Darcy y Elizabeth Bennet.

La mesa estaba preparada para dos personas, pero Nilakshiben ya estaba sacando dos cucharas y dos platos más. Después de trasladar el gran ventilador de pie del salón a la cocina, se sentaron todos a la mesa, mientras Nilakshiben servía un *roti*^[12] (Nilakshiben lo pronunció «rotli») en los platos y varias verduras y *dhal*^[13] como guarnición.

—Aleisha, ¿te apetece un poco de *dhal*? —le preguntó, sin esperar su respuesta para servirle una cucharada inmensa en el plato—. Joven, ¿un poco de *bhindi nu shaak*^[14] para ti? —le preguntó a Zac, después de haberle servido ya un montón generoso de ocras—. ¿Un poco más?

Tras lavarse las manos, Nilakshiben y el señor P comieron con apetito. Zac y Aleisha hicieron lo propio, observándolos bien para asegurarse de dominar el arte de comer con las manos. Las cucharas permanecieron olvidadas en la mesa. Zac cortó un trozo de *roti*, pero era demasiado pequeño como para coger comida. Aleisha vio al señor P observándolo y se dio cuenta de que le habría gustado aconsejarlo, pero no quería abochornarlo.

Tras prácticamente devorar su plato, el señor P fue el primero en hablar:

—Nilakshiben, estaba delicioso. Gracias.

—No estaba mal. Te dará fuerzas. Así te recuperarás —fue todo lo que dijo Nilakshiben.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Aleisha preocupada.

—Técnicamente, me caí. Pero no es verdad. Es que el suelo estaba mal puesto... —El señor P se sonrió con su chiste, que no pareció hacer gracia a nadie más.

Nilakshiben le dio una palmadita en el hombro, mientras formaba un pequeño gesto ceñudo con las cejas.

—Le hemos echado de menos en la biblioteca —dijo Aleisha.

El señor P la miró sonriendo, con un trocito de espinaca entre los dientes.

—He pensado en traerle el próximo libro que quería recomendarle —aclaró—. ¿Ha acabado ya de leer *Orgullo y prejuicio*? Sé que lee muy rápido.

—¡Leo rápido para poder volver a la biblioteca a por el siguiente libro que me recomiendes! Pero, señorita Aleisha, este me ha costado más terminarlo. Yo... he tenido que lidiar con unos cuantos dramas familiares propios —dijo riendo entre dientes mientras miraba a Nilakshiben, que le devolvió una sonrisa cálida—. No me veía capaz de asimilar también los dramas de los Bennet. Pero ahora ya está todo más calmado. Y este servicio a domicilio es maravilloso.

A Aleisha se le enterneció el corazón.

—¿Y tú a qué te dedicas, hijo mío? —preguntó el señor P volviéndose hacia Zac y cambiando rápidamente de tema.

Zac se puso algo tenso al ser objeto de la conversación.

—Estudio en la universidad. Bueno, ahora estoy de vacaciones.

—Ah, muy bien, muy bien. ¿Y qué estudias?

—Derecho —respondió, contagiándose de la forma de hablar del señor Patel.

Los dos estaban nerviosos y Aleisha quiso que se la tragara la tierra: tenía la sensación de estar presentando a su novio a sus padres.

—¡Excelente! ¡Excelente! Yo quería que una de mis muchas hijas estudiara Derecho, pero prefirieron dedicarse a los negocios, que tampoco está mal. Muy bien, muchacho.

—La verdad es que me gusta mucho, señor Patel.

—¿Y sabes que la señorita Aleisha también será abogada? Recuerdo cuando nos conocimos. Fuiste tan gruñona y maleducada —dijo, volviéndose hacia Aleisha con expresión de orgullo—. ¡Igual que un abogado como Dios

manda! —El señor P rio, mientras que Nilakshiben chasqueaba la lengua en un gesto de desaprobación.

—Mukeshbhai, ¿por qué dices eso? Me cuesta pensar que esta jovencita pueda ser maleducada.

—Pues lo fui. No lo pretendía, y lo lamento mucho. Pero ahora ya nos llevamos bien, ¿no, señor P? Ya me ha perdonado.

—¡Por supuesto! Me recomiendas libros de primera categoría.

—Ah, ahora entiendo. ¡Tú eres la bibliotecaria de la que tanto he oído hablar! —exclamó Nilakshiben.

—Supongo que sí. —Aleisha no añadió un «Yo también he oído hablar mucho de usted» porque ni siquiera conocía su existencia—. ¿Hace mucho que son... amigos?

—La verdad es que no. Nos hemos hecho amigos ahora. Yo era la mejor amiga de su esposa, de Naina. Mukeshbhai y yo nos hacemos compañía. Yo miro la televisión y él se lee tus libros.

Aleisha notó los ojos de Zac clavados en ella, pero no quiso mirarlo por temor a que le diera la risa.

—Qué bonito.

—Hay quien cree que somos más que amigos. En el *mandir* —añadió el señor P.

Tenía las puntas de las orejas un poco rosas.

—En el templo —aclaró Aleisha cuando Zac la miró confuso.

—Además de mis hijas metomentodo —continuó el señor P—. No entienden que un hombre y una mujer puedan ser solo amigos. Aunque ahora ya está todo olvidado: la familia es la familia. ¿Y qué hay de vosotros dos? ¿Sois solo amigos? —preguntó enarcando una ceja en un gesto pillo.

Aleisha y Zac clavaron la vista en sus platos.

—¡Ay, perdonad! ¡Qué tonto soy! —Le centelleaban los ojos—. Ya sé que a los jóvenes no os gustan las «etiquetas». No os gusta decir que sois pareja prácticamente hasta que camináis hacia el altar, si es que la gente sigue haciendo eso en los tiempos que corren...

Zac estalló en carcajadas.

—Todo esto es muy raro —dijo—. Yo había previsto tener una cita con ella esta tarde, así que no tengo ni idea de qué está pasando.

Aleisha se tapó la cara con las manos. Mukesh, Nilakshiben y Zac rieron.

—Buena elección. Es una chica muy buena y guapa —dijo el señor P.

Nilakshiben asintió. Aleisha quería morirse.

Tras el primer plato, hubo un segundo a base de arroz, judías mungo (que el propio señor P había preparado) y una salsa entre amarillenta y verdosa, supuestamente hecha con yogur. Zac y Aleisha comieron con cuchara, mientras que Nilakshiben y Mukesh lo hicieron con las manos. Aleisha los miraba fascinada. Eran capaces de hacerlo con mucha destreza, sin parecer en ningún momento groseros o marranos.

Tras la cena, se sentaron en el salón. Nilakshiben encendió uno de los canales indios en la televisión, con el volumen muy bajo, y se sentaron allí un rato a reposar la comida. Mukesh tenía un pie descansando en alto y se quejaba con cierta frecuencia.

Se oyó una ventosidad, pero nadie la reclamó como suya. El señor P, desde luego, no parecía en absoluto avergonzado. En cambio, Zac sí, seguramente preocupado por si Aleisha pensaba que se le había escapado a él.

—Normalmente nos sentamos aquí y cada uno está en su pequeño mundo, ¿verdad, Mukeshbhai? —comentó Nilakshiben.

—¡Sí, exactamente! —dijo Mukesh, sonriendo de oreja a oreja—. Nilakshiben me regaló unos cascos que aíslan del ruido y así puedo leer mientras ella mira la televisión. —Parecía muy orgulloso de sí mismo—. ¡Se acabó ver documentales en mi caso!

—Eso es estar implicado con la causa, señor P. —Aleisha sonrió a Zac, que finalmente parecía menos incómodo con toda la situación—. Nilakshiben, ¿qué suele ver usted en Zee TV?

—Normalmente, telenovelas. Mi favorita es *Bhabiji Ghar Par Hai*, pero recientemente he estado viendo *Sa Re Ga Ma Pa*, una especie de *Factor X* indio. Y, *beti*, llámame solo Nilakshi. *Ben* significa «hermana» y, por más que yo me sienta tan joven como tú, ¡disto mucho de ser tu hermana!

El señor P y Nilakshi se rieron, y Aleisha y Zac se les unieron.

—Creo que le va a encantar el siguiente libro, señor P. Es *Mujercitas*.

A Mukesh se le iluminó la cara.

—¡Mi nieta Priya se lo ha leído! Me explicó que Naina se lo había regalado.

Aleisha asintió con la cabeza.

—Recuerdo que me lo dijo usted. Es increíble, aunque también un poco triste, permítame que se lo advierta.

—Bueno, estoy preparado para la tristeza. Me leí *Cometas en el cielo*, ¿no? —respondió él.

El sol se filtraba a través de la ventana, mientras se ponía, y la estancia se tiñó de un tenue resplandor naranja.

—¿Alguien podría encender la luz? —preguntó Mukesh—. Vuestros bonitos rostros están desapareciendo.

Zac se puso en pie de un salto, accionó el interruptor y cerró las cortinas sin que nadie se lo pidiera.

Entonces Aleisha se fijó bien en aquel salón. Le llamó la atención un cojín con un vistoso estampado de cachemira en tonos vivos. No combinaba con el resto de la decoración, pero todo lo demás parecía encajar en una especie de armonía desajustada.

—¡Qué cojín tan bonito! —exclamó cogiéndolo con la mano—. ¿De dónde lo ha sacado?

—Es un sari de mi esposa. Mi hija pequeña, Deepali, es muy buena costurera. Me lo hizo ella justo después de la muerte de Naina. Ahora ya ni lo veo. Con el tiempo, la vista se acostumbra a todo —añadió Mukesh—. Me alegra que lo hayas mencionado. —Y a continuación susurró prácticamente para sí mismo—: Naina siempre está aquí.

Aleisha desvió la mirada hacia el retrato enmarcado de una mujer que había en una pared: una guirnalda colgaba desde la esquina superior izquierda hasta la derecha, recorriéndole la línea del collar. Parecía joven y era guapa. Mukesh siguió su mirada. Su rostro pareció afligido, con los pómulos hundidos.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó Zac a Mukesh.

—Sí, sí, estoy bien.

Nilakshi asintió con la cabeza, observando la fotografía.

—Naina era maravillosa. Te habría caído muy bien, Aleisha. Era muy generosa.

—¿Más generosa que usted? —preguntó a Aleisha y enseguida se arrepintió de ello, al notar que el ambiente en la estancia se volvía un poco más denso.

—Sí, mucho más generosa que yo. Siempre fue muy buena y amable. Creo que fue ella quien me enseñó a ser buena. Y sus hijas. Las crío en el amor a los demás, para que piensen siempre en los demás antes que en sí mismas.

—No las conozco. ¿Las ve a menudo, señor P?

—A veces. Están muy ocupadas.

El resto de la velada transcurrió en calma. Aleisha tuvo la ligera impresión de ser otra persona y vivir en otro mundo. Todo lo que quedaba fuera de aquellas

cuatro paredes sencillamente dejó de existir. Escucharon música en la televisión: «*bhayan*», la llamó Nilakshi. Era una música agradable, de meditación. Aleisha podría haberse quedado sentada allí todo el día.

Zac miró a Aleisha.

—Será mejor que nos vayamos, si queremos llegar a tu casa a tiempo.

Aleisha comprobó la hora en su reloj de pulsera. Se sobresaltó. Eran ya las diez y diez. Aidan se habría ido de casa a las nueve; Leilah estaría esperándola. El corazón empezó a latirle frenéticamente.

—Lo siento mucho, señor P, Nilakshi, pero tengo que irme. Tengo que regresar a casa con mi madre. ¡Gracias!

Pronunció sus disculpas como una cascada mientras se calzaba tan rápido como podía. Zac trastabilló a su espalda.

—¿Estás bien? —le dijo, una vez en la calle.

—Mi madre no puede quedarse sola. Le prometí a mi hermano que regresaría hacia las nueve.

—No pasa nada, no te preocupes. Estamos a dos minutos.

—No, voy tarde. ¡Tú no lo entiendes!

Aleisha subió a toda prisa al coche y Zac la llevó a su casa en silencio. Lo único que Aleisha escuchaba era el tamborileo de sus propias pulsaciones.

BELOVED
de Toni Morrison

Capítulo 27

ALEISHA

La casa estaba a oscuras. Todas las cortinas estaban cerradas. Aleisha encontró a tientas el interruptor de la luz. Allí no había nadie.

—¡Mamá! —la llamó.

Por suerte, un silencio fue lo único que obtuvo por respuesta. Leilah estaría dormida; quizá ni siquiera se hubiera dado cuenta de que se había retrasado.

Soltó sus cosas en el salón, sacó de su bolso el último libro que había tomado en préstamo de la biblioteca, *Beloved*, y lo subió consigo. Escuchó un ruido, un crujir de tablones. ¿Era Leilah quien caminaba? Su puerta estaba entreabierta.

Aleisha se dirigió con sigilo hacia allí y escuchó un sollozo grave, como un lamento. Se le encogió el corazón. Lo notaba en la boca del estómago.

—¿Mamá? —volvió a decir Aleisha, sin esperar una respuesta.

Empujó con suavidad la puerta. Los ojos se le habituaron poco a poco a la oscuridad y vio una sombra acurrucada en el rincón de la habitación, balanceándose adelante y atrás. Encendió la luz.

Una vez iluminada, Aleisha vio que la habitación de su madre estaba patas arriba, como si alguien hubiera rebuscado algo hasta en el último de los cajones. Toda su ropa estaba tirada por el suelo y el despertador, que no se usaba desde hacía años, estaba también en el suelo, boca arriba, con el cristal roto. Las puertas de los armarios estaban abiertas de par en par.

Y allí estaba Leilah, desplomada en el rincón, con la cabeza entre las manos. Lloraba; los hombros le temblaban ligeramente.

Hacía calor en la habitación. En aquel aire viciado, Aleisha pudo oler el día de Leilah. Todos los momentos que había tenido. Y supo que no había sido un día feliz.

Se quedó en pie paralizada, observando a su madre llorar, sin acercarse ni un milímetro más, demasiado asustada de descubrir qué había pasado esta vez

y sabiendo, en el fondo, que era culpa suya.

Finalmente, Leilah habló. En voz baja. Tan baja que Aleisha no estaba segura de haber captado todas las palabras, hasta que al final entendió su significado:

—No ha vuelto a casa.

—¿Quién?

Había sucedido antes. Hablaba de Dean. Del día en que su padre se había marchado, con sus maletas y sus cajas de pertenencias, para no regresar. Leilah lo estaba reviviendo. Lo recordaba como si fuera hoy.

—Aidan —susurró Leilah—. No ha vuelto a casa.

—¡Qué tontería! —le espetó Aleisha—. Probablemente estuvieras dormida. Ha venido justo después de que yo me fuera a la biblioteca esta mañana. Yo me he retrasado un poco. Es culpa mía. Hace horas que debería haber regresado.

—No, Aleisha. —Leilah alzó la vista hacia ella. Tenía los ojos enrojecidos, pero alerta—. No ha venido después de que tú te marcharas. Le he estado esperando. He estado despierta todo el día. No conseguía dormir. He intentado llamarte por teléfono para decírtelo, pero al final no lo he hecho. Por si me llamaba él. Y no he encontrado mi móvil por ninguna parte. Lo siento.

—Mamá, no te preocupes —dijo Aleisha en voz baja, intentando camuflar el nerviosismo de su voz.

—No sé qué hacer.

A Aleisha se le aceleró el corazón de nuevo. Su mente saltó un millón de pasos adelante e intentó refrenarse, pensar con racionalidad. Aleisha sabía que habría alguna explicación. Tenía que haberla. Aidan no era el tipo de persona que se ausentaba de casa mucho tiempo. Siempre tenía un motivo. O eso o toda la culpa era de Aleisha; probablemente hubiera leído mal sus notas o no hubiera entendido bien lo que le decía. ¿Tenía algún turno extra en el taller mecánico? ¿O quizá hubiera llegado un pedido voluminoso al almacén?

Tenía que tranquilizar a Leilah; de lo contrario, ella también entraría en pánico. Todo aquello tenía que ser un estúpido malentendido.

Se sacó el teléfono del bolsillo y telefoneó a Aidan. Sonó. Sonó. Y sonó. Era buena señal. Estaba encendido y no había rechazado su llamada en cuanto la había visto. Saltó el contestador. «Deje su mensaje después de oír la señal», indicó la mujer del buzón de voz.

—Aidan, ¿dónde estás? Mamá dice que no has estado en casa en todo el día. Llámame cuando oigas esto.

Bajó a la cocina y le sirvió un vaso de agua fría a Leilah. Cuando Leilah se sentía intranquila, asustada, enfadada o estresada, tomar un vaso de agua helada solía irle bien.

Cuando subió con el agua, su madre no se había movido ni un milímetro. No cogió el vaso que le tendía Aleisha, así que esta lo dejó con cuidado en el suelo de madera, a su lado.

Leilah era inaccesible.

Aleisha salió de la habitación. Necesitaba aire. Entró en el dormitorio de Aidan.

Estaba hecho un desastre. Aidan solía ser muy ordenado.

En su mesita de noche había una bebida energética a medio consumir, una lata de cerveza y una pila de novelas de Martina Cole, sus favoritas de siempre, cogiendo polvo.

Entonces divisó su teléfono, escondido bajo un montón de tiques sobre su mesa. Estaba cargándose. Pulsó el botón de inicio y se iluminó: cien por cien de batería, cuatro llamadas perdidas: «Al». Algunos mensajes de texto. Algunas llamadas perdidas más: «Guy». Y «Claris», que no tenía ni idea de quién era.

Aidan nunca salía de casa sin su teléfono. Siempre lo llevaba encima con el modo de vibración activado, incluso en contra de la normativa del almacén, por si lo llamaba su madre. Por si llamaba Aleisha. O por si pasaba algo.

Aleisha se devanó los sesos, mientras el pensamiento de que algo iba mal le retumbaba en la cabeza. Sabía que Aidan era una persona sensata; no se habría ido de casa sin llevar el teléfono encima si no tenía previsto regresar pronto.

No tardaría en volver. No, no tardaría.

Capítulo 28

MUKESH

Mukesh se despertó con las rodillas agarrotadas, la cadera dolorida y la espalda tiesa. El dolor era mucho más intenso que normalmente, como en los días más oscuros de invierno. Debería haberse ido a dormir a una hora razonable, pero se había quedado atrapado en el mundo de las hermanas March, emocionado de abrir el libro, de colarse en sus vidas y descubrir de qué iba todo aquel follón. Había tenido la sensación de que, con su calidez, lo invitaban a formar parte de ellas. Tras todo lo ocurrido los últimos días, la discusión con sus hijas, la reconciliación, la caída en la que se había hecho daño en la cadera y el consiguiente varapalo a su seguridad, aquello era justamente lo que buscaba.

Mujercitas era sin lugar a duda el libro que necesitaba. Era el libro que debería haber solicitado en la biblioteca cuando no sabía qué leer.

En cuanto conoció a las hermanas March y a Marmee, supo por qué a Naina y Priya les gustaba tanto. Las chicas, Jo, Meg, Beth y Amy, eran divertidas e imaginativas, y vivían tanto dentro como fuera de los libros. Se cuidaban las unas a las otras, se querían. Todo en *Mujercitas* le recordaba a Naina. Cada página transmitía su legado, su alma impregnaba aquellas frases. Por desgracia, el padre de las hermanas estaba en la guerra y su madre, Marmee, se encargaba de cuidar de ellas sola, en Massachusetts, Estados Unidos, y, además de eso, cuidaba a muchas otras personas: colaboraba en el esfuerzo bélico, trataba a sus vecinos con amabilidad y calidez, llevaba comida a las familias que la necesitaban en Navidades y echaba una mano a sus amigos y vecinos. Si Naina siguiera con vida, habría actuado exactamente como Marmee, feliz de anteponer las necesidades y el bienestar de los demás a los suyos propios. Con cada página, Mukesh imaginaba a Naina en todas partes, a su lado.

Le habría gustado decirle que leer lo había ayudado a encontrar algo con que pasar el tiempo, una manera de conectar con los demás, un motivo para

levantarse de la cama y salir de casa.

Naina habría continuado con su vida, como la matriarca de la familia March; Mukesh, en cambio, se había encerrado en sí mismo desde que faltaba Naina. Había dejado que sus hijas cuidaran de él, satisfecho con su insatisfecha vida. Mukesh respiró hondo. «Hasta ahora», se dijo. ¿Se parecía a Marmee más de lo que se le había parecido nunca? Sí. Desde luego. Sabía que había cambiado. Ahora le iba mucho mejor.

Le sonó el estómago. Las palabras sobre el gran festín navideño de las March habían saltado de las páginas a las yemas de sus dedos y se le habían propagado por todo el cuerpo. Le llegó el aroma de la comida, de los montones de patatas asadas, y también de los dulces y las tartas. Recordó las cenas que Naina solía preparar para el Diwali: montones de dulces, *gulab jamun*, *barfi*, *mithai*^[15], todo lo imaginable. No habían disfrutado de una cena del Diwali desde que ella había muerto. Ahora, si lo celebraban juntos, solían comprar comida preparada.

Tácitamente, decidió que aquel día sería él quien prepararía un banquete para su familia: esperaba a Priya y Rohini para cenar. Iba a cocinar para tres. Pensó en las hermanas March, en Marmee, en su optimismo desbordante pese a las vicisitudes y en cómo demostraban una y otra vez que, con voluntad, siempre había una manera de alcanzar las metas.

Respiró hondo y se apoyó en los brazos para levantarse de la silla. Iba a preparar *dosas*. Podía hacerlo.

Y lo mejor era que ahora se creía capaz.

«Estoy muy orgullosa de ti, Mukesh —le susurró Naina—. Será mejor que te pongas en marcha y vayas a comprar».

No hubo que decírselo dos veces.

Mukesh ascendió la colina, lo que le llevó más tiempo que de costumbre, pero no tanto como había previsto, teniendo en cuenta sus dolores. Cuando llegó a la calle principal, encontró hordas de aficionados al fútbol con bufandas azules y blancas alrededor del cuello y camisetas azules. Únicamente veía tantas caras de tez blanca en Wembley cuando había un partido de fútbol o un concierto o algún otro evento: en esas ocasiones, caminaban por todas partes y los conductores los increpaban a bocinazos desde los coches para que se apartaran del medio. Mukesh caminó cerca de los edificios y los comercios, manteniéndose a la izquierda todo lo posible, para que no lo arrollaran, aunque solo parecían cantar alegremente, agitar sus latas y lanzar la cerveza

por los aires, lo cual indicaba una victoria del equipo blanquiazul. Cuando finalmente logró refugiarse en la tienda, Nikhil le dio la bienvenida.

—¿Qué se te ofrece hoy, Mukesh?

—¡Voy a preparar algo diferente! ¡*Dosas*!

—¡*Dosas*! ¿Estás seguro de que sabrás hacerlas?

—Ajá —dijo Mukesh, más seguro de lo que se sentía en realidad.

Las *dosas* eran su comida preferida. Naina solía preparárselas todos los viernes para cenar. Cuando las niñas eran adolescentes y se dedicaban a callejear por la noche, las hacía solo para ellos dos. Pero cuando las preparaba para toda la familia, no tenía tiempo ni de sentarse a comer con ellos, ya que tenía que elaborarlas una a una.

—Naina hacía las *dosas* más buenas que hayas probado, y yo también quiero hacerlas. No serán las mejores, pero espero que me queden bastante bien.

—Sí, Nainafoi me traía a veces unas cuantas en una fiambarrera cuando las preparaba.

—¿De verdad? —dijo Mukesh, con la cara iluminada.

—Si le sobraban o si mamá necesitaba ayuda cuando cubría el turno nocturno.

Naina solía decir que preparar *dosas* era fácil, pero Mukesh sabía que no era cierto. Lo que para ella era fácil para él era equiparable a ascender el Everest.

—Déjame que te prepare todos los ingredientes. Espera aquí.

Nikhil salió de detrás del mostrador y empezó a rebuscar por la tienda a la velocidad del rayo. Mukesh se sintió cansado, sin aliento, solo de verlo moverse. Notaba el corazón acelerado y no sabía si era porque estaba estresado de ver a un joven moverse tan rápido o porque estaba aterrado y nerviosísimo por prepararles unas *dosas* a Priya y Rohini.

Revisó los pasos mentalmente, con la máxima claridad de la que fue capaz. ¿Sabría preparar unas *dosas*? ¿Prepararlas bien? A medida que las imágenes mentales empezaron a zumbarle en el cerebro, miró a su alrededor y de repente, las estanterías de la tienda empezaron a traquetear, los productos cayeron al suelo, cerniéndose sobre él, y los colores vivos de los distintos envases —los rojos, los rosas y los azules— se nublaron en su visión.

—¡Nikhil! —lo llamó Mukesh.

—¿Sí, Mukesh?

—*Mane paani joie che?*

—Sí, un segundo. ¿Necesitas agua ahora mismo?

—Sí, por favor, *beta*.

Mukesh se llevó la mano al pecho. Le costaba respirar. En un abrir y cerrar de ojos, Nikhil le había sacado una silla que estaba oculta tras el mostrador y, con idéntica rapidez, le había traído un vaso de acero inoxidable lleno de agua fría.

—*Bas*.

Mukesh bebió despacio.

Intentó hacer la respiración de yoga que, según Vritti, era mano de santo. Inspira, retén, espira, inspira, retén, espira.

Y al final, respiración a respiración, empezó a sentirse mejor. Notó una mano en el hombro. No era de la de Nikhil. Era la de Naina. Le recordaba que podía hacerlo.

Mukesh observó el reloj dar las cinco. Todavía no habían llegado.

Mukesh observó el reloj dar las cinco y cuarto. Todavía no habían llegado.

Mukesh observó el reloj dar...

Sonó el timbre. ¡Allí estaban!

Se puso en pie con más celeridad de la que su físico podía soportar. Se dejó el estómago pegado en la butaca; su cuerpo caminaba hueco.

Abrió la puerta, secándose las palmas sudorosas por los nervios en el pantalón.

Priya entró corriendo, con *Matar a un ruiseñor* abrazado al pecho. El corazón de Mukesh se elevó como si fuera tan liviano como el aire.

—¡Me encanta este libro, Dada! Me cae tan bien Scout. Ojalá yo viviera aventuras como ella alguna vez.

—Ya me imaginaba que te gustaría, *beta*. —Se inclinó hacia ella para darle un beso en la cabeza mientras lo abrazaba—. Además, tú vives aventuras distintas. ¡De todo tipo!

Priya lo apretó un poco más antes de ir corriendo a acomodarse en su sillón de costumbre para seguir leyendo. Naina era quien había puesto aquello en movimiento, paso a paso, de una manera imperceptible, intangible. Priya estaba leyendo un libro del que él lo sabía todo. Sabía el mundo que habitaba Priya en aquel momento. Y había algo mágico en eso, en compartir un mundo que uno ha amado, en permitirle a otra persona que lo vea a través del mismo prisma con que uno lo ha visto.

Rohini le pasó un brazo por los hombros, vacilante, y lo atrajo hacia sí. Mukesh supo que con un ojo estaría revisando la casa, en busca de algo que pudiera ordenar en aquel momento o que pudiera añadir a su «lista de mensajes», pero nada más abrir la boca la cerró otra vez con un suspiro.

—Hola, papá —le dijo—. ¿Cómo estás? He traído cosas para preparar la cena.

Mukesh negó con la cabeza.

—No, Rohini, *beti*, no hace falta. Hoy voy a preparar la cena yo. Tengo todos los ingredientes que necesito.

Rohini levantó las cejas, visiblemente impresionada.

Nikhil le había buscado la receta en Google y se la había escrito en el dorso de unos tiques utilizados y olvidados. Los había grapado en el orden correcto y ahora descansaban en la encimera de la cocina de Mukesh. Ya había conseguido preparar el relleno, patatas fritas con *jeera*^[16], *methi*^[17], *hing*^[18] y *raai*^[19], tan tiernas que habían quedado hechas una deliciosa pasta para usar como relleno de las *dosas*. Se sentía todo un chef.

—He preparado esto hace un rato.

El *sambal*^[20] (había hecho trampa y le había comprado un sobrecito a Nikhil, que le había prometido que no se lo diría a nadie) borboteaba en la olla y la masa de las *dosas* ya estaba preparada. También la había usado de sobre, pero nadie tenía tiempo ni fuerza para moler las *urad*^[21] a mano. Se lo había dicho Nikhil, que, además, le había revelado un secreto: hasta Naina había optado por usar aquellos sobrecitos en cuanto se inventaron.

—¡Ya solo me falta freír las *dosas*!

—¡*Dosas*! —dijo Priya dando saltitos de alegría, como si volviera a tener siete años.

Lo había logrado, había conseguido lo imposible: había preparado un plato que no estuviera hecho a base de judías mungo u ocras. Era un verdadero logro. Rohini estaba impresionada. Observó, asombrada, cómo Mukesh preparó casi bien las tortas (casi bien, porque era un poco impaciente y le quedaron un poco deformes, revenidas y rotas..., pero estaban igual de ricas).

—¿Te ayudo? —se ofreció Rohini, arremangándose.

—No, no —le respondió Mukesh.

Rohini se sentó en el borde de su silla, aparentemente preparada para entrar en acción en cualquier momento. Pero no lo hizo, y Mukesh se alegró. Al parecer, ella también había madurado. Confiaba en él.

Se sentaron los tres a la mesa. Mukesh fue el último que probó su plato. Todo aquello era nuevo para él. Estaba haciendo de madre, de Naina y también de Marmee, y le encantaba.

—Están riquísimas, Dada —lo felicitó Priya—. Aunque me habría gustado más que el relleno estuviera dentro de la *dosa* y no al lado. ¡Y también me gustaría más que te sentaras con nosotras a comer!

—Soy vuestro camarero y vuestro chef.

—Papá, están muy buenas. Felicidades. El *sambal* te ha quedado buenísimo. Aunque sabe un poco distinto al de mamá.

—¿Te acuerdas de cómo sabía el de mamá?

—¿Cómo iba a olvidarme? Pero debo reconocer que el tuyo está muy bueno. Mejor que el mío.

Le habría gustado decirle que había hecho una pequeña trampa, pero se llevaría el secreto a la tumba. Ahora podía hacer ese tipo de cosas. La espera ya no sería demasiado larga.

Después de cenar, Mukesh esperaba que Priya se acomodara en su lugar de lectura preferido tras llevar su plato a la cocina, pero, en lugar de ello, regresó a la mesa y se sentó.

—El rui señor... Cuando Atticus dice que es un pecado matar un rui señor, ¿se refiere a que es pecado matar a gente inocente o la inocencia? —le preguntó Priya.

—Pues... —dijo Mukesh. Notó que le palpitaba el corazón: no había hablado sobre aquello con Aleisha—. Creo que sí —respondió en voz baja, como si hacerlo con voz más estentórea fuera a desvelar que no estaba seguro.

—¡Pues tiene sentido! Porque hay tantas personas inocentes a la que se hace daño o se trata mal en este libro... —dijo Priya, que hablaba con expresión desafiante—. ¡Me ha hecho enfadar tanto!

—En efecto, Priya. Tienes toda la razón.

—Tom Robinson —declaró Priya, y Mukesh asintió con expresión solemne—. Boo Radley. —Mukesh asintió de nuevo—. ¡Dill y Jem! Es fantástico, Dada —dijo, sin soltar el libro—. Ojalá los dos pudiéramos hablar con Ba de esto. ¡Me pregunto si lo leyó!

Mientras Priya continuaba alabando con efusividad el libro, Mukesh cayó en la cuenta de que su nieta les había prestado mucha más atención a los personajes secundarios, mientras que a él lo había embriagado la trama principal. Le recordó a Aleisha. Los jóvenes eran muy observadores.

—Creo que cada uno puede extraer una conclusión distinta de lo que lee. Ese es el sentido de los libros —añadió Mukesh dubitativo, esperando estar

canalizando un poco de la sabiduría de Atticus Finch.

Priya afirmó con la cabeza.

—Dada, ¡tienes toda la razón! Ba también solía decir eso, pero estos libros son más complicados que los que ella y yo leíamos juntas.

—¿De verdad lo decía? Ba era muy sabia.

Rohini los observaba mientras miraba el móvil y enviaba algunos correos electrónicos. Sonreía.

Mukesh le sonrió. Aquello era lo único que él quería. Su nieta ya no estaba absorta en sus pensamientos, encerrada en su propio mundo. Recordaba a Naina y Priya comentando entre risas las rarezas de algún personaje. Él nunca lo había entendido. Pero ahora sabía que Scout, Atticus y Jem eran tan reales para Priya, y para él, como su propia familia. Ahora lo entendía todo.

Capítulo 29

ALEISHA

Caminaba junto a su padre, con su manita de cinco años dentro de la de él, sin apretar. Notaba las ásperas puntas de los dedos de su padre en contacto con las suyas, suaves. Se agarró con fuerza al notar que las suelas de sus zapatillas deportivas resbalaban un poco sobre la tarima cubierta de arena. Caminaban hacia el mar. Aún no lo veía, pero confiaba en que era allí adonde se dirigían.

Caminaban a través de un bosque. Lo único que veía eran árboles. Árboles altos, troncos delgados y largas y punzantes hojas verdes. «Abetos», le dijo su padre. Estaba en un bosque de abetos. Se oían pájaros que cantaban y perros que ladraban en la distancia, aunque daba la sensación de que estaban justo a su lado. No paraba de girarse para comprobarlo. Su padre le había dicho que dejara de moverse o le haría perder el equilibrio.

Aleisha no quería que su padre perdiera el equilibrio. No quería que se cayera. Entonces ella se quedaría sola, sin nadie en el mundo y sin saber cómo regresar a casa. Su madre se había llevado a Aidan a Cromer. Aidan se había mostrado inflexible en que no quería ir a la playa, sobre todo a una playa sin nada especial; prefería ir a comer algo o incluso a una galería comercial. Quería ver el embarcadero. Sus amigos lo habían visitado el año anterior y quería poder decirles que él también lo había visto.

Aquel día solo estaban Aleisha y Dean. Con la manita aún dentro de la gran mano de su padre, le apretó los dedos quizá con demasiada fuerza. No tenía ni idea de qué esperar. Apenas intuía lo que les aguardaba, pero sí apreciaba un destello de luz que se abría paso entre los árboles por delante de ella. Y, de repente, allí estaba, de pie en la línea que separaba el bosque de la playa. La tierra del mar. La vida de lo que a ella le pareció el paraíso.

Miró a su alrededor. Lo único que veía era una arena dorada, blanquecina. Y hierbas. Hierbas muy altas, quizá incluso más que ella, que se alzaban en el aire y en algunos puntos rozaban el cielo. La arena de las

dunas parecía cálida; la luz iluminaba la playa a parches, mientras que todo lo demás quedaba sumido en la oscuridad.

Siguieron caminando y, finalmente, Aleisha reunió el valor para soltarse de la mano de su padre. Notó que los pies se le hundían en la arena húmeda. En algunos puntos, estaba mullida, como la melaza. En otros estaba mojada pero dura, sólida, y resultaba fácil caminar sobre ella. La arena mojada era más oscura; en un día más aburrido y monótono habría dicho que estaba sucia. Pero aquel día no. Aquel día era demasiado perfecto para que estuviera sucia.

Notó crujidos bajo los pies y, al bajar la vista, vio conchas. Miles, millones de conchas. Normalmente, las habría recogido y se habría llevado tantas como hubiera podido. Pero aquel día todo era perfecto. No quería ser ella quien lo arruinara. Al mirar la playa, vio figuras, personas y perros que punteaban sus propios horizontes. No los observó durante mucho rato. Todos ellos continuaron caminando; Aleisha sabía que el mar ya no estaba lejos. Vio una delgada capa de agua sobre la superficie de la arena, y el sol y el cielo reflejados en ella.

Se volvió para mirar a su padre; lo vio detrás de ella, un poco a su izquierda, sobre una arena que ella no había pisado y seguía intacta. Estaba de pie detrás de una figura, una mancha en el paisaje.

Se dirigió brincando hacia él, sin importarle dar un rodeo. Aquel día llegaría al mar, aunque probablemente estuviera demasiado frío para meter los pies. Entonces vio que su padre la saludaba con la mano, con el brazo en alto por encima de la cabeza, más alto que los árboles.

Al acercarse a él se dio cuenta de que la mancha en el paisaje era una foca. Su hermano mayor le había dicho que había focas por allí, en Norfolk. Y al aproximarse más aún, vio que no era una foca perfecta. Tenía un agujero en el flanco y las moscas zumbaban a su alrededor. El sol le iluminó la piel solo un instante, el tiempo suficiente para que ella se fijara en la carne que empezaba a retroceder alrededor del agujero y en el líquido que supuraba, algo que no era sangre, pero tampoco agua.

Nunca había visto una foca. Y ahora nunca había visto una foca viva. La miró fijamente, no podía apartar la mirada de ella. ¿Qué había provocado aquel agujero? ¿Qué significaba? Su padre la miraba y notó que le empezaba a doler la cabeza. Era un dolor familiar. El que precedía a las lágrimas y también el que experimentaba después de la tristeza y del enfado.

Notó la mano de su padre en el hombro y quiso acurrucarse en su estómago, olvidarse de la foca, del cielo infinito, de la playa infinita, ver solo

negro y oler solo el tufo a humedad del abrigo de su padre. Al principio lloró en silencio, unas lágrimas frías y pegajosas que descendieron por su rostro. Pero luego vinieron los sollozos, sintió vergüenza antes de que empezaran y se afligió cuando se vio capaz de contenerlos. No imaginaba nada peor que ser aquella foca en aquel momento. Pudriéndose. Muriéndose. Muerta ya. Sin nadie que la cuidara, nadie salvo dos desconocidos, uno de los cuales parecía no sentir nada.

—Aleisha —le dijo Dean a su hija de cinco años—. No estés triste. La muerte es algo natural. No pasa nada.

No estaba triste. No estaba nada. Se miró las manos. La agente de policía seguía sentada en la silla que tenía delante. Abría y cerraba la boca, como si hablara, pronunciando palabras como «Malas noticias», «Lo ha encontrado un desconocido», «Lo lamento», pero la estancia estaba en absoluto silencio. Y lo único en lo que Aleisha podía pensar era en aquella foca, un recuerdo tan lejano, como si fueran palabras escritas por otra persona en una novela, pero aun así seguía notando el dolor de aquel recuerdo en el corazón. ¿Cómo podía Aleisha haber sentido tanto dolor por una foca y, en cambio, no sentir nada por su hermano Aidan después de que lo arrollara un tren?

Acompañó a la policía al recibidor, le abrió la puerta y se despidió de ella, con el rostro congelado en una sonrisa surrealista, fría y despojada de emoción.

Se dirigió a la cocina como un fantasma y caminó hacia el frigorífico. Miró las notas adhesivas de Aidan en busca de alguna pista. Mientras leía una, escuchó el leve sonido que hacía al despegarla y la dejó caer revoloteando al suelo. Procedió una a una. Hasta que empezó a leer más rápidamente. Algunas notas solo decían una cosa: «judías» o «bolsas de la basura» o «lavavajillas» o «sándwiches para mamá». Finalmente, en una se leía: «Volveré tarde, no me esperes despierta. Te quiero, Leish». Las arrancó cada vez más rápido. Aidan no había dejado ninguna nota nueva. ¿Qué iba a decir? «Me voy. Para siempre. Buena suerte».

Levantó el pie y pisoteó los trozos de papel, como si fueran hojas otoñales caídas que se marchitaban en el arcén de una calzada. Las observó y notó cómo se arrugaban. Las dejó donde estaban.

Y entonces, asomando entre las notas, medio oculta bajo el frigorífico, apareció una pequeña esquirra de la placa especial de Aidan, con la sonrisa omnipresente de Peter Rabbit.

Capítulo 30

MUKESH

—¡**H**ola, Mukesh! —Era la ayudante bibliotecaria, Lucy. Habían hablado pocas veces, cuando Aleisha andaba por allí, pero a Mukesh le caía bien. Tenía una sonrisa encantadora—. Me voy ya, pero me alegro de verlo. Se está convirtiendo usted en un asiduo. ¿Qué lleva ahí?

Mukesh le enseñó *Mujercitas*.

—¡*Mujercitas*! Es el libro preferido de mi hija, incluso ahora, y ya tiene veintiocho años.

—Es maravilloso. A mí me recuerda a todas mis hijas. ¡Sus diferencias y similitudes! Mis hijas tenían disputas y peleas de niñas, pero siempre fueron muy buenas amigas —dijo Mukesh de carrerilla: tenía el discurso prácticamente ensayado, tras haberle explicado casi lo mismo a Nilakshi la noche anterior—. A veces me gustaría que Naina hubiera escrito un libro sobre sus vidas, sobre los niños, sobre crecer.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Lucy, con el bolso ya en el hombro, lista para marcharse.

—Bueno, mi difunta esposa, Naina, casi siempre estaba con las niñas cuando vivíamos en Kenia y las veía crecer día a día. A veces, cuando yo regresaba a casa del trabajo, ya estaban todas acostadas y bien arropadas, durmiendo como angelitos.

—¿Tenía la sensación de estárselas perdiendo?

Lucy le hablaba con rostro amable, no hizo ademán de marcharse.

Mukesh se dio cuenta de que nunca se lo había planteado de ese modo.

—A veces, pero mi Naina siempre decía que éramos un equipo. Cada noche me esperaba despierta y me explicaba lo que había sucedido durante el día. Era mi momento preferido. Nunca tuve la sensación de perderme nada.

—¡Eso es maravilloso, Mukesh! —exclamó Lucy, dándole unas palmaditas en el hombro—. Gracias por compartirlo conmigo. A mí me da la

sensación de que quien podría escribir un libro es usted.

—¡Qué va! Quizá un programa en Zee TV o algo por el estilo, pero no un libro entero.

Lucy rio.

—¿Dónde está la señorita Aleisha?

Quería explicarle a Aleisha que había visto aspectos de su esposa en las cuatro mujercitas del libro y, sobre todo, en Marmee. Y se preguntaba si Priya sería valiente e inteligente de mayor, como Jo, la hermana combativa. A Jo le encantaba leer, y escribir. Acababa siendo escritora. ¿Le depararía eso el futuro a Priya?

—Lo siento pero no lo sé. Creo que hoy es el turno de Kyle, está en la parte de atrás, llame al timbre. Me alegro de verlo, señor Patel.

Mientras se despedía de ella con una mano, llamó al timbre con la otra y el joven Kyle apareció cargando con un montón de libros voluminosos en los brazos.

—Es usted el señor Patel, ¿verdad? —le preguntó, algo sudado por la carga.

—Sí, el mismo. ¿Dónde está la señorita Aleisha hoy?

—Me temo que no ha venido. La estoy sustituyendo. ¿En qué puedo ayudarle?

—Pero ¿está bien? ¿Se encuentra bien?

—Creo que ha tenido una emergencia familiar —contestó Kyle quitándole importancia.

En la cabeza de Mukesh sonaron las alarmas.

—¿Su madre?

—Me temo que no lo sé, señor.

Mukesh empezó a ponerse nervioso.

—Me gustaría asegurarme de que está bien. Me gustaría visitarla. ¿Me puede decir dónde está? ¿Está en casa? ¿Con su madre? ¿Y su hermano?

—No puedo facilitarle esa información, señor.

—Pero soy un amigo. Solo intento ser amable. Me preocupa. ¿No puede ayudarme?

—No, señor. A menos que ella le diera en persona sus datos, yo no puedo facilitárselos. Va en contra del RGPD.

—Vaya... —Mukesh probó una táctica distinta—. Ahora que lo recuerdo, me la dio. Vino a verme a casa hace solo dos días, ¿sabe? Se me ha debido de olvidar. Mi memoria ya no es lo que era... No tiene por qué preocuparse por el RG ese. —Se esforzó por parecer lo más frágil, viejo e indefenso posible. A

veces, le funcionaba a su favor. Pensó en qué harían Marmee o Naina—. Me gustaría llevarle algo de comida.

—No puedo ayudarlo, señor. —Kyle empezó a teclear algo en el ordenador—. Veo que tiene usted un libro reservado.

—Pues yo no he hecho ninguna reserva.

—En tal caso, imagino que Aleisha debió de hacerla por usted. Es *Beloved*, de Toni Morrison.

Sin mediar palabra, Mukesh le entregó *Mujercitas* y dejó al muchacho hacer su trabajo. Al pasarle el libro, tuvo la sensación de estar abandonando algo, de estarse despidiendo. ¿De quién? ¿De las hermanas March? ¿De Naina?

Al ver a Kyle coger el libro, su corazón regresó junto a Beth, la mujercita que enferma, y junto a su hermana mayor, Jo, que tanto la quería. Pensó en el capítulo en el que iban a la costa con la esperanza de que el aire del mar curara a Beth. De inmediato, en su mente, el litoral por el que paseaban Beth y Jo se transformó en el mismo al que él había llevado a sus hijas en Kenia, cuando eran niñas. Recordó días cálidos y bochornosos en los que había regresado pronto a casa y había llevado a las niñas hasta el faro, donde compraban mazorcas de maíz a la barbacoa y se sentaban frente al mar. Las niñas eran tan felices... Naina guardaba silencio y contemplaba el paisaje, mientras que Mukesh se encargaba de entretenerlas y de que no se les borrara la sonrisa de la cara. Se preguntó si sus hijas recordarían aquellos días.

Años más tarde, en Londres, durante uno de aquellos días cálidos y pegajosos de verano, Naina le había dicho que le apetecía ver el mar para revivir aquellos recuerdos. Al volver la vista atrás, se preguntó si tal vez anhelaba que la brisa marina lo arreglara todo, tal como hacía Jo en *Mujercitas*. Aquel día habían tomado el tren en dirección a Brighton, cargados con sándwiches de hummus, palitos de zanahoria, *bhajis*^[22] y *tepla* para comer. Naina había preparado un termo de té *chai*, una botella de zumo de papaya y había añadido unas latas de Vimto^[23]. Además, habían guardado sus pastillas en un recipiente de plástico diminuto.

El viaje en tren había sido emocionante, lo recordaba bien. Hacía años que Mukesh no veía el mar, desde que sus hijas eran aún lo bastante pequeñas para ir de vacaciones con ellos, e incluso entonces casi siempre había sido con tiempo lluvioso y ventoso, porque se habían quedado en Inglaterra. En aquel viaje, tuvo la sensación de que Naina y él volvían a ser jóvenes, volvían a estar en sus primeros meses de matrimonio, cuando se estaban conociendo y cuando los padres de Mukesh les habían concedido tiempo y espacio, cuando

no habían insistido en que Naina ayudara en casa o en que las cosas se hicieran de una determinada manera. Naina y él habían ido cogidos de la mano durante el trayecto y ambos se habían limitado a sonreír mientras miraban por la ventana y veían el paisaje pasar.

A Naina le encantaba la costa. Viéndola junto al mar aquel día, sentada leyendo un libro, mientras la brisa marina le alborotaba el cabello y le desprendía mechones del moño, Mukesh fue consciente de lo afortunado que había sido y de la vida tan maravillosa que había compartido con ella. De sus extraordinarias hijas. Sus mujercitas. ¿Cómo podía ser tan feliz solo contemplando a su esposa, viéndola pasar página tras página, después de tantos años de matrimonio? ¿Cómo podía seguir sintiendo que estaba tan enamorado de ella como en aquellos primeros meses de su vida juntos, en los que descubrían cosas nuevas el uno del otro? Y durante la comida, que habían tomado mirando el embarcadero y evitando a las gaviotas, con la risas, los juegos y los chillidos infantiles como música de fondo, Mukesh le había dicho que la amaba con mariposas en el estómago, como si fuera la primera vez que se lo decía.

Entonces no sabía que a Naina solo le quedaba un año y medio de vida. Fue la última vez que ella vio el mar. Viéndolo en retrospectiva, se alegró de haberla llevado a la playa, por capricho. Pero deseó haberle dicho que la amaba todos y cada uno de los días.

Ahora sabía que, como en el caso de Beth, el mar no le había insuflado nueva vida. Pero sí les había concedido tiempo para reflexionar juntos y para recordar. Leer sobre Jo y Beth en la playa le había roto el corazón, por la joven vida de Beth, y también por Naina.

Tras despedirse de Beth, Jo, Meg, Amy y Marmee, aceptó *Beloved*. Se preguntó qué le habría dicho Aleisha para acompañar la recomendación. Se le daba tan bien hacer que se sintiera emocionado con cada nueva oferta cuando él aún se estaba despidiendo del libro anterior.

—¿De qué va? —le preguntó al joven.

—Pues lo lamento muchísimo, pero no estoy seguro. Este no lo he leído. Pero Toni Morrison, la autora, es maravillosa.

Mukesh asintió con la cabeza.

—Gracias. Ahora necesito que me dé la dirección de la señorita Thomas, por favor. Gracias. Tengo que hablar con ella sobre *Mujercitas*. Normalmente hablamos de los libros que me recomienda. Me ayuda a entenderlos. Es un servicio de biblioteca completo.

El muchacho negó con la cabeza.

—Tal como ya le he dicho, no puedo proporcionarle esa información.

—Soy un hombre viejo —le dijo Mukesh, tozudo, probando una nueva estrategia— y puedo montar un numerito. Si no me da su dirección, me pondré a gritar.

Mukesh miró a su alrededor. Divisó a Chris Míster Novela Negra sentado en el rincón otra vez y lo saludó con la mano, momentáneamente distraído. Repartidos por la biblioteca había otros tres usuarios habituales, una multitud lo bastante numerosa como para causar cierto bochorno a Kyle.

Kyle miró a su alrededor con nerviosismo.

—Entonces... ¿va a ayudarme? —bramó Mukesh.

Tras unos momentos, con una tensión creciente en la biblioteca, Kyle se pasó las manos por el cabello y suspiró.

—De acuerdo, está bien. Pero, por favor, no diga que he sido yo quien le ha dado esta información o perderé mi empleo.

«Qué fácil», pensó Mukesh. ¿Quién habría dicho ahora que no era más que un viejo invisible?

«Bien hecho, Mukesh», le susurró Naina, descarada, al oído.

Cogió el trozo de papel que Kyle le tendía.

—¡Gracias, gracias, señor! No sabe usted lo útil que ha sido. —Se dio media vuelta para marcharse, pero algo lo detuvo—. De hecho, antes de irme... ¿Tendrían un ejemplar de *La mujer del viajero en el tiempo*?

Aquel libro lo había confortado cuando lo necesitaba. Esperaba que Aleisha estuviera bien, pero tal vez sirviera para distraerla del problema con el que estaba lidiando.

—Estoy seguro de que sí.

Kyle salió trotando del mostrador y, momentos después, regresó con un ejemplar de aquel libro tan especial forrado con una sobrecubierta de plástico.

Mukesh lo cogió con fuerza, metió el papel con la dirección de Aleisha en la portada y salió al bullicio de Wembley.

La calle de Aleisha era nueva para Mukesh: no la había visto nunca, aunque estaba justo al lado de la avenida principal. Pese a ser una calle de casas adosadas, tenía un aspecto muy distinto a la suya, un estilo completamente diferente. Podría haber estado a un mundo de distancia.

Miró lo que Kyle había escrito. Tenía una letra difícil de leer, pero logró descifrar el número. Continuó caminando. La casa tenía que quedar a su

izquierda. El sol volvía a brillar en lo alto del cielo, tras abrirse paso entre los nubarrones de aquella mañana.

Contó cada una de las casas.

Oyó música a todo volumen a través de algunas ventanas: los marcos temblaban por los graves y los cristales también.

Vio a unos cuantos niños que jugaban en la calle, chutando una pelota de fútbol de una acera a la otra. Mukesh notó que el corazón volvía a latirle más rápido, preocupado por si el balón se le acercaba demasiado y, o bien le daba un balonazo, o tenía que devolverlo de un puntapié. Y justo cuando acabó de pasar la zona de peligro, se encontró de pie frente a la casa que buscaba: la número 79.

Estaba seguro de que estaría en casa. La propia Aleisha le había dicho que, si no estaba en la biblioteca, estaba allí. Pero, mientras que las ventanas del resto de las viviendas de la calle estaban abiertas de par en par, aquellas estaban cerradas. En el jardín delantero no había más que cubos de basura y algunos hierbajos. Todo en aquella casa era apagado y gris, salvo un destello de color en la ventana: el reflejo resplandeciente de un coche de policía aparcado junto a la acera de enfrente.

El camino que conducía hasta la puerta principal estaba cubierto de unas baldosas geométricas que Mukesh encontró bastante bonitas, pese a estar bastante descuidadas. Intuyó que aquel había sido un lugar querido en algún momento del pasado, construido con esmero y cuidado. Pensó en su propio jardín, cubierto por comodidad de losas de piedra natural, ahora agrietadas y descoloridas por el sol.

Se dispuso a llamar a la puerta, pero lo aterró dejar una huella en aquella casa. Esperó y se apartó un paso de la puerta para poder alzar la vista hacia las ventanas superiores, escuchar si había algún ruido o notar si había algún movimiento. Todo estaba cerrado. Las cortinas, corridas. El silencio era denso, penetrante.

Mukesh tuvo un escalofrío a pesar del calor que hacía.

Quizá no hubiera nadie allí. Volvió a mirar la nota, preguntándose si se habría equivocado de casa. El 7 era inconfundible y era difícil equivocarse leyendo el 9. Era el número 79.

Posó el dedo sobre el timbre, pero, por la razón que fuera, no logró reunir el valor para pulsarlo. Allí no había nadie.

En lugar de ello, Mukesh introdujo *La mujer del viajero en el tiempo* a través de la ranura del buzón de la puerta (le echaría la culpa a Kyle si la dirección era incorrecta) y regresó a la calle principal a tomar el autobús.

Al alejarse de aquella casa, se fue notando más ligero con cada paso, feliz de dejar atrás aquellas ventanas cerradas y la sensación de mal presagio que exhalaba aquel lugar, preocupado por lo que pudiera suceder dentro. Le vino a la mente una imagen de Manderley, la mansión de *Rebeca*; alejarse de la casa de Aleisha fue como liberarse de aquel vetusto lugar y de los fantasmas del pasado que contenía, de los secretos y temores. Sacudió la cabeza, intentando despejar las ideas inquietantes de aquel libro. Aleisha estaría bien, claro que sí. ¿O no?

Capítulo 31

ALEISHA

La casa quedó a oscuras. Al marcharse, la agente de policía y su compañero se habían llevado consigo hasta el último destello de luz. Habían tenido que saltar sobre un libro que yacía bocabajo sobre el felpudo: *La mujer del viajero en el tiempo*. Todos habían oído el golpe seco cuando había caído a través de la puerta y luego lo habían mirado fijamente un momento, apáticos.

Aleisha notó el silencio de la casa caer en cascada a su alrededor. Dio los pasos uno a uno, aterrorizada de pensar en el siguiente. Cuando llegó a la parte alta de las escaleras, el corazón se le salía por la boca. Y al poner la mano en la manija de la puerta de Leilah, la notó fría como fuego candente en la piel; por un instante, se quedó congelada en el sitio. No oyó ningún ruido procedente de la habitación de Leilah, pero, al entrar, la vio de pie, como si la esperara. Aleisha cerró la puerta a su espalda. Era mejor dejar todo el mundo fuera en aquel momento.

—Mamá, siéntate.

Aleisha apoyó la mano en el hombro de su madre. Se notaba metiéndose en la piel de otra persona en aquel momento. Atticus: sabio e imponente. Nada los perturbaría. Jo March, el momento en el que sabe que Beth ha muerto: rota, enfadada. Pi, al darse cuenta de que ha perdido a toda su familia y la única compañía que le queda es un tigre que puede atacarlo en cualquier momento, todo a la deriva. Nada parecía estar bien.

Al mirar a Leilah a los ojos, vio que su madre ya buscaba la respuesta. Analizando su rostro, Aleisha vio a la mujer policía sentada delante de ella: había mantenido la calma. ¿Cómo podía estar tan calmada? Acababa de hacer añicos el mundo de otra persona.

Notaba pinchazos por todo el cuerpo, como si le estuvieran arrancando la piel. Habría dado cualquier cosa por rebobinar el tiempo, por arrancar las últimas páginas de aquella historia y reescribirlas.

Aidan entraría por la puerta, tropezaría con el libro y la regañaría por dejar las cosas tiradas en cualquier parte. Se dirigiría a la cocina, arrancaría las notas adhesivas que hubieran dejado de ser relevantes y empezaría a rebuscar algo que comer. Todo estaría bien, todo sería normal.

Ya nada volvería a ser normal.

Leilah tenía los ojos clavados en su hija, la perforaba con la mirada.

Aleisha respiró. Por ahora, podía ser Atticus. Relatar lo sucedido. Explicar la verdad. Aidan se había tirado a la vía del tren aquella mañana. Suicidio. Pero Aleisha no estaba segura de que pudiera ser verdad. Conocía la sensación de estar en el andén y ver aproximarse el tren. Y ese impulso inmediato e irracional de lanzarse hacia delante, de querer saber por un momento qué se siente, de que te atropelle un tren. Pero era solo ficción, no era la vida real.

Leilah la observaba y Aleisha ni siquiera sabía si sus palabras tenían sentido. Nada de aquello tenía sentido. Aleisha siguió hablando, hasta que ya no le quedó nada más que decir.

Por un instante, el mundo se paró, la Aleisha-Atticus desapareció y dejó solo a Aleisha en su estela. La Aleisha cuyo corazón estaba adormecido, la Aleisha incapaz de creer que nada de aquello pudiera ocurrir. Se empujó hacia delante y se obligó a sentarse al lado de su madre. Pasó por alto los estremecimientos de dolor de Leilah y le cogió la mano todo lo fuerte que pudo. La mano de Leilah estaba flácida, no tenía vida. Aidan no tenía vida.

La habitación se movía a cámara lenta, pero el aire se había detenido por completo. No había aire. No había vida. Entonces Leilah empezó a gritar. Leilah tenía razón la noche en que Aleisha la había encontrado presa del pánico, ahogándose. El instinto de Leilah. Lo sabía. Siempre lo había sabido.

Leilah empezó a darse palmadas en los muslos, hasta que Aleisha le apartó las manos y se las puso con cuidado al lado de las piernas. El sonido de las palmadas se amortiguó, pero los gritos de Leilah llenaron el silencio. Su voz desgarró la casa, desgarró el resto del mundo.

Su hijo estaba muerto.

Su hijo se había ido para siempre.

—¡Vete! —le gritó a Aleisha, con la mirada enfocada por primera vez—. ¡Vete de aquí! ¡No quiero verte! ¡Déjame sola!

Capítulo 32

MUKESH

La casa crujió a su alrededor cuando se sentó en su sitio de siempre, con las lámparas iluminando el espacio. En cuanto había llegado a casa, se había zambullido en *Beloved*, preguntándose si tal vez encontraría en sus páginas alguna pista de lo que fuera que le había ocurrido a Aleisha. ¿Le habría dejado alguna señal? ¿O era simplemente su siguiente recomendación?

Al instante se había internado en otra casa extraña y estremecedora, una casa acechada por la tristeza.

Se acordó de la casa número 79, la de Aleisha, que le había recordado a Manderley, la siniestra mansión que había experimentado a través de las páginas de *Rebeca*. Pero ahora estaba claro que la casa de Aleisha, con todas sus ventanas cerradas, sus cortinas corridas y sepultada en la oscuridad, era exactamente como él imaginaba la casa de *Beloved*, la número 124. Sabía que era inviable, que una casa del Cincinati de la década de 1870 no se parecería en nada a una casa adosada de Wembley construida en los años cuarenta. Pero, cuando la autora describía la sensación agorera del número 124, le venía al pensamiento la casa de Aleisha, con las ventanas cerradas para no volverse a abrir nunca y el eco del silencio. Sin embargo, Toni Morrison le permitía asomarse al interior de la casa de *Beloved*: podía «ver» lo que ocurría allí dentro, no necesitaba dejar volar la imaginación. En el interior del número 124 conoció a Sethe y a la única hija que le quedaba, Denver, e inmediatamente sintió una pena tristísima por ambas, por vivir en un hogar del que tenían la impresión de no poder escapar. Los hijos de Sethe, Howard y Buglar, habían huido de allí años antes; incluso Baby Suggs, la suegra de Sethe, se había salvado de su oscuridad al pasar a mejor vida, al morir. Ahora solo quedaban allí Sethe y Denver, nadie más. Era una casa que no recibía visitas, una casa en la que nadie entraba. Y Denver nunca iba sola más allá del patio. Todo su mundo era aquella casa, su madre y el fantasma que convivía con ellas. El fantasma de su hermana muerta, *Beloved*.

En cada página, a Mukesh le habría gustado colarse en el mundo de Sethe y Denver, demostrarles que estaban vivas, que estaban preparadas para vivir si no se dejaban arrastrar constantemente al trauma por un fantasma que se negaba a dejarlas vivir, que se negaba a permitirles olvidar su pasado.

Dejó el teléfono a su lado mientras leía, con la esperanza de recibir una llamada de Aleisha. Solo quería saber si estaba bien. Pero, con cada página que pasaba, con cada ruido y con cada coche que transitaba por la calle, Mukesh sentía un escalofrío que le recorría la columna. Llevaba horas sentado allí, leyendo, incapaz de abandonar a los personajes, pero el aire que lo rodeaba se volvía cada vez más frío. Aleisha no había llamado. Cada vez le pesaba más la preocupación.

Si aquel libro era un mensaje de Aleisha, el corazón le dolía solo de imaginar qué intentaba decirle. ¿Estaba ella, como Sethe y Denver, atrapada en aquella casa, incapaz de salir? ¿Qué la retenía allí? ¿Tenía también su propio fantasma?

—¿Diga? —Mukesh descolgó el teléfono adormilado, atontado.

Su despertador dio las 11:00: era más tarde de lo que solía despertarse, pero se había quedado en vela hasta la madrugada, leyendo, buscando pistas.

—¿Podemos quedar? —preguntó una voz al otro lado del hilo.

—Perdone, ¿quién llama?

—Soy Aleisha.

Mukesh cogió aire: no le había reconocido la voz, no sonaba bien. El número 124 le volvió al pensamiento.

—Aleisha, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Podemos quedar? —repitió ella.

Mukesh asintió con la cabeza, aunque Aleisha no lo veía.

—Voy a verte. ¿Dónde estás?

—Estoy en el parque, en el que hay cerca de la biblioteca.

Hablaba con voz hueca.

Mukesh caminó arrastrándose hasta el mueble del teléfono, donde estaba el bloc de notas adhesivas de Rohini.

—De acuerdo, espera un momento, que lo anoto.

No quería olvidarse. No podía olvidarse. Le temblaba el pulso.

—¿Estás bien? ¿Quieres que llame a alguien? —preguntó Mukesh.

—Ya lo he hecho yo. Lo he llamado a usted.

Mukesh guardó silencio. Colgó el teléfono y se dirigió tan rápido como pudo al cuarto de baño. Se arregló con más celeridad de lo que lo había hecho nunca.

En el parque, Aleisha estaba sentada en un banco, sosteniendo con fuerza *La mujer del viajero en el tiempo* en las manos. Mukesh había tardado cuarenta y cinco minutos en llegar y maldijo al autobús por detenerse en cada parada y dejar que subieran tantos pasajeros que iban todos apretujados. Se preparó para excusarse y disculparse, pero solo con verle la cara comprendió que Aleisha estaba en otro sitio.

Mukesh supo que algo le había pasado a su madre. Había visto la expresión de Aleisha el día que se había sincerado con él, lo triste y pequeña que parecía. Una niña de diecisiete años no debería tener que ser fuerte todo el tiempo.

—¿Aleisha? —Mukesh se sentó a su lado, vacilante—. ¿Cómo estás?

Ella se miró las rodillas y negó con la cabeza. Mukesh notó que se esforzaba por no hacerse un ovillo y desaparecer.

—Señorita Aleisha, ¿qué puedo hacer? Puedes hablar conmigo.

—No —susurró ella, con la voz rota.

Se llevó el puño al corazón y Mukesh le puso con ternura la palma de la mano en el hombro.

—Venga, tranquila —le dijo, maldiciéndose en cuanto aquellas palabras salieron por su boca.

Permanecieron sentados el uno al lado del otro, Aleisha con la vista clavada en el suelo y Mukesh mirándose las rodillas.

El silencio se prolongó durante lo que parecieron horas.

—Mi hermano —susurró ella—. Está muerto. Se tiró a la vía del tren. — Cada palabra la dejó exhausta.

Mukesh tardó un momento en procesarlas.

—¿Tu hermano?

Pronunció aquellas palabras muy bajito, con la esperanza de que ella nunca tuviera que oírlas, con la esperanza de poder cambiarlo todo. Pero él no podía hacer nada. No podía mejorar la situación.

Aleisha asintió con la cabeza.

—Tenía que salir de casa. Allí no puedo respirar. No puedo... —Apenas si tenía aliento; de repente empezó a respirar rápido, pero superficialmente—. No tiene sentido. Estaba bien. Era tan fuerte. Cuidaba de nosotras.

Mukesh le dio un apretoncito en el hombro. Respiró hondo; notaba el corazón partido en dos. Imaginó a Denver, luchando por su familia, haciendo cuanto estaba en su mano por salvar a su madre y a su hermana Beloved, pero él no tenía la fuerza de Denver, ni su inteligencia. En aquellos momentos, no había nada que él pudiera hacer. No podía ocultarse en las palabras de otra persona en busca de una respuesta, tenía que decir algo suyo, algo real.

—No sé qué hacer —dijo Aleisha, con una mirada suplicante.

Aleisha, la misma Aleisha que siempre le decía a él qué hacer y qué leer, ahora le pedía ayuda.

—Quizá, quizá deberías ir a casa. Quizá deberías estar con tu madre, con tu familia.

Aleisha hundió los hombros.

—No me di cuenta de tantas cosas —dijo, con una voz que ocultaba un arrebato de ira—. Mamá no se dio cuenta de tantas cosas. ¿Cómo es posible? ¿Cómo es posible que hayamos hecho esto? Yo tenía todo el día la cabeza en esos libros.

Ahora hablaba a voz en grito. Mukesh echó un vistazo para comprobar si alguien en el parque los miraba, pero nadie les prestaba atención. Para el resto del mundo, la vida continuaba, mientras que la vida de Aleisha se había detenido por completo. Le dio un puñetazo al libro, lo abrió sin cuidado y arañó las páginas. Mukesh ahogó un grito.

—Yo llorando por personas que no existían y durante todo ese tiempo mi hermano me necesitaba y necesitaba ayuda y no lo vi. Estaba ciega. ¡Completamente ciega!

Arrojó el libro al suelo. Mukesh lo vio aterrizar bocabajo. El instinto lo impulsó a recogerlo, limpiarlo y ponerlo a buen recaudo, pero, en lugar de ello, se volvió hacia Aleisha, que tenía el rostro descompuesto y los ojos cerrados.

—No es culpa tuya. —Se dio cuenta de que ella habría querido rebatírselo, pero no tenía energías para discutir—. Voy a llamar a Nilakshiben. Ella sabrá qué hacer.

No pretendía decir aquella última frase en voz alta, pero Aleisha afirmó con la cabeza. Clavó la vista en los zapatos y se restregó las punteras. Tenía la mano derecha cerrada, con el pulgar tan apretado hacia dentro como era posible. Comprobaba si aún era capaz de sentir, de entender el mundo que la rodeaba. Esperaba, rogaba que aquello fuera solo un sueño.

Nilakshi llegó media hora después con algo para comer. Había cogido una bolsa de patatas fritas y algunos *dhebra*^[24]. Le ofreció las patatas a Aleisha,

pero cuando esta preguntó qué era el *dhebra*, Nilakshi contestó:

—Ah, es comida india. Quizá no te guste.

Pero Aleisha quiso probarla igualmente.

Comió poquísimo, apenas un mordisco como la yema de un dedo. Y dijo que estaba bueno. Mukesh tuvo la sensación de que hacía días que no probaba bocado.

Nilakshi no le dijo nada a Aleisha, pero la abrazó con naturalidad, sin pedirle permiso.

—Mi *beta* —le dijo con ternura, apretándola contra sí, hasta que al final Aleisha se apartó, sin brusquedad.

—Debería irme a casa —dijo.

Todos asintieron y Nilakshi los llevó hasta su coche.

Condujeron en silencio hasta casa de Aleisha. Cuando aparcaron, Aleisha permaneció en el coche, clavada en el sitio. Era evidente que la aterraba volver a poner un pie en aquella casa, no quería encontrarse con lo que fuera que la esperaba allí dentro: tristeza, vacío, dolor. Mukesh no la culpaba por ello. Recordó su propia casa cuando Naina falleció. Le costaba estar allí. No se veía capaz de hacer nada. Rohini se había encargado de arreglarlo todo por él. Había sacado de allí las cosas de Naina y las había guardado en lugares seguros, pero también se había asegurado de que la casa transmitiera la sensación de que su madre seguía allí sin recordarle a su padre que se había ido para siempre. Se preguntó cómo podía hacer él algo así por Aleisha. ¿Dónde estaba su padre? ¿Regresaría a ayudarlas?

Una voz en el interior de Mukesh, quizá Naina, le dijo que distrajera a Aleisha, que desviara su atención hacia otra cosa, para sobreponerse al momento presente.

—¿Aleisha? —preguntó titubeante—. ¿Qué te pareció *Mujercitas*? Es bueno, ¿no?

Aleisha lo fulminó con la mirada y Mukesh supo que no debería haber dicho nada.

—¡Me importa un bledo *Mujercitas*, señor P! —le espetó, pero se tapó la boca con la mano, deseando poder retirar sus palabras. Con voz más suave, añadió—: He pasado demasiado tiempo inmersa en los libros. Necesito empezar a vivir de nuevo... o quién sabe si fastidiaré también todo lo demás.

Se empujó con los brazos para salir del coche. *La mujer del viajero en el tiempo* se quedó en el asiento trasero. La observaron alejarse, haciendo una pausa momentánea antes de entrar en la casa. Y justo cuando se volvió para cerrar la puerta, los miró a ambos por última vez.

Mukesh le sonrió, esperando que entendiera que intentaba enviarle toda su fuerza con aquella sonrisa y demostrarle todo lo que, siendo tan joven, aún le aguardaba en la vida. También le habría gustado que le transmitiera un «Estoy aquí si necesitas hablar», aunque albergaba la esperanza de que tuviera a alguien más cercano con quien desahogarse.

Transcurridos unos momentos, Mukesh recogió *La mujer del viajero en el tiempo* del asiento del coche, lo llevó hasta la puerta de la casa de Aleisha y volvió a meterlo por el buzón con toda la delicadeza que pudo. Tal vez no lo necesitara ahora mismo. Pero, si en algún momento, dentro de minutos, días, semanas o meses podía servirle de cierto consuelo, brindarle una válvula de escape, como había ocurrido en su caso, habría merecido la pena.

Capítulo 33

ALEISHA

— **A**leisha, te he llamado un montón de veces —dijo Dean al otro lado del teléfono, con la voz teñida de ansiedad.

Notó el cristal de la pantalla frío como hielo contra su oreja.

—No sé qué hacer, papá —susurró Aleisha.

Tenía la costumbre de hablar en voz baja por teléfono, sobre todo con su padre, aunque sabía que carecía de sentido: Leilah estaba en el piso de arriba, muerta en vida, en su habitación.

Aquel día había intentado levantarla de la cama, porque sabía que debía hacerlo. Pero no soportaba estar cerca de ella, de la misma manera que no soportaba estar consigo misma. Ambas eran culpables.

—No sé qué hacer —repitió, mientras una lágrima le resbalaba por la mejilla, y, por primera vez en años, tuvo la impresión de ser sincera con su padre—. No sé cómo arreglar las cosas.

—Ya lo sé, cariño —le dijo su padre con la voz rota, pero Aleisha no soportaba su sentimiento: él no la entendía; él no entendía nada—. Intentaremos salir de esto juntos. ¿En qué puedo ayudar? Puedo ir a verte, ayudarte con lo que sea. Solo tienes que decírmelo. No tienes que afrontar todo esto tú sola, ¿de acuerdo? Sé por lo que debes de estar pasando. ¿Cómo está tu madre?

«Ir a verte». Aquellas palabras solo le recalcaron que Dean no vivía allí. A él aquella tragedia le quedaba lejos. Dean existía fuera del mundo de Aleisha, fuera del mundo de Aidan y, tras el funeral, se marcharía a su propia vida. Aleisha nunca podría marcharse a ninguna parte. Ya lo había hecho demasiadas veces: había estado demasiado ocupada compadeciéndose de ella misma, llorando porque sus amigas ya no eran sus amigas y viviendo en los mundos ficticios de otras personas en lugar de concentrarse en su propia vida, y en la de Aidan.

—No te preocupes. No te necesitamos para nada ahora mismo. El tío Jeremy y Rachel vendrán la semana que viene. Ellos traerán todo lo que necesitamos.

El tío Jeremy y Rachel no habían preguntado qué tenían que hacer; lo habían hecho sin más, habían insistido. «Cariño, estaremos ahí dentro de unos días y nos quedaremos todo el tiempo que necesitéis. J y R».

Dean no supo qué responder a aquello.

—Está bien, ahora tengo que dejarte... —se limitó a decir—. Pero te quiero, ¿vale? Lo superaremos. Dime si hay algo que yo pueda hacer. Lo superaremos, Aleisha.

Aleisha colgó el teléfono. Hacía mucho que ellos no existían como una «familia».

Al colgar el teléfono, vio tres mensajes de texto de Zac. Estaba preocupado por ella. Aleisha le había explicado lo que había sucedido, con todo lujo de detalles, con todo su dolor, de manera escueta, pero no había sido capaz de decir nada más. Él le había dicho que contara con él si necesitaba hablar y había continuado enviándole algún que otro meme gracioso de gatitos. Sabía que se esforzaba, pero nada le parecía suficiente.

Aleisha se mordisqueó el esmalte de uñas. Posó la mirada en una foto que había sobre la repisa de la chimenea. Una foto de ellos cuatro: Aleisha, Aidan, Leilah y Dean. Notó que su cólera se aplacaba temporalmente. Cuando Aidan había tirado las cosas de Dean después de que este los abandonara, a Aleisha le había sorprendido que conservara aquella foto. Incluso le limpiaba el polvo. Era el último recordatorio de su familia, la última prueba de que en algún momento habían sido cuatro. Cuando tiempo después, en un momento de enajenación, Aleisha le había preguntado a su madre si aquella foto le molestaba, Leilah le había contestado:

—No. Fue una época feliz. No lamento la felicidad.

Aquella respuesta había acompañado a Aleisha durante muchos años.

Le habría gustado aislarse del mundo, como Leilah, pero había tantas cosas por hacer, tanto que organizar. Pese a ello, lo único que sentía en aquel momento era un atontamiento y un odio escalofriante hacia cada sonrisa de felicidad, hacia cada persona que vivía la vida cuando su hermano, la persona más importante para ella, estaba muerto.

La fotografía le devolvió la mirada y vio el rostro de Aidan, su sonrisa infantil, haciéndole una pregunta:

—¿Qué ha pasado?

—Que has saltado.

«Pero me siento como si yo te hubiera empujado».

Aleisha no soportaba quedarse en aquella casa ni un segundo más. Había demasiado ruido. Demasiado silencio. Estaba demasiado vacía. Demasiado llena. Se marchó, sin importarle si Leilah la llamaba, sin importarle que nadie respondiera a sus llamadas. Ya estaba atravesando lo peor. ¿Cuánto más podía caer? Lo único que le apetecía aquel día era caminar. La gente reía en la calle. No sabían que Aidan estaba muerto. Los niños jugaban, gritaban, chillaban. No sabían que Aidan estaba muerto. Pasó por delante de una pandilla de adolescentes que bromeaban y se daban empujones unos a otros, con toda la vida por delante. Y entonces Aleisha se dio cuenta de algo: ella nunca conocería esos tiempos despreocupados de la escuela de los que hablaban siempre los viejos. Así que caminó y caminó.

Subió las escaleras, muchas escaleras, hasta llegar al andén de la estación de Stonebridge Park. Cuando alcanzó la parte alta, tuvo la sensación de estar en la cima del mundo. El andén estaba vacío, casi desierto, en medio de aquel sofocante día estival.

Unos colores vivos apilados en el borde del andén le llamaron la atención. Vio flores, sobres, notas, cartas que revoloteaban en el viento.

Se acercó hasta allí. Era el último sitio donde él había vivido. «Aidan - Descansa en el paraíso».

Apareció un tren procedente de Bakerloo, en dirección a ella, y se imaginó a su hermano saltando hacia delante. Quiso saber si había dado un paso adelante o si había saltado. Quiso saber qué habían visto otras personas, si habían gritado, si alguien le había pedido que no lo hiciera. ¿Habría continuado la gente con sus vidas, como si tal cosa, quejándose del retraso en los trenes?

Miró aquellas flores de todos los colores. Habría al menos tres o cuatro ramos. Rojas, blancas, rosas y azules. También había algunos girasoles. Siempre le habían encantado los girasoles, desde que era niño. En la postal de felicitación que le había hecho para su quinto cumpleaños, Aidan los había dibujado a ellos dos junto a un girasol gigante y la había titulado: «Casa».

Aleisha permaneció allí de pie, contemplando los pétalos que el viento movía hacia delante y hacia atrás zarandeados, y se guardó una imagen mental de ellos. El altar improvisado en recuerdo de su propio hermano, ni más ni menos. Estaba acostumbrada a pasar junto a ramos de flores atados a farolas y siempre había pensado en lo tristes que eran, en que seguramente

eran por una vida arrebatada demasiado pronto, pero nunca se había detenido delante de ellos más que un segundo. En cambio, aquellas flores eran diferentes. Infinitamente más bellas, pero también tan pequeñas, demasiado pequeñas para sostener el peso de la muerte de Aidan. No la señalaban. No bastaban para señalarla. Aleisha quería algo más.

Al regresar a casa, se dirigió directamente a la habitación de su madre. Leilah seguía hecha un ovillo en la cama, tal como la había dejado. Aleisha tenía el corazón de piedra. Odiaba a Leilah y se odiaba a sí misma por todo lo que habían y no habían hecho, pero abrazó a su madre, le rodeó todo el cuerpo con el suyo, deseando desaparecer, deseando notar consuelo, deseando sentirse cerca de alguien, de quien fuera, de su madre, por un rato. Quería marcharse de este mundo, un mundo que le resultaba completamente ajeno y, al mismo tiempo, imperdonablemente impasible.

Cogió el libro de *La mujer del viajero en el tiempo*, que había subido al piso de arriba buscando una huida, buscando sosegar a Leilah. Pero ¿en qué se habían convertido ahora los libros? Los personajes que tanto le habían gustado eran ficticios, nunca lograrían arreglar nada. No habían vivido fuera de aquellas páginas. En cambio, la persona a la que ella amaba, la que sí que había existido en el mundo real y había luchado por ella, la que la había alentado y había renunciado a tantas cosas por ella... ya no estaba.

Aleisha arrojó el libro al suelo, junto a la cama, y se acercó más a Leilah. Esperó, esperó a que el cuerpo de su madre luchara para zafarse de su contacto. Pero Leilah no se movió. Se limitó a sollozar, en silencio, con el temblor de su cuerpo y su respiración superficial y entrecortada como única pista.

Capítulo 34

ALEISHA

Aleisha no había pegado ojo. Hacía días que no dormía temiendo aquel día, temiendo la reacción de Leilah, lo que pudiera hacer.

De pie junto al coche, el tío Jeremy abrazó a Aleisha.

—Aleisha —dijo—. Amor mío, tómate el tiempo que necesites, ¿entendido? Estaremos contigo en cada paso del camino.

Aleisha habría querido gritar, chillar, contarle al mundo que lo único que quería era dejar atrás a Leilah, el funeral de su hermano, y salir corriendo. Correr. Y no dejar nunca de correr.

Notando su pánico, el tío Jeremy la abrazó aún con más fuerza, recordándole que no la dejaría caer. Rachel estaba de pie a su lado, agarrándola de la mano, asegurándose de sostenerla cuando notara que todo se derrumbaba.

—Yo estoy aquí, Leish —le dijo Rachel, apretándole la rodilla mientras se sentaban en el asiento trasero.

La había aliviado que el tío Jeremy y Rachel hubieran llegado una semana antes del funeral, para no tenerse que encargar de organizarlo ella sola.

Iban todos montados en el coche, con la vista baja, incapaces de mirar al ataúd que viajaba delante de ellos, salvo el tío Jeremy, que no apartó la vista del frente, de Aidan, ni una sola vez. Intentó hacer una broma, en voz baja, entre dientes, titubeante.

—A nuestro chico siempre le gustó viajar con estilo. Es un Jaguar.

Nadie dijo nada en respuesta; nadie pronunció ni una sola palabra.

Cuando llegaron al crematorio, se apearon del coche. Jeremy y Rachel se adelantaron para conceder a Aleisha y Leilah un momento a solas.

—Lo he visto hoy, cruzando la carretera —susurró Leilah, hablando por primera vez aquel día.

—¿A quién?

—A Aidan.

—No, no lo has visto, mamá.

Pero Aleisha también había visto a Aidan. Hoy, ayer y anteayer, lo veía por todas partes: en el muchacho que escuchaba música alta en la parada del autobús, en el viejo que empujaba su carrito de la compra e incluso en los ojos de la mujer que escogía hortalizas en el supermercado. Aidan estaba en todas partes.

Cada vez que lo veía, estaba allí, sano y salvo, pero fuera de su alcance. Entonces la fantasía se desvanecía y lo único que dejaba en su estela era un recuerdo.

El crematorio estaba lleno; la gente hacía cola fuera, sin poder oír la ceremonia. Pero ellos estaban allí para él, para Aidan. Todo el mundo se acercó a darle el pésame a Leilah. La madre de Aleisha sonreía y daba las gracias, pero tenía la mirada perdida. Estaba despidiéndose de su hijo.

Aleisha le sujetaba la mano con fuerza. Con más fuerza aún cuando se acercó Dean. Leilah también le apretó la mano y entrelazó los dedos con los de su hija: fue el primer momento desde la muerte de Aidan en que Aleisha sintió realmente que podía quedar algún destello de amor entre ellas. Estaban en aquello juntas, tanto si les gustaba como si no. Dean le dio un beso en la mejilla a Leilah.

—Nuestro niño... —dijo Dean con la voz rota y la mirada hundida.

Aleisha vio el dolor escrito en su rostro. Parecía mayor. Lleno de arrepentimiento.

Al verlo allí, Aleisha cayó en la cuenta de cuánto se parecía Aidan a Dean. Tenían el color de ojos distinto, y también el color de pelo —Dean lo tenía un poco más claro, más rubio, desde la última vez que Aleisha lo había visto—, pero todos los rasgos, todos los rasgos de Aidan, eran los de Dean.

Leilah la soltó un momento y apoyó la mano en el hombro de Dean. Lo miró fijamente. Aleisha la vio consolarlo.

Tras unos instantes de silencio, Dean se alejó para situarse junto a su nueva familia, todos con el pelo rubio o castaño rojizo. Se parecían muy poco a ella. Nadie habría dicho nunca que eran hermanastros.

—Me alegro de que haya venido —dijo Leilah.

Aleisha habría querido gritar.

Mukesh se le acercó caminando pesadamente justo entonces. No había llegado a conocer a Aidan, pero allí estaba. Llevaba un traje negro que le iba un poco demasiado ajustado, camisa blanca y corbata. Cuando la saludó, no pronunció ninguna palabra y Aleisha se dio cuenta de que, si intentaba hablar, rompería a llorar. Se limitó a entregarle a Aleisha un papel, un dibujo, un

dibujo infantil, pero no de monigotes, sino lleno de color, detallado. Una mujer detrás de un mostrador. Un hombre y una niña que sostenían libros, rodeados de estanterías y más estanterías.

A Aleisha se le cortó la respiración. En la parte superior, con una caligrafía que pretendía ser adulta, podía leerse: «Te tenemos en el pensamiento, Aleisha». Y en la parte inferior, en dos caligrafías distintas: «Te queremos, Priya y el señor P».

Alzó la vista hacia Mukesh, agarrando con los dedos el dibujo. No le quedaban palabras.

Aleisha mantuvo la mirada fija en la fotografía de Aidan, de grueso marco dorado, situada de pie en el estrado del crematorio, mientras el mejor amigo de Aidan, Guy, se acercaba al micrófono. No podía mirarlo; a Guy se le quebraba la voz. En la fotografía, tomada en torno a un año antes, su hermano tenía una gran sonrisa. Estaba apoyado en su coche, recién lustrado, con los brazos cruzados y una ceja arqueada en un gesto descarado. Entonces no sabía que aquella fotografía se utilizaría para despedirlo, para que su familia y sus amigos se la quedaran mirando, intentando retener la alegría y la esperanza que transmitía, mientras que él ya se había ido para siempre.

—Me gustaría leer un poema que escribió Aidan a los ocho años —dijo Guy con voz queda—. Recuerdo que me lo regaló en una ocasión en que yo estaba teniendo un mal día. Me dijo que yo lo necesitaba más que él, y ahora yo quiero devolvérselo a todos:

A veces, el cielo está gris.
A veces, el día también está gris.
Pero detrás de cada cielo gris
siempre hay algo de azul.

Guy dejó que las palabras de un Aidan de ocho años flotaran en el aire unos instantes, antes de añadir, con una sonrisa:

—A él le parecía muy profundo, ¿sabéis? —Se oyó alguna risotada—. Pero quizá tenga razón. Espero que tenga razón.

Aleisha bajó la vista a su regazo y le apretó la mano a Leilah.

Nilakshi se había ofrecido a celebrar una pequeña reunión en su casa para el velatorio y el señor P y sus hijas también habían ayudado.

—Nilakshi —le dijo Aleisha—, gracias por..., bueno, por todo esto. — Echó un vistazo a la estancia—. Y gracias también a usted, señor P, por organizarlo todo.

—No tienes que darnos las gracias, Aleisha —dijo Nilakshi, quitándole importancia—. No dudes en hacernos saber si podemos ayudarte en algo, ahora y siempre.

—Gracias. ¿Hay algún sitio donde mi madre pueda descansar y alejarse de todo esto un rato?

—Por supuesto. —Nilakshi asintió con la cabeza—. Que venga conmigo, yo se lo mostraré.

Condujo a Leilah desde el rincón del salón, manteniendo el máximo silencio y haciéndose lo más invisible posible, hasta la habitación de invitados; la cogió suavemente de la cintura para guiarla. Aleisha nunca había visto a Leilah dejar que alguien a quien conocía tan poco se le acercara tanto tan rápidamente. Por un instante, sintió un destello de esperanza.

Al percatarse de la ausencia de Leilah, Dean se acercó a Aleisha.

—Hola, cariño —le dijo—. ¿Cómo estás? ¿Qué tal te va el trabajo? Estás trabajando en la biblioteca, ¿no?

Su padre no quería hablar de Aidan, no quería afrontar lo que fuera que lo hacía sentir culpable; ella tampoco quería.

—Bien —respondió Aleisha con frialdad—. A Aidan no le habría gustado ser objeto de tanta atención —añadió señalando las fotografías ampliadas del rostro de su hermano, que al parecer, había sido una idea del señor P.

A Aleisha le encantaba verlas, pero sabía que Aidan habría buscado un rinconcito tranquilo donde esconderse.

—Sí, supongo —replicó Dean, sorbiendo su café.

—¿Dónde está tu familia? —preguntó Aleisha mirando a su alrededor.

—Ah, se han ido hace un rato. Los críos tenían sueño.

Aleisha no respondió. Tras unos minutos de silencio incómodo, Aleisha divisó a Nilakshi volviendo a reunirse con el señor P, que estaba hablando con el tío Jeremy y Rachel. Sostenían bandejas de canapés para compartir, pero el señor P estaba dando buena cuenta de ellas.

—¿Estás bien? —le preguntó vocalizando el señor P desde la distancia.

Aleisha notó que se le llenaban los ojos de lágrimas, pero respondió con un leve asentimiento de cabeza.

—¿Quién es ese viejo? ¿Lo ha invitado alguien? —preguntó Dean al percatarse de la presencia de Mukesh por primera vez—. Lleva toda la tarde mirándome raro.

—Es mi amigo... de la biblioteca —respondió Aleisha, con un tono más duro de lo previsto—. Es el mejor.

Y, sin esperar respuesta, se marchó.

Dean se despidió una hora más tarde.

—Llámame siempre que me necesites —dijo mientras hacía tintinear las llaves de su coche.

Lo observó alejarse, preguntándose si habría preferido quedarse. Aleisha ayudó a Nilakshi a llevar las bandejas usadas a la cocina, pero la ahuyentaron de allí diciéndole que no se preocupara por eso. El señor P ya se había ido; no había tenido ocasión de despedirse de él ni de darle las gracias por el dibujo, que llevaba guardado en su bolso, junto a la carita de Peter Rabbit. Sintióse perdida, subió a la planta de arriba en busca de Leilah, a quien encontró sentada en la cama, mirando por la ventana.

La habitación estaba ordenada. Era una habitación de invitados con unas pocas fotografías personales y unas toallas de cortesía guardadas en una estantería vista del armario. La cama estaba hecha a la perfección, e incluso había almohadas y un almohadón. La pila de mantas que Nilakshi le había entregado descansaba en un extremo de la cama, intacta.

—¿Estás bien? —preguntó Leilah.

Hacía mucho tiempo que su madre no le preguntaba eso y Aleisha no encontró las palabras para responderle.

Permanecieron juntas en aquel espacio, en medio de un triste silencio. Leilah se clavó las uñas en la palma de la mano izquierda. Le aparecieron marcas afiladas, rojizas. Los surcos adquirieron el color rojo propio de las ampollas. Aleisha observó cómo su madre empezaba a rascarse la piel, primero poco a poco y luego frenéticamente. Leilah no podía gritar. La escucharían. Pero enterró la cara en la cama y ahogó sus gritos en una almohada.

Aleisha quiso hacer lo mismo con todas sus fuerzas. Pero ahora era ella quien debía ser la fuerte. Se limitó a mirarla. En su mente, vio a Aidan y a Leilah tumbados en la cama, haciendo bromas, riendo y hablando. Frente a ella, su madre gritó en silencio hasta caer dormida.

Capítulo 35

MUKESH

Al salir de la casa, Mukesh se encontró con una cacofonía de niños que jugaban en las calles de Wembley y coches descapotables que transitaban por la carretera a toda velocidad, pasando con un zumbido junto a él. Tras una pausa tentadora a las puertas del restaurante de comida rápida Dosa Express, atraído por los seductores olores del *limdi* y el *jeeru*, llegó a la biblioteca. Estaba prácticamente vacía. Era una de las últimas semanas de las vacaciones de verano y todo el mundo, niños y adultos por igual, estaban fuera, aprovechando el sol que volvía a resplandecer en el cielo.

Y allí, sentada en su lugar de costumbre, detrás del mostrador, estaba Aleisha.

—Hola —la saludó formalmente.

Se produjo un momento de silencio. Ambos se miraron nerviosos. Hacía dos semanas que no se veían. Mukesh miró a un lado y a otro, buscando algo que decir. Acabó posando los ojos en una pila de panfletos que había en el mostrador, con el mismo eslogan de mal agüero que tan bien había acabado conociendo: «Salvemos las bibliotecas». Apartó la mirada, porque no quería pensar en otra cosa negativa más.

—Noto la piel reseca, quizá me haya quemado...

Mukesh se maldijo por ser tan bobo. No se le ocurrió nada más que decir.

—Usted y yo... no nos quemamos —dijo Aleisha confusa, y Mukesh negó con la cabeza.

Alargó un brazo.

—Aunque no me ponga rojo, me escuece la piel. Naina tenía razón.

—Kyle tiene crema de cacao por aquí. Tenga, póngase un poco. Le calmará. ¿Se encuentra bien? —le preguntó Aleisha.

Tenía el blanco de los ojos enrojecido y la piel le brillaba a causa de una fina capa de maquillaje.

Incapaz de responder o de dar las gracias, Mukesh se aplicó la crema.

—Mi Naina debía de tener esto, el olor me resulta familiar.

—Probablemente.

—¿Se supone que tienes que estar aquí, Aleisha? —dijo en voz baja.

—Tengo que trabajar. La rutina me irá bien. La normalidad.

—Vale, si estás segura... ¿Cómo está tu madre?

Aleisha se encogió de hombros.

—Mi tío y mi prima, ya sabe, los que conoció, se han quedado en casa con nosotros... un tiempcito, para ayudar. Mamá se alegra de que estén.

Mukesh tuvo la sensación de que Aleisha habría querido añadir algo más, pero no sabía qué preguntarle. Se alegró de que hubiera alguien que le quitara un poco de carga. Aleisha tenía diecisiete años, era demasiado joven para lidiar con aquello sola. Su hermano... tenía veinticinco cuando había muerto, y también era todavía demasiado joven para ocuparse de toda una familia.

—Quiero que mamá busque ayuda. Para que me ayuden a mí también. Ya sabe a lo que me refiero... hablar con un profesional. Nunca ha visto a un médico. Aidan también quería que lo hiciera. Nunca ha hablado con nadie. Podría ayudarla. —Se encogió de hombros.

Mukesh no estaba acostumbrado a que la gente hablara de tales cosas, de médicos, de problemas de salud mental. Lo incomodaba, pero Aleisha necesitaba desahogarse con alguien. Y él podía ayudarla. Tal vez no supiera demasiado sobre el tema, pero podía escucharla o encontrar otro modo de expresarse.

—Creo... creo que *Beloved* puede ayudar —dijo, vacilante—. El libro. ¿Te lo leíste?

Aleisha le clavó la mirada.

—No quiero volver a pensar en libros.

—No, señorita Aleisha, yo antes no lo pensaba, pero los libros también pueden ayudarnos.

Aleisha suspiró ruidosamente. La vio poner los ojos en blanco y empezar a repiquetear con las uñas en el escritorio, impaciente, y, por un momento, se transportó a aquel primer día en la biblioteca.

—Por ejemplo, *La mujer del viajero en el tiempo* —continuó, mientras Aleisha paseaba los ojos por la biblioteca—. Cuando Naina murió, empecé a leer ese libro por mera distracción, pero me ayudó a notarla más cerca. Sin embargo, ahora considero que, más que eso, me ayudó a procesar algunas cosas, ¿sabes?

—No, señor P —respondió ella con acritud—. No lo sé. Me he pasado todo el verano viviendo las vidas de otras personas. Me he olvidado de la mía

y de observar a la gente real que me rodeaba.

—*Beloved* —continuó Mukesh, esforzándose por disimular el temblor de su voz—. ¿Lo leíste? Denver. ¿Cómo ayuda a su madre? —Mukesh esperó una respuesta, pero Aleisha estaba mirando su teléfono móvil—. De acuerdo, te diré lo que creo yo. Denver se dio cuenta de que continuar en aquella casa con su madre y con el fantasma de *Beloved* no ayudaba en nada. Y salió a pedir ayuda a su comunidad, a otras mujeres dispuestas a echar una mano. Pidió ayuda porque sabía que su madre era incapaz de hacerlo.

Mukesh dejó sus palabras suspendidas en el aire y, por un momento, notó una mano reconfortante en el hombro. Era Naina.

Aleisha continuó con la mirada clavada en el mostrador. Se negaba a mirarlo.

—Aleisha —le dijo Mukesh en voz baja—. Por favor, intenta recordar que los libros no siempre son una válvula de escape; a veces nos enseñan cosas. Nos muestran el mundo, no lo ocultan.

«Atticus no lo habría dicho mejor, Mukesh», le susurró Naina al oído, más alto que nunca. Mukesh se apoyó en el mostrador un momento para estabilizarse.

Mukesh esperó a Aleisha, pero ella no respondió; continuó buscando algo en su teléfono hasta que al final se cansó, lo dejó a su lado y se limitó a mirar la pantalla.

De vez en cuando sonaba una vibración, la pantalla se iluminaba un momento y, mientras que normalmente Aleisha le habría dado la vuelta y lo habría dejado bocabajo en la mesa que los separaba, aquel día lo cogía. Cada vez. Tenía la mente en otra parte. Era comprensible.

Mukesh no quería ofenderla, pero consideraba que era mejor que no mirara su teléfono. Sus hijas solían hacer aquello. Siempre miraban el teléfono en medio de las conversaciones, como si nunca estuvieran realmente presentes.

—¿Qué pasa? —preguntó Mukesh, intentando hablar con voz despreocupada.

Aleisha le mostró la pantalla. Una fotografía de Aidan, una chica y un chico, ambos con los ojos entornados bajo el sol.

—Qué bonita.

—No es bonita; mire lo que han escrito debajo.

Mukesh solo atinaba a ver algunas palabras escritas, pero no entendía qué significaban.

—No lo veo —confesó, y Aleisha se las leyó en voz alta, con *hashtags* incluidos.

—Siempre estuviste ahí para mí, siempre te preocupaste de mí. Te echo de menos, Aid. No te olvidaré nunca. #DEP #NoTeOlvidaremos #DescansaEnElParaíso #Depresión #HoraDeHablarDeEllo.

—Es un bonito homenaje —comentó Mukesh.

—No, no lo es —sonaba furiosa—. Se tardan cinco minutos en publicar algo en Instagram, a lo sumo. Están llenando toda Internet con mi hermano, reclamando su derecho al duelo. Incluso han publicado el funeral en sus historias.

Mukesh no tenía ni idea de qué hablaba, de qué eran las «historias» aquellas, pero estaba claro que Aleisha estaba molesta.

—¿Quién usa «depresión» como *hashtag*? Ni siquiera saben si estaba deprimido. ¿Por qué demonios lo etiquetan así? ¿Qué creen? ¿Que lo verá desde donde quiera que esté? ¿En el paraíso?

—No sé qué quiere decir eso.

—Mire. —Aleisha le pasó el teléfono a Mukesh—. Desplácese hacia abajo.

Mukesh hizo lo que le decía, manoseando la pantalla hasta que la imagen empezó a moverse.

Había decenas y decenas de fotografías de Aidan con varias personas; también había alguna foto de su nombre escrito con flores, y reconoció la mesa del comedor de Nilakshi con la comida servida. Estaba todo. Lo habían documentado todo.

—Para que todo el mundo lo mire embobado. Todo el mundo. Incluso gente que no lo conocía. Nosotros queríamos una ceremonia íntima, para los amigos y la familia, y ahora todo el mundo tiene un trozo de él.

Una lágrima, una sola, resbaló por la mejilla de Aleisha. La dejó ahí, para disimular. Pero Mukesh la vio: había tenido tres hijas adolescentes, todas las cuales habían desplegado aquel mismo truco alguna vez en la vida, ya fuera en respuesta al final de *Qué bello es vivir* (la película más triste de la historia) o porque alguien les había abofeteado de camino a casa por su color de piel y necesitaban fingir que no pasaba nada, que no era culpa de nadie.

—Lo siento, Aleisha, diría que es su manera de rendirle homenaje.

Mukesh le devolvió el teléfono.

Aleisha empezó a desplazarse por la pantalla, obsesivamente. Pulsó algunas cosas y empezó a escribir. A Mukesh le preocupaba que estuviera

enviando mensajes horribles a aquella gente; se preguntó si lo entenderían, si la perdonarían.

—Mi padre ha colgado una fotografía de Aidan de bebé en su perfil de Facebook. No ha habido rastro de nosotros en Facebook desde que volvió a casarse. ¿Qué pasa, que cuando uno muere se gana el respeto o algo así?

Mukesh se dio cuenta de que el tono natural de Aleisha se había desvanecido; nunca había hablado de aquella manera.

—Aleisha, creo que no deberías seguir mirando esas cosas en Internet. Por favor. Déjalo durante un tiempo, no solo hoy.

Aleisha lo miró a los ojos por primera vez desde que había empezado a hablar de *La mujer del viajero en el tiempo*. Torció el gesto, se frotó los ojos y respiró hondo tres veces.

—Tiene usted razón —dijo al final, poniendo el teléfono bocabajo en la mesa.

Mukesh asintió: la tenía.

Se sentaron solos en silencio un rato, apartados en un rincón de la biblioteca. Mukesh miró a su alrededor: en aquel momento estaba todo tranquilo, pero recordaba haber visto a gente, personas a las que tenía la sensación de conocer, una pequeña comunidad de la que se sentía parte.

Se dirigió a otro punto de la biblioteca para dejar un poco de espacio a Aleisha, pero sin alejarse demasiado. Volvió a meterse en *Beloved*; prácticamente se lo había terminado, pero no quería pedirle un libro nuevo. No quería presionarla en aquel momento.

Avanzó por las páginas en las que Denver urdía su plan mientras intentaba huir de las fronteras de su casa, la 124. Denver, que no había salido de aquella casa en doce años; Denver, que tenía pavor al mundo exterior, había ido en busca de ayuda. Había superado sus miedos, y treinta mujeres de la comunidad se habían volcado en ayudarla como pudieran.

Miró a su alrededor en aquella biblioteca. En cierto sentido, aquellos primeros pasos que habían conducido a Mukesh hasta allí le habían brindado una oportunidad de pedir ayuda, de entrar en contacto con una comunidad. Aunque él sí que había salido de su casa en los últimos doce años, hacía muchos que no leía un libro. Y nunca había puesto un pie en la biblioteca... hasta aquel verano. Pensó en los panfletos cuyo eslogan tenía grabado en el pensamiento: «Salvemos las bibliotecas». Naina hablaba mucho sobre aquel tema, sobre lo devastador que era que una biblioteca desapareciera. Pensó en

todas las cosas que le habían dejado mella, ya fuera la sabiduría de los personajes de los libros que había leído, los rostros familiares que le sonrían al entrar, las recomendaciones de Aleisha, su orientación o aquella sensación de ser capaz de hablar con Priya, de verla convertirse en toda una lectora... Aquella biblioteca había acabado por significar algo para él. Había empezado a considerarla otro hogar. Y un lugar es lo que es por las personas que lo componen. Eso era lo que Naina solía decir sobre el *mandir*. Y Aleisha también solía comentar que aquella biblioteca había sido importante para Aidan...

Entonces se le ocurrió una idea, como un relámpago, o quizá fuera un consejo del sabio Atticus Finch. Se empujó con las manos para levantarse de la silla y se dirigió a grandes zancadas al mostrador principal.

—¿Aleisha? —dijo en voz baja, apenas un susurro.

La biblioteca seguía prácticamente vacía, pero en su mente estaba llena de todas las personas que había conocido, ficticias y no ficticias, a lo largo de aquel verano.

—¿Sí? —respondió con crudeza, pero Mukesh vio que, nada más escucharse a sí misma, se arrepentía de hablarle en aquel tono—. Sí —repitió, esta vez con más delicadeza.

—¿Sabes esto? —preguntó sosteniendo en alto uno de los panfletos de «Salvemos las bibliotecas».

—¿Qué?

—¿Cómo se supone que vamos a salvar las bibliotecas si no pedimos ayuda?

—Esto..., señor P, creo que precisamente los panfletos sirven para eso.

—Vale, de acuerdo, pero... ¿sabes eso de lo que te hablaba antes? ¿Lo de que Denver había salido a pedir ayuda? ¿Qué te parecería si pidiéramos ayuda a la comunidad? Porque esta biblioteca... a mí me ha servido de ayuda. Me ha hecho más atrevido y me ha dado nuevos amigos. Y yo solo soy una persona.

—Lo siento, pero no le sigo —respondió Aleisha con rostro impasible.

—Sentado aquí en silencio, con otras personas, puedo sentirme mucho menos solo que sentado en casa rodeado de mi familia cuando se dedican a hablar de mí. Es agradable, reconfortante ver a la misma gente cada semana. Y tengo la sensación de que me llena tanto porque hay gente que me hace compañía. Yo solo soy una persona y he conseguido todo esto únicamente saliendo de mi casa, saliendo de mi zona de confort, tal como hizo Denver... Y aquí estoy, en la biblioteca..., un lugar que me da la sensación de que me

ayuda. Bien, tú siempre decías que a Aidan también le encantaba este lugar. ¿Qué era lo que le gustaba de él?

—La paz. Creo que lo encontraba apacible. Aquí podía estar solo. Pero hacía años que no venía, a menos que fuera para comprobar cómo estaba yo, de vez en cuando. Estaba muy ocupado.

—Bien, lo entiendo. Pero este lugar era muy importante para él, ¿verdad? Y hay mucha gente que viene aquí en busca de paz o de amigos. ¿Qué crees que pensaba él de todo este asunto del «Salvemos las bibliotecas»?

Aleisha se encogió de hombros.

—¿Le habría gustado que el ayuntamiento cerrara este lugar?

Aleisha volvió a encogerse de hombros.

—Yo creo que no. Y no creo que a ti te gustara tampoco.

Aleisha sonrió.

—No, probablemente tenga razón. Pero no veo qué podemos hacer. Todo el mundo ha visto los panfletos y hay una página de donaciones o algo así en Internet.

—De acuerdo, pero yo tengo una idea mejor. —Esperó a que Aleisha comentara algo al respecto, como «¿Y cuál es? Cuéntemela», pero no lo hizo, así que continuó de todos modos—: Sé que hacéis muchas otras cosas, como el club de lectura y demás. He visto carteles anunciándolo en la pared. Pero necesitáis que venga más gente, ¿verdad?

Aleisha permaneció en silencio de nuevo.

—Pues, bien, me gustaría organizar aquí un evento comunitario, una mañana o una tarde, lo que tú consideres mejor. Tú eres la profesional.

Aleisha puso cara de asombro.

—¿Cómo que yo soy la profesional? ¿A qué se refiere?

—Sin necesidad de carné de la biblioteca, sin necesidad de sacar libros en préstamo si lo preferís así. Podríamos usar la zona de la recepción para servir café, pasteles y algo de comer; la gente entraría a por la comida, sobre todo si es gratis. O incluso podríamos pedir donativos benéficos. Cada miércoles, por decir algo. Una oportunidad para hablar con gente. Y ese podría ser el motivo: hablar con una persona nueva cada vez que se viene, ayudar a más personas a sentirse menos solas y, quizás, así conseguiríamos mantener con vida la biblioteca. Porque no tendrían que registrarse, pero, en cuanto entraran aquí, querrían hacerlo, ¿no crees? ¡Podemos volver a hacer que esta biblioteca sea popular!

—¿Cree usted que vendría suficiente gente? No es que sean especialmente parlanchines, ¿no? Aparte de esa anciana que viene a veces los martes y no

deja de hablar, claro está.

—Es solo una oportunidad para pedir ayuda, para la biblioteca y también para ayudarnos entre nosotros. ¿Crees que podríamos intentarlo? ¿Podrías preguntarlo? Creo que sería agradable; quizá haya más gente que solo necesite un empujoncito para hablar con alguien nuevo.

—No sé si mi jefe estaría de acuerdo. ¿No cree que siempre vendría la misma gente?

—Claro que estará de acuerdo, porque atraerá incluso a más personas a esta biblioteca. Será un: «Venga a comer pastel, quédese a leer un libro... ¡y haga nuevos amigos!». ¿Qué te parece? Podríamos hacer panfletos, pero no como estos tan tristes —dijo sosteniendo en alto de nuevo los folletos de «Salvemos las bibliotecas».

Aleisha suspiró.

—Lo preguntaré.

—Y he pensado que el primer encuentro... quizá estaría bien celebrarlo en memoria de Aidan. Aunque estos últimos años Aidan no tuviera tiempo de venir a sentarse a leer, este lugar significaba mucho para él. Quiso que tú trabajaras aquí, ¿no es cierto? Y a ti también te ha ayudado, ¿no? Yo creo que te ha ayudado. Quizá sea una manera de hacer que su recuerdo perdure más allá de esas fotos en Instagram.

Aleisha asintió, con una sonrisa escondida en alguna parte.

En aquel momento, Chris Míster Novela Negra entró vestido con una capucha y unos tejanos, como de costumbre.

—¡Chris! —lo llamó Mukesh, con el cuerpo vibrando de emoción—. ¿Qué te parecería celebrar una mañana de puertas abiertas los miércoles en la biblioteca?

Chris se quedó de piedra: Mukesh nunca había intercambiado con él más que una sonrisa y un saludo con la mano.

—Eh, sí, ese tipo de cosas van muy bien. A mi madre le gustan. Las mañanas del café.

—¡¿Lo ves?! —dijo Mukesh señalando a Chris y mirando a Aleisha—. ¡Ahí tienes un ejemplo! Chris traerá a su madre. Será fantástico. Estoy emocionado.

Mukesh sonreía de oreja a oreja y Aleisha se echó a reír. Chris se encogió de hombros, sin entender muy bien qué había ocurrido, y se dirigió a su rincón de siempre.

—¡A Naina le encantaría! Le encantaban ese tipo de cosas... Y ahora soy yo quien lo está organizando. ¡Y ni siquiera en el templo!

Mukesh saltó de su silla y le dio a Aleisha una palmadita en el hombro, inclinándose sobre el escritorio muy despacio porque tenía la espalda mucho más agarrotada de lo que recordaba. Por un momento, se había olvidado de que era un anciano al que le dolían todos los huesos. Por un instante, se había sentido un ser completamente nuevo.

Capítulo 36

ALEISHA

Había visto aquellas flores en el andén del tren a través de los ojos de otra persona, compartidas en las redes sociales, con cuarenta y cinco «Me gusta». Los pétalos se marchitaban, morían. No eran para siempre. Aidan estaba en el pensamiento de aquellas personas en esos momentos, pero, como aquellas flores, algún día se iría.

Una mañana de puertas abiertas en honor a Aidan... Se habría burlado de la idea. Habría detestado ser objeto de tanta atención. Pero amaba aquella biblioteca; había insistido mucho en que Aleisha aceptara aquel trabajo. La biblioteca había sido «su» sitio durante muchos años. Quizá el señor P tuviera razón. Y era una pequeña cosa que Aleisha podía hacer, algo que podía controlar, para mantener su recuerdo vivo, y para demostrarle a Aidan que la biblioteca también se había vuelto importante para ella. Sabía que eso era lo que él quería. Quería que ella encontrara también la paz allí.

No había tiempo que perder. El señor P no cejaría en su empeño hasta verlo hecho realidad. Sus ojos traslucían algo: determinación. Prácticamente había salido corriendo de la biblioteca, con *Beloved* abrazado al pecho, saludándola con una mano a ella y a Míster Novela Negra «Llámame Chris» con la otra.

Telefoneó a Kyle para preguntarle cuándo le tocaba ir a la biblioteca, si acudiría a cubrir su turno más tarde.

—Sí, allí estaré.

—Genial. Al señor P se le ha ocurrido una idea para insuflarle un poco de vida a este lugar.

—¿A la biblioteca?

—Sí, a la biblioteca.

—¿Estás segura de que estás bien, Aleisha? —le preguntó Kyle.

—Sí, estoy bien. Distraerme me va bien. Curiosamente, esto —señaló la pantalla, el panfleto improvisado— me está ayudando.

Kyle afirmó con la cabeza.

—Parece que el señor P sabe lo que se hace. Ya dicen que es más sabio el diablo por viejo que por diablo... ¿Cuántos turnos te quedan por hacer antes de regresar al instituto?

Aleisha se encogió de hombros.

—Una semana más; cinco o seis turnos, supongo.

—Caramba, ¡qué pronto! Te vamos a echar de menos.

Aleisha se encogió de hombros.

—Sí, creo que me ha gustado trabajar aquí. Aidan ya me dijo que pasaría, que me sorprendería.

—¿Qué ha pasado con lo de «Esto no es más que un trabajillo basura de verano»? El primer día te negabas a hacer prácticamente nada.

—Ya lo sé. De hecho, es un trabajillo basura de verano, pero me ha ayudado a madurar —dijo ella, con un asomo de sonrisa en los labios.

Termo Dev no tardó mucho en aparecer. Aleisha sintió una descarga de adrenalina. Agradeció que Kyle le allanara el camino al decir:

—Aleisha ha tenido una idea genial.

Aleisha notó que toda la atención de la sala se concentraba en ella. Se le reseco la boca, como si se estuviera preparando para pronunciar un discurso, y entonces pensó en Atticus. En Atticus en la sala del tribunal. No había mostrado signos de debilidad.

Respiró hondo y las palabras le salieron a borbotones.

—Queremos proponer. —Le resultaba raro usar aquella palabra, pero era el planteamiento adecuado. Termo estaba atento—. Queremos proponer organizar una mañana de puertas abiertas. Queremos atraer a más personas para que entren en la biblioteca. En este lugar se respira un ambiente familiar, y tendríamos que aprovecharlo. Ayudar a la gente a comulgar con su espíritu, conseguir que esta biblioteca se convierta en el centro de la comunidad, por decirlo de algún modo. Un lugar en el que la gente pueda reunirse, hablar, abrirse y descubrir algo nuevo...

—Escucha, Aleisha, ¿crees que te conviene estar aquí? Ya te dije que podías tomarte tanto tiempo como necesitaras —dijo Termo.

—Me va bien distraerme —farfulló ella entre dientes y luego, en voz más alta, continuó—: Como iba diciendo, en la mañana de puertas abiertas, todo el mundo podría acudir aquí a conocer a gente nueva, a disfrutar de paz y

tranquilidad, y hablar con amigos. Este lugar ha sido un centro comunitario, pero últimamente ha estado demasiado solitario. Podríamos cambiarlo.

Dev asintió lentamente, mientras desenroscaba el tapón de su termo.

—¿Y crees que eso alentaría a la gente a suscribirse también a la biblioteca? Eso es clave para nosotros.

—¡Claro, desde luego! Quizá Lucy o Benny podrían echar una mano y repartir folletos o algo así ese día. Queremos enseñarle a la gente que este lugar es genial: vendrán por el pastel y se quedarán por los libros... y por los nuevos amigos.

—Fantástico, eso es exactamente lo que tenemos que hacer. Sinceramente, ha costado mucho mantener este lugar en funcionamiento durante tanto tiempo. Al ayuntamiento lo único que le preocupan son los presupuestos, sobre todo cuando comparamos el uso de nuestra biblioteca con el del Centro Cívico. —Dev le dio un trago largo a su termo—. El club de labores de punto fue una buena idea, pero ahora ya solo vienen un par de personas de manera asidua... y Lucy es la única que se ocupa de él y apenas tiene tiempo. Y el club de lectura también ha perdido popularidad. Pero esto... creo que podría funcionar. La biblioteca no es solo libros.

Kyle y Aleisha intercambiaron una mirada unidos por un hilo de esperanza.

—¿Qué os parece si lo probamos un miércoles por la mañana? Es el día más tranquilo...

Kyle y Aleisha asintieron con la cabeza.

—Perfecto. Me encanta. La esencia de este lugar es la conexión. Y esta idea... Aleisha, creo que la capta a la perfección. Me encanta —dijo—. Podríamos probarlo la semana que viene y ver cómo va. Siempre podemos empezar a pequeña escala, una vez al mes o una vez cada dos meses.

—En una semana no tendremos mucho tiempo para darlo a conocer.

—Pues será mejor que os pongáis manos a la obra.

Aleisha miró a Kyle, que había permanecido sentado, recostado, contemplando cómo se desarrollaba la escena. Le sonrió y él arqueó las cejas y le levantó los dos pulgares.

Aleisha se moría de ganas de explicárselo al señor P.

Capítulo 37

MUKESH

Bip. «Rohini, ¿podrías preparar varias bandejas de comida para el miércoles que viene? Necesitaría que me las trajeras a casa el martes por la noche. Sería fantástico que trajeras unas *samosas* de esas que preparas. Es para la biblioteca, para una jornada de puertas abiertas. Estoy ayudando a organizarla».

BIP. «¿Vritti? Necesito tu ayuda como cocinera: ¿tienes algo para picar que puedas traer a una mañana de puertas abiertas el miércoles que viene? Necesitaría que lo trajeras a mi casa el martes por la tarde. Algo “hi-po-a-ler-gé-ni-co”».

BIP. «Deepali, *beta*, ¿podrías traer tu ponche especial? Ya sabes, el que preparas para las ocasiones especiales. Lo necesitaría para una mañana de puertas abiertas que se celebra el miércoles en la biblioteca. Llévalo directamente allí, pero ven a ayudarme a casa el martes por la noche también».

Colgó el teléfono y tachó a sus tres hijas de la lista. Se volvió hacia Nilakshi, que estaba sentada en el salón, viendo Zee TV.

—¿Nilakshiben? —preguntó con cautela.

—¿Sí? —Apartó la cabeza de la televisión un momento, con los oídos aún concentrados en el melodrama.

—Aleisha necesita que vaya a repartir folletos para la biblioteca. —Agitó los papeles recién impresos en su dirección. Eran de colores vivos, alegres—. Los ha hecho Zac. ¿Están bien?, ¿verdad? ¿Qué te parece que haga publicidad en el *mandir*? ¿Se reirán de mí? ¿Pensarán que soy un viudo solitario?

—Mukeshbhai —dijo Nilakshi con ternura—, no eres ningún viudo viejo y solitario. Además, saben lo importante que era la biblioteca para Naina. Comprenderán que lo estás haciendo tanto por ese encantador joven, Aidan, como por ella. Habría estado muy orgullosa de ti.

Viendo a Nilakshi allí, supo que había hecho las paces con todo. Nilakshi era su amiga. Y Naina, en cierto sentido, se la había enviado también, se había asegurado de que sus caminos se cruzaran. Los había unido, para que se hicieran compañía, tal como lo había guiado al *mandir* y había dejado *La mujer del viajero en el tiempo* como señal. Había estado allí mismo, con él, desde el principio.

Pensó en repartir los folletos en el *mandir*, en qué diría la gente. Nadie se esperaba aquello de Mukesh Patel. Pero, en realidad, no le asustaba. Era por una buena causa. La ciudad podía ser un lugar solitario, e incluso en Wembley, donde mucha gente se conocía, había personas que se sentían solas.

Sopesó la posibilidad de introducirlos en los buzones de sus convecinos. Había personas a la que no les gustaban los folletos, los catálogos publicitarios y este tipo de cosas. ¿Podría ponerlo en un puro algo tan ingenuo como echar folletos en los buzones? «En un apuro —lo corrigió la voz de Naina—. La expresión es “en un apuro”».

En el templo, Mukesh se armó de valor y el hijo pequeño de Harishbhai se ofreció a empujarlo aquel día en una de las codiciadas sillas de ruedas.

—Necesito tener ambas manos libres, para ir más rápido, ¿entiendes? —le había suplicado Mukesh.

—De acuerdo, Mukesh, pero me tendrás que pagar diez libras —había negociado el hijo de Harishbhai.

Mukesh se había desplazado en silla de ruedas arriba y abajo del vestíbulo, frente a la tienda de regalos, los zapateros y los aseos, y solo había repartido unos tres folletos. Tenía que cambiar de estrategia.

El hijo de Harishbhai iba escuchando la radio y solo entendía la dirección en la que Mukesh quería desplazarse si este se la señalaba o agitaba los brazos histriónicamente. A Mukesh lo alivió no tenerle que dar demasiada conversación al muchacho. Por más que detestara encajar en el «estereotipo de viejo», le encantaba la silla de ruedas y se preguntó por qué no la había probado hacía mucho tiempo, sobre todo cuando podía pedirle a alguien como el hijo de Harishbhai que lo empujara. ¡Iba tan rápido!

Buscando inspiración en su cerebro, Mukesh pensó en series televisivas como *EastEnders*, donde la gente gritaba a un volumen ensordecedor «¡Descubra toda la verdad!» desde sus quioscos o «¡Dos tomates por veinte peniques!» desde sus puestos del mercado. Mukesh, aunque tenía un poco de

tos, empezó a gritar, no demasiado alto porque podían expulsarlo, pero lo bastante para que lo escucharan, al tiempo que blandía los folletos en la mano, por encima de la cabeza. «Gran reunión en la biblioteca: no se la pierdan; todos sus amigos estarán allí y se preguntarán dónde se han metido si no van. Lleven consigo a sus hijos y a sus nietos». Fue milagroso: dos mujeres se le acercaron de inmediato, curiosas. ¡Había captado su atención! Les entregó folletos al pasar como una flecha a su lado, rezando para no haberles cortado con el roce del papel.

En los pasillos de la tienda de regalos no había espacio suficiente para Mukesh, su silla y el hijo de Harishbhai. Consciente de que tal vez aquella no fuera la táctica idónea, le pidió al hijo de Harishbhai que diera media vuelta en cuanto pudiera y saliera de la tienda. Justo al hacerlo, se toparon con Rohini y Nilakshi. Iban juntas...

—¡Qué susto! —exclamó Rohini.

—¡Qué susto! —exclamó Nilakshi.

—¡Qué susto! —exclamó Mukesh.

—Hola, soy el hijo de Harishbhai —se presentó el hijo de Harishbhai.

—¿Qué hacéis vosotras dos aquí? —quiso saber Mukesh.

—Pasando un rato en el *mandir* —contestó Rohini—. Vamos a un *satsaang*. Tengo el día libre en el trabajo. Priya se ha quedado con Robert —añadió, adelantándose a su pregunta.

—¡Tu hija y yo nos estamos conociendo mejor! —exclamó Nilakshi, con el rostro iluminado.

Mukesh hizo que Rohini se agachara hasta su altura.

—Eres igual que tu madre —le susurró al oído—, siempre dando la bienvenida a la gente.

Rohini sonrió. Era su manera de decir: «Si es parte de tu familia, también es parte de la mía».

—Tened, tened —les dijo, y les entregó folletos—. Estamos pidiendo que lleven comida casera a la biblioteca. ¡No olvidéis llevar algo! ¿Habéis recibido mis mensajes? Tenemos que intentar que haya mayoría de platos vegetarianos. Es posible que yo prepare mi famoso *panir*.

Rohini y Nilakshi se miraron.

—¿Famoso? —preguntó Rohini—. Pensaba que solo habías logrado quemarlo una vez...

—Hijo de Harishbhai —dijo Mukesh, preguntándose si el muchacho tendría un nombre, pero apreciando la clara e inconfundible sensación de marca de la casa de Harishbhai—. ¡Vamos! Hacia allí. Parece que hay unas cuantas almas solitarias que necesitan uno de esos folletos. ¡La comida, por favor, lista para el miércoles!

Y dicho aquello, se marcharon deslizándose por los lisos tablones de madera, ascendieron por la rampa alfombrada y llegaron al suelo de mármol que conducía a la sala principal del *mandir*.

Cuando finalmente llegó el martes por la noche, Mukesh desbordaba adrenalina. Rohini, Deepali y Vritti preparaban los tentempiés en la cocina, mientras las gemelas armaban alboroto en los pasillos. Cuando Zac llamó al timbre, Mukesh retrocedió mentalmente a una de las veladas benéficas que celebraba Naina, para las que siempre preparaba una selección de aperitivos y platos de comida con el objetivo de «mantener viva la energía». Él no había hecho nada por el estilo. Por suerte, Zac sostenía una bolsa de Doritos con un poco de salsa para mojar. Mukesh se sintió inmensamente agradecido.

—Mi madre me ha enseñado a no presentarme nunca en casa de alguien con las manos vacías —comentó Zac.

Mukesh dio una palmada.

—¡Eres un buen chico!

Zac parecía sentirse fuera de lugar en casa de Mukesh sin Aleisha. No dejaba de pedirle permiso a Mukesh para hacer cualquier cosa.

—Señor Patel, ¿puedo utilizar estos platos para los Doritos?

Mukesh asintió con la cabeza.

—Señor Patel, ¿puedo servirme un vaso de agua?

Mukesh asintió con la cabeza.

Luego:

—Señor Patel, ¿puedo ir al lavabo?

—Por supuesto, Zac —respondió Mukesh—. Mi casa es tu casa. Haz lo que quieras.

Zac le respondió con una sonrisa, pero aun así siguió moviéndose vacilante por la casa, como si no quisiera dejar ningún rastro detrás. Mukesh se rio entre dientes mientras pelaba unas vainas de guisantes sobre un bol para preparar los *kachori*, hasta que Jayesh apareció dispuesta a utilizar a su abuelo y a su bol de guisantes como estructura para trepar.

El siguiente en llegar fue Nikhil, cargado con hortalizas de la tienda. Nada más aparecer por la puerta, Rohini requirió su ayuda.

—¡Nikhil, te necesitamos! Ven aquí.

Nikhil entró de mala gana; Rohini sostenía una libreta en las manos.

—Mira —dijo en tono autoritario—, necesito que traigas estos ingredientes adicionales mañana por la mañana para poderlos freír antes de irnos. Nilakshimasi me dijo que podía utilizar su olla a presión.

Al mencionar el nombre de Nilakshi, Rohini miró a su padre y sonrió. Mukesh le devolvió la sonrisa, asintiendo con la cabeza mientras hacía un gesto de dolor por los golpes que Jaya le estaba propinando con sus puñitos.

—Jaya, pórtate bien con Dada —la reprendió Rohini—. No seas tan bruta jugando.

La pequeña la obedeció durante un segundo, hasta que su *masi* desapareció.

Entre la barahúnda del salón, Mukesh divisó a Priya hecha un ovillo en un rincón, con un libro en las manos. Logró zafarse de Jaya y de Jayesh, y se llevó allí los guisantes para continuar desenvainándolos.

Al acercarse, Mukesh vio que Priya estaba leyendo *Mujercitas*. Otra vez.

—*Beta*, ese libro ya te lo has leído.

Priya asintió con la cabeza.

—Ya lo sé, pero me recuerda a Ba. Acabo de escuchar su voz. Además, Dada, Ba siempre me decía que, a veces, cuando un libro te gustaba mucho, tenías que leerlo otra vez, para revivir lo que tanto te había gustado y descubrir lo que se te había pasado por alto. Los libros cambian conforme la persona que los lee también cambia. Eso decía Ba.

Mukesh asintió con la cabeza. Lo entendía.

Zac le entregó a Mukesh una taza de té y le preguntó a Priya si quería una. De fondo se oyó a Rohini decir:

—No bebe té.

Pero, simultáneamente, Priya dijo:

—Me encantaría, Zac.

Y él le dio una taza.

Priya sonrió, dejó el libro y rodeó con ambas manos la taza. Miró a su madre y le sacó burlonamente la lengua.

Mukesh regresó a su butaca y se sentó. Miró a su alrededor y contempló aquel salón desbordante de movimiento, mientras las gemelas corrían de un lado para otro por el pasillo también. No había habido tanta gente en su casa desde la muerte de Naina.

Pensó en Aleisha, en Leilah, en su silenciosa casa.

UN BUEN PARTIDO
de Vikram Seth

Capítulo 38

ALEISHA

— **A**leisha, tienes pinta de estar hecha polvo.
—Supongo que lo estoy.

—¿Por qué no te echas una siestecita antes de ir al trabajo? —
le recomendó Rachel, poniéndole una mano en el hombro.

—Sí, vale. —A Aleisha nada le habría gustado más que hundirse en la cama y no volverse a despertar jamás. Pero le vino a la mente su madre, que llevaba haciendo exactamente eso uno o dos días. Bueno, años—. Pero antes déjame ir a ver cómo está... Mamá —susurró Aleisha asomando la cabeza por la puerta—, el tío Jeremy y Rachel están aquí. Yo voy a echarme un ratito, ¿vale? Ellos van a salir a almorzar al jardín. Hace un día muy bonito. ¿Te apetece salir con ellos? —le habló con la voz más baja posible.

Leilah estaba sentada, mirando hacia la pared de delante.

—Estoy bien —respondió—. Que descanses.

—¿Está bien? —preguntó el tío Jeremy, que estaba de pie justo al otro lado de la puerta.

—No quiere salir. De verdad, no tiene sentido insistir.

—No, hija mía, claro que tiene sentido. —El tío Jeremy entró en la habitación.

—Leilah, ¿cómo estás? Hace un día muy bonito.

Al día siguiente se celebraba la mañana dedicada a Aidan en la biblioteca y Aleisha no se sentía para nada preparada. Estaba exhausta. Dejó que su mente desconectara y que sus piernas la condujeran por el pasillo hasta la habitación de Aidan. Allí todo estaba muy quieto, en silencio. No habían revisado sus cosas. Aleisha no se atrevía a tocar nada. Se dirigió hasta su cama, que estaba perfectamente hecha. Pese al follón en el resto de la habitación, que no era propio de Aidan, su hermano era incapaz de dejar la cama sin hacer. Se tumbó sobre la colcha, procurando no dejar marcas. Dejó caer la cabeza sobre la almohada y posó los ojos en una pila de libros que

había junto a su cama, ahora recubiertos por una delgada capa de polvo en la portada y en los surcos de los lomos.

Se dio media vuelta y se quedó mirando el techo, esperando a que el sueño se apoderara de ella. De repente, su teléfono, que estaba en la mesita de Aidan, empezó a vibrar: era Kyle. Por supuesto. Lo vería más tarde cuando cubriera su turno en la biblioteca, así que le dio media vuelta al móvil y lo dejó bocabajo. Pero la pila de libros de Aidan volvió a llamarle la atención.

Allí estaba. ¿Cómo es posible que se le hubiera pasado por alto? Arropado entre las novelas policíacas, las de Martina Cole, allí estaba: *La mujer del viajero en el tiempo*.

Pensó en su ejemplar, en el ejemplar del señor P, que descansaba sobre su propia mesilla de noche, olvidado e ignorado.

Se le hizo un nudo en la garganta. Recordó al señor P hablándole de aquel libro, de cuánto lo había ayudado. «Los libros nos muestran el mundo; no lo ocultan». Imaginó a Aidan sentado en aquel mismo lugar, leyéndolo. ¿Es posible que incluso lo hubiera visto leyéndolo? ¿Cuánto hacía que lo había leído?

Respiró hondo y desenterró el libro, sosteniéndolo con suma delicadeza entre las manos. Estaba convencida de haber estado ocultándose de la vida. Pero quizá el señor P tuviera razón y también hubiera aprendido algo de los libros. Había visto lo que algunas personas habían vivido: ¿no podía servirle eso para hacer frente a su situación? Y allí estaba, en la habitación de Aidan, en la mesita de noche de Aidan. Si él lo había leído alguna vez, ella también quería leerlo.

Abrió por la primera página *La mujer del viajero en el tiempo*, se obligó a apaciguar la mente y leyó la primera línea. Palabra a palabra.

Aquel mismo día, más tarde, en la biblioteca desierta, Aleisha estaba sentada a solas en su mesa, con *La mujer del viajero en el tiempo* a su lado. Apenas llevaba leídas unas páginas, pero había sido como adentrarse en el mundo de otra persona, dejar que sus emociones se fundieran con las suyas y que otra persona la guiara por un momento para averiguar cuál era su mejor manera de orientarse. También había buscado en aquellas páginas pistas de Aidan: ¿qué había pensado Aidan de Henry y de su capacidad de viajar por su propia vida? ¿Qué había pensado de la historia de amor? ¿De Clare? ¿Y de sus padres, adinerados y esnobs? Aidan siempre había detestado a la gente así.

—Eh —le gritó Kyle desde la cocina—. No te olvides de dar un último empujoncito al asunto este de la biblioteca para que venga el máximo número de personas mañana. Dev me acaba de enviar un mensaje para decirme que la hija de Lucy le ha hecho un par de sugerencias: publicarlo en las redes sociales y todas esas cosas.

Aleisha gruñó. Sabía que era lo que el señor P y Aidan querrían también.

Miró la alta pila de panfletos «Salvemos las bibliotecas» que tenía a su lado, listos para ir a la basura, tras haberles usurpado el puesto los folletos del «Gran día de puertas abiertas en la biblioteca».

Se desplazó tan rápido por las historias de Instagram que escuchó un milisegundo de sonido de cada una de ellas, mientras intentaba ponerse al día con las vidas de otras personas. Luces brillantes, personas en pantalones cortos saltando, piernas en el borde de la piscina, piernas en la playa sosteniendo libros, el gato de alguien contoneando el trasero mientras de fondo sonaba el «Booty» de J. Lo e Iggy Azalea. El gato con botas. Hilarante. Su amigo del instituto haciendo un mohín delante de la torre inclinada de Pisa, sin camiseta, demasiado guay para hacer la pose estándar de fingir que sostenía la torre.

Se aburrió viendo a otra gente disfrutar la vida. ¿Alguna vez publicaría algo ella en las redes sociales sin preocuparse de lo que pensarán los demás, sin que la encasillaran como «la pobre hermana pequeña»? Sin darle más vueltas, grabó un vídeo rápido de la biblioteca, vacía, y le superpuso el texto: «¡VEN A HACER VIBRAR ESTE LUGAR MAÑANA A LAS 11:00 H!».

Pulsó el botón de publicar con una mueca de dolor.

Aidan sacudiría la cabeza avergonzado al ver lo poco guay que era su hermana.

Le sonó el teléfono en las manos: Rachel.

—¿Qué es eso de la reunión en la biblioteca? ¿Mañana? No sabía nada. ¿Por qué no nos lo has dicho?

—¿Qué?

—Acabo de ver tu historia...

—¡Sí que eres rápida!

—Trabajo en redes sociales, y ser rápida es mi trabajo.

—Bueno, es una especie de reunión para la comunidad que hemos organizado por la mañana. El señor P, el de la biblioteca, sugirió dedicársela a Aidan.

—Me encanta la idea. ¿Quieres decírselo a tu madre? Está aquí.

Aleisha guardó silencio. No sabía qué decir, no sabía qué pensaría Leilah. ¿Se reiría de la idea? O peor aún, ¿permanecería impasible?

—Vale —dijo Aleisha, notando cómo empezaba a acelerársele el corazón. Respiró hondo—. ¿Mamá?

Se produjo un silencio al otro lado de la línea.

—¿Mamá?

—Leish, lo siento, tu madre ha vuelto a acostarse. Se lo digo yo más tarde, ¿vale? —dijo Rachel con la voz temblorosa; Aleisha percibió sus nervios.

—Vale, gracias, Rachel.

Aleisha no esperaba nada; nunca había esperado nada.

—¡He logrado repartir noventa y nueve invitaciones, Aleisha! —cacareó el señor P al otro lado del teléfono.

—¡Caramba! Fantástico, señor P. —Aleisha intentó inyectar entusiasmo a su voz—. Pensaba que se habría aburrido usted y habría acabado tirándolos a la basura sin más.

—¡Por supuesto que no! Incluso he colgado un folleto en la ventana de mi casa, pero se me olvida que lo tengo ahí puesto y me llevo un susto cada vez que alguno de mis vecinos viejos y cotillas se acerca a mirarlo, porque creo que están asomando las narices a través de mi ventana.

Aleisha nunca lo había oído tan lleno de energía.

—Señor P, es usted muy divertido.

—No, ¡te lo digo en serio! Me he tenido que refrenar varias veces de gritar: «¡Fuera de mi casa!». Pero, en cualquier caso, debe de ser un buen sitio para poner publicidad... Estoy muy orgulloso. ¿Nos quedan folletos?

—Algunos, sí, será mejor que me los lleve esta noche.

Se mordió el labio.

—¡Por supuesto! Ya casi es mañana. No hay tiempo que perder.

Aleisha colgó y se recostó en el sofá, junto a su prima, mientras observaban a su tío Jeremy con su madre. No habían vuelto a mencionar el gran día de puertas abiertas en la biblioteca aquella tarde. Cuando Aleisha había regresado de su turno, Rachel había mascullado:

—Lo siento, no me he atrevido a volver a sacar el tema. Ya me entiendes. No quería invadir tu territorio.

El tío Jeremy había preparado su célebre estofado de cordero aunque el día fuera demasiado caluroso. Aleisha lo había devorado de todas maneras y

ahora todos estaban sentados en la misma estancia, digiriéndolo.

Hacía mucho tiempo que no estaban juntos en un sitio, como familia. A Aidan le habría encantado estar allí, pero habría fingido que le era indiferente y quizá se hubiera marchado a tomar algo con sus amigos primero.

No, se reprendió ella mentalmente, estaba desdibujando su recuerdo. Para Aidan, la familia siempre era lo primero. Aquello habría sido lo primero.

—Tengo que repartir estos últimos folletos —le dijo Aleisha a su prima, dando un golpecito al montón que había entre ellas en el sofá—. ¿Te apetece acompañarme?

Rachel se dio unas palmaditas en el estómago a modo de respuesta.

—Bonita, de verdad, creo que no puedo moverme.

Aleisha puso los ojos en blanco, en broma.

—Venga, así lo bajas caminando.

En realidad, su mirada decía: «Necesito salir de aquí».

—Sí, buena idea, Aleisha. Venga, Rach —dijo el tío Jeremy con voz cálida.

Leilah le sonrió tímidamente, dándole la razón.

Las dos muchachas caminaron por la calle, al principio en silencio.

—¿Qué tal estás? —preguntó Rachel, y Aleisha vio que su prima tenía los ojos llorosos.

Tardó un momento en responder. Concentró la mirada en los folletos. «Jornada de puertas abiertas en la biblioteca», anunciaban con la bonita caligrafía artística de Zac.

—Supongo que bien —musitó—. Lo echo de menos, pero es normal.

Rachel también tardó un momento en responder.

—Era el mejor. Me cuesta creer que sea real. Me parece imposible.

—No tiene sentido —repitió Aleisha en modo piloto automático, reproduciendo las conversaciones que había mantenido el día del funeral de Aidan y bloqueando, en la medida de lo posible, cualquier sentimiento de su cerebro.

Caminaron en silencio de nuevo, hasta que Aleisha notó que el corazón se le aceleraba. Últimamente le pasaba. Sabía que, dentro de unos momentos, le costaría respirar.

—Ten esto —dijo, y le dio a Rachel un montón de folletos publicitarios—. Repártelos en este lado de la calle. Yo voy a meter estos en los buzones de

la acera de enfrente. Mételes en cualquier buzón, a menos que parezca que la casa está deshabitada.

Rachel se encogió de hombros y Aleisha cruzó la calle, aliviada, y empezó a respirar hondo. Aminoró el ritmo. Tenía la sensación de que podía desmayarse en cualquier momento.

En una de las casas escuchó el ladrido de un perro y se dio media vuelta tan rápido como pudo, tanto que estuvo a punto de tropezar con la verja. Se le volvió a acelerar la respiración y miró hacia el otro lado de la calle. Rachel estaba echando los folletos en los buzones y ni siquiera se había dado cuenta de que su prima se ahogaba en aquel sofocante ambiente estival.

Aleisha respiró hondo. No sabía qué hacer. Pensó en Leilah, aislada, escondiéndole la verdad a todo el mundo. Tenía miedo, no quería revelar demasiadas cosas de sí misma. Pero sabía que necesitaba ayuda. Aidan había necesitado ayuda. Todos la necesitaban. Y Rachel... Rachel había sido su mejor amiga en otra época. La echaba de menos. Quería volver a contar con ella. Cruzó de acera, con los latidos ya más ralentizados y el sudor de la frente evaporándose casi de manera inmediata por efecto del calor. Enlazó su brazo con el de su prima.

Rachel la miró y le dio una palmadita en la mano.

—Estoy aquí —le dijo, como si hubiera oído alguno de los pensamientos de Aleisha desde el otro lado de la calle.

—Aleisha —dijo Rachel cuando entraron. En la casa apenas se respiraba actividad: Leilah volvía a estar en la cama y Jeremy fregaba los platos—. Creo que deberías compartir con los amigos de Aidan la publicación que has colgado antes en Instagram, hacérselo saber.

—No me veo capaz —respondió Aleisha encogiéndose de hombros.

—Ya me encargo yo, ¿vale? —Rachel alargó la mano y Aleisha le entregó el teléfono, notando un cierto alivio—. Última oportunidad de animar a la gente.

—Es demasiado tarde —musitó Aleisha, desplomándose en el sofá.

Pero, al cabo de unos momentos, Rachel señaló hacia el teléfono de Aleisha. Su canal mostraba a montones de personas compartiendo la publicación sobre la jornada en la biblioteca.

—¿Lo ves, Aleisha? Te lo dije —apuntó Rachel con una sonrisa. Aleisha no podía apartar la mirada de su teléfono, que no dejaba de iluminarse ante

sus ojos, con nuevas notificaciones cada pocos segundos—. La gente lo quería, Leish. Esto es importante para ellos.

Aquel era el don de su hermano: reunir a gente, tal como había hecho durante toda su vida, ayudarlos a sentirse un poco menos solos.

Capítulo 39

MUKESH

Bip. «Hola, papá, soy Deepali. Salimos pronto de casa. Te vemos en la biblioteca, ¿de acuerdo? Jaya y Jayesh también vienen. Llevo el ponche».

BIP. «Hola, papá, Priya está muy emocionada por lo de hoy. Voy a pasar primero por tu casa a dejarla, antes de ir a recoger la olla a presión de Nilakshimasi para los últimos preparativos, ¿de acuerdo? Priya ha preparado unas magdalenas glaseadas. Las llevamos también, ¿vale?».

BIP. «Hola, papá, ¿necesitas que lleve algo más de comida o de bebida? ¿O alguna otra cosa? Puedo llevar sillas si las necesitáis. ¡Ya me dirás algo! Te felicito. No dejo de pensar que mamá estaría muy orgullosa de ti, ¿sabes? No dejaba de machacar con lo de organizar una mañana de puertas abiertas en la biblioteca».

En el día de la gran jornada de puertas abiertas en la biblioteca, a Mukesh le sorprendió que no hubiera una gran algarabía cuando se despertó. Sus hijas habían empaquetado *samosas*, rollitos de primavera y *vadas*^[25] de todo tipo la noche anterior, listos para llevárselos.

—¡No metas las manos aquí! Sobre todo en los *vadas*. No hay muchos y los he preparado muy picantes, así que, si los tocas, te arrepentirás —le había advertido Deepali a su padre aquella noche, al verlo acercarse a la bandeja preparada en la mesa de su cocina.

—¿Esperas que los lleve sin probarlos?

—Justamente, sí.

En cuanto Deepali se había marchado, se había comido solo uno. Y, mira por dónde, Deepali tenía razón: le había abrasado los labios y Mukesh sabía que eso no anticipaba nada bueno acerca del resto del viaje del *vada*. Lo bajó con un vaso de leche y varias cucharadas de yogur.

Estaba expectante con respecto a la gente que acudiría aquel día: caras nuevas, caras viejas, caras amigas. Y esperaba que la madre de Aleisha

también apareciera, aunque era improbable. Leilah estaba atravesando una mala época. Mukesh no era siquiera capaz de imaginar cómo se sentiría, Dios no lo quisiera, si una de sus hijas o de sus nietas moría. Le costaba imaginar que pudiera despertarse, levantarse de la cama y volver a salir de casa algún día. El mundo sería mucho más sombrío sin ellas.

Había solicitado un nuevo carné de biblioteca júnior y había sacado en préstamo de forma anticipada *La vida de Pi*, *Beloved* y *Orgullo y prejuicio*, para entregárselos a Priya antes del evento. Solo le quedaba esperar a que su nieta llegara.

Mukesh intentó en vano leer mientras esperaba, pero, con toda aquella emoción, le costaba empezar un libro nuevo. En lugar de ello, releyó las primeras páginas de *La mujer del viajero en el tiempo*, y sus palabras lo transportaron instantáneamente a Naina. Recordó la época en la que lo había leído por primera vez. Recordó lo triste que estaba. En cambio, ahora se sentía diferente, vivo. Y Naina estaba allí, en aquellas palabras, en aquella historia de amor. Estaba allí en su corazón, acompañándolo en cada paso del camino.

Un timbrazo lo sacó de su ensimismamiento. Mukesh se puso en pie más rápido de lo acostumbrado y notó un ligero vahído. Por un brevísimo instante, tuvo la impresión de que era Naina quien llamaba.

—¡Dada! —exclamó Priya al entrar en casa—. ¿Te has comido un *vada*?

Rohini, que iba varios pasos por detrás de ella, entró como un huracán en la cocina y revisó hasta el último rincón, hasta el último compartimento del frigorífico, para comprobar que no se olvidaban nada.

—Papá, ¿te lo has comido?

—¡No!

—Sí que te lo has comido —dijo Priya con una risita—. ¡Deepalimasi dijo que había veintiuno y solo quedan veinte! —exclamó Priya, de pie junto a la bandeja de los *vadas*, con un dedo alzado en ademán acusatorio.

Mukesh se ruborizó.

—Venga, déjame que coja eso. —Rohini agarró la bandeja—. Ahora me voy a casa de Nilakshimasi. ¿Os apañaréis para ir a la biblioteca solos? ¿Cómo vais a ir?

—Pues creo que vamos a ir caminando —respondió Mukesh con determinación.

Rohini asintió con la cabeza, en gesto formal, y salió trotando por la puerta. Era una mujer con una misión.

—Ven, Priya —le dijo Mukesh—. ¡Tengo una sorpresa!

—¿Una sorpresa? —preguntó Priya con cierta reserva.

—Sí.

Mukesh descolgó su bolsa de tela de la barandilla y sacó un pequeño carné y tres libros. Los puso en las manos de Priya.

En el carné de la biblioteca se leía «Priya Langton», escrito con la caligrafía rechoncha de Aleisha.

—¿Es mío? —preguntó Priya, mirándolo—. ¿Es de la biblioteca en la que trabaja Aleisha? —Alzó la vista hacia su abuelo, esperanzada.

—¡Sí, Aleisha ha escrito tu nombre en él especialmente para ti!

—¿Y estos libros son para que yo los lea?

Priya los depositó uno al lado de otro en los escalones.

—Si te apetece... Quizá *Beloved* sea una lectura más adecuada para tu madre, pero quería dártelo para que sepas que es bueno. Aunque da un poco de miedo...

—He leído *La mujer de negro*. Ese sí que da miedo —replicó Priya orgullosa.

—Ese no lo conozco.

—Ba me recomendó que lo leyera un día, me dijo que casi se muere del miedo.

Priya se llevó la mano a la boca para ahogar una risita, pero Mukesh vio que los ojos, cubiertos por una fina capa de lágrimas, le centelleaban.

—Ay, *beti* —le dijo, abrazándola—. A tu abuela le encantaría ver la jovencita tan maravillosa en que te has convertido, Priya. Estaría muy orgullosa de ti. —A Mukesh le tembló la voz—. Yo también estoy muy orgulloso de ti.

Siguieron abrazados un momento, Mukesh con la cabeza apoyada en la de Priya. Toda la casa, que durante tanto tiempo había permanecido en silencio, de repente volvió a parecer un hogar.

—Dada —dijo Priya al final—, ¿nos vamos a la biblioteca?

Mukesh comprobó la hora en su reloj. Eran las diez y veinte.

—¡Ay, *Bhagwan!* —exclamó—. ¡Sí, tenemos que irnos! ¡Se supone que tengo que ayudar con los preparativos!

Cuando llegaron a la biblioteca, veinte minutos antes de la hora de inicio, Aleisha ya estaba allí con alguien que se le parecía mucho.

—¡Hola, Aleisha! ¿Te acuerdas de mí? Soy Priya —se presentó, acercándose a ella, aquel día sin nervios aparentes.

—Por supuesto que me acuerdo de ti, Priya. —Aleisha esbozó una sonrisa con ojos tristes—. ¿Cómo estás?

—Gracias por mi carné de biblioteca —agradeció Priya sin más preámbulo al tiempo que se lo enseñaba—. Me gusta mucho tu letra.

—Muchas gracias. Así podrás venir a hacerle compañía a tu abuelo cuando visita la biblioteca, ¿no?

Priya asintió enérgicamente con la cabeza.

—Hola, señor P —lo saludó Aleisha, dándole la bienvenida. Se había mantenido a unos pasos de distancia para permitirle a Priya tener su momento—. Esta es mi prima Rachel —le dijo Aleisha a Mukesh, que sonrió y le dio un apretón de manos a la muchacha.

—Sí, nos conocimos el otro día —respondió él, notando que se le marcaba más el acento a causa de los nervios crecientes.

Dos coches aparcaron frente a la biblioteca. Eran Rohini, Deepali, Nilakshi y Vritti. En cuanto descendieron, empezaron a salir bandejas de comida por todas las puertas, que transportaron sin más a las mesas preparadas especialmente para la ocasión.

—¿Por qué están colocadas así las sillas? —le preguntó Mukesh a Aleisha.

Pero Kyle se inmiscuyó en la conversación para contestar:

—Pues se supone que, así organizadas en grupos, estimulan la conversación. Hemos dispuesto las mesas para que la gente coma fuera y luego entre a la biblioteca a explorar los libros y disfrutar de un poco de paz. Hemos organizado una jornada de puertas abiertas para que todo el mundo pueda conocerse.

—De hecho, fue el señor P quien propuso celebrar la jornada de puertas abiertas —aclaró Aleisha, guiñándole el ojo.

Priya rio exageradamente, agarrando de la mano a Mukesh.

La gente fue llegando con cuentagotas. Algunos de los habituales, acompañados por amigos y familiares, trajeron platos de comida, pero también apareció gente que era obvio que nunca había estado allí. No acudieron centenares de personas, como Mukesh había anticipado, pero sí debía de haber entre treinta y cuarenta. Tuvieron que sacar más mesas para disponer toda la comida. Había *samosas* de todo tipo, pollo jamaicano, patatas fritas a la guindilla, y también *mogo*^[26], salchichas envueltas en beicon, salchichas vegetarianas con romero (a partir de entonces las favoritas de

Mukesh), las magdalenas glaseadas que había hecho Priya y una quiche rellena de algo dudoso. ¿Era carne o plástico? También había taquitos de queso con palillos clavados y salsas de todo tipo. Todo un banquete.

En un momento dado, el ruido de la conversación y las risas le resultó insoportable y Mukesh entró en la biblioteca para relajarse en una silla un rato. Miró a su alrededor, contemplando la biblioteca tal como podían verla quienes estaban fuera. Pilas y pilas de libros en estantes brillantes que en otro tipo debieron de ser blancos, pero ahora amarilleaban, y butacas, algunas nuevas y cómodas, y otras no tanto. Notó una sensación de paz y tranquilidad. Se imaginó ya la próxima vez que acudiera allí, cuando acabara aquel día, a relajarse en su butaca preferida mientras leía un nuevo libro. Esperó que muchas de las personas que habían acudido aquel día por primera vez también aprendieran a disfrutar de aquel lugar. Y entonces, acurrucada entre las estanterías de libros, sentada cómodamente en un gran puf, divisó a Priya. Su nieta lo vio mirarla y le sonrió. Pocas semanas antes, Mukesh no se habría atrevido a imaginar que aquello pudiera ocurrir. Sabía que habían cambiado tantas cosas, para bien y para mal..., pero aquel era uno de los buenos momentos, uno de los más deliciosos.

Mukesh estaba picando unas salchichas vegetales cuando divisó a Rohini con una bandeja de papel en la mano y una jarra llena hasta el borde en la otra.

—¡Te he traído más salchichas! —gritó por encima del alboroto—. ¡Y un poco de té *chai* casero que ha preparado Indiramasi!

—¿Está aquí Indira?

—Pues, al parecer, es una asidua... al menos desde hace un tiempo. No puedo creer que no me hayas dicho que venía a la biblioteca. Hoy está muy parlanchina —dijo Rohini.

—¿Indira parlanchina? ¡Qué novedad! En ese caso, será mejor que me quede aquí un ratito más... —Se echó a reír Mukesh—. La última vez que hablamos —le susurró—, tardé dos horas en poder escabullirme.

Rohini soltó una carcajada.

—¡Papá! —lo regañó—. Sé amable con ella, se siente sola. ¿No va precisamente de eso este día? A mamá le caía muy bien Indiramasi, la cuidaba mucho.

Mukesh observó su salchicha vegetariana enrollada sobre el mondadientes.

—Tienes razón.

Rohini le dio una palmadita ligera pero firme en la pierna y Mukesh se disculpó.

—En cualquier caso, papá, quería pedirte perdón. No te he tratado bien, con todo eso de tomar siempre las decisiones por ti... Y mira a tu alrededor: lo estás haciendo maravillosamente. —Señaló con la cabeza a Priya—. Y Priya dice que ha disfrutado mucho contigo este verano.

Mukesh no sabía qué decir.

—Y todo esto que has hecho por Aleisha... Has sido un amigo maravilloso.

Incapaz de mirar a su hija, Mukesh se sonrojó, abochornado.

—Supongo que tu madre logró inculcarme algo bueno a fin de cuentas.

—Pensé que necesitarías a alguien que cuidara de ti tras la muerte de mamá. No se me ocurrió que fueras capaz de cuidar de ti mismo y, al decidir cuidarte yo, se me olvidó hacerte compañía. Lo siento.

Mukesh sonrió con ternura y le dio un apretoncito en la mano a su hija.

—Será mejor que salga a ayudar a Deepali a liberarse de Indira, pero espero que nos veamos más a menudo y que pasemos ratos de verdad juntos. Eso sería lo que querría mamá. Ahora lo sé —añadió su hija.

Antes de que Mukesh pudiera decir nada, Rohini se había ido. Pero daba igual, porque Mukesh se había quedado sin habla. Tuvo que tragarse el nudo que se le había hecho en la garganta antes de poder hablar con nadie más.

Miró por la ventana a la muchedumbre. Con platos de papel en la mano, conversaban y se llevaban comida a la boca. Le gustó mucho comprobar que la gente del templo no se limitaba a hablar con sus correligionarios, sino que se relacionaban con todo el mundo. Y la gente que asumió que había invitado Aleisha —sus amigos y los amigos de Aidan—, se mezclaban con las personas mayores. Al verlo, Mukesh notó el corazón alegre.

Entonces aparcó otro coche y Zac salió de él.

Mukesh sonrió. Aleisha se pondría contenta.

Justo en aquel momento, Mukesh vislumbró una figura en el asiento delantero que se asomaba por la ventanilla. ¿De verdad era posible? Tenía que encontrar a Aleisha para decírselo. ¡Leilah había acudido!

Capítulo 40

MUKESH Y ALEISHA

Aleisha estaba rellenando el bol de ponche. Los cubitos de hielo se habían derretido rápidamente a causa del calor y le preocupaba no tener suficientes en el congelador de la biblioteca.

—¿Sabes que «ponche» viene de la palabra hindi «*panch*»? —le preguntó una anciana vestida con un sari muy ornamentado.

La había visto algunas veces en la biblioteca, siempre hablando con alguien en un rincón, entre susurros. Le había tenido que llamar la atención para que guardara silencio un par de veces.

—Pues no lo sabía —respondió Aleisha, sonriéndole.

Llevaba el pelo recogido en un moño muy prieto y envuelto en una redecilla.

—«*Panch*» significa «cinco», porque el ponche tiene cinco ingredientes. ¿Cuántos lleva este?

Aleisha se encogió de hombros: no tenía ni idea; lo había preparado Deepali. En aquel momento, una joven con boina y una camiseta de rayas marineras intervino en la conversación. Aleisha la había visto alguna vez en la biblioteca.

—¡Indira! —saludó a la viejecita—. ¿Cómo estás? Hace siglos que no te veo.

—Ah, Izzy. —La anciana le sonrió de oreja a oreja—. Ya lo sé. La ciática me ha pasado factura y he tenido que hacer un poco de reposo, ¡pero he regresado para el gran día! ¿Te acabó aclarando algo el bibliotecario acerca de esa lista de libros, la que es igual que la que encontré yo? Le he dado muchas vueltas al tema, *beti*.

Aleisha observó a la mujer hablar como una metralleta. ¿Una lista de libros? Prestó más atención.

—No, todavía no he averiguado nada. Es un completo misterio. Es posible que nunca lo resolvamos, pero mira cuánto nos ha aportado. ¡De no ser por la

lista, tal vez no nos habríamos conocido, Indira! —exclamó Izzy con una sonrisa exagerada—. ¿Te apetece probar mi *kombucha*? Es casero. Endulzado con miel.

Aleisha olió el *kombucha*, que apestaba con aquel calor, y aprovechó la oportunidad para escabullirse. Archivó lo que acababa de oír sobre la lista, tomando nota mental para investigarlo, y justo en aquel momento, tras la cabeza de aquella muchacha, divisó el coche de Zac.

—¡Aleisha! —la llamó Mukesh casi sin aliento, al tiempo que la cogía del hombro y señalaba hacia Zac—. ¡Ha venido a verte alguien!

Contuvo la respiración mientras Zac caminaba hacia ella sosteniendo una cacerola y, con el corazón en un puño, intentó atisbar quién era la persona que lo acompañaba.

—¡Qué bien ha quedado todo! —exclamó Zac—. Eh, ven, que te presento a mi madre.

A Aleisha se le cayó el corazón a los pies: fuera del coche, con otra bandeja en las manos, había una mujer. Una mujer que ella habría querido que fuera su propia madre. No creía que Leilah apareciera por allí, pero aún albergaba una pizca de esperanza.

—Hola —saludó Aleisha cuando la madre de Zac le dio alcance. Era joven e iba a la moda, con un elegante cabello rubio. Llevaba sandalias de tacón y una fina blusa, un atuendo poco adecuado para un bufé de pie—. Encantada de conocerla.

—Lo mismo digo, cariño. Siento mucho lo de tu hermano. Zac me lo contó. Pero esto me parece una idea muy bonita. Espero que mi tayín vegetariano le guste a tu abuelo —dijo, señalando con la cabeza hacia Mukesh, que saludaba entusiasmado con la mano a Zac.

—Ah, no es mi abuelo. —Sonrió Aleisha—. Es un amigo, un usuario habitual de la biblioteca. Pero gracias, gracias por venir. Significa mucho para mí.

Aleisha se alegró de conocerla, pero tuvo que tragarse su decepción. Le habría gustado ir a su casa y sacar de allí a rastras a Leilah, aunque fuera a gritos o a puntapiés.

Termo salió por la puerta de la biblioteca bramando:

—Hagan un círculo. Formen un círculo, por favor.

La gente hizo lo que le decían, poniendo fin con reticencia a sus conversaciones.

—¡Samuel! ¡No le estires del vestido a esa señora! ¡Ven aquí! —le gritó una madre a su hijo justo cuando la multitud guardó absoluto silencio—.

¡Maldita sea! ¡Lo siento! —gritó—. ¡Perdón!

Se oyeron unas risitas y Aleisha aprovechó aquel momento para pasar revista a los presentes. Debía de haber unas cincuenta personas, de edades muy distintas. Volvió a ver a la chica de la camiseta marinera, a la asidua del pelo rosa y al tipo de la ciencia popular... ¡Caray! ¡Hacía muchísimo tiempo que no lo veía! Benny y Lucy estaban situados al fondo, con sus familias. Reconoció a algunas personas que había visto en fotografías en el teléfono de Aidan o en sus redes sociales, pero la mayoría de las caras no le resultaban familiares. Algunos de los asistentes eran amigos de Mukesh, pero había también muchas personas a quien Aleisha no podía categorizar fácilmente. Entonces divisó a Chris Míster Novela Negra con sus padres, a los que se parecía mucho. Los tres estaban un poco encorvados y tenían las manos en los bolsillos. Al tropezarse con su mirada, Chris le sonrió y agitó en el aire un libro en dirección a ella: *Matar a un ruiseñor*.

A Aleisha le pareció que hacía siglos de aquello. Míster Novela Negra, el tipo que le había dado su primerísimo libro, con aquella lista misteriosa entre sus páginas. Seguía preguntándose si habría sido él quien había confeccionado aquella lista para ella. O si conocía su existencia.

—Gracias a todos por venir —agradeció Dev a la multitud.

Miró a los ojos a Aleisha y le hizo señas para que se acercara. Reticente, Aleisha se abrió paso hacia el frente arrastrando los pies, fijándose en los saris, las chaquetas y las camisetas mientras avanzaba, y sintiendo ya un profundo bochorno.

Al llegar delante de todos, sus mejillas, ruborizadas, relucían con una fina capa de sudor que esperaba que todo el mundo atribuyera a su radiante tez natural. Dev buscó también a otra persona: Mukesh.

El señor P dio dos pasos al frente y enseguida estuvo a su lado.

—Me gustaría darle las gracias a Aleisha, una de nuestras brillantes bibliotecarias, y a Mukesh Patel, un verdadero asiduo de Harrow Road, por tener esta idea y abrir las puertas de nuestra pequeña biblioteca a todo el mundo esta mañana. Nos alegra mucho que hayan venido y esperamos que continúen acudiendo en las jornadas de puertas abiertas de los miércoles. Vengan por el pastel... ¡y quédense por los libros! Sé que no somos la biblioteca más grande de la ciudad, pero deseamos convertir este espacio en un lugar tranquilo y agradable para nuestra comunidad local. Nos encantaría contar con su apoyo para poder mantener esta biblioteca en funcionamiento, ya que se trata de una pieza importante no solo de la historia de Wembley, sino también de su futuro.

Mukesh se inclinó hacia el micrófono.

—¡Los libros son geniales! —exclamó con voz temblorosa.

Algunas personas, entre ellas Deepali, Rohini y Priya, rieron. Permaneció callado un instante, preguntándose qué decir, hasta que, en medio de la multitud, divisó a Naina: una imagen completa de ella, sonriéndole y asintiendo con la cabeza, alentándolo.

—Quiero dar las gracias a Aleisha, a Dev y al joven Kyle por ayudarme a encontrar un lugar donde me siento como en casa. Nuestra intención es convocar estos encuentros siempre que sea posible, los miércoles. Como todos saben, el miércoles es el día de la compra, así que, como ya estarán en la calle..., ¿por qué no dejarse caer por aquí?

Aleisha percibió que estaba nervioso y tartamudeaba un poco, pero sin duda estaba disfrutando de acaparar el protagonismo. Una vez le había comentado que odiaba ser el centro de atención; Aleisha estaba segura de que era una mentira como una catedral.

—A Naina, mi difunta esposa —continuó, desviando la mirada hacia ella, en la multitud. Notó que los ojos le escocían momentáneamente y notó también un hueco en su corazón—, le encantaba leer. Yo no entendí los libros hasta que vine a este lugar, pero la biblioteca me ayudó a sentirme más cerca de ella. Es muy importante sentirse parte de un lugar y de una comunidad, y me gustaría que todo el mundo acudiera aquí a disfrutar, como hago yo.

Aleisha asintió con la cabeza.

—Y, por favor, no olviden brindar o sacar en préstamo un libro en memoria de Aidan Thomas, un joven que también amaba mucho esta biblioteca.

Mukesh devolvió el micrófono y se apartó a un lado. Había pronunciado su discurso y se hizo un silencio a su alrededor. Rohini sostenía un pañuelo frente a la nariz y se tapaba la boca. Miró a su alrededor una vez más y, justo por un momento, mientras el sol incidía en los coches del aparcamiento y sus rayos refractaban en las ventanas de la biblioteca, Mukesh pudo ver a todos los personajes a los que había conocido en el camino. Allí estaban Pi y su aterrador tigre, completamente fuera de lugar. Y Elizabeth Bennet, haciéndose la dura, con Darcy rezagado unos pasos. Y Marmee y sus mujercitas, con los brazos entrelazados. Amir y Hassan, otra vez niños y despreocupados, corriendo con una cometa al vuelo en el aparcamiento. Y, entre todos ellos, también estaba Naina, que seguía sonriendo, con las manos en gesto de oración en el pecho.

Aleisha y Mukesh estaban sentados en su sitio de siempre, junto a la ventana, ahora que la biblioteca había recuperado su tranquilidad habitual y que el único vestigio de aquella jornada eran las bandejas plateadas ya vacías de comida y apiladas junto a los cubos de reciclaje.

—¿Aleisha? —dijo Mukesh vacilante—. ¿Qué te ha parecido? ¿Le habría gustado a Aidan?

Aleisha se había estado formulando la misma pregunta... Había visto a mucha gente allí, riendo, hablando con personas nuevas e incluso recogiendo folletos para la propia biblioteca. Y pensó que, más que nada en el mundo, le habría encantado que su hermano también lo hubiera visto.

—Supongo que sí —dijo al principio, antes de corregirse—. No, si quiere que le diga la verdad, le habría encantado.

Mukesh suspiró superficialmente, satisfecho.

—Estaría muy orgulloso de ti, *beta* —le dijo a Aleisha, mirándola a los ojos—. Te has esforzado mucho.

Aleisha notó que se le agolpaban los sentimientos en el pecho, amenazando con estallar en lágrimas que se le deslizarían por el rostro. Se levantó de la silla de un brinco y se dirigió a recoger un mantel extraviado que había quedado olvidado en una de las mesas de la biblioteca. Lo metió dentro de una bolsa de tela, sin ser capaz aún de mirar a los ojos a Mukesh.

—¿Puedo preguntar de qué va el próximo libro? Me gustaría empezar a leérmelo —dijo Mukesh, consciente del apuro de Aleisha e intentando a la desesperada cambiar de conversación para salir en su rescate.

Aleisha asintió con la cabeza y, por un momento, le pareció divisar a Aidan sentado en la silla de al lado de Mukesh, leyendo *La mujer del viajero en el tiempo*.

—¿Por qué no se acerca mañana y le tendré preparada alguna sugerencia?

—Gracias, Aleisha. —Transcurrido un momento, empujó su asiento para ponerse en pie, poco a poco, con cuidado—. Buen trabajo hoy, *beti*. Bien hecho —la felicitó, con una sonrisa contagiosa.

—Gracias, señor P —respondió ella en voz baja, mientras limpiaba algunas otras mesas que no hacía falta limpiar.

El señor P se dirigió hacia las puertas de cristal tras pulsar el botón de apertura automática sin pensárselo siquiera, como si fuera algo natural. Hasta eso había interiorizado.

—Ah, ¡espere! —le gritó Aleisha.

Mukesh se dio media vuelta, precavido.

—Lo siento. Me han pedido que se lo recuerde. ¿Podría devolver el *Manual teórico del carné de coche*?

El señor P se puso como la grana y asintió con gesto rápido antes de marcharse.

Entonces Aleisha se acordó una vez más de la mujer que había descendido del coche de Zac. En ningún momento había pensado que pudiera ser Leilah, era un sueño remoto, para ser sinceros. Pero aquel día estaba dedicado a Aidan y se había permitido tener esperanza.

Capítulo 41

ALEISHA

Al doblar la esquina que conducía a su calle, Aleisha miró hacia su casa, esperando encontrar las ventanas cerradas a cal y canto, como de costumbre, la oscuridad interior y las cortinas semicorridas en cada habitación. Rachel y Jeremy, que habían ido a comprar algunos ingredientes que faltaban para preparar la cena, aún no habían regresado, pues su coche no estaba fuera, y empezó a sentir una oleada de pánico. ¿Estaría bien Leilah? ¿Cuánto rato la habrían dejado sola? Había estado tan ocupada planificando el evento que apenas se había parado a pensar en que Leilah se quedaría sola en casa.

Aceleró el paso, antes de arrancar al trote. Pero, al acercarse al número 79, vio a Leilah sentada en el escalón de la entrada. La puerta estaba abierta de par en par tras ella.

—Aleisha, lo s... —empezó a decir con un hilo de voz.

Iba vestida de azul marino de la cabeza a los pies, con una de las sudaderas con capucha de Aidan y sus pantalones de chándal. Se apoyó en sus brazos para ponerse en pie al ver que Aleisha se dirigía hacia ella, pero no tenía fuerzas. Aleisha se inclinó hacia delante y sostuvo a su madre entre sus brazos.

Leilah y Aleisha permanecieron así unos momentos.

Y entonces Aleisha se dio cuenta de algo. Ya no estaba enfadada. No le quedaba energía para estarlo. Y Aidan no habría querido que lo estuviera. Ahora lo único que quería era recuperar a su madre. Inspiró, embriagándose del perfume a coco del champú de Leilah y percibiendo también el olor a humedad de la sudadera de Aidan.

—Mamá, no pasa nada.

—No, Aleisha —dijo Leilah, apartándose de ella con suavidad—. Lo siento mucho. Quería ir. Lo he intentado. Pero no he podido.

—Mamá, no te preocupes.

A Aleisha le habría gustado que Leilah hubiera estado allí para verlo, que hubiera visto cuánta gente se había presentado a despedirse de Aidan.

—Ten —le dijo Leilah.

Volvió a apartarse de ella y sacó un papel. Era un folio impreso con la impresora profesional de Leilah; lo supo por el grosor del papel y por el detalle de la tipografía. Era un mensaje de correo electrónico.

—Me he registrado en la biblioteca —indicó Leilah. Sonrió—. Sé que puede parecer estúpido, pero me ha encantado que me leyeras en voz alta. Y espero que sigamos haciéndolo. Quizá tarde un tiempo en ser capaz de levantarme e ir allí por mi propio pie, pero... hablo en serio. Sé cuánto le gustaba ese lugar a tu hermano también... desde que era pequeño. Y mira...

Leilah señaló la parte inferior del correo electrónico. Se leía: «1 libro reservado: *Matar a un ruiseñor*, de Lee Harper».

Aleisha no sabía qué decir. Abrazó a su madre aún más fuerte. Sabía que aquello no era el fin, que solo era el principio, pero era consciente de que Leilah había salido de casa por sí misma. Estaba allí y no estaba temblando, respiraba con normalidad y establecía contacto visual. Lo estaba intentando.

—Si quieres, podemos probar de ir juntas la semana que viene.

—De acuerdo.

—Después de mi cita con el médico. —Leilah besó a su hija en la mejilla—. Quizá necesite que me acompañes ahí también.

Aleisha se detuvo, respiró hondo e intentó que no se le quebrara la voz.

—Mamá, es maravilloso. Estoy muy orgullosa de ti.

Y lo decía en serio, cada palabra. Le habría gustado que Aidan estuviera allí para verlo.

Aquella noche, Aleisha y Leilah se sentaron en la fresca sombra del salón, con las ventanas un poco abiertas para dejar que entrara la cálida y suave brisa.

Se habían pasado la tarde revisando fotografías de cuando Aidan y Aleisha eran pequeños. Las habían sujetado una a una, y Aleisha había contemplado cómo con cada una de ellas Leilah se había iluminado con el recuerdo. Vacaciones en la playa pasadas por agua, con una lluvia torrencial; Aidan en la bañera de bebé, con espuma en la cabeza; Aidan aprendiendo a surfear; la primera fotografía escolar de Aidan y Aleisha juntos...

Cuando se habían quedado sin fotos, cuando habían empezado a notar el dolor de nuevo, a recordar que Aidan no regresaría, Aleisha abrió el último

libro de la lista, *Un buen partido*, y empezó a leer en voz alta.

Al instante, Leilah y Aleisha se adentraron en una boda, en la que la señora Rupa Mehra informaba a su hija soltera, Lata, que tendría que desposarse con un muchacho que su madre elegiría para ella.

Era un libro vital, fascinante. Aquella boda cobró vida en su salón y Aleisha vio a Leilah sonreír por la severidad de Rupa Mehra.

—Yo no soy así, ¿verdad?

—No siempre. —Aleisha soltó una carcajada.

Durante un rato, madre e hija se vieron arrastradas a otra historia, centrada en una madre y una hija y en una misión por encontrarle a aquella jovencita un buen partido.

—Es tan «real» —comentó Leilah—. Hay tantos personajes, con tantos trasfondos y creencias distintos. Es muy inteligente tender todas esas subtramas argumentales. Es una historia muy bonita. Creo que necesito pintarla.

Aleisha alzó la vista hacia ella, asombrada. Hacía meses que Leilah no hablaba de pintar. Pero no quería arruinar el momento que la autora había creado y continuó leyendo.

Se preguntó por qué aquel libro era el último de la lista y si quien la había redactado los habría encargado por algún motivo concreto. Pensó en el viaje que había realizado con aquellos libros, en los lugares a los cuales la habían transportado: desde Maycomb en Alabama, pasando por Cornualles, Kabul, un rincón en mitad del océano Pacífico, un condado en Inglaterra, Massachusetts, Cincinnati y, finalmente, Brahmipur, en la India. A través de los personajes de aquella lista de libros había experimentado la injusticia y la inocencia infantil, el terror y el desasosiego, la culpa y los remordimientos y una amistad poderosa y duradera, un coqueteo con el señor Darcy (Zac seguía volviéndole a la mente cuando pensaba en *Orgullo y prejuicio*), la resistencia, la independencia y la determinación a través de las mujercitas, las repercusiones del trauma, y el poder de la esperanza, la fe y la comunidad. Y ahora, con *Un buen partido*, se embarcaba en un nuevo viaje.

—¿Qué es eso? —preguntó Leilah, mirando entre las páginas.

Aleisha alzó la vista.

—¿El qué?

—En el libro...

—Ahora se están yendo de la boda: Savita es la novia y Pran el novio.

—No, me refiero a eso que hay en la parte de atrás del libro, hay algo ahí.

Aleisha dejó de leer y le dio la vuelta al libro.

Leilah tenía razón: metido en la sobrecubierta de plástico había un sobre, arrugado, pero alisado de nuevo por el peso de *Un buen partido*.

Lo sacó haciendo palanca, con cuidado, como si fuera parte de un tesoro enterrado.

—¿Qué es? —inquirió Leilah.

—Un sobre. Una carta, supongo.

Aleisha le dio la vuelta para ver si iba dirigido a alguien.

«Mukesh».

—Mamá —dijo Aleisha—. Creo que es para el señor P.

—¿Qué?

—La carta.

La sostuvo en alto.

Leilah la escudriñó.

—¿No te parece la misma caligrafía que la de la lista?

Aleisha sacó la lista de libros de la funda de su teléfono, pero la verdad es que no necesitaba comprobarlo. Tenía su imagen prácticamente grabada en la memoria: cada libro, cada ojal de las «g» y las «j», y cada «i» de la esmerada caligrafía de quien la había escrito.

Le entregó ambos papeles a Leilah, consciente de que su artística madre tenía ojo para aquel tipo de cosas.

—No cabe duda. ¿Es... es para tu Mukesh? ¿Para el señor Patel?

Aleisha se encogió de hombros y acarició suavemente el papel.

—Bueno... averigüémoslo.

—Vale, pero ahora no nos perdamos.

Aleisha frunció el ceño, confusa.

—En el libro, quiero decir —aclaró Leilah—. Quiero saber qué sucede a continuación.

Capítulo 42

MUKESH

Mukesh abrió la puerta y una sonrisa le cruzó el rostro al ver quién era.

—¡Aleisha! ¿Te había invitado? Lo siento mucho, pero se me ha olvidado. No he cocinado ni preparado nada. ¡Aún sigo lleno del almuerzo! ¿Quieres venir mañana, en lugar de hoy? Priya estará aquí; estoy seguro de que le gustaría volver a verte. —Eché un vistazo alrededor de su casa para evaluar si estaba presentable para recibir visitas—. ¿O has venido a buscar el *Manual teórico del carné de coche*?

—No, no, no se preocupe, señor P, no habíamos quedado para cenar. He venido porque... tengo algo... y creo que es para usted.

Sostuvo en alto *Un buen partido*.

—¡Oh, no! Aleisha. Sé que he mejorado mucho como lector, pero, de verdad, ese libro es demasiado voluminoso para mí ahora mismo. Me voy a quedar dormido leyéndolo.

—Para empezar, señor P, lo que he leído hasta el momento es fascinante. Estoy convencida de que le gustará y, para cuando lo acabe, Priya probablemente ya sea lo bastante mayor para leerlo también. —Aleisha rio—. Mire. —Le dio media vuelta al libro para enseñarle el sobre, que había colocado de nuevo donde estaba. Volvió a sacarlo y se lo entregó—. He encontrado esto. Y creo que es para usted. No quería leerlo. He pensado que debería enseñárselo antes. —Tragó saliva, repentinamente nerviosa—. Le explico: encontré una lista..., una lista de libros..., con los libros que hemos estado leyendo juntos.

—¿Anotaste tú los libros? Eres una bibliotecaria magnífica, Aleisha, el servicio completo. Maravillosa —dijo.

—No, señor P. Son las recomendaciones literarias de otra persona. He hecho un poco de trampa. ¿Recuerda que le dije que yo no sabía nada de libros?

—Sí, eres una muchacha muy modesta.

—No, señor P. Se lo digo de verdad: no sé nada de libros o..., bueno, no sabía nada de libros. Pero encontré aquella lista el día que usted vino a la biblioteca. Y pensé... No sé... Pensé que si los leía y me gustaban, podía recomendárselos.

Él bajó la vista hacia el sobre de nuevo.

—«Mukesh». —Pronunció su propio nombre como si nunca lo hubiera escuchado.

—Creo que es de...

—Naina —la interrumpió él—. Es su letra.

—Pues creo que la lista también era de Naina.

Le entregó la lista. A Mukesh le temblaban las manos.

—Y esa carta... esa carta es para usted.

Mukesh alzó la vista hacia Aleisha como si la viera por primera vez, como si estuviera asimilando su rostro centímetro a centímetro, con el sobre en una mano y la lista en la otra. Aleisha sonrió, le dio una palmadita a su amigo en el hombro y se marchó.

Al cruzar la calle vio a un joven de pie delante de ella, apoyado en una pared. Por una fracción de segundo le pareció que era Aidan, con el rostro convertido en una sonrisa... especialmente dedicada a ella.

La lista de libros

NAINA

2017

Naina había dejado la última lista; estaba debajo de un ejemplar de *Matar a un ruiseñor*. Esperaba que Chris lo leyera: era un libro completamente distinto de las novelas policíacas que solía leer, pero consideraba que cambiar de género podía ayudarlo. Estaba sufriendo. Y los libros tenían el poder de sanar.

Los libros de la biblioteca estaban apilados en su mesilla de noche. Era su última lista de lectura de la biblioteca. Aquellos eran sus libros favoritos, los libros con los que había madurado, los libros que la habían encontrado en el momento oportuno, que la habían consolado cuando lo necesitaba, que le habían permitido escapar, que le habían brindado la oportunidad de vivir más allá de su vida, una oportunidad de amar con más intensidad, una posibilidad de comunicarse con otras personas. Y ahora los había leído otra vez, una última vez.

Priya había sido quien le había sugerido que dejara una lista de lectura.

—Ba, un día me gustaría tener una lista de tus libros preferidos. Eres la mejor lectora que conozco.

Lo dijo de pasada, como suelen hacer los niños, pero la idea caló en Naina. Sabía que iba a morir, pero quería dejar algo tras de sí. A Wembley. A las personas que la amaban. Y los libros le habían dado tantas cosas... Creyó que había llegado el momento de ponerlos en circulación. Esperaba que las listas se abrieran camino hasta manos y corazones voluntariosos —en el supermercado, en la parada de autobús, en la biblioteca, en el estudio de yoga, en el jardín municipal—, y que los iluminaran, aunque solo fuera por un momento. En el caso de Indira, tenía la sensación de que no podía entregarle la lista en persona: Indira era una mujer orgullosa, se reiría de su idea y se desprendería de la lista en cuanto se quedara a solas. Tal vez fuera una idea

estúpida depositarla en su taquilla de los zapatos, toda arrugada. Pero decidió dejarlo en manos del destino. Deseó que Indira lograra llegar hasta aquellos libros, hasta la biblioteca incluso.

Ya solo quedaba una lista por entregar. Y ella sabía a quién pertenecía: a Mukesh. Nunca le había gustado leer, pero Naina esperaba que, una vez que ella muriera, empezara a preguntarse por qué a ella le gustaba tanto. No quería que se sintiera solo y, además, Mukesh tenía tendencia a aislarse del mundo exterior cuando estaba triste. De aquella manera, pensó, si lo hacía, tal vez hallara compañía en otros sitios. En las páginas. Tal vez encontrara algo que lo inspirara a conocer a gente nueva, a probar cosas nuevas e incluso a encontrar palabras sabias.

Sacó una hoja de su papel de carta: era su enésimo intento. Pese a todos los libros que había leído en su vida, encontrar las palabras para decirle «Te quiero» a la persona con quien había pasado los años más felices de su existencia se le antojaba lo más difícil del mundo.

Respiró hondo y empezó a escribir, con el papel ya emborronado por las lágrimas.

Mukesh:

He empezado esta carta diez, veinte veces y no acabo de saber lo que quiero decir. Gracias. Gracias por amarme, por ser mi amigo, mi alma gemela durante estos cincuenta años juntos. Me alegro de que nos encontráramos y formáramos una familia. Me enorgullezco de la vida que nos hemos dado el uno al otro. Ha sido una vida corriente, pero llena de amor. Tú has hecho que fuera así.

Quiero que sepas que estarás bien sin mí. Pero esfuérate un poco, Mukesh, desafíate cada día. Habla con alguien nuevo. Haz algo diferente. Háblales a nuestras niñas sobre nuestras vidas antes de ellas, y cuídalas, y no tengas miedo de dejar que te cuiden. La pequeña Priya es tímida: encontré libros para leer con ella que la ayudaron a abrirse conmigo. Me encantaría que tú también lo intentaras. Quiere notarte más cerca. Y a mí me encantaría que lo consiguierais, por los dos.

Haz las paces contigo mismo. Sé que estás enfadado, sé que sientes dolor. Pero mi cáncer no es culpa de nadie. A veces, la vida es así. Si estás leyendo esta carta, entonces quiere decir que yo ya no estoy y que la siguiente parte de tu vida está

a punto de comenzar. Disfrútala, debería ser tan especial como el tiempo que hemos pasado juntos.

Sé amable, sé cariñoso, sé tú mismo, Mukesh. Eres la persona más maravillosa que he conocido. No temas volver a amar si el amor te encuentra; yo me alegraré por ti si lo haces. Y recuerda: puedes encontrar una familia en los lugares más inesperados, y la familia siempre te encuentra.

Con todo mi amor,

Naina

P.D.: Estos son los libros que me ayudaron a conocerme mejor, que me moldearon y moldearon mi mundo. Espero que te aporten luz y felicidad y, si alguna vez me echas de menos, me encontrarás en estas páginas. Te quiero.

P.D.: Creo que a Priya también le encantarían estos libros, pero quizá cuando sea un poco mayor.

Cuando se disponía a meter la lista en el sobre, con la carta, escuchó los pasos de Mukesh descendiendo por las escaleras. Se sentó apresuradamente sobre el sobre y guardó el bolígrafo en la mesilla de noche.

—Naina. —Mukesh asomó la cabeza por la puerta—. ¿Te apetece un té *chai*?

—Sí, me encantaría —contestó Naina.

Mukesh se alejó procurando no hacer ruido y Naina aprovechó para sacar a toda prisa el sobre de debajo de su trasero. Estaba todo arrugado. Suspiró y lo metió en la contracubierta de *Un buen partido*. Si algún libro podía alisar una carta, era aquel.

—¿Te va bien un té *chai* de sobre? —gritó Mukesh.

—Por supuesto. Es mi favorito —respondió Naina.

Nota de la autora sobre la lista de libros

Si bien la lista de libros de este libro pertenece a un personaje, hay muchos otros libros que me habría gustado incluir, libros que han cambiado mi manera de concebir la escritura, a las personas e incluso el mundo, libros que me han inspirado, que me han conmovido y que me han enseñado más que ninguna lección de la escuela. Libros que me hicieron querer ser lectora y, con el tiempo, también escritora.

Esta es mi lista de lectura:

Jhumpa Lahiri, El buen nombre
Arundhati Roy, El dios de las pequeñas cosas
Zadie Smith, Dientes blancos
Chimamanda Ngozi Adichie, Americanah
Katherine Heiny, Standard Deviation
Rohinton Mistry, Un perfecto equilibrio
Hiromi Kawakami, El cielo es azul, la tierra blanca
Angela Carter, La juguetería mágica
Maya Angelou, Yo sé por qué canta el pájaro enjaulado
Attia Hosain, Sunlight on a Broken Column
Ali Smith, There But For The

Estos libros me encontraron en el momento oportuno de mi vida. Los recuerdo todos y cada uno vívidamente, recuerdo a los personajes como si fueran mis amigos, a veces incluso familia. Recuerdo exactamente dónde estaba y cómo me sentía cuando leí la última página. Y han permanecido conmigo desde entonces.

Agradecimientos

Hace mucho tiempo que llevaba este libro en el corazón, pero no existiría si no fuera por muchas personas fantásticas. Gracias a mi agente, Hayley Steed, el mejor apoyo que he podido tener. Gracias por creer en este libro incluso antes de que cobrara forma, gracias por tus aportaciones editoriales, por tu experiencia y por tu entusiasmo inquebrantable, y gracias por guiar a mi cerebro ansioso durante todo el proceso. Unas gracias inmensas al equipo de la Madeleine Milburn Literary Agency, y, en especial, a las superestrellas de los derechos Liane-Louise, Georgina y Sophie. Habéis sido la familia literaria perfecta... y este libro está en las mejores manos con todas vosotras.

Gracias también a Charlotte Brabbin, mi brillante revisora: este libro no sería lo que es sin ti. Gracias por tu devoción, por tu creatividad, por tu atención al detalle, por tu perspectiva y por creer en este libro. Gracias a todo el equipo de HarperFiction, en especial a Nancy Adimora, Jen Harlow, Becca Bryant, Lynne Drew, Hannah O'Brien y Katy Blott, Grace Dent, Isabel Coburn, Ammara Isa, Alice Gomer, Sarah Munro y Laura Daley. Estoy fascinada con vuestro talento e increíblemente agradecida por el cuidado con el que habéis tratado este libro. Gracias a Claire Ward y Andrew Davis por la maravillosa cubierta, y a Aleesha Nandhra por tu bonita ilustración.

A Rachel Kahan, mi fantástica editora en William Morrow, y a todo el equipo de William Morrow, gracias por haber cuidado tanto de este libro en Estados Unidos.

Gracias a mis primeras lectoras: Hannah Wann, Amanda Preston y Niki Chang. Vuestros consejos y opiniones me dieron aliento. A Rosie Price, gracias por tu amistad, tu amabilidad y por ayudarme a superar todos los baches en el camino.

A Ifey Frederick, por ser mi puerto seguro y por mantenerme con los pies en la tierra.

A Noor Sufi, mi cómplice, por estar siempre a mi lado. Gracias por ser una amiga fabulosa y la mayor defensora de este libro: tu entusiasmo me hizo seguir adelante en muchos momentos, y fue fundamental.

Gracias a Liz Foley y Kate Harvey por vuestras sabias palabras.

Gracias a todos mis amigos, por ser los mejores animadores y por rescatarme cuando lo necesitaba; en especial, gracias a Abi, Mary, Rachael, Christina, Monica, Kitty, Radiya y Katie; y a Isobel Turner, por su afición a recopilar listas ¡y por dejarme introducir el personaje de Izzy en el libro!

Gracias a mis colegas y a los fascinantes escritores con quienes he trabajado en *Headline*, *Vintage* y *Hodder*. Gracias por la guía y el apoyo que me habéis dado a lo largo de todos estos años.

Gracias a todos los bibliotecarios y librereros que hacen del mundo lo que es: hacéis un trabajo primordial para las personas y las comunidades. ¡Gracias!

Y, finalmente, gracias a mi familia. Vuestra alegría con respecto a este libro ha significado muchísimo para mí y ha hecho que todas las noches en vela, los pensamientos circulares y los madrugones hayan merecido la pena. Gracias a Dada, por preguntarme siempre qué leía y por ser la génesis de esta historia. Gracias, Ba, por tu amor y generosidad infinitos; Jaymin y Jigar, por ser mis maravillosos primitos y por explicarme qué hacen los adolescentes en estos tiempos. Gracias, tía, por tanto, pero, sobre todo, por leerle este libro en voz alta a la abuela y saltarte las palabrotas. ¡Siempre te estaré agradecida!

Gracias a mis padres por todo. Papá, gracias por creer siempre en mí y por no dejar que me rinda. Has leído todos los relatos y novelas a medio hornear que he escrito en mi vida, salvo esta, porque querías comprarla en una librería. Espero que te guste y que la espera haya merecido la pena. Mamá, te quiero tanto por leer esta historia y por hablarme de mis personajes como si fueran reales... Saber que te gustaba tanto ha sido maravilloso. El hecho de que tú te sientas orgullosa hace que yo también me sienta orgullosa.

Y gracias a la abuela: ¡me alegra tanto saber que leíste este libro! Gracias por preguntarme siempre: «¿Qué tal va la escritura?». Nunca he querido responderte que no iba y, gracias a eso, este libro finalmente ha salido a la luz. Te echo de menos todos los días.

Y gracias a Will Handysides. Literalmente, no podría haber escrito este libro sin ti. Gracias por todo lo que has hecho por hacerlo posible: por aguantar mis preocupaciones, por leer y revisar el libro tantas veces, por ser brutalmente sincero y también megaamable, por dejarme hacerte las mismas preguntas una y otra vez, por ser una inspiración constante y por soportar mis presunciones «creativas»... Eres único. Gracias por ser tú.



SARA NISHA ADAMS nació en Hertfordshire, en el seno de una familia indobritánica. Su conexión con el mundo de los libros no es nueva. Ha trabajado como editora y atribuye su pasión por la lectura a su primera infancia, cuando compartió con su abuelo su amor por la literatura. Esta estrecha relación es parte de la inspiración de *El club de lectura para corazones solitarios*, su primera novela.

Notas

[1] Templo hindú. (*N. de la T.*) <<

[2] Sandalias artesanales de cuero típicas de la India, teñidas con tintes vegetales. (*N. de la T.*) <<

[3] Plato a base de berenjenas ahumadas y especias. (*N. de la T.*) <<

[4] Pan plano que se come principalmente entre la comunidad guyaratí (*N. de la T.*) <<

[5] Literalmente «baño de la divinidad a quien se ofrece adoración», es un rito religioso consistente en que el devoto vierte una ofrenda líquida sobre una imagen de un dios o diosa. (*N. de la T.*) <<

[6] Ritual religioso mediante el cual se presentan respetos a una o más deidades. (*N. de la T.*) <<

[7] «*Chandlo*» es el nombre que recibe en gujaratí la «*tilaka*»: marca de color que llevan los hindúes en la frente y que indica su pertenencia a una secta religiosa, casta o, en el caso de la mujer, su estado civil. (*N. de la T.*) <<

[8] El Diwali es la entrada del año nuevo hindú, una de las mayores celebraciones hindúes, durante la cual la gente estrena ropa nueva, comparte dulces y se lanzan fuegos artificiales. (*N. de la T.*) <<

[9] Las *dosas* son un tipo de crepes originarias de la India. (*N. de la T.*) <<

[10] La autora hace alusión a un popular anuncio televisivo emitido en las televisiones británica y australiana, una campaña titulada «Compare the Meerkat». (*N. de la T.*) <<

[11] Líder espiritual hindú. (*N. de la T.*) <<

[12] Pan plano indio elaborado sin levadura. (*N. de la T.*) <<

[13] Plato a base de verduras, legumbres y especias. (*N. de la T.*) <<

[14] Curri a base de ocras, patatas y especias. (*N. de la T.*) <<

[15] Término genérico para designar los dulces indios. (*N. de la T.*) <<

[16] Comino. (*N. de la T.*) <<

[17] Fenogreco. (*N. de la T.*) <<

[18] Asafétida. (*N. de la T.*) <<

[19] Mostaza de la India. (*N. de la T.*) <<

[20] Condimento elaborado a base de pimientos y guindilla. (*N. de la T.*) <<

[21] Legumbre parecida a las lentejas usada para hacer la masa de las *dosas*.
(*N. de la T.*) <<

[22] Patatas y cebollas fritas que se toman como aperitivo. (*N. de la T.*) <<

[23] Refresco. (*N. de la T.*) <<

[24] Pan de harina de mijo perlada. (*N. de la T.*) <<

[25] Rosquillas elaboradas a base de lentejas y patata. (*N. de la T.*) <<

[26] Plato típico del sur y el centro del golfo de México consistente en una especie de puré de plátano. (*N. de la T.*) <<